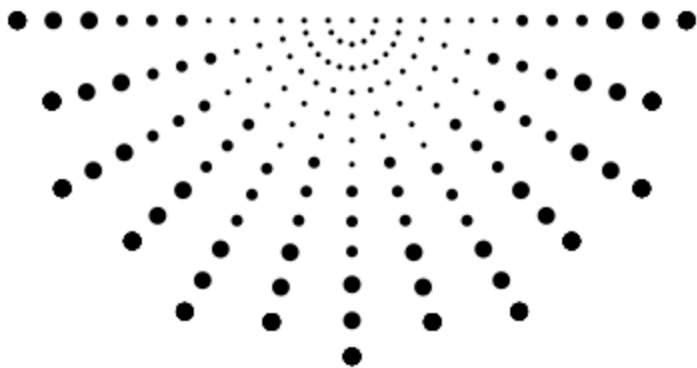


AMANDA APTHORPE

UNA CREENCIA FUNDAMENTAL



UNA CREENCIA FUNDAMENTAL



AMANDA APHORPE

Traducido por ENRIQUE LAURENTIN

OceanofPDF.com

Derechos de Autor (C) 2021 Amanda Apthorpe

Maquetación y Derechos de Autor (C) 2023 por Next Chapter

Publicación 2023 por Next Chapter

Arte de Cubierta por CoverMint

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito de la autora.

OceanofPDF.com

ÍNDICE

[Introducción](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Querido lector](#)

[Agradecimientos](#)

[Acerca de Amanda Apthorpe PhD](#)

[*OceanofPDF.com*](#)

Para Chris, mi campeón

OceanofPDF.com

Eran diferentes y, sin embargo, había algo, un fundamento que compartían, la creencia en la importancia del amor, de la familia y de la pertenencia.

OceanofPDF.com

INTRODUCCIÓN

Delfi estaba sin puntería. La cáscara de patata no había tocado el interior del cubo y ahora estaba pegada a su exterior. Se sacudió el agua de las manos y empezó a secárselas en el delantal, deteniéndose a observar el efecto de su pálida forma sobre el plástico negro. Ladeó la cabeza y tuvo que reprimir una carcajada cuando se dio cuenta de que la cáscara había formado un cameo poco favorecedor de su suegra, Evangelina. Se volvió hacia el fregadero, fregando las patatas con renovado vigor, con los hombros temblorosos bajo el peso de su risa reprimida. Detrás de ella, oyó pasos decididos sobre el suelo de pizarra y el chasquido de la lengua de Evangelina contra el paladar. Delfi puso los hombros en suave desafío y escarbó las patatas con fuerza brutal. Por el rabillo del ojo, vio a su suegra inclinarse hacia el cubo. Esperó el reproche, pero la mujer mayor parecía sumida en un profundo ensueño y se limitó a extraer la cáscara y, sin mediar palabra, regresó al pequeño almacén de la parte trasera de la taberna. Delfi estaba intrigada y se preguntaba qué haría Evangelina con ella. Le gustaría pensar que la guardaría para reírse más tarde con Josef mientras bebían ouzo entre el almuerzo y la cena. Pero Evangelina no bebía, ni se sentaba en compañía de su marido, y desde luego no guardaría el cameo para reírse, sino como una prueba más de los defectos de su nuera.

* * *

Nikolas sacó la caja de tomates por la puerta del segundo almacén. Pronto, resolvió, ensancharía el marco de la puerta tan pronto encontrara tiempo. Dejó la caja en el suelo y empezó a estirarse la espalda. Su perspectiva desde la parte trasera de la taberna abarcaba las mesas interiores y exteriores hasta el mar. El sol de la mañana acababa de salir por la península oriental, la punta opuesta de la herradura de la isla, y ya arrojaba luz blanca. Su madre y su padre estarían contentos, pensó, ya que cuanto

más caluroso era el día, más turistas venían. Pero a Nikolas le bastaba con contemplar la belleza del momento con las manos apoyadas en las caderas.

En el espacio sombrío a su izquierda, Delfi pelaba patatas, golpeándolas con intención asesina. Sonrió al ver la sólida figura de su mujer, las amplias curvas acentuadas por los lazos del delantal en la cintura. Podía acercarse a ella, en silencio, y sorprenderla. Le apartaría la espesa cabellera y le besaría el blanco cuello. Se imaginó acariciando sus voluminosos pechos. Ella se volvería hacia él como lo hacía en la intimidad de su dormitorio y... Delfi lanzó una pelada al cubo contra la pared. Falló, pero se clavó en el exterior. Se sacudió el agua de las manos y empezó a secárselas y, justo cuando Nikolas pensó que se lo quitaría, pareció reconsiderarlo y se volvió hacia el lavabo, de vez en cuando echando un vistazo al cubo. Nikolas creyó ver que le temblaban los hombros. Su madre apareció del otro almacén. A sus sesenta y cinco años, Evangelina seguía siendo ágil. Las pantorrillas bajo su torso en forma de manzana eran fuertes y podía superar a la mayoría. Nikolas sabía que Evangelina había visto el tránsito de la cáscara de patata, y esperó a ver qué ocurría a continuación. Delfi no se había movido, y él podía ver que tenía los hombros tensos. Evangelina estaba de pie junto al cubo, aparentemente paralizada. Cuando se inclinó para arrancar la cáscara, Nikolas imaginó su siguiente movimiento: colocarla con una clara declaración de desagrado en su interior. Sin embargo, se la quedó en la mano y regresó al almacén sin decir palabra. Nikolas vio que los hombros de Delfi se relajaban, y ella empezó a tararear una melodía popular y a mover sus caderas al compás de la melodía. La visión de su joven novia, el sonido de las olas al replegarse entre los guijarros de la orilla y el calor del sol naciente agitaron a Nikolas y su placer corrió como cálida miel por su cuerpo.

* * *

Evangelina no estaba teniendo una buena mañana. Se había levantado, como de costumbre, a las cuatro y media, con tiempo suficiente para ir a misa. Era un ritual que había mantenido desde su juventud, cuando

acompañaba a su madre y a su abuela a la capilla de su pueblo, en la isla de Skosias. Esta mañana había ido a ver a Sofía, como todos los días, y había encontrado a la anciana todavía en la cama con un fuerte resfriado. Aunque Evangelina estaba ansiosa por seguir su camino, se resistía a dejarla y llamó a la hija de Sophie, que vivía a sólo veinte minutos en coche. Evangelina podía haberse ido, pero prefirió esperar. Cuando la hija llegó una hora más tarde, su disgusto rezumaba en el espacio que las separaba. Evangelina se apresuró a ir a la Capilla de la Dormición de Nuestra Señora, pero llegó demasiado tarde. La misa iba por la mitad y no quería que la vieran llegar tarde. En lugar de eso, se quedó fuera, oculta bajo la ventana, y saludó a Theotókos, Madre de Dios.

La relación de Evangelina con María, la Madre de Dios, era profunda. Compartían ciertos rasgos: una fe inquebrantable y la tolerancia ante los defectos de sus maridos humanos. En los momentos sentimentales, Evangelina podía ver el gran parecido entre los dos hombres. Su Josef también era amable y gentil, y había tenido un burro en los primeros años de su matrimonio. Pero lo que más les unía era el amor por sus hijos. Por supuesto, Evangelina no supondría que conocía la profundidad del dolor de María, pero tenía sus propias preocupaciones.

Sintiéndose incompleta sin la hostia de la Comunión, Evangelina se había dirigido a la taberna. Entre el trabajo, la familia y su compromiso con la Iglesia y sus vecinos, Evangelina reflexionaba que su vida estaba llena, o en parte, porque aún quedaba un espacio especial para los nietos, una perspectiva que ahora por fin podría hacerse realidad. Durante muchos años se había desesperado de que Nikolas nunca encontrara una novia adecuada. A pesar de creer firmemente en la intervención de Dios, ya no estaba dispuesta a esperar una respuesta a sus plegarias y había tomado cartas en el asunto.

Aunque había abandonado su isla hacía muchos años, cuando se casó con Josef, Evangelina volvía a menudo a visitar a su familia. Allí, hace veintiún años, nació la sobrina de su prima segunda, Delfinia, en la fiesta de la Asunción. Evangelina había marcado mentalmente aquel día como portentoso y lo había guardado en su corazón para un día lluvioso. Cuando Nikolas volvió a casa a vivir, con cuarenta años y sin esposa, Evangelina

sacó su baza. Sorprendentemente, su hijo se mostró receptivo a la idea del matrimonio, pero, en retrospectiva, su acuerdo fue demasiado pasivo. Aunque la chica, Delfinia, sólo tenía dieciocho años, aceptó. Evangelina no dudaba de que lo haría. Su hijo era un buen partido: guapo, inteligente, amable y bondadoso. Pero últimamente empezaba a sospechar que la joven Delfinia era astuta, por no decir calculadora. Después de todo, Nikolas era el heredero de la taberna de Hestia, una perspectiva mejor que la que le ofrecían los chicos de su isla.

En el pequeño almacén, Evangelina preparó los calamares y las sardinas para la parrilla. El sol de la mañana ya era blanco y así, con cálculo experimentado, sacó dos puñados más de cada una del agua salada. Era un trabajo sucio y maloliente y, por eso, se hacía lejos de las mesas del comedor. Con el tiempo, Evangelina traspasaría este trabajo a su nuera, pero de momento le encargaba las tareas más sencillas. A los clientes parecía gustarles el toque doméstico de la preparación en el fregadero del interior de la taberna. Podían ver que sus patatas, berenjenas y ensaladas estaban recién preparadas, aunque el eviscerado del pescado era otra cosa.

Cuando Evangelina se volvió hacia el recipiente para sacar otro puñado de sardinas "por si acaso", a través de la puerta abierta de la taberna, vio volar algo desde la mano de Delfinia hasta el cubo colocado a una distancia ridícula y poco práctica del fregadero. Evangelina esperó a que su nuera recogiera el residuo que se había adherido a la parte exterior del cubo, pero Delfinia permaneció obstinada junto al fregadero moviendo la cabeza de un lado a otro. Tras la tardanza de la hija de Sophie aquella mañana, Evangelina estaba harta de la joven generación de mujeres que, en su opinión, eran perezosas y malcriadas. Esto incluía a su propia hija, Elektra, pero Evangelina no estaba de humor para pensar en ella hoy. Dejó a un lado la toalla que guardaba exclusivamente para limpiarse las manos sucias de pescado y caminó decidida detrás de Delfinia hacia el cubo. Cuando se agachó para tomar la cáscara, se detuvo para observar su efecto contra el plástico negro. Por dentro, jadeó al darse cuenta de que estaba frente a frente con una imagen perfecta de la Madre de Dios de perfil. Con cuidado de no deformar la sagrada forma, Evangelina la retiró y regresó al almacén con la reliquia suavemente encerrada en la palma de la mano.

* * *

Josef era ajeno a lo que ocurría en el interior de su taberna, aunque no era algo inusual. No le gustaban las tensiones y, aunque apreciaba a su joven nuera, el ambiente entre ella y Evangelina era demasiado para él la mayoría de los días. De todos modos, se enteraría más tarde, de camino a casa en el camión. En los cinco minutos que duraba el trayecto, Evangelina soltaba sus frustraciones con la chica -la irregularidad de las patatas, la densidad de los baklava, las mesas que se dejaban demasiado tiempo antes de recogerlas- y sólo se detenía para persignarse cuando pasaban por delante de la iglesia. Evangelina le echaba una mirada, pero Josef le explicaba, cada vez, que apartar las manos del volante para persignarse pondría en peligro sus vidas y él estaba seguro de que Theotókos, la Madre de Jesús, no querría eso. Josef no tenía ningún interés en la Iglesia, a pesar de su nombre. Al igual que su padre, su abuelo y su bisabuelo antes que él, cumplía con los requisitos de la religión formal para apaciguar a su esposa, pero, al igual que aquellos hombres maravillosos, su devoción era el mar, su pesca fresca de cada mañana, sus olivos y sus vides. Para Josef, el olor de sus tomates calentándose en la vid era mejor que cualquier incienso; la luz del sol sobre las pequeñas crestas de las olas, más brillante que cualquier dorado; el murmullo del mar al filtrarse desde la orilla, más hipnotizador que cualquier oración comunitaria. Y luego estaban sus canarios. ¿Qué himno podía causar tanto éxtasis como el canto de sus muy queridos pájaros?

Josef raspó con un cepillo de alambre los fragmentos de carne chamuscada que se le habían escapado en la limpieza de la noche anterior. Su vista no era tan buena como cuando era niño, pero a sus sesenta y seis años tampoco estaba tan mal. No se molestaba en llevar gafas, de todos modos, no leía. Mientras pudiera ver los primeros brotes verdes de las cabezas de ajo, las primeras hojas plumosas de zanahoria y los pequeños brotes verdes de los limones, le bastaba.

Mientras limpiaba, Josef pensó en su juventud, como solía hacer a menudo. Tal vez fuera el calor de la mañana, tal vez un aroma que se transmite a través del agua, pero Josef estaba pensando, con un pequeño toque de algo que parecía pena, en la primera vez que vio a la joven y hermosa Evangelina. Recordaba que volvía a casa tras una larga jornada de pesca. Al pasar por la isla de Skosias, se detuvo al abrigo de su bahía para comer pan y queso y saborear un cigarrillo. Había arrastrado la barca hasta la orilla y descansaba al sol con la espalda apoyada en una gran roca cuando la oyó. La risa de Evangelina, transportada por la brisa, fue lo primero que le enamoró. Era un sonido que ya no oía, y el nudo de dolor de Josef se tensó al recordar. Se había puesto de rodillas al oírlo y se había quitado la gorra, que era nueva y de un azul brillante. Con la nariz apoyada en la roca fría y los ojos justo por encima del borde, había observado. Vio a una chica, no mucho más joven que él, metida hasta las rodillas en el mar, y a un hombre mayor en los bajos de la orilla. La falda de la chica estaba anudada sobre los muslos y, aun desde la distancia, Josef podía ver la fuerza de sus piernas. El hombre, que Josef sabría más tarde que era su padre, era bajito, y la chica aún más, pero sus curvas... ayayay... El Josef mayor, con un cepillo de alambre en la mano, recordaba esas curvas. Oculto a la vista, había observado a los dos durante un rato. Juntos trabajaban como un equipo. Ella se adentraba en el mar y aflojaba la red mientras el hombre la recogía. Cuando una esquina de la red parecía atascada y los dos luchaban por liberarla de la arena, Josef se armó de valor. Se balanceó sobre sus ancas, se quitó las piedrecitas de los pantalones y, con el corazón acelerado y las manos temblorosas, dobló el pan y el queso en un pañuelo limpio y los metió en el bote. Se estabilizó, respiró profundo mientras se colocaba la gorra y caminó hacia ellos por la playa como si fuera a dar un paseo vespertino.

"Yeia sou", llamó.

Los dos estaban ya hasta las rodillas y luchaban con las fuerzas mermadas por la risa.

"Yeia sou", responde el hombre.

¿Puedo ayudar? Josef se dirigía al hombre, pero sus ojos no se apartaban de la chica. Ella se detuvo al oírle y se levantó rápidamente. Sus manos se

soltaron de la red y una tiró de su falda mientras la otra se aferraba a su blusa. Un mechón de cabello, tan negro como la veta de roca de los acantilados que albergaban la taberna familiar de Josef, se había escapado de sus ataduras y colgaba sobre su frente. El hombre, que se interpuso entonces entre Josef y la muchacha, lo miró de arriba abajo. Josef sintió como si su anhelo quedara al descubierto y se movió la gorra en torno a la cabeza.

El hombre mayor se encogió de hombros con una mirada en los ojos que sólo ahora, como hombre mayor, Josef fue capaz de interpretar y dijo: "Ne, eso estaría bien".

Josef ya tenía los pantalones remangados hasta las rodillas. La chica no se había movido, aunque ahora tenía la cabeza agachada y la mirada clavada en el agua. Mientras se adentraba en el mar, su grosor se oponía a que el destino se precipitara hacia él.

"¿Cómo te llamas?", dijo el hombre.

Josef".

La chica levantó la cabeza y le miró con lo que Josef esperaba que fuera interés. Se soltó la mano de la blusa y se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja.

Bienvenido, Josef. Soy Stavros. Nos vendría bien tu ayuda. Mi hija, Evangelina -el brazo del padre se echó hacia atrás como para atraerla-, es fuerte, pero hoy no es suficiente. Me vendría bien un hijo".

"¡Baba! reprendió Evangelina a su padre.

Tiene una mirada aguda, pensó Josef con diversión y un arrebató de pasión.

Evangelina había salido de la taberna y estaba junto a la parrilla. Por el rabillo del ojo, pudo ver cómo ella cerraba y abría la mano en torno a algo que sostenía en la palma.

"Josef", susurró ella, y en el estado de ánimo nostálgico de Josef, la pizca de pasión que se despertó fue como el eco de un tiempo perdido. Se volvió hacia ella. Desde detrás de ella, el sol iluminaba los mechones rebeldes de su cabello, ahora gris, y formaba un suave halo. Los ojos de Evangelina seguían siendo nítidos y claros, pero esta mañana parecían iluminados por algo más.

Agapi mou. ¿Qué pasa? La voz se le había atascado en la garganta y tuvo que toser.

Evangelina vaciló y abrió la mano. Miró lo que tenía en la palma y, cuando sus ojos se cruzaron con los de él, pensó en la joven de la playa cuarenta años antes. Como él no respondió, ella acercó la mano. Sabía que se esperaba de él una respuesta, pero ahora temía que, dijera lo que dijera, fuera incorrecto. Le estaba mostrando una cáscara de patata. Delfinia debía de haberla cortado mal y Evangelina le estaba mostrando la prueba.

Ahh. Asintió con la cabeza como si entendiera y supiera que su respuesta no sería suficiente. El rostro de Evangelina tenía la expresión de decepción que él esperaba. Cerró los dedos sobre la peladura.

"Para qué me voy a molestar", dijo, y lo dejó de pie junto a la parrilla, con el cepillo de alambre aún suspendido en la mano. Josef se movió la gorra con la otra mano y suspiró.

* * *

Elektra se puso delante del espejo y se pasó los dedos por los cortos mechones de su nuevo peinado. Christos se lo había cortado más corto de lo habitual, pero el flequillo era más voluminoso en comparación y se estrechaba hasta una punta elegante sobre su ceja izquierda. El color también era más oscuro; negro rojizo, no era lo que ella habría elegido, pero tenía que admitirlo, el efecto era estupendo y resaltaba el moteado dorado de sus ojos oscuros. Su vista se desvió hacia el reflejo del Sapphoss que

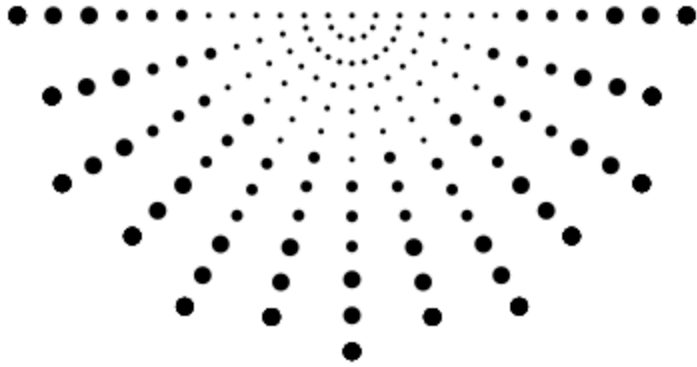
tenía detrás; su café. Le encantaba tomárselo así. Reflejada en el espejo, tenía un aire surrealista, como si aún formara parte de su imaginación.

La madera melosa de la barra pulida y el brillo colectivo de las copas suspendidas sobre ella, las mesas y los taburetes de madera, todo era como en sus sueños. Elektra se apartó del espejo y asimiló la realidad. Sabía que tenía mucho por lo que alegrarse. El café-bar había triplicado sus ingresos en sólo dos meses desde que le concedieron la licencia para vender bebidas alcohólicas; por fin había encontrado en Antón y Paulo un personal de confianza, y estaba enamorada. Pero había una sombra que no podía ignorar.

Elektra sentía que le subía la tensión al pensar en su familia. La enfurecían. En realidad, sólo Evangelina la enfurecía, porque adoraba a su padre, pero había momentos en que también quería sacudirlo. La ira de Elektra era una distracción habitual de la culpa. Evangelina y Josef la habían instalado en el café; ella estaba agradecida, pero esa gratitud le pesaba. Quería seguir con su vida, diversificarse, pero ahora más que nunca se sentía atada a ellos por una cuerda invisible que se extendía desde la taberna de Hestia, en el oeste de la isla, hasta la de Safo, en el este. La forma en que Elektra contrarrestaba esto era ignorándolos. A menudo no contestaba a las llamadas de su madre, diciendo que estaba demasiado ocupada. Nikolas y Delfi están allí, se recordaba a sí misma cada vez que afloraba el sentimiento de culpa, y Evangelina y Josef estaban a sólo una hora en coche. Al fin y al cabo, no se habían desviado de su camino para verla, argumentaba mentalmente en su defensa. Elektra imaginó a sus padres intentando sortear el tráfico de la capital de la isla en su vieja camioneta. Contuvo el pensamiento de que sólo les había visitado una vez en los últimos cuatro meses.

Josef y Evangelina eran como un calambre en el dedo meñique del pie.

CAPÍTULO UNO



TRES AÑOS ANTES

Nikolas pulsó el botón de la cafetera. La cafetera emitió un poderoso silbido al expulsar vapor y gotear un líquido ámbar oscuro en su taza. Respiró profundamente el aroma en cada célula de su cuerpo, retiró la taza con una mano y, con la otra, deslizó hacia un lado la pesada puerta de cristal que daba al balcón. Salió como todas las mañanas. Era su momento favorito del día, antes de que se despertara la mayor parte de Atenas.

Había dos sillones de mimbre acolchados en el balcón, pero Nikolas siempre se sentaba en el más alejado de la puerta. Mientras se acomodaba en ella, contemplaba el parque desde el decimoquinto piso. Era una vista de la que nunca se cansaba porque la luz de la mañana nunca era la misma. Sabía que se debía a que su ángulo de refracción cambiaba según la proporción de contaminantes, pero proyectaba un resplandor etéreo sobre las ramas más altas de los árboles, mientras que los pisos inferiores conservaban los secretos de la noche. A esta altura, imaginaba que se acercaba cada vez más a los dioses, aunque la Acrópolis seguía sobresaliendo una veintena de metros.

Estos momentos de soledad eran cada vez más importantes para Nikolas, un tiempo para hacer balance de su vida. Linda seguiría durmiendo una media hora más. Antes habría esperado con impaciencia a que se despertara, pero

ahora, cuando lo hacía, las mañanas se llenaban de una tensión silenciosa. Quería preguntarle por qué, a veces estaba a punto de hacerlo, pero no quería oír lo que ella pudiera decir. La vida había sido perfecta y él no entendía qué había cambiado.

Detrás de él, a través de la puerta de cristal abierta, podía oírla en la cocina. Se sentía como si estuviera en guerra consigo mismo, queriendo ir hacia ella, besar el sueño de sus ojos, pero al mismo tiempo sintiéndose como si estuviera atado a la silla. Ella sabría que estaba allí. Esperó. El exprimidor zumbaba, la mantequilla se raspaba sobre la tostada. Cuando se hizo el silencio, sintió que ella le observaba. Ahora, pensó. Las patas de la silla gimieron sobre las baldosas cuando él se impulsó hacia delante. Se le llenó la boca de palabras, pero estaban colocadas demasiado al azar. Al entrar, oyó el silencioso chasquido de la puerta del baño. La tostada y el zumo habían sido abandonados sobre el banco de mármol.

* * *

La pantalla parpadeó, interrumpiendo la transmisión y el diálogo crítico entre Katerina Matsouka QC y su ayudante George. Delfi maldijo en voz baja. Ahora perdería una pista vital en el caso del asesinato del doctor Christos Vegos. La pantalla se estabilizó, pero el rostro de Katerina Matsouka permanecía inmóvil. Afortunadamente, estaba suspendida en un marco favorecedor. Delfi estudió el rostro: la curva de las cejas muy arqueadas, la línea perfecta de kohl negro en los párpados superior e inferior, la forma en que el color del carmín coral se acentuaba en los bordes de los labios. Los ojos oscuros, pero no acentuados de Delfi se posaron en el importante escote de Katerina Matsouka y en la insinuación de un sujetador de encaje apenas visible en el escote abierto. Delfi miró por encima del hombro hacia la puerta y, cuando estuvo segura de que estaba sola, se desabrochó la blusa hasta el cuarto botón. Se rodeó los pechos con las manos y se los acercó. Cuando vio su reflejo en el rostro inmóvil de Katerina Matsouka, se sorprendió de su parecido. Las dos podrían ser hermanas.

"¡Delfi!" La voz de su padre resonó a través de los huecos de la pared exterior de su modesta casa.

Ella saltó del sofá y pulsó el botón de apagado del televisor. Katerina Matsouka, atrapada en lo que ahora parecía una expresión de objeción, parpadeó y luego parpadeó en la negrura.

¿Sí, Baba? Ya estoy aquí". Delfi tanteó los botones de su blusa y, como en un acto de contrición, se abrochó hábilmente también el botón superior, aunque le tiraba con fuerza del cuello.

Manoli Kazan se apoyó con una mano en el marco de la puerta mientras introducía una pierna artrítica en la habitación.

Baba". Delfi corrió hacia él y le sujetó el brazo mientras arrastraba la segunda pierna artrítica. No trabajes tanto". Añadió una nota regañona a su voz, pero su padre no se dejó engañar.

Ee mikrí mou, como tu madre.

Delfi trató de ahuyentar la sensación de una espesura en el pecho que crecía ante cualquier mención de su madre, como lo había hecho durante los diez años transcurridos desde su muerte durante el nacimiento de un hijo muerto. La sensación había empezado como el dolor de una niña de ocho años que había perdido a su madre, pero con el tiempo se fue enconando hasta convertirse en culpa, sobre todo porque, como niña, no podía ayudar a su padre de la forma en que podría hacerlo un hijo.

Con una mano en la espalda, Delfi guió a su padre hasta la mesa. Cuando se sentó, Manoli encajó la rama de sauce que le servía de bastón entre las patas de la silla y apoyó la mano en su cabeza orbital. Delfi se apartó para admirar el meze que había preparado para el almuerzo de su padre. Él se sentó en silencio, asimilándolo.

¿Qué es esto, ee mikrí mou?" Señaló con la mano libre el plato que tenía más cerca.

Sus palabras rodaron por la mesa. Kofta, babaganoush...

Manoli levantó la mano del orbe y soltó una carcajada cansada. Es precioso".

Delfi sacó la servilleta que había doblado cuidadosamente y colocado en el lugar de su padre. De pie detrás de él, la extendió con ensayada facilidad. Lo rodeó con la mano y se la puso en el pecho, luego le metió un borde en el cuello con gran ternura, pues sabía que eso era lo que habría hecho su madre. Cuando se sentó frente a él, vio una lágrima en el rabillo del ojo de su padre. La sensación creció en su pecho y tensó el botón de su cuello. Miró su plato vacío, casi sin apetito.

* * *

"¡Kalamata! Elektra tiró el cuchillo de patatas con la mano libre al fregadero mientras se chupaba la sangre del dedo índice de la otra mano.

"¡Elektra!" La voz de Evangelina, procedente del almacén trasero, envolvió a su hija como si estuviera a su lado.

Kalamata, Kalamata, Kalamata". Esta vez Elektra murmuró su maldición como una invocación al diablo. No puedo pelar más. Me he cortado el dedo".

Evangelina vaciló en el marco de la puerta, secándose las manos en el paño que llevaba colgado del cordón del delantal a la cintura. Ponte una tirita.

Es demasiado profundo. Elektra volvió a meterse el dedo en la boca, preguntándose si a su madre le importaría lo suficiente como para echarle un vistazo.

Enséñamelo -exigió Evangelina, extendiendo la palma de la mano mientras se acercaba a su hija.

Elektra se sacó el dedo de la boca obedientemente y se lo mostró a su madre. En el espacio que las separaba, el aire crepitó. Justo a punto de tocarse, Elektra se retiró deliberadamente. La mano de Evangelina no flotó en el vacío que las separaba, sino que rozó el aire con un gesto de rechazo.

"Vete. Déjalos", dijo, señalando las patatas con la cabeza. "Yo terminaré".

Elektra se mantuvo firme, resistiéndose a los treinta y dos años de sumisión. No quería pelar patatas, pero tampoco quería que le dijeran que se fuera.

"¡Vete! Evangelina se había acercado. Era más baja que su hija, pero su corpulencia y sus ojos afilados habrían hecho temblar a Atlas.

Elektra sintió que un pie amotinado retrocedía un pequeño paso cuando su madre soltó la tela de la cintura y la lanzó hacia ella como si su hija no fuera más que una mosca irritante. La determinación de Elektra se quebró. Giró sobre sus talones y soltó el delantal de su propia cintura al suelo. Sorbiéndose la sangre del dedo herido, pasó por delante de las mesas dispuestas para el almuerzo, tirando con la mano libre del pliegue de un mantel. La mesa para dos cayó al suelo, dejando la mesa de madera desnuda y como en estado de shock.

¿Qué pasa? llamó Josef desde la parrilla.

Un pequeño nudo de remordimiento se formó en las tripas de Elektra, que suavizó el paso al acercarse a su padre.

¿Estás bien, mi querida niña?

La determinación en el paso de Elektra vaciló cuando se puso a su altura.

"Baba". Elektra podía oír la súplica en su propia voz. Quería llorar de frustración en el pecho de su padre, como cuando era pequeña.

Él estaba de cara a la taberna y, por tanto, en la sombra. Elektra sabía que sus grandes ojos oscuros parecerían tristes, pero que su boca bajo el espeso bigote sonreiría con sólo mirar a su única hija. El nudo le subió más hacia el pecho y sintió que se le enganchaba detrás del esternón.

Joder", rugió al mar detrás de él, a las gaviotas que se reunían para su conferencia matutina y al rostro ensombrecido de su padre. Joder. Le pasó por encima y corrió, casi tropezando, hacia la playa, pero recuperó la compostura y la recorrió con una intención atronadora. Apenas se inmutó ante la irregularidad de las piedras de basalto que constituían la orilla mientras sus pesados zapatos las hacían crujir en la suave arena que había debajo. Eran las mismas piedras que estriaban las olas en el hipnótico canto de las sirenas; las mismas piedras que guardaban el recuerdo de las profundas y oscuras fuerzas que habían transformado la topografía y la historia de la isla. Esa historia se conservaba ahora bajo lienzo en la excavación arqueológica situada sobre la taberna de Hestia. Los turistas acudían a maravillarse ante los restos de una civilización marítima antaño poderosa, atrapada en sus últimos momentos de desesperación, y representada de la forma más sencilla por una urna de agua volcada, que tenía tres mil seiscientos años de antigüedad.

"¡Joder! La palabra salió de sus labios sorprendiendo a un cochecito que se acercaba. Oyó el grito ahogado de la mujer y sonrió para sus adentros con satisfacción, aunque unas lágrimas ardientes le punzaban el rabillo del ojo. Siguió caminando hasta que su energía decayó y descansó sobre una caja volcada a la sombra de unos altos arbustos salados en la parte trasera de la playa.

Elektra inspeccionó el dedo cortado. La hemorragia había sido sustituida por una filtración de plasma transparente, pero el dolor se había intensificado y era ardiente y punzante. Miró hacia el agua y vio a un pescador vadeando hasta la cintura cerca de la orilla. Estaba demasiado absorto con su sedal para darse cuenta de que ella estaba sentada en su caja. Envidió su aplomo y su concentración. Incluso desde la retaguardia, Elektra notaba en la soltura de sus hombros que era un hombre satisfecho con su vida. Era experta en observar a los demás porque deseaba desesperadamente conocer su secreto. Un aleteo a su izquierda la distrajo del pescador. A su lado, en un gran cubo de helado lleno de agua, un salmonete aleteó una vez y luego se detuvo, atrapado en una animación suspendida que sugería que se había resignado a su destino de que nunca sería libre.

Elektra supo entonces que tenía que marcharse.

* * *

No te ofendas, Madre de Dios, pero no tienes una hija, así que no espero que lo entiendas.

Evangelina dio la vuelta al salmonete y pasó el rastrillo de la cola a la cabeza con un hábil movimiento.

Si lo hubieras sabido -continuó-, sabrías qué hacer. Evangelina iba a añadir "o a tu marido", pero se detuvo. El verdadero "marido" de María, no el marido Josef, era un misterio y, en verdad, a ella le gustaba que fuera así. Era como si el marido de Santa María estuviera siempre en el mar, lo que permitía a las dos mujeres compartir una relación más íntima que si estuviera constantemente cerca.

Evangelina colocó el pescado en un cubo de hielo. Sostuvo al trasluz el nuevo rastrillo de escamas que Elektra le había comprado. Las escamas se habían agrupado en su extremo y eran de color blanco lechoso, pero una o dos seguían siendo transparentes como pequeñas ventanas. Recordó cómo Elektra había insistido en que el rastrillo sería mejor, más rápido y más seguro que el viejo cuchillo que Evangelina había utilizado durante años.

Acostúmbrate a los tiempos que corren, madre", había dicho con exasperación, mientras Evangelina sostenía el rastrillo a la luz, como hacía ahora. Evangelina había cedido, por el bien de su hija. Ahora, colocó el rastrillo en el fregadero y, con un nuevo pez en posición, sacó el viejo cuchillo de su igualmente vieja vaina. Evangelina rastrilló con devota atención, como si estuviera preparando el salmonete para su entierro. Había sido capturado en la red de Josef sólo dos horas antes, pero no era tarea suya matarlo. No le gustaba matar a las criaturas del Señor, aunque si ahora mismo hubiera tenido delante una cuchilla afilada y un pez vivo, ya no podría estar segura de ello.

¿Qué he hecho mal? imploró Evangelina mentalmente. Tiró el pez al cubo con precisión de atleta de élite. Automáticamente, sacó otro y su cuchillo se deslizó por el cuerpo con un ritmo que se acompasaba al de sus propios pensamientos: una lista mental de todas las cosas que había hecho para su hija: el chal bordado, el vestido de comunión de tafetán y ahora el vestido de noche de cuentas para la boda de Nikolas, todo hecho con sus propias manos, por la noche, cuando estaba cansada. Evangelina pensó en la burla de Elektra cuando levantó el vestido.

Ya te he dicho, mamá, que no quiero llevar vestido.

¿Qué clase de chica no quería llevar un vestido a una boda, especialmente a la boda de su propio hermano? Evangelina sabía la respuesta y estaba avergonzada. Para colmo, su hijo estaba a punto de casarse con una inglesa.

¿Qué he hecho mal?

El salmonete la miró con desconfianza.

* * *

Josef yacía muy quieto en el pequeño espacio que había creado entre el cubo de cebo y unas cajas de madera cuya finalidad ya desconocía. Su pie derecho estaba calzado con el mismo slip-on de cuero negro que había llevado durante veinte años; a pesar del enérgico pulido de Evangelina, profundas grietas delataban su edad. El pie izquierdo estaba desnudo, salvo por el extremo de un fino sedal encajado entre el dedo gordo y el segundo. Tenía el brazo izquierdo sobre el abdomen, la mano derecha apoyada en el borde de la caja más cercana y un sedal más grueso entre los dedos índice y corazón. Desde arriba, hubiera parecido que estaba clavado diagonalmente al mar. Si Josef lo hubiera sabido, se habría alegrado. No se le ocurría un lugar mejor para estar inmovilizado.

Josef cerró los ojos e imaginó aquella vida bajo el barco. Era lo mejor que podía hacer ahora. Bajo el barco, bajo el agua plácida cuya superficie tenía la viscosidad del aceite, la vida se movía con la precisión de una danza coreografiada. Un banco de sardinas se arremolinaba en un embudo oscuro, ancho bajo el casco del barco y estrechándose hasta un único punto, metros más abajo, emitiendo un destello fotográfico con cada rotación de sus cuerpos plateados. Los peces más grandes se lanzaban en picado, bordeando los bordes en busca de los pequeños, los débiles, los perezosos, y en las profundidades negras como la tinta, una raya se sumergía y se elevaba, se sumergía y se elevaba con grácil facilidad mientras rozaba el fondo arenoso.

Llevaba más de cincuenta años pescando, pero hacía treinta que no salía de la superficie del agua para adentrarse en aquel mundo. De joven, le había tocado recoger el sedal enganchado para su padre, y más raramente para su abuelo, que era el mejor pescador. Josef se sentía orgulloso de quitarse la camisa y, con la arrogancia de su juventud, exhibir sus músculos ante los hombres mayores.

"¡Eh, Duripi, nuestro Kikeru busca sirenas!", llamó Rusa, utilizando el nombre que le había dado a su nieto.

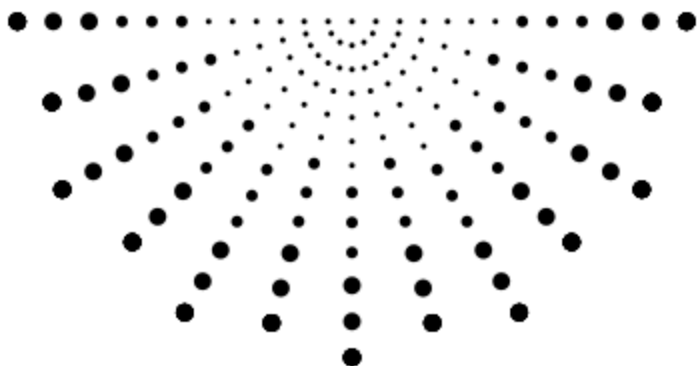
Siempre, Josef sintió que su arrogancia había estado fuera de lugar. No había envidia en sus ojos y, en cambio, el joven y fuerte Josef anhelaba ser ellos.

Ahora, el Josef mayor yacía en el mismo barco, pero no sentía nada de la paz de aquellos grandes hombres. Cómo echaba de menos el cuerpo de su juventud. Intentaba recordar, pero el actual que habitaba no podía relacionarse con articulaciones que no se engancharan en los bordes desgastados de sus propios huesos; no podía comprender un cuerpo que desafiaba y se burlaba de la gravedad. Pero el Josef juvenil no había desaparecido del todo. Veía el mundo a través de lentes debilitadas, pero recordaba su claridad y, donde su brazo yacía sobre su bajo vientre, el Josef juvenil yacía enroscado y alerta en su ingle. Pegado en diagonal al mar, calentado por el sol de la mañana y arrullado por el suave vaivén de la barca bajo su cuerpo, Josef sintió las agitaciones de la lujuria descuidadamente

disfrazada de pasión. Su mano se movió bajo el elástico de sus pantalones y se entregó al momento.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO DOS



TIEMPO PRESENTE

Delfi se tumbó boca arriba deseando que su cuerpo recibiera el día con entusiasmo. Su marido no estaría a su lado; lo sabía sin volverse. Estaría replanteando los tomates, buscando malas hierbas inexistentes, regando a mano, ¡a mano! Incluso su padre había visto el acierto de la manguera. Los párpados de Delfi se abrían y cerraban, se abrían y cerraban en un intento de aplastar el pensamiento de su padre con cada parpadeo. Intentó no pensar en el día en que Nikolas y ella lo habían sacado de la casa en la que había vivido toda su vida. Intentó no reproducir la expresión de desesperación y dolor en su rostro, normalmente plácido y amable. Él no dijo nada, sólo se volvió hacia la casa e inclinó la cabeza a modo de genuflexión.

La casa seguirá aquí, Baba, había dicho y había escuchado su propia desesperación. Te traeré de vuelta... cuando venga de visita.

De eso hacía ya tres años y Delfi sólo había visitado a su padre seis veces. En ninguna de esas ocasiones le había llevado a casa. Sabía por qué, y sabía que era egoísta, pero la idea de volver a entrar en la casa que aún conservaba las huellas físicas de su madre era demasiado para ella. Conocía cada joya, cada foto que su madre había enmarcado con esmero y cariño, los zapatos y vestidos que aún quedaban en el armario de la habitación de sus padres y el último par de zapatillas que aún estaban en posición de

recibir sus pies debajo de la cama. Pensó en la última vez que vio a su padre, sentado en su viejo sillón que había sido transportado de la casa familiar al dormitorio de la casa de su hermana. Estaba mirando por la ventana cuando llegó Delfi, y tardó un momento en darse cuenta de que ella estaba allí. Detrás de él, en el suelo, debajo de la cama, su maleta -antigua, pero casi nueva por falta de uso- estaba abierta y Delfi se sorprendió al ver que, aunque la había deshecho hacía dos años y medio, estaba llena de su ropa, como si se estuviera preparando para partir.

Delfi se movió en la cama. La energía que había intentado reunir para el día se había agotado en el colchón. La experiencia de tres años desviando sus pensamientos de su padre le permitió pasar a recuerdos más vivificantes. Pensó en su luna de miel en Atenas, en lo mucho que le había gustado la ciudad, incluso la posibilidad de que hubiera ladrones merodeando por los jardines de Plaka. La Acrópolis era magnífica, pero no la emocionaba tanto como los cafés, los restaurantes y las boutiques de diseño. Sin embargo, nada de esto se comparaba con el momento en que vio a Katerina Matsouka, que no lograba disimularse con el pañuelo de seda y las gafas de sol, siendo introducida en el estudio de televisión por sus acompañantes. Podría no ser ella", había dicho Nikolas, pero Delfi sabía que era ella; conocía a Katerina Matsouka como conocería a su madre, o a una hermana mayor si la hubiera tenido.

El tamborileo del agua procedente del grifo del jardín interrumpió sus pensamientos. Delfi imaginó a Nikolas inclinado sobre el grifo, con los dedos de una mano alrededor del grifo y la otra sosteniendo el peso de la lata de metal. No entendía cómo no se impacientaba ante un proceso tan lento. No entendía por qué no conectaba la manguera del jardín. De hecho, muchas cosas de su marido le resultaban incomprensibles.

Pensó de nuevo en su luna de miel. Ella había sugerido que fueran a Atenas, y recordaba muy bien la reacción de Nikolas. Supuso que su reticencia se debía a que se había marchado de allí sólo seis meses antes para volver a vivir con sus padres. Sabía muy poco de su estancia en la capital, aparte de que había vivido allí muchos años, primero como estudiante y luego como ingeniero en una empresa de mármol. Sabía que su trabajo había sido muy exigente y estresante y, según le había contado, por eso había vuelto a la isla

y a la taberna de Hestia. Pero Delfi también sabía que Nikolas estaba comprometido con una mujer inglesa llamada Linda. Aunque él se lo había contado, poco más sabía ella, salvo que no le había dejado más que una carta a modo de explicación. Lo que contenía la carta Nikolas no quiso decirlo. En una ocasión en que Delfi le presionó, él le tomó ambas manos entre las suyas y le dijo que no pensaba en Linda, y que ella tampoco debía hacerlo. Fue entonces cuando Delfi volvió a plantear la perspectiva de Atenas para su luna de miel. Nikolas aceptó. Por supuesto", había dicho mientras le apretaba suavemente las manos. Si es lo que realmente quieres".

Tumbada boca arriba en la cama, Delfi lanzó un largo suspiro al recordar. Adoraba a su marido y recordaba cómo, tras su primer encuentro en Skosias, había soñado con él noche tras noche y había pensado en él cada minuto de cada día, sintiendo que el corazón se le dilataba en el pecho. Nunca pensó que él aceptaría casarse con ella: era tan guapo, tan inteligente y sofisticado. ¿Por qué iba a quererla? Cuando su padre le dijo que Nikolas le había pedido permiso para proponerle matrimonio, Delfi se sumió durante semanas en un espacio irreal.

Pero eso había sido entonces, y la realidad de su vida de casada era otra. Si tuvieran la oportunidad de vivir su propia vida, lejos de la taberna, lejos de Josef y... no, no de Josef, sólo de Evangelina... pero Nikolas no se iría. Tenía dinero, ella lo sabía, pero a veces actuaba como si no lo tuviera. Era muy inteligente y estaba bien cualificado. ¿Por qué no se iba? Ella se lo preguntaba a menudo, pero no se lo preguntaba. En realidad, Delfi sabía muy poco de su marido, sólo lo que veía ahora: un hombre gentil y amable, muy, muy apuesto. A veces se imaginaba a Nikolas con el guardapolvo blanco de un médico, como Christos Hatsaglou. Katerina Matsouka se había enamorado de él en la última serie, pues Delfi aún conseguía ver su programa favorito, que se repetía por la noche. Katerina Matsouka se enamoraría de Nikolas; lo sabía. Esto sólo sería evidente para Delfi, que conocía cada matiz de la expresión facial de la actriz. Cuando Delfi pensaba en esto mientras veía el programa a altas horas de la noche, mientras Nikolas se preparaba para acostarse, le hacía el amor con más pasión.

Pero esta mañana, las fantasías no bastaban para levantarle el ánimo. Nikolas no era médico, ni actor, aunque a veces Delfi se lo preguntaba. En

lugar de eso, se afanaba en la tierra con los tomates, tal vez incluso enderezando una torcedura de su espalda. Y ella, Delfinia Kazan, no se despertaría con los aplausos de Atenas, sino que estaría pelando patatas en el fregadero bajo la atenta mirada de su suegra.

* * *

¿Qué quieres decir con que no te quiero lo suficiente? ¿Qué demonios significa eso?

Se hizo el silencio al otro lado del teléfono.

"Eso es... ¡dame el jodido trato del silencio!"

Mientras Elektra hablaba por teléfono, sabía que estaba sellando su destino, pero no podía parar.

"¿Cómo se llama? ¿Es la zorra con la que te vi la semana pasada? ¿La alemana? Dime que no es la alemana".

Podía oír el eco de su propia voz. Eugénie había colgado en algún momento de la diatriba y el sonido de su propia voz flotando en tierra de nadie era como una metáfora de su vida. Elektra fue a golpear el teléfono contra la encimera, pero sus dedos se doblaron en el último momento para recibir el impacto. Levantó la vista y vio su reflejo en el espejo. Sólo unos meses antes se había maravillado ante el resplandor del café reflejado allí y la chispa de vida en sus propios ojos. Esta vez era como si una red oscura la hubiera atrapado y asfixiado. La bravuconería de Elektra, la seguridad en sí misma que había confundido con su verdadero yo, habían desaparecido. En aquel espejo se vio tal y como sabía que era: una fracasada, una zorra, alguien a quien no quería.

Sus dedos volvieron a enroscarse alrededor del teléfono y su pulgar se posó sobre el número de Hestia. Quería -necesitaba- el amor serio de su madre.

Elektra deseaba que la regañaran, sentir el amor oculto en la ira de Evangelina y la sabiduría en sus indicaciones prácticas para su vida. Pero ese mismo pensamiento le sirvió para recordar lo incapaz que era de vivir su vida en sus propios términos. Incluso el orgullo que sentía por todo lo que había conseguido en el café-bar estaba arruinado por el hecho de que había sido un regalo de sus padres.

Elektra trató de respirar una respiración de yoga completa y fluida -en el abdomen, en el pecho, en la garganta-, pero en algún punto entre el pecho y la garganta su aliento se entrecortó en una dura roca de ira y dolor. Sus brazos se agitaron alrededor de su cuerpo como un calamar en una red y se agarró al mostrador para estabilizarse. En el espejo de detrás de la barra, su boca se entreabría y se cerraba, y sus ojos se abrieron de par en par por el miedo. El pecho se le hinchó y la roca de su pecho se fundió de rabia.

Elektra rugió, catapultando vitriolo al café. Una pequeña vibración recorrió la madera del mostrador bajo sus dedos. Los vasos tintinearón en un tintineo imperceptible, y dos pequeñas cucarachas se escabulleron bajo la puerta en dirección al mar.

* * *

Algo despertó a Evangelina. Ni un sonido, ni un problema sin resolver, sólo la sensación de que algo iba mal. Se quedó muy quieta esperando a que sonara el teléfono, ¿o ya había sonado? Se volvió hacia Josef, que estaba tumbado de lado, dándole la espalda. Su camisa de dormir estaba arrugada, dejando al descubierto la carne por encima de la línea de los calzoncillos. Con suavidad, Evangelina posó la palma de la mano sobre la piel aún joven de su espalda. Sintió que su respiración se ralentizaba, casi se detenía, y ella retiró lentamente la mano para dejarla descansar a su lado.

Arrastró el cuerpo hasta descansar de nuevo en la hondonada del colchón y se quedó mirando el techo. Aquí, de espaldas a Josef, le resultaba más fácil pensar con claridad. Habían pasado tres años desde la boda de Nikolas y

Delfinia; tres años de ocultar una terrible verdad sobre su marido. Evangelina permaneció inmóvil. Tenía experiencia en la gestión silenciosa de sus emociones. Su respiración se calmó y sus pensamientos volvieron a sus continuas conversaciones con María, la Madre de Cristo.

En la mente de Evangelina, se reunían a menudo, en diversos escenarios: la playa, su propio salón, a veces en casa de Hestia, rodeadas por el ruido de los clientes. Cada vez que se encontraban, las dos mujeres iban vestidas con la sencilla túnica y el velo de las mujeres del primer milenio de Oriente Próximo. Esta vez, en las imaginaciones de Evangelina mientras yacía en su cama, vestían ropas modernas y se reunían en una taberna diferente, lejos de la de Hestia, donde ellas, o al menos Evangelina, no serían reconocidas.

Sentadas en una mesa interior, Evangelina admiró el estilo de Mary: un sencillo vestido de verano que se ajustaba perfectamente a su hermoso cuerpo sin edad. La impecable piel de los brazos de Mary la hipnotizó y Evangelina tuvo que esforzarse por apartar la vista del escote en V del vestido. En esta ocasión, María llevaba una modesta raya de delineador de ojos que acentuaba sus ojos grandes y apenados. Aquel agrandamiento de la pena era como una invitación a compartir confidencias más íntimas. Evangelina se removió en su asiento como lo hacía en su cama.

María, Madre de Dios... Estás preciosa... Como cada día...".

Sólo "María", dijo la otra mujer. Sus ojos sonrieron y Evangelina se sorprendió al ver que se formaban pequeñas líneas en la suave piel que los rodeaba. "Ahora somos amigas, Evangelina".

Evangelina se atrevió a esperar que pudieran ser amigas, pero la confirmación de María la llenó de tal alegría que temió llorar.

María se recostó en la silla y apoyó las manos; Evangelina estaba segura de que las tendría suavemente entrelazadas en su regazo. Dime, ¿qué te pasa?

No era raro que Evangelina se desahogara con la Madre de Dios, pero normalmente María vestía la túnica tradicional. Aquella María contenida - sin cabello, sin más piel que su rostro y sus manos- ofrecía una guía y una paz mental que Evangelina estaba segura de que provenían directamente del

contacto de primera mano de María con Dios mismo. Esta María era una mujer terrenal, aunque su piel brillaba como iluminada desde dentro por una luz blanca y cálida. Si Evangelina no lo supiera, se imaginaría que María tenía sus propios problemas, y que lidiar con dos maridos sería un dilema peculiar. Evangelina echó un vistazo a las manos de María, que ahora estaban apoyadas en el borde de la mesa. No había alianza. Miró la suya. Se había arañado con el tiempo y ahora estaba entre los pliegues de su piel. Sintió un pequeño dolor detrás del esternón.

La idea de que esta María también pudiera tener problemas impulsó a Evangelina a hablar de los suyos, en particular del que, hasta el momento, no se había atrevido a mencionar.

"María", comenzó a decir, sintiendo un espasmo de angustia ante semejante familiaridad. Pero la mujer de enfrente sonrió y sus ojos la animaron a continuar. Mi marido...

¿Josef?

Evangelina sintió una ligera molestia, pero recordó que era una pregunta razonable para una mujer con dos maridos.

Sí, Josef.

Evangelina abrió los ojos y miró el cuerpo dormido de su marido. Se acurrucó en el colchón para sentirse cómoda antes de continuar y volvió a cerrarlos.

"Me ha sido infiel".

Ella lo había dicho. Tres años de dolor almacenado; la placa endurecida de dolor que se había instalado en las articulaciones grandes y pequeñas de su cuerpo comenzó su descomposición. Le ardía la cara de vergüenza y alivio. Se había confesado ante la mesa, ante los pequeños arañazos de su alianza, ante las uñas perfectas y sin pulir de la mujer de enfrente, y ahora alzaba los ojos para mirarla. ¿Eran lágrimas lo que veía acumularse en los párpados inferiores de aquellos ojos doloridos?

María levantó una mano de la mesa y apoyó la palma en el dorso de la mano de Evangelina, el calor fluyó hacia los músculos del brazo de Evangelina y directamente a su corazón.

Gracias", susurró María, "por contarme esto".

Evangelina clavó los ojos en los de María. Esperó palabras reconfortantes de apoyo, consejos, pero la Madre de Dios no dijo nada más, se sentó en su silla y sonrió, una sonrisa beatífica.

La confesión de Evangelina -pues así se sentía como esposa de Josef- flotaba en el aire entre ellas, pero como la otra mujer seguía sin decir nada, aquella confesión empezó a desmoronarse y a disolverse.

¿Quieres beber algo? dijo por fin Mary.

Mary no esperó su respuesta, sino que levantó un dedo largo y delgado para llamar la atención de la camarera.

Dos ouzos, por favor, dijo.

En un tiempo que pareció infinitesimal, los vasos estaban sobre la mesa. María cogió el suyo y lo adelantó. Evangelina, aún aturdida, hizo lo mismo.

"¿Te sientes mejor?", preguntó la inmortal esposa de Dios a la mujer de Josef... no, a la copropietaria de la Taberna de Hestia.

Evangelina consideró la pregunta por un momento. Sintió una fluidez en los miembros y un aleteo parecido a la alegría en el corazón y en el estómago. Sí", dijo conteniendo las ganas de reír.

Las dos mujeres levantaron sus copas y el tintineo de su encuentro resonó en toda la taberna.

Josef se despertó con el tintineo de las copas. Era un sonido que formaba timbales constantes en sus días en la taberna, por lo que era inusual que le despertara. Se giró, un lento y artrítico semicírculo en la cama. No esperaba encontrar allí a Evangelina a estas horas, pero algo le parecía diferente esta mañana; algo que se insinuaba en sus sueños: la mano de Evangelina descansando sobre la piel de su espalda.

Hubo otro tintineo; no se lo había imaginado, un traqueteo de cristales y el olor a tomates cocidos que ahora llegaba al dormitorio. Josef se tumbó boca arriba con miedo infantil y clavó los codos en el colchón para apoyarse en el cabezal acolchado de la cama. Sus calzoncillos se habían torcido en el movimiento, dejando su virilidad vulnerable bajo la sábana. Haciendo equilibrios sobre un codo, se apresuró a colocarlos en su sitio, enderezó el torso y ensanchó el pecho.

Un pie resbaladizo apareció en la base de la puerta del dormitorio y le dio un fuerte golpe. La puerta se abrió y apareció Evangelina con una bandeja a la altura del pecho. En un movimiento reflejo, Josef se subió un poco más la sábana sobre el pecho. Ella estaba vestida con su bata de casa y el cabello aún suelto le caía en ondas alrededor de la cara hasta los hombros. Esto provocó en Josef una excitación inesperada. Evangelina, cuyos agudos ojos no pasaban nada por alto, desvió la mirada de la cara de Josef al movimiento de la sábana sobre su entrepierna. En respuesta a su mirada, Josef subió aún más la sábana hacia su barbilla.

"Agápi...", carraspeó Josef, "¿por qué no estás en misa?".

Evangelina no se había movido, pero parecía insegura, como si luchara con sus pensamientos. Se recompuso y continuó hacia la cama colocando la bandeja, con un pequeño golpe, sobre la entrepierna de Josef.

"Me duele la cabeza", le dijo a la sábana.

El hecho de que Evangelina nunca estuviera enferma y pareciera más vigorosa que de costumbre esta mañana dejó su mentira colgando en el espacio entre ellos.

Quizás deberías descansar hoy... en la cama.

Sus ojos se alzaron hacia los de él, pero él no pudo leer lo que había detrás de ellos. El remordimiento, una emoción constante, le invadió como nunca antes lo había hecho, hasta que apenas pudo respirar. ¿Podría ella verlo? ¿Sabía lo que había hecho? El peso de la culpa le quitaba la energía de los brazos y del corazón.

"No es nada", dijo ella, "ya pasará".

Josef sintió una breve oleada de esperanza, pero recordó que ella sólo hablaba de su dolor de cabeza.

* * *

El tintineo de las copas le despertó de su ensueño. Detrás de la barra esperaba Anton, que seguía sosteniendo los vasos de cristal. Aunque Elektra le miraba, se sentía como atrapada en un espeso plasma. El exagerado carraspeo de su garganta rebotaba en la dura madera de la barra y llegaba a sus oídos como el estruendo de un tren. Intentó concentrarse, pero sus ojos parecían haber perdido su capacidad, como si se hubiera disuelto con sus lágrimas en la almohada cada noche.

Eugenia no iba a volver. Lo había dejado cada vez más claro en cada respuesta a las numerosas llamadas telefónicas de Elektra. Ahora Eugenia se limitaba a dejarle el buzón de voz. Pronto cambiaría de número y la perdería, quizá para siempre.

Apenas había soltado el teléfono, Elektra volvió a marcar. Eugenia no contestaría, lo sabía, pero Elektra sólo quería escuchar la grabación. Se la imaginó hablando de aquella manera tan desenfadada que tanto le gustaba. Recordó el día en que Eugenia había grabado el mensaje, cómo habían debatido si debía ser en francés, en griego o en ambos idiomas, y cómo se habían reído de cada intento por no sonar rebuscada. Elektra escuchó atentamente en busca de cualquier sonido de su antiguo yo feliz en el fondo.

Lo que desconcertó a Elektra fue que no lo había visto venir, aunque no era la primera vez que un amante la cogía por sorpresa. En retrospectiva, podría haberlo visto con los otros, pero no esta vez. Habían estado enamorados. Ella seguía enamorada. Elektra repasó, por enésima vez, la discusión cuando Eugenia le dijo que se había acabado. Se habían dicho, llorado y gritado muchas cosas, pero la acusación de Eugenia de que era demasiado controladora había sido la que más le había dolido, no porque fuera injusta, sino porque ya la había oído antes. Siempre lo había negado, se había indignado y enfadado, pero su argumento estaba perdiendo terreno.

Sus ojos se centraron en Anton. "¿Crees que tengo problemas de control?", dijo, sintiendo que sus ojos se entrecerraban para recibir la bofetada verbal.

Anton, que aún sostenía los vasos, los colocó de canto sobre la encimera, alisando los bordes de la toalla bajo ellos. No levantó la vista. ¿Seguiré teniendo trabajo si contesto?

Lo había dicho en voz baja, pero fue como un golpe de kárate en el plexo solar. Sus ojos se sintieron regañados por sus lágrimas, y ella sintió que lo miraba desde debajo del agua, su cuerpo distorsionado por la refracción de la luz. El espacio entre ellos era como un vacío en el que no se podía respirar.

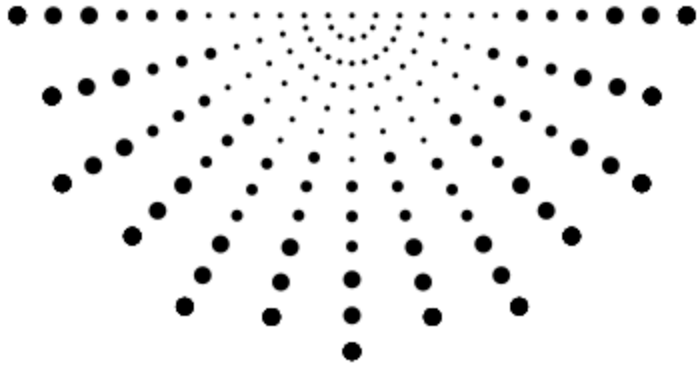
"De acuerdo", dijo ella, y oyó la fragilidad de su propia voz. Giró sobre sus talones y se dirigió a ciegas hacia la cocina.

¿Elektra?

Podía oír la ansiedad en la voz de Anton.

No pasa nada", dijo antes de que la puerta se cerrara tras ella. No pasa nada.

CAPÍTULO TRES



Nik, soy yo.

Nikolas hizo una pausa, preparándose para lo que vendría: un préstamo de dinero, un hombro sobre el que llorar. Tampoco es que fuera a negárselo a su hermana pequeña. A lo largo de los años había llorado a mares por teléfono, normalmente porque no la querían, ni los amantes, ni Evangelina, aunque dudaba que esta vez fuera esto último, ni el dinero. Sus padres la habían instalado en el café-bar y él sabía que le iba muy bien. Así que... no era el dinero, ni su madre... Será Eugenia, pensó.

¡Nik! ¿Estás ahí?

Sonaba lastimera, apagada. Él centró su atención.

Estoy aquí, Lek. ¿Qué te pasa?

¿Por qué siempre dices eso cuando te llamo?

Se rió. ¿Lo digo?

"Sí, cabrón. Lo dices".

Nikolas sonrió para sus adentros. Era la única persona en el mundo que podía llamarlo así.

Hizo una pausa antes de continuar. Eugenia se ha ido. Ya no había humor en su voz.

¿Estás bien?

No, ¿y por qué no pareces sorprendida?

No lo sé. No la conocía bien, Lek. ¿Quieres que suba?

Sí.

¿Lo saben mamá y Baba?

Nikolas oyó una respiración entrecortada y un gruñido bajo.

Todavía no.

Comprendía su reticencia. Su madre se pondría aún más tensa, a punto de estallar. Josef, en cambio, se encerraría aún más en sí mismo.

Este pensamiento sobre su padre molestaba a Nikolas. Josef siempre había sido una fuerza silenciosa, pero en los últimos años parecía retirarse de la familia. Tardó en reconocerlo, pero Nikolas veía a su padre en momentos de ensueño, con un dolor sordo en los ojos que había sustituido a la chispa juvenil. Se había preguntado si estaría enfermo o si estaría entrando en las primeras fases de la demencia. Había abordado cuidadosamente el tema con su madre, pero Evangelina se había encogido de hombros y lo había descartado con un gesto de la mano. Nikolas sospechaba que su padre no estaba enfermo, sino que sufría una profunda tristeza que él reconocía demasiado bien.

¿Nik? ¿Estás bien?

La pregunta lo sacudió momentáneamente y respondió con más cautela de la que pretendía. Sí, Lek... Lo siento... Llegaré dentro de una hora.

¿Puedes escaparte de casa de Hestia?

Oyó el alivio en su voz.

Sí. Hoy está cerrado, como sabes. De todos modos, tengo que recoger algunas provisiones. ¿Necesitas algo?

No. Anton lo tiene bajo control.

¿Nik?

¿Sí?

Gracias.

Se preguntaba cuántas veces habían terminado las conversaciones de esta manera, pero el sonido derrotado de la voz de su hermana le llegó, y Nikolas sintió la necesidad de compensar los muchos años en los que no había estado cerca.

Iré en cuanto pueda -dijo con una nota extra de tranquilidad. Nunca estaba seguro de lo que ella era capaz de hacer cuando se sentía así.



* * *

Nikolas era incapaz de abandonar la sensación de que una oscura sombra se cernía de nuevo sobre su vida. Durante los últimos tres años había pensado que podría evaporarse como la bruma matutina bajo el sol de Delfinia. Últimamente, había sentido que incluso su resplandor se apagaba, como si su oscuridad se extendiera como un contagio. Lo reconocía y lo temía. En su mente, el rostro de su joven esposa aparecía con todo el brillo del día de su boda. Recordó la agitación de emociones contradictorias que sintió cuando ella estuvo a su lado en el altar. Ella era una afirmación de todo lo que era inocente y bueno, pero su corazón estaba apesadumbrado. Pensó en su baile nupcial, en la mirada de esperanza de ella y en el peso de mantener viva esa esperanza. Sabía, avergonzado, que había querido tener a Linda en sus brazos en la pista de baile.

Nikolas también era consciente de algo más, algo que había captado su visión periférica. Redujo la velocidad hasta detenerse en el semáforo, sus dedos tamborileaban en el volante mientras se esforzaba por recordar, pero no había un recuerdo claro, sino más bien una sensación, remota y translúcida, que tenía algo que ver con su padre. El semáforo cambió y él se incorporó al tráfico. En su memoria, recorrió el pequeño salón que se había llenado de familiares y amigos, muchos de los cuales habían viajado a Skosias desde islas lejanas y desde el continente. Vio a su hermana bailando con desenfreno, agitando los brazos mientras rodeaba a la alta y llamativa Eugénie, que bailaba más discretamente, pero cuya risa parecía tomarla a ella misma por sorpresa. Nikolas recordó la mirada de amor que le dirigió a Elektra, mirada que fue correspondida por la novia que bailaba en sus brazos. Fue capaz de localizar a su madre. Con los labios pegados a la oreja de Delfi en respuesta a algo que ella había dicho, había visto a su madre observando a Elektra. La expresión de su rostro lo había sorprendido; no era fastidio, vergüenza o burla, sino amor y algo más. Evangelina había sido sorprendida en un momento desprevenido de nostalgia. Nikolas conocía la emoción porque él también la había sentido aquella noche: lo que había sido y lo que podría haber sido.

A lo largo de los tres años transcurridos desde aquella noche, había revivido ciertos acontecimientos de su boda, pero cuando se trataba de su padre, había un vacío. En la ceremonia en la iglesia, estaba sentado torpemente en primera fila con un traje nuevo y sin sombrero. Aunque Josef había parecido incómodo y cohibido, Nikolas se sorprendió de lo digno que parecía su padre y, con Evangelina a su lado, formaban una bonita pareja. Aquella noche, Nikolas vislumbró algo de su juventud. Recordaba haber visto a su padre al final de la noche, cuando él y Delfi fueron conducidos a la habitación de arriba de la taberna local que habían preparado para su primera noche juntos, pero no recordaba haberlo visto durante el baile nupcial. Nikolas no había pensado en esa ausencia de su padre en aquel momento, pero ahora le molestaba.

Entró en el almacén y saludó a Chris, el dueño, que ya tenía el pedido que Nikolas había hecho aquella mañana esperando en el muelle de carga. Aunque los dos hombres siempre mantenían una relación amistosa y

familiar, Chris no parecía estar de humor para charlas triviales, como solía ser habitual. Nikolas se sintió aliviado.

"Cherete antío", dijo cada uno, dándose una palmada en el brazo en un gesto de respeto mutuo al separarse.

Mientras reanudaba el camino hacia Elektra, Nikolas no volvió sobre sus pensamientos anteriores, pero dejaron una pequeña nube oscura que sabía que tendría que volver a visitar. El tráfico requería su atención, al igual que su hermana.

* * *

Una y otra vez, Delfi revivía los acontecimientos de su banquete de bodas. Esta mañana no era diferente. Mientras preparaba las mesas para el comercio del día siguiente, volvió a pensar en lo bonito que había quedado el saloncito aquella noche. ¿Quién iba a pensar que el pequeño y sencillo edificio que a veces se convertía en taberna en el centro de su pueblo natal podría transformarse tanto? Había sido una sorpresa total y maravillosa, una transformación milagrosa obra de las mujeres del pueblo, muchas de las cuales formaban parte de su extensa familia. Delfi sabía que lo habían hecho para compensar la ausencia de su propia madre, pero también para honrar su memoria. Lucy había sido un miembro amable pero muy querido de esta comunidad de mujeres y su muerte aún resonaba en el pueblo diez años después. Estas mujeres habían cosido su precioso vestido: una gasa blanca que caía al suelo en pliegues y un corpiño imperio de seda con joyas en forma de perlas cosidas a mano. Mientras colocaba un cuchillo y un tenedor sobre el mantel de cuadros de la taberna de Hestia, Delfi recordó cómo los cubiertos de su tía abuela reflejaban la luz de las velas con un cálido brillo. Estudió el tenedor que tenía en la mano y lo inclinó para captar la luz del exterior de la taberna, pero la luz de la mañana era fría y el tenedor, aunque limpio, estaba rayado y sin brillo.

Esta mañana, Delfi se sentía libre en ausencia de la mirada crítica de su suegra, ya que Nikolas había insistido en que sus padres pasaran algún tiempo en casa. Delfi se preguntó si él también se cansaba de las constantes críticas de su madre, aunque nunca iban dirigidas a su único hijo. Recordó que Evangelina la observaba en la boda, que estaba de pie al borde de la pista de baile, que la había contemplado en el momento en que Nikolas había acercado sus labios a su oído y le había susurrado que era hermosa. Evangelina había desviado la mirada en ese momento, fingiendo interés por los movimientos de baile salvajes y erráticos de Elektra.

Delfi colocó el tenedor sobre la mesa en ángulo oblicuo y dio un pequeño tirón al mantel al pasar al siguiente, sólo para descentrarlo. Llenó un plato con cristales de sal de una bolsita de plástico que llevaba en el bolsillo del delantal. En su propia mesa nupcial, habían sido cristales rosas a juego con el confeti rosa y plateado esparcido en la base de los jarrones que contenían rosas rosas de tallo largo. Aunque a Delfi no se le había permitido participar en la preparación del salón, había conocido parte de ella gracias a su prima Toula.

Deberías verlo, Delfi.

Toula había estado aún más animada que de costumbre. Aunque tenían la misma edad, habían nacido en la misma isla y su crianza había estado en manos colectivas de la comunidad de mujeres, había un mundo de diferencia entre las dos chicas. Un elemento que las unía era su deseo de abandonar la isla y convertirse en estrellas de cine en Atenas.

Aunque Delfi llevaba ese deseo en el corazón, dudaba de que llegara a materializarse. Sabía que su madre no lo habría querido para ella. Toula, en cambio, no tenía esas dudas y estaba impaciente por abandonar Skosias y probar suerte en la capital. Desde que Nikolas había llegado a su vida, Delfi se había sentido como si estuviera viviendo su fantasía. Revivía una y otra vez su baile nupcial, sintiendo aún cómo se le erizaba el vello de la nuca, sabiendo por fin cómo se sentía Katerina Matsouka en brazos de Christos Hatsaglou. Recordó cómo su vestido se arremolinaba con gracia mientras su marido la hacía girar, y vio las caras de los invitados al borde de la pista admirándola en su mejor momento, y cómo su padre sonreía y marcaba el compás con su bastón. En particular, buscó el rostro de su prima, para

deleitarse con el momento, un sueño compartido. Pero Delfi recordó que no podía encontrarla.

* * *

Evangelina estaba de pie junto a la ventana de la cocina, mirando a su marido escardar a gatas entre las parras de tomates y los tallos de anís. Las grandes hojas de las plantas de calabacín reflejaban la luz del sol en los charcos de agua que se habían acumulado durante la noche y casi camuflaban a Josef en sus pantalones de lona clara. A él le gustaría así, pensó Evangelina, desaparecer entre sus plantas. Sólo el pie izquierdo, que sobresalía del parterre, le delataba y ella podía ver la piel aún joven de la espinilla por encima de la línea del calcetín.

Josef salió del jardín de rodillas y, apoyándose en un tutor de tomates, apoyó su peso en un pie y luego en el otro en una genuflexión inversa. Nos hacemos viejos, murmuró Evangelina hacia la ventana. Pensó en el joven Josef en la playa el día que se conocieron. Desde su perspectiva en los bajíos, le había parecido más alto de lo que era, pero era delgado y viril, y aquella sonrisa... ayayay... aquella sonrisa.

Cuando Josef entró en la cocina, ella ya estaba de pie junto a la mesa. Toma", le dijo, llenó dos vasos de ouzo y deslizó uno delante de él. Siéntate". La expresión de confusión de él la irritó un poco. Del banco trajo palitos de pan salados y un pequeño cuenco de aceitunas. Josef se sentó obedientemente. A menudo había habido momentos de silencio entre ellos, sobre todo en los últimos tres años, pero ahora le retumbaba en los oídos. Ella se sentó frente a él, levantó su vaso y esperó a que él hiciera lo mismo. Él levantó el suyo e imitó su movimiento. Las copas se encontraron y sus miradas se cruzaron durante un breve instante. "Come", dijo ella y le acercó las aceitunas.

* * *

Josef se llevó el vaso a los labios y se detuvo antes de dar un sorbo. Estudió a su mujer mientras ella chupaba una aceituna cohibida, con los ojos fijos en el viejo reloj a su derecha, como si deseara que el segundero pusiera fin a aquel momento entre ellos. El comportamiento de su mujer esta mañana y ahora le confundía y le inquietaba. No era raro que ambos compartieran la comida, pero sólo con agua. Era muy raro que ella le llevara el desayuno a la cama. Normalmente, estaba listo para él en esta mesa, preparado en las primeras horas de la mañana antes de que Evangelina se fuera a misa.

Los sucesos de hoy indicaban algún tipo de cambio en su actitud hacia él y le hacían ser plenamente consciente de que, en los últimos tres años, no sólo había cambiado él. Josef conocía las razones de su retraimiento, pero suponía que Evangelina era como siempre había sido en los últimos cuarenta años, desde que sus ojos risueños y cariñosos se habían desviado de él hacia los niños, desde que las pruebas de la vida familiar y las exigencias de la taberna habían creado un tedio rítmico en sus días. Él había supuesto que ella no se había dado cuenta de esto, y cuánto le dolía, que su atención se dirigiera constantemente a todos y a todo menos a él, que no hubiera sospechado ni por un momento que él pudiera traicionarla.

Terminada la prueba, Josef volvió al jardín. Ansiaba desaparecer entre los altos tallos de las plantas de anís y tomate. Sus brazos se sentían débiles, así que incluso el más pequeño tirón de las malezas de tallo blando drenaba su energía. Al menos aquí abajo, entre los tallos, las minucias de hormigas y escarabajos le proporcionaban una compañía que le tranquilizaba. Avanzó arrastrando los pies, absorbió todo su cuerpo en el lecho del jardín y, en una parcela de tierra aún por plantar, se dejó caer sobre la espalda. Desde esta posición, el lienzo azul del cielo sólo se interrumpía en sus bordes, donde las suaves y plumosas hojas de anís se mecían a un ritmo errático. Josef arrancó una hoja inferior, la enrolló en una suave bola y se la puso en la lengua, el cálido confort de su sabor le asentó mejor que la esencia que acababa de compartir con su esposa. Con los ojos fijos en un cielo que Josef

creía que era realmente azul, ya que no tenía noción de la refracción de la luz, dejó que sus pensamientos fueran donde sabía que irían.

* * *

Evangelina había vuelto a la ventana de la cocina y observaba cómo las piernas de su marido desaparecían en el lecho del jardín. Sabía que él desearía acabar así sus días, morir bajo su propio dosel verde, o aún más, dar su último suspiro y deslizarse desde el costado de la barca hacia el mar. Lo imaginó despidiéndose de los plateados bancos de melanouri, imaginó la mirada cautelosa y cómplice de un oktapóthi que se ablandaba en señal de despedida, sin rencores. Deseó que el deseo de su marido fuera morir en sus brazos. Mientras observaba cómo las plantas se desplazaban para acogerlo, hizo un recuento mental de los que habían encontrado en sus brazos un lugar reconfortante para terminar sus días. Dentro de poco sería Sophie, pensó, porque aquella hija suya nunca llegaría a tiempo.

Evangelina pensó en los acontecimientos del día. Su decisión de renunciar a la misa la había sorprendido incluso a ella misma, pero María, la Madre de Dios, conocía sus razones y la comprendería. No obstante, Evangelina había intentado reprimir su sentimiento de culpa. Hacía más de cincuenta años que no faltaba a misa y sentía, de un modo peculiar, que estaba siendo infiel. Esperaba no estar trayendo más desgracias a sus vidas; las cosas se estaban estabilizando, al menos en la vida de sus hijos, aunque la visita de su hijo aquella mañana le había hecho dudar.

Cuando llevó la bandeja del desayuno a la puerta del dormitorio, tuvo que armarse de valor. Si Josef dormía, no sabía con qué voz despertarlo. No había tenido que despertar a su marido durante la mayor parte de las mañanas de su matrimonio, salvo en raras ocasiones de enfermedad. Normalmente, Josef estaba recogiendo la pesca mientras ella se dirigía a la taberna después de misa. El hecho de que no pudiera imaginarse la cara de su marido por la mañana la preocupó mientras permanecía en la puerta con la bandeja en las manos. Se dio cuenta de que probablemente había visto

más la cara del padre Apostopoulos cuando se levantó a trompicones de la cama para responder a su irritada llamada a las cinco y media de la mañana. El padre Apostopoulos era un hombre muy bueno y un digno embajador de Dios, pero desde la muerte de su esposa, dos años atrás, su predilección por el vino tinto con la cena y, sospechaba Evangelina, una o dos copas de oporto antes de acostarse, hacía que de vez en cuando se quedara dormido y llegara tarde a misa. Evangelina suspiró; el padre Apostopoulos era otra responsabilidad que a veces le pesaba.

Con esta exasperación sobre la naturaleza imperfecta y poco fiable de los hombres, Evangelina había pateado la puerta del dormitorio con un pie resbaladizo haciéndola volar hacia dentro. La mirada sorprendida de su marido satisfizo de momento su frustración, pero también fue consciente de la vulnerabilidad de Josef y de la piel blanca de sus hombros que la sábana no ocultaba. Evangelina sintió un pequeño revoloteo en el estómago, una versión encogida de lo que había sentido la primera vez que lo vio vadear el agua hacia ella y, de nuevo, el día de su boda y todos los días siguientes hasta que... no recordaba cuándo había empezado a disminuir. Tuvo que mantenerse firme por si el contenido de la bandeja delataba el traqueteo de su pulso. Cuando empezó a colocarla en el regazo de Josef, vio que la sábana se retorció y se hinchaba por debajo: el monstruo que se había interpuesto entre ellos.

Fuera, las plantas se asentaron y Evangelina imaginó a Josef tumbado boca arriba, con las rodillas dobladas y las manos juntas sobre el vientre. Aunque la visión de su erección matutina la había perturbado, había jugado con su mente y se sentía peculiar y extrañamente llena de energía.

Era raro que estuvieran juntos en casa por la mañana, pero Nikolas se estaba ocupando de los preparativos de la semana y había insistido en que descansaran. Les había asegurado que había suficiente pescado en el hielo. Evangelina no se sentía a gusto con un ritmo más lento a esas horas del día, ni con las horas que había que llenar con Josef en la casa, pero estaba demasiado inquieta para dedicar su atención a las tareas que podían hacerse. En sus oraciones, y en su activa vida mental, había resuelto que intentaría perdonar a su marido, pero descubrió que los gestos que había ofrecido hoy alteraban su equilibrio. ¿Se preguntaba si sería más fácil dejar que las cosas

siguieran como estaban? La mayoría de los días estaba lo suficientemente ocupada como para no notar la tensión que había entre ellos, aunque Evangelina suponía que esa tensión se debía únicamente a que ella se había alejado de él.

Si hubiera sabido lo que él estaba pensando, tumbado en la cama del jardín, podría haber pensado de otra manera.

* * *

Encima de él, los tallos de anís cabeceaban en una danza sincronizada. Josef pensó en lo que acababa de ocurrir entre ellos; Evangelina había apartado la cara de él para mirar el reloj, para escudriñar los bancos en busca de migas, la posibilidad de un derrame en el suelo que la obligara a saltar de la silla, pero se había quedado. Cuando ella bebió un sorbo del vaso, él pudo notar, por la flexión de la mejilla que miraba hacia él, que sufría el ouzo; para Evangelina sólo había sido medicinal.

Inclinó el brazo hacia atrás para quitarse una ramita que se le clavaba en la espalda e hizo una mueca de dolor cuando se le quejó el hombro. Mientras se adentraba más en la tierra, Josef se dio cuenta, y no por primera vez, de que no entendía a su mujer, de que tal vez no la conocía en absoluto. Hubo un tiempo en que pensó que eran uno solo, unidos por su amor y los hijos que de ellos nacieron. Incluso cuando el tedio de la vida amenazaba con separarlos, había asumido que no era posible, pero lo que hizo, ese único acto, lo había cambiado todo.

A lo largo de los años, Josef sólo había regresado a Skosias con su mujer un puñado de veces. Cuando Nikolas le había dicho que se casaría en la isla, había temido el día en que tendría que regresar. Josef se dio cuenta de que su hijo esperaba que se alegrara y abrazó a Nikolas, estrechándolo como si quisiera contener el hundimiento de su corazón en su propio pecho. Cuando se separaron, agarró a su hijo por los hombros y estuvo a punto de decir

algo: ¿un consejo, una advertencia? Maravilloso", dijo en su lugar, como haría cualquier buen padre.

Cuando cruzó las puertas del salón donde se había celebrado su propia recepción de boda, el recuerdo de su propia juventud se cernía a punto de abrumarle. Pero había trabajo que hacer. Evangelina había dado instrucciones a primera hora de la mañana, antes de ir a misa. Había que batir y marinar los oktapóthi, escamar y filetear los melanouri y volver a envasarlos en hielo fresco. Da instrucciones claras a los cocineros", les había dicho. No lo harán tan bien como tú". Su mujer había sonreído al decir esto y le había puesto la mano en el brazo. Desde que había vuelto a Skosias, se sentía más luminosa y ligera, a pesar de la organización autoimpuesta de los preparativos de la boda, pero cuando Josef le sugirió amablemente que no tenía que hacer tanto, su reacción fue inmediata.

"La niña no tiene madre. Es mi responsabilidad hacerlo".

Josef se encogió de hombros y lo aceptó. Sabía que a su futura nuera no le faltarían mujeres bienintencionadas del pueblo, muchas de ellas parientes suyas, para asegurarse de que su boda fuera lo más perfecta posible sin su propia madre.

En su interior, la cacofonía de esas mismas mujeres casi le abruma. A Josef le pareció que los ojos de cada una de ellas brillaban con un fuego interior y que el sencillo salón se transformaba como una proyección física de esa energía. Entre ellas, Josef pudo ver la espalda de su esposa. Aún se mantenía erguida, observó con orgullo, tan diferente a las otras mujeres, a veces más jóvenes. Por delante sabía que Evangelina llevaba el cabello cuidadosamente peinado, pero desde esta perspectiva podía ver que se había dado prisa esta mañana, sin duda emocionada. Un pequeño mechón rebelde dejaba ver unas raíces plateadas. Fue esto lo que hizo que su corazón se estremeciera de amor.

Evangelina gesticulaba en conversación con su prima segunda, la tía de Delfi. Todas eran mujeres volubles, incluida su esposa, pero compartían el vínculo de la familia, y al ver lo animada que se mostraba en su presencia, se sintió avergonzado de que a menudo la disuadiera de volver a visitarla.

Cuando Evangelina agitó la mano en el aire en medio de la conversación, Josef vio un destello cuando el sol que entraba por las ventanas recién pulidas golpeó su anillo de boda. Él le había colocado aquel anillo en el dedo en la iglesia que había al final de la calle, y cuando habían bailado, en esta misma sala, ella se lo había acercado a los ojos y le había dicho: "Ahora eres mía. Para siempre".

Josef había llorado en silencio, de alegría. Recordarlo le hizo llorar en silencio de nuevo.

Quizá podía culpar al traje de lo que había ocurrido aquella noche.

En cuanto se lo había puesto, el día de la boda, con Evangelina tirando, metiendo y chasqueando la lengua, había sentido que no era él mismo. Cuando ella insistió en que se viera en el largo espejo que había detrás de la puerta del dormitorio en casa de su primo, se estremeció al ver a su padre vestido para el entierro. Josef se quedó paralizado, pegado a la alfombra. Ella se había puesto a su lado con el vestido de lino azul oscuro que había cosido a mano, los ojos brillantes, y le había acariciado la mano con un afecto poco común. Pero Josef estaba impasible, como si su cuerpo hubiera muerto y sólo su mente vagara en la penumbra.

El recuerdo de Josef de la boda de su hijo no incluía el trayecto de la casa a la iglesia porque su mente se había desconectado de sus acciones físicas, pero cuando se sentó junto a su esposa en el primer banco, volvió a él con pasos dolorosos: recuerdos de su juventud y de la de Evangelina, de su pasión y esperanza en un futuro lleno de promesas.

Avergonzado de su propia autoindulgencia, se centró en Nikolas, de pie junto a la joven y hermosa Delfinia en el altar. Era su hijo pequeño, ahora un hombre, y Josef se maravilló de que él y Evangelina pudieran crear a alguien tan guapo, inteligente y respetuoso, y se maldijo por permitir que los caprichosos pensamientos de su propia juventud enturbiaran sus muchas bendiciones. Mientras Josef miraba con admiración a su hijo, lo que vio también le cogió por sorpresa. No se había dado cuenta antes de que el cabello de Nikolas empezaba a retroceder y se dio cuenta de que, a los cuarenta años, era mucho mayor de lo que Josef había sido el día de su boda. Pero lo que más le sorprendió e inquietó fue ver tristeza en los ojos de

su hijo. ¿Se debía a que Nikolas ya sentía los aires de la edad, del tiempo que se escapa? ¿Sabía ya que la muchacha que estaba a su lado le retiraría el deseo que ahora iluminaba sus ojos? Josef bajó los suyos y buscó la mano de su mujer, pero ésta no respondió. La sintió volverse hacia él y supo, sin mirarlo, que estaría confusa. Su mano volvió a su regazo.

Al otro lado del pasillo, también en el primer banco, estaban el padre de Delfinia, Manoli Kazan, y su hermana viuda, Hanna. A Josef le había impresionado el cambio que había experimentado Manoli desde la muerte de su esposa, diez años antes. Cuando lo había visto a la salida de la iglesia, Josef sintió gran lástima por él cuando le dio la mano de Delfi a Nikolas. Aunque estaba seguro de que Manoli se alegraría por su hija, él también la estaba perdiendo. En ese momento, Josef se dio cuenta de lo que significaba para Delfi dejar atrás a su padre y su isla.

Manoli había sido un hombre fuerte y viril en su juventud y hasta los sesenta años. Había tocado el acordeón y viajado con una pequeña banda a varias islas para tocar en bodas y festivales. Aunque era más de diez años mayor que Evangelina, Josef sospechaba que su esposa había estado enamorada de él, como muchas otras mujeres de la isla. Manoli no se había apresurado a pasar por el altar. Su resistencia al matrimonio había provocado muchas especulaciones sobre su estilo de vida como músico ambulante, alimentadas por la sospecha sobre el origen de Manoli: su madre era griega, pero su padre turco. Cuando Manoli regresó definitivamente a Skosias con cincuenta y dos años y se casó con Lucy, prima segunda de Evangelina, que sólo tenía veintiocho, los aldeanos se escandalizaron. Josef recordaba la indignación de Evangelina: "Es repugnante... mi primo es un tonto... se cansará de ella..." y así sucesivamente, aunque Josef había sospechado que, bajo todo ello, se escondía una serpiente de envidia que se desenrollaba.

A pesar de tales reservas, el matrimonio, al parecer, había sido feliz, aunque no por mucho tiempo. La muerte de Lucy durante el parto de un hijo que nació muerto fue un acontecimiento inesperado y catastrófico. Josef recordaba que su carácter afable y su amor por Manoli y su hija Delfinia eran evidentes para todos, y su muerte le confirmó que son los buenos los que mueren jóvenes. Josef había reflexionado a menudo sobre ello.

Evangelina lo sabía. Para ella, Dios se llevaba a los buenos como medida de su valor y del lugar especial que ocupaban en su corazón. Para Josef, era un cruel giro del destino. Si Dios existía, Josef no estaba tan seguro de que le gustara.

Tuvo que prepararse para las celebraciones que seguirían a la ceremonia matrimonial más tarde en el salón. Aunque había presenciado antes su transformación, no estaba preparado para el alcance que revelaba la suave luz del atardecer. Grandes velas rodeadas de altas rosas rosadas, confeti y sótanos de cristales de sal rosa brillaban en el centro de cada una de las veinte mesas. Evangelina no pudo contener un grito de sorpresa. Como madre del novio, había tenido que dejar a otros los preparativos finales del salón y esto no le había sentado bien, pero Josef pudo oír el placer en su jadeo.

Como el salón ya no se parecía al del día de su boda, Josef se sintonizó más con el momento que con el pasado. Evangelina le había dejado y estaba acompañando a los invitados a sus mesas. No tenía por qué hacerlo, pero Josef no iba a ser quien se lo dijera. Además, ella estaba radiante, y él se contentaba con disfrutar de su resplandor mientras durara. Se preguntaba si debería estar haciendo algo y, al quedarse solo asintiendo de vez en cuando a los aldeanos que reconoce, empieza a sentirse redundante. Nikolas y Delfinia aún no habían llegado y había poco que hacer. Josef se abrió paso entre las mesas apretadas, saludando a su paso, y se dirigió al exterior, a la parrilla instalada en el banquillo que se extendía desde las puertas dobles del lado oeste de la sala. El sol se ponía y proyectaba una luz carmesí dorada. Se reflejaba en las hojas de color lima de las vides que brotaban de los troncos nudosos que rodeaban las columnas. Por encima de él, los tallos se habían anudado a lo largo de los oxidados cables de vela que se esforzaban por sostenerlos y alrededor de ellos se entretejían ristras de pequeños globos. Más allá de la stoa, la pequeña colina sobre la que se asentaba el ayuntamiento se adentraba en un estrecho valle irregularmente bordeado de olivos. Incluso con la luz menguante, Josef podía ver el envés gris plateado de las hojas nuevas mientras una suave brisa acariciaba el olivar.

Había hombres de pie alrededor de la parrilla y la grasa de un gran espetón detrás de ellos se vaporizaba en nubes aromáticas al caer sobre las brasas. Josef conocía a algunos de aquellos hombres de otros tiempos, pero era un visitante irregular y, por lo general, había evitado verse envuelto en sus conversaciones. A pesar de que Evangelina le había dicho que supervisara la preparación de oktapóthi y melanouri, Josef la había ignorado. No es que no le gustaran aquellos hombres, sino que sentía que tenía poco de qué hablar. Su vida era sencilla, como la de ellos, pero éstos eran en gran medida hombres de tierra a pesar de vivir en una pequeña isla. Josef era un hombre de mar, y la historia de su isla y su propia herencia habían sido forjadas por una fuerza catastrófica cuya malevolencia aún bullía bajo la caldera de la isla. Esta historia, y el legado genético de un pueblo que sabía que en el fondo el hombre era mitad bestia, hacían que Josef se sintiera separado, no por arrogancia, sino simplemente porque nunca estaba seguro de la verdad que había detrás de las intenciones y los pensamientos de los demás; excepto de Evangelina. Sólo Evangelina.

El sonido de la excitación se filtró desde el salón y Josef adivinó que su hijo y su novia, el desventurado novio Orestes y Toula, habían llegado. En el mismo momento, Elektra surgió en lo alto de la escalera que bajaba hacia la colina inclinada hacia el valle. Josef esperaba ver a Eugenia detrás de ella, pero cuando su hija se acercó a él y le besó la mejilla, pudo oler el cigarrillo en su aliento.

"Lo sé... lo sé", dijo.

Hacía mucho tiempo que no fumaba un cigarrillo y Josef se estremeció al olerlo. No se lo digas a Eugenia, ¿vale?

De todos modos, Baba, ¿qué haces aquí? Elektra enlazó su brazo con el de él y comenzó a guiarlo hacia la puerta. Tu hijo y tu nuera te esperan".

Josef se preguntó si realmente había oído una nota de sarcasmo en la voz de su hija o si se lo había imaginado. Sabía que ella quería a su hermano, pero Josef se dio cuenta de que a su hijita nunca le llegaría un día así. Entonces se sintió triste por ella, pero si se lo confesaba a sí mismo, también se sintió un poco aliviado. Además, aunque aún no la conocía bien, Josef le tenía cariño a la francesa y sabía que era muy buena para su hija.

De mala gana, abandonó el aire fresco y el olor entremezclado de la carne chamuscada y permitió que Elektra lo condujera a su lugar designado como padre del novio. Su esposa ya estaba allí y le miró con el ceño fruncido cuando ocupó su lugar a su lado. Eugenia también estaba allí y dirigió una mirada similar a Elektra.

Hubo muchos aplausos y vítores cuando Nikolas, Delfinia y Toula, y Orestes entraron por la puerta oriental. El rostro de Delfinia se había sonrojado de un suave color rosado a juego con la decoración de la mesa y sus grandes y hermosos ojos captaban el reflejo de veinte velas. Josef se esforzaba por ver por encima de una mujer en tacones altos que tenía delante porque necesitaba ver la cara de su hijo. Nikolas sonreía ampliamente, pero la luz de las velas no se reflejaba en sus ojos y en el entrecejo se había formado un profundo surco. Josef sintió que un suspiro burbujeaba en su pecho y contuvo la respiración para sofocarlo. Se volvió hacia Evangelina. Su alegría había estirado los labios sobre los dientes y Josef oyó la risa de la que se había enamorado hacía más de cuarenta años.

Una vez concluidos los saludos de los recién casados, los invitados se instalaron rápidamente en sus mesas, aunque el volumen de la conversación se mantuvo y ahora fue acompañado por el exuberante rasgueo de un tocador de bouzouki. El efecto para Josef fue ensordecedor. Elektra y Eugenia hablaban y reían a su derecha, y su mujer, encantada con la compañía de familiares y viejos amigos, se había levantado, iba de mesa en mesa y hablaba con una animación que hacía tiempo que no veía. También Nikolas se movía por la sala saludando a los invitados con una facilidad que tranquilizó a Josef por el momento. Más allá de los asientos que Evangelina y él habían desocupado a su izquierda, Delfinia conversaba profundamente con Toula. Josef contempló con asombro a su nuera, lo joven e inocente que parecía, y admiró su fortaleza sabiendo que debía echar de menos a su madre en este día en particular. Era una buena chica, y él esperaba con impaciencia la vida que traería a la taberna, y la perspectiva de una nueva vida en forma de nietos.

Josef sólo había visto una vez a Linda, la "inglesa", como la llamaba Evangelina. Le había gustado, y también era guapa de una forma moderna y sofisticada. Aunque Josef sabía algo de inglés básico, su acento le resultaba

muy confuso, lo que limitaba sus posibilidades de conocerla. Evangelina no le gustaba, él lo sabía bien. Durante noches, después de que Nikolas anunciara su compromiso con Linda, había dado vueltas en la cama. Qué he hecho mal", se lamentaba. Josef pensaba que su mujer era injusta, porque la inglesa había sido amable y había hecho todo lo posible por comunicarse. Recordaba que tenía una sonrisa amable, y también la forma en que tomaba la mano de su hijo y le miraba a los ojos con amor. Cuando Nikolas volvió a casa unos meses después de aquel encuentro, delgado, pálido y anormalmente callado, y les dijo que no volvería a Atenas, Josef se quedó de piedra. Aunque Evangelina hacía todos los ruidos de una madre preocupada, entonces había dormido más profundamente. No mucho después visitó Skosias con él e hizo gestiones para conseguir la mano de Delfinia para su hijo. Que Nikolas no se opusiera nunca le pareció extraño a Josef, hasta ahora. Atrapado por el entusiasmo de Evangelina, no se había dado cuenta de que el acuerdo de su hijo para casarse con Delfinia bien podría haber sido una renuncia. El asombro ante su propia estupidez e ignorancia del estado emocional de su hijo le golpeó con una repentina perspicacia, y Josef comprendió ahora la tristeza que veía en sus ojos.

Aunque Josef siempre había pensado que Delfinia se parecía sobre todo a su madre, aquí, en la conversación con su prima, pudo ver cierto parecido mutuo con la parte de la familia de Manoli. Ambas compartían labios carnosos y sonrisas respingonas, pero por lo demás ahí acababa el parecido. Delfinia tenía una belleza natural, mientras que la otra llevaba demasiado maquillaje. A diferencia de la inocencia de ojos abiertos de su nuera, Toula tenía algo de astuta, aunque Josef se preguntó si no sería sólo porque los ojos de la muchacha eran pequeños y de párpados pesados, exagerados por su nariz sobredimensionada.

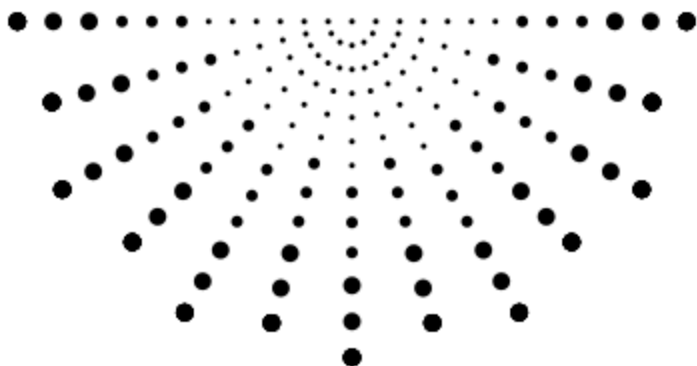
Estaban inmersos en una conversación. Delfinia estaba inclinada hacia dentro y, aunque su cuerpo estaba medio girado en dirección contraria a Josef, a éste le pareció que compartía una confidencia. Toula se inclinó para escuchar, pero sus ojos recorrieron la habitación hasta que se posaron en alguien interesante detrás de él. Había algo inquietante en aquella mirada que hizo que Josef se volviera. Detrás de él, Nikolas conversaba con un invitado. Josef se volvió cuando Toula y Delfinia se levantaron y se separaron.

Josef no estaba acostumbrado a permanecer mucho tiempo sentado y sus miembros se agarrotaron e inquietaron. Delfinia y Toula, Nikolas y Evangelina e incluso Manoli y su hermana Hanna le habían abandonado en la mesa y sólo Elektra y Eugenia seguían allí. Después de que varios invitados se hubieran acercado a presentar sus respetos al padre del novio, se levantó, se ajustó el cuello de la camisa que lo estrangulaba y se dirigió de nuevo a través de las puertas occidentales con el pretexto de echar un vistazo a la parrilla, por si Evangelina lo abordaba. Fuera respiró profundo, inhalando el aire ahumado que ahora tenía matices de sal y algas procedentes del mar, y suspiró aliviado por el volumen más suave de la charla y la música. Echó un rápido vistazo al asador y a la parrilla entre los cuerpos de los mismos hombres y calculó que le quedaban unos treinta minutos antes de tener que volver a entrar.

Josef se acercó a la barandilla cercana a la escalera, lejos de los hombres, y se apoyó en ella mirando hacia el vestíbulo. Las ristas de lucecitas a lo largo del cable de navegación estaban ahora iluminadas con un suave resplandor blanco. Varias cadenas de ellas habían sido clavadas en la pared exterior del edificio de forma desordenada y, al contemplarlas, vio imitaciones de las constelaciones que le guiaban cuando pescaba Calamares. Aunque el efecto era hermoso, añoraba la dura comodidad de su barco, perderse en un tintero tachonado de gemas arriba y un brillo fosforescente de vida abajo.

Hubo una súbita pausa en la música del interior y el sonido de la voz de alguien que hacía un anuncio entrecortado. Los hombres de la parrilla también se detuvieron a escuchar. En ese momento de relativa tranquilidad, Josef oyó algo suave, casi cómo un maullido de un gato bajo cubierta. Miró por encima de la barandilla y vio a una mujer, o a una niña, pues era difícil distinguirlo en la oscuridad, sentada en un banco que se había colocado para dominar el olivar del valle. Josef se esforzó por distinguirla en la penumbra, pero al hacerlo se dio cuenta de que estaba llorando.

CAPÍTULO CUATRO



Evangelina necesitaba seguir con su día, pero era incapaz de despegarse de la ventana. Había poco movimiento en el jardín ahora que su marido estaba totalmente inmerso. Sentada frente a él en la mesa, las palabras que habían intentado formarse durante tres años se descongestionaron con sorbos de ouzo. El recuerdo de lo ocurrido aquella noche se aferraba a sí mismo en un nudo viscoso.

La boda de su hijo había sido un regalo de Dios. Cuando Nikolas había vuelto a casa con aquella mujer inglesa con la que pensaba casarse, ella se había quedado desconsolada. La chica era arrogante y, evidentemente, no estaba interesada en aprender el idioma de su futuro marido. Evangelina estaba convencida de que menospreciaba a la familia y no veía la hora de llevarse a Nikolas de vuelta a Atenas. Atrás quedaban los sueños de nietos que se acurrucaran en su regazo, que la acompañaran a misa cuando tuvieran edad suficiente, que la cuidaran en su vejez. En su lugar, su conexión con ella se diluiría, al igual que su sangre. Noche tras noche, había pedido a la Madre de Dios que intercediera, y las cuentas de sus oraciones empezaron a formarle un callo en el pulgar. De mala gana, empezó a coser trajes de novia, consciente de que sus habilidades como modista no serían adecuadas para una boda ateniense. Cuando Elektra se burló del vestido que le había confeccionado, fue casi la gota que colmó el vaso. Evangelina estuvo a punto de negarse a asistir.

El día en que Nikolas volvió a casa, sólo unos meses después, y le dijo que se había acabado, apenas pudo contener su alegría. Esa noche, dio gracias a Theotókos por su intercesión y prometió que asistiría a misa dos veces al día durante al menos una semana y que viajaría a Skosias lo antes posible para conseguir la mano de Delfinia, nacida en la fiesta de la Asunción, con el consentimiento de su hijo, por supuesto.

Evangelina había disfrutado del momento mientras veía a su hijo ir de mesa en mesa saludando a familiares, amigos y parientes, a algunos de los cuales apenas conocía. Qué guapo es, pensó mientras su corazón se hinchaba de orgullo. Estaba claro que era el hombre más guapo de la sala, y también el más educado.

La boda había superado sus expectativas y eso la sorprendió porque, según su experiencia, era raro que los sueños se correspondieran con la realidad, y nunca se habían superado. Incluso el día de su boda, aunque perfecto en muchos sentidos, se vio empañado por el hecho de saber que iba a dejar a su madre y a su padre, no sólo para irse a otra casa, sino a otra isla, a dos horas de distancia en el viejo transbordador que se movía entre islas vecinas con un horario irregular.

Lo único malo de este día fue que a Evangelina le irritó que Nikolas no quisiera un padrino de boda. Ella se lo había preguntado, pero él se había limitado a responder: "No, Mana mou. Es mi deseo". Conocía a su hijo, cuando se decidía por algo, eso era todo. Era así de pequeño y nunca había cambiado, pero también era esa cualidad, creía ella, la que le había permitido sobresalir en la escuela, obtener una beca y convertirse en ingeniero de una gran empresa internacional. Ella se había alegrado de que él hubiera elegido establecerse en Atenas y no en alguna ciudad lejana, aunque, a decir verdad, rara vez volvió a casa en sus veinte años allí, y cuando conoció a aquella inglesa, lo vieron aún menos. Sin embargo, en el tema del padrino, Evangelina no cedía a sus deseos. La víspera de la ceremonia, había pedido a Orestes, el hijo de su prima Voula, que estuviera junto a Nikolas en el altar y que, con Toula, intercambiara las coronas sobre las cabezas de su hijo y de Delfinia. Orestes se había quedado perplejo, pero sabía que no debía discutir y, al final, Nikolas se había limitado a enarcar las cejas mirando a su madre, pero había accedido.

Evangelina también se había preguntado por qué no había invitado a ninguno de sus amigos de Atenas a la boda, pero se alegró igualmente de que no lo hubiera hecho. Había conocido a algunos de ellos en sus viajes a la capital cuando Nikolas estudiaba allí y se había sentido fuera de lugar en el sofisticado mundo que habitaba su hijo. Ahora, mientras observaba la sala iluminada por las velas, se preguntaba si perdería su encanto si la viera a través de sus ojos. Miró más de cerca y se dio cuenta de los hilos sueltos en los bordes bordados de los manteles y de las formas irregulares en la pared creadas por el yeso caído que se había pintado apresuradamente los días anteriores. La invadió entonces una melancolía desconocida, la certeza de que la fantasía creada aquella noche no se cumpliría en la realidad.

En sus pensamientos, Evangelina era la joven que había soñado con ser cantante y viajar con Manoli y su compañía a otras islas. Miró a Manoli en la mesa hablando con su hermana Hanna y recordó lo viril que había sido, cómo había parecido tan sofisticado y entendido y la había convencido de que podría tener un futuro brillante como cantante. Evangelina fantaseaba con cómo habría sido esa vida, pero se lo guardaba en el corazón porque sabía que deshonraría a sus padres.

Cuando conoció a Josef, abandonó ese sueño, porque él se convirtió en el nuevo. Josef y los niños eran todo lo que ella quería. Desde su posición en el lado opuesto de la sala, podía verle en la mesa. Estaba incómodo, lo notaba por la forma en que se movía en su asiento y su mano volvía a la garganta con el deseo de aflojarse la corbata y abrocharse el medallón en su cadena alrededor del cuello. Recordó cómo, en este mismo salón, ella había bailado en sus brazos y su futuro estaba abierto y parecía infinito en posibilidades. Ella le había cantado aquella noche, al oído, palabras de una canción de amor olvidada hacía tiempo.

Evangelina buscó a sus hijos pensando en cómo había cantado las canciones de cuna de su infancia en sus mullidas cabezas mientras los acunaba. El cabello de Nikolas está retrocediendo, se dio cuenta con asombro; ya se está haciendo viejo. Elektra estaba sentada a la mesa con su amiga. Se había negado a ponerse el vestido que Evangelina había pasado horas cosiendo hasta altas horas de la noche. En su lugar, iba vestida con un traje, casi de hombre, y sostenía la mano de la amiga sobre la mesa, donde los demás

podían verla. Frente a ellas, el objeto ahora de todas sus esperanzas era Delfinia, que conversaba profundamente con su prima. Su nuera era robusta, y aquellas caderas permitirían que sus nietos nacieran con facilidad, pensó con placer. Consideró a la otra muchacha que, por tradición y junto con Orestes, se convertiría en la madrina del primer nieto de Evangelina. Parece una pórni con su maquillaje y su pintalabios rojo brillante, pensó, volviendo a la realidad.

Al bouzouki se le había unido una joven de voz aguda y cadenciosa que cantaba canciones tradicionales y otras más modernas. Evangelina la observó por un momento, reviviendo su sueño de juventud, pero enseguida volvió a centrarse en asuntos más prácticos. Recorrió la sala en busca de alguien que pudiera necesitar algo: una bebida, una conversación, más pan para acompañar el hummus y el aceite. En particular, se fijó en los invitados de más edad, muchos de ellos emparentados con ella de un modo u otro, aunque ya quedaban pocos de la generación de sus padres. Allí estaba Spiro, el hermano menor de su padre. Se alegró de que se pareciera tan poco a su padre. Cómo deseaba que estuviera aquí esta noche para bailar con ella como lo habían hecho en su propia boda. Evangelina recordaba demasiado bien la pena que le producía pensar que nunca más volvería a salir con él en la barca, ni a tirar de la red para pescar y llegar a casa con la pesca diaria para su madre, que siempre llevaba puesto el delantal y se limpiaba las manos en los bordes, y que estaría en la puerta de la cocina para recibirlos. A la izquierda de Spiro estaba su tía Dorothea, la hermana mayor de su madre. Era una mujer fuerte y franca, a diferencia de su hermana, que había sido gentil y amable. Evangelina casi podía volver a sentir el tacto de la mano de su madre en la cara y cómo la mimó el día de su boda con Josef, haciéndole prometer que volvería a Skosias cada dos meses. Evangelina lo había prometido y había sido fiel a su palabra, aunque no sabía que sólo vería a su madre dos veces más. Como la pequeña de la familia, Evangelina era mimada y adorada. Sólo dos de sus tres hermanos y dos hermanas seguían vivos. Vivían en otras islas y estaban demasiado enfermos para viajar a Skosias para la boda.

Su prima Angelina, rodeada de varios otros miembros de su familia, le hizo señas para que se acercara y ella se enfrascó en una conversación hasta que fueron interrumpidos por una pausa en la música y un anuncio del tío de

Delfinia, Theos, quien, pensó Evangelina, parecía haber asumido el papel de maestro de ceremonias y a quien le gustaba el sonido de su propia voz. Anunció que era hora de bailar el Kalamatianó. Evangelina fue tomada por sorpresa y se dio cuenta de que el orden de los acontecimientos de la velada estaba totalmente fuera de su alcance.

Los novios también parecían sorprendidos. Delfinia había interrumpido su conversación con Toula, que parecía haber desaparecido, y Nikolas, abriéndose paso desde una mesa trasera, se reunió con ella en el espacio que se había conservado para bailar delante de la banda. Cuando se abrazaron, una ovación recorrió la sala. Las sillas rozaban las viejas tablas del suelo mientras los invitados se preparaban para formar círculos para el baile. Evangelina buscó con la mirada a Josef, pero lo había perdido de vista cuando todos, excepto los más ancianos, se pusieron en pie. Angelina le rodeaba la cintura con el brazo y la conducía hacia la pista de baile. Olvidando a Josef por el momento, Evangelina aplaudió mientras su hijo y su novia empezaban a bailar, abrazados. Otros se apresuraron a seguirlos, entre ellos Elektra, que casi arrastró a Eugenia a la pista e inmediatamente se lanzaron a un baile moderno, con los brazos de Elektra agitándose a su alrededor. Evangelina se habría enfadado, pero la alegría en el rostro de su hija le ablandó el corazón, y había algo en los ojos de Eugenia que la conmovió profundamente: era una mirada de amor y, si Evangelina no lo sabía mejor, la mirada de una niña que había perdido a su madre. Se formaron círculos y se estrecharon las manos, Elektra fue domada y Evangelina quedó absorta en el momento.

Después de dos canciones y todavía atada a su círculo, miró a los demás en busca de Josef, pero no pudo verlo. Le encantaba bailar, pero no le gustaban las multitudes; no era excusa, pensó con creciente irritación. Incluso el artrítico Manoli se había unido al baile y Evangelina se sintió conmovida al ver que se formaba una sonrisa en su rostro, todavía apuesto. No bailaba, sino que estaba de pie en el borde, golpeando el suelo con su bastón. Hanna no estaba con él y Evangelina se preguntó cómo estaría sobrellevando la noche tras la reciente muerte de su propio marido. Delfinia y Nikolas estaban ahora en círculos separados y aunque él estaba bailando, Evangelina pensó que a su hijo le habría venido bien un poco de la energía de su hermana. Delfinia, por su parte, estaba sonrojada de placer y bailaba

libremente con sus amigos, aunque aquella chica, Toula, no estaba entre ellos.

Molesta ahora por la ausencia de su marido, Evangelina lo buscó en el único lugar donde era probable que estuviera. Al atravesar las puertas occidentales, respiró profundamente el aire nocturno. El aroma del mar, de los aceites de lavanda y romero que se habían evaporado con el calor del día, del carbón y de la grasa que goteaba, la transportó a sus años de infancia en la isla y la nostalgia casi la abrumó. Evangelina pensó en Hestia. Aunque en la playa no crecía lavanda ni romero, el aire salado era una constante, al igual que el penetrante olor del marisco fresco y de los viejos aceites de pescado que se filtraban en las tablas de la barca que arrastraban hasta la orilla tras la captura matutina. Y había sonidos, como el del mar que se filtraba por los guijarros de basalto de la playa y el de los canarios de Josef que trinaban en las jaulas sobre la parrilla.

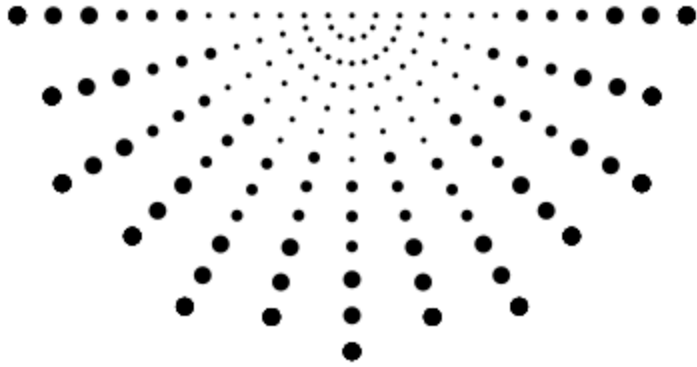
Había cuatro hombres que ella conocía de vista en el asador, preparando las carnes para trincar, y dos emplatando oktapóthi y kalamári en un lado de la parrilla y haciendo brochetas en el otro. Uno de los hombres se fijó en ella e hizo un gesto con la cabeza hacia la barandilla del otro extremo de la stoa, pero eso la confundió porque no había ni rastro de Josef. Se acercó a la barandilla, miró hacia el oscuro valle y distinguió el olivar del viejo Daniel, donde solía jugar de niña con su hija, Harmonía. Harmonía había asistido a la boda, pero era muy distinta de la niña que escalaba los árboles delante de ella y la desafiaba a trepar a las ramas más lejanas. Ya estaba tan encorvada y enjuta que tendría suerte si escalara un pez, pensó Evangelina.

En la tenue luz que le proporcionaban las ristas de globos, Evangelina apenas podía distinguir que había dos personas justo debajo de ella y, al esforzar su atención, pudo oír el murmullo de una voz masculina y el de una femenina en una respuesta suave y entrecortada. Se acercó al segundo peldaño de la escalera para ver mejor y lo que Evangelina vio entonces la hizo tambalearse. Levantó la mano para agarrarse a la barandilla y se estabilizó antes de girar sobre sus talones y caminar junto a los hombres de vuelta al vestíbulo.

Tres años después, en la ventana de su cocina, en otra isla, Evangelina se apoyó en el fregadero y deseó que su marido se absorbiera en la tierra.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO CINCO



Nada más entrar en Sapphoss, Nikolas supo que las cosas no iban bien. Había una veintena de clientes o más, lo cual era bueno para esta hora del día, pero el ambiente estaba apagado: nada del habitual jazz contemporáneo que Elektra adoraba sonando por los altavoces, ni rastro de su hermana y su risa contagiosa cuando se movía de mesa en mesa. Anton estaba en la barra llenando las tazas de café alineadas frente a él. Saludó a Nikolas con una rápida inclinación de cabeza mientras se acercaba a la barra con dos tazas llenas en cada mano. Nikolas se dispuso a ayudarlo, pero Anton sonrió e hizo un gesto con la cabeza hacia la habitación del fondo.

"Allí me ayudarías más", susurró con una pequeña sonrisa. "Gracias".

Nikolas tomó aire y se dirigió a la parte trasera, sonriendo a los clientes mientras avanzaba.

Encontró a su hermana sentada en una caja volcada, de espaldas a él, mirando la pared. Tenía el teléfono en el regazo y Nikolas se preguntó si habría estado sentada así desde que había llamado hacía más de una hora.

Lek.

Ella no se giró inmediatamente, pero él vio que sus hombros se tensaban. "Nik", le dijo a la pared. Su voz era suave y temblorosa.

Nikolas se abrió paso entre cajas y cajones y se colocó frente a ella. Tenía los ojos cerrados, pero los párpados y las mejillas estaban moteados de rojo y blanco. Ella abrió los ojos por etapas, dolorosamente, le pareció a él. Se puso en cuclillas junto a ella, le rodeó la espalda con el brazo y le inclinó la cabeza hacia el hombro.

"Joder, Nik", dijo ella con un sollozo tan lastimero y perdido que el corazón de él sintió que también estaba a punto de romperse. Respiró profundo. Reconocía aquel dolor. Con la otra mano le acercó la cabeza, le besó la piel húmeda de la frente y apoyó la cabeza en la suya. Permanecieron así, sin hablar, hasta que Elektra por fin se despertó. Giró el cuerpo para mirarle.

Gracias -dijo, cogiéndole las manos con las suyas.

Nikolas le soltó una mano y tiró de una caja. Le devolvió la mano a la palma. Elektra parecía dibujada pero infantil. Pensó en su despreocupado y animado baile en su boda y resolvió que nunca volvería a sentirse irritado por su energía. Si tan sólo mostrara algo de ella ahora.

Lek, tienes que ser fuerte...

En serio. Ella le miraba ahora fijamente y Nikolas pensó que las motas doradas de sus ojos descargaban una chispa. Presintió lo que se avecinaba.

Eso dice el chico que volvió corriendo a casa con mamá y papá cuando le rompieron el corazón".

Nikolas envió un suspiro a sus vísceras. No seas así.

¿Así? Ahora tenía los ojos muy abiertos, tensando las almohadas hinchadas de piel que había debajo. Le quitó las manos de encima para enderezar la espalda y se apartó el flequillo de la frente de los ojos.

Aunque era más joven que él, conseguía hacerle sentir como un niño inquieto. Su anterior decisión de ser paciente con ella ya estaba siendo puesta a prueba.

¿Por qué somos tan malos en las relaciones, Nik? Parecía sorprendida por su propia pregunta.

Las palabras le dolieron más de lo debido. Elektra se desplomó e inclinó la cabeza.

Lo siento... no quería sacar el tema... soy tan zorra... queriendo que te duela, como yo.

Lek. Nikolas podía oír la inestabilidad en su propia voz. Había tocado un nervio.

"¿Sabes algo de ella?" La pregunta de Elektra lo sacudió, y sintió como si sus pensamientos hubieran quedado al descubierto.

"No, ¿por qué iba a saberlo?", dijo, tratando de serenarse.

Ella volvió a tomarle la mano y le acarició el dorso con los dedos. "Nik, estás hablando conmigo". Se inclinó sobre la caja para besarle la frente.

"Tenía que consolarte", dijo.

"Lo has hecho. Es bueno saber que no soy el único bastardo".

"Entonces... ¿qué pasó?", dijo él desviando su comentario.

Elektra inspiró profundamente y soltó un suspiro. Nada. Bueno... nada en particular. Al menos a mí no me lo pareció. Me dijo que tenía que irse a París unas semanas a visitar a un primo o algo así...".

¿Y no le creíste?

Elektra hizo una pausa y Nikolas pudo ver cómo la duda nublaba su rostro.

"Bueno, esa es la cuestión. No tengo motivos para dudar de ella, pero...".

Pero no estarías allí para estar segura.

Sí.

Lek.

Lo sé, lo sé.

Ella le dio la espalda. Él pudo ver cómo se le coloreaba la piel mientras hablaba con la pared. "Pero ni siquiera me deja disculparme".

Nikolas estudió el perfil de su hermana. El escenario le resultaba familiar, pero ella parecía más magullada, más humilde que las otras veces que le había ocurrido con otros amantes. En ese momento supo que su hermana estaba realmente enamorada, quizá por primera vez en su vida. Ahora estaba aún más preocupado por ella. ¿Qué puedes hacer?

Ella lo miró y él sintió pánico al verla a los ojos. No lo sé. Creo que se acabó". Bajó la barbilla hacia el pecho.

¿Dónde está Eugenia ahora?

París, creo.

¿Qué quieres hacer?

Elektra levantó la vista y habló a un punto más allá de su hombro. Sé que no quiero estar aquí.

¡Lek! ¿Qué quieres decir?

Tenía los ojos vidriosos; parecía incapaz de hablar y a él le recordó otra ocasión en la que estuvo así y cómo estuvo a punto de acabar.

Lek", sintió que sus ojos se clavaban en ella, deseando que le mirara y hablara.

Ella parpadeó lentamente, sin dejar de hablar con la pared: "Sólo necesito un descanso".

Se preguntó si estaba tratando de disuadirlo. ¿Sólo quería decir eso? Nikolas buscó una pista en el rostro de su hermana.

"Está bien", dijo. Sus pensamientos daban vueltas. ¿Cómo? ¿Qué harías?

"Ir a París", dijo ella, mirándole directamente.

¿París? El alivio lo invadió, pero fue rápidamente sustituido por preocupaciones más prácticas. Pero, ¿cómo?

Elektra se removió en el asiento. Nik, ¿me cuidarías aquí? ¿Durante unas semanas?

Se sorprendió. Era lo último que quería hacer y, en algún rincón de su mente, sentía que pondría en peligro... algo de lo que no podía estar seguro. Su reacción inmediata fue decir que no, pero se recordó a sí mismo por qué estaba aquí y lo asustado que estaba por su hermana hacía sólo unos minutos.

Pero mamá y papá...

"Estarán bien. Se las arreglaron sin ti durante años, Nik, mientras tú estabas fuera haciendo tu vida. Además, Hestias cerrará pronto por el invierno".

¿Y Delfi?

Irá contigo, naturalmente. Sería bueno que esa chica tuviera un poco más de experiencia vital. Dios sabe que le vendría bien".

No...

No quiero decir nada, Nik. Es inocente y la quiero como a una hermana. Pero es demasiado buena para ti, capullo egoísta". Lo dijo con un poco de guasa, pero Nikolas sabía la verdad, expresada como siempre en la honestidad brutal de su hermana.

"¿Y Anton?", dijo.

Oh, él podría llevarlo bien. No hay problema, salvo que va a una boda familiar en Niza. Nik... hermano mayor..." Los párpados de Elektra estaban encapuchados, como si hubieran perdido la energía para subir o bajar. Detrás de ellos había una pequeña chispa de esperanza.

Nikolas sabía que estaba atrapado. Safo no estaba en Atenas, pero sí en la capital de la isla. Antes habría prosperado en un ritmo urbano, ahora representaba aspectos de su propia naturaleza e historia que preferiría olvidar. Había encontrado algo de paz durante los últimos tres años, en el extremo más tranquilo de la isla, pero no del todo, todavía no.

¿Nik?

Podía oír la desesperación en su voz. Desvió la mirada.

Sólo serán unas semanas", dijo ella en voz baja.

Él vaciló, queriendo contener las palabras. "Déjame... pensarlo".

¿Qué otra cosa podía hacer?

* * *

¿En serio... París? Delfi sintió una oleada de asombro y envidia. Su cuñada era la persona más chic que conocía. Desde el primer día que conoció a Elektra, Delfi quiso ser como ella, aunque quizá un poco menos extravagante. Si Delfi pudiera ser una mezcla de la sofisticación y sensualidad de Katerina Matsouka y la energía y elegancia de Elektra, sería perfecta y, tal vez, su marido no desearía a nadie más que a ella. "¿Y la de Safo?".

Nikolas se aclaró la garganta. Delfi esperó.

Quiere que me encargue de ella mientras esté fuera".

¿En serio? Delfi sabía que se estaba repitiendo, pero las noticias de su marido no dejaban de sorprenderla. No estaba segura de lo que pensaba de ésta.

¿Y yo qué? Podía oír el quejido en su propia voz. ¿Y tus padres? ¿La taberna?

"Lo sé. Cuando se lo conté a mamá esta mañana..."

A Delfi le hervía la sangre. ¡Se lo dijiste a tu madre! ¿Antes que a mí? Debió de decirlo en voz alta, porque Nikolas hizo una mueca de dolor.

Sí -dijo llevándose un dedo a los labios. Estaban sentados en una de las mesas de la parte delantera de la taberna. Evangelina estaba en el almacén y Josef en la parrilla. Sólo quería asegurarme de que podían arreglárselas".

Delfi se puso furiosa, pero consiguió serenarse. ¿Y?

Aunque pronto cerraremos para el invierno, ya sabes lo mucho que hay que hacer aquí... y estoy un poco preocupada por papá".

Delfi abrió los puños al oír hablar de su suegro. Ella también se había dado cuenta de que Josef iba más despacio. Físicamente parecía estar bien, pero Delfi le veía a menudo mirando al mar con expresión melancólica. Al verlo, se sentía triste por Josef, pero también porque le recordaba a su propio padre. En los años posteriores a la muerte de su esposa, Delfi lo encontraba a menudo mirando por la puerta trasera del huerto. Sabía lo que estaba recordando porque ella también lo recordaba: su madre, con su vestido azul y naranja favorito pero desteñido que había comprado en Atenas muchos años antes, asomada al huerto y murmurando a sus queridas plantas.

¿Delfi?

Nikolas le había cogido la mano. Su pulgar amasó suavemente su piel.

"Aún no me has dicho lo que voy a hacer", dijo ella.

Le soltó la mano y se sentó en la silla. "Lo que sea mejor". Lo dijo con calma, pero con un deje de sorpresa ante la posibilidad de que ella pensara otra cosa.

Delfi supo entonces lo que quería decir. No voy a quedarme aquí... ¡con ellos!

De nuevo bajo la mesa, sus manos se apretaban y se soltaban salvajemente. Sentía cómo se le tensaban los músculos de los hombros, el cuello y la mandíbula, como si todo su cuerpo estuviera a punto de saltar por encima de la mesa. Intentó dominarlo, pero tras sus pensamientos sobre su padre, le entraron ganas de rabiar de dolor y de culpa por haberle dejado sólo para estar pelando patatas en otra isla con una familia que no era la suya. En ese momento, odió a su marido.

"Lo que sea mejor", dijo ella, retorciendo las palabras entre sus dientes apretados. Te diré qué es lo mejor". Hizo una pausa, tratando de ordenar sus pensamientos, sin saber qué era lo que quería decir. Yo me encargo del café y tú te quedas aquí". Lo había dicho con un dramático movimiento del cabello. No sabía por qué lo había hecho, pero en cuanto pronunció las palabras, sintió una gran liberación.

La respuesta inmediata de Nikolas fue una carcajada que se escapó demasiado deprisa, pero que murió a la misma velocidad en el espacio que los separaba. Querida", dijo, "eso no es posible".

Delfi no supo qué responder. A punto de ceder ante una idea tan estúpida, se contuvo para reflexionar sobre lo que estaba sintiendo. Se preguntó cómo reaccionaría su actriz favorita si ella se encontrara en esa situación tan inverosímil.

"Nikolas... querido", dijo, cogiéndole la mano. Delfi bajó los párpados hasta la mitad y se movió un poco en su asiento para que el material de su blusa se estirara en los botones que cruzaban su pecho. Vio que su marido la miraba y sintió una oleada de poder. Tiene sentido que lo haga yo". Adiestrada durante mucho tiempo en el arte de la seducción por la estrella de la televisión, Delfi se inclinó hacia delante sobre sus caderas manteniendo la columna vertebral erguida. Metió el abdomen y sacó la caja torácica, ladeó ligeramente la cabeza y esperó la respuesta de su marido. Sus ojos, con los párpados entrecerrados para disimular su incertidumbre, no se apartaban de los de él.

"Pero tú no tienes experiencia, mi amor".

Delfi notó que su tono había cambiado. Era más suave y se prestaba a la negociación. "Aprendo rápido", dijo y se sorprendió de lo mucho que se parecía a la actriz en su faceta más seductora.

Su marido sonrió y Delfi pudo percibir su lujuria.

Sí, aprendes rápido -dijo en voz baja-, pero no puedes estar allí sin mí, y uno de los dos tiene que estar aquí".

Delfi sintió que se le escapaba el poder. Recordó entonces el momento - famoso en la larga historia de la serie- en que Katerina Matsouka desafió al socio mayoritario del bufete que no la tenía en cuenta para un ascenso. En buena parte porque ella había puesto fin a su romance cuando descubrió que su mujer no tenía una enfermedad terminal, como él le había dicho, sino que simplemente tardaba en recuperarse de una histerectomía. Delfi dio un largo suspiro. ¿Has dicho que no puedo?

Nikolas se incorporó y le sostuvo la mirada.

Así es, Delfi. Lo he dicho.

* * *

"Inhala prana uno, dos, tres, cuatro... exhala uno, dos, tres, cuatro..."

Tumbada boca arriba con los ojos cerrados, Elektra siguió las instrucciones con tenaz determinación para expulsar la tensión con la exhalación. Ojalá fuera tan fácil, pensó, mientras hiper expandía el abdomen y el pecho con una "respiración pura". Esta tarde, la tranquila voz de Swami la ponía nerviosa y el vocabulario del yoga le provocaba más tensión que liberación.

Sus ojos se abrieron de golpe cuando sintió una suave palmada en los brazos que tenía bien cruzados sobre el pecho, pero respondió con una pequeña inclinación de cabeza a Swami, que los desplegó suavemente y los

colocó, con las palmas hacia arriba, sobre la esterilla de yoga. A continuación, movió los pies de Elektra, juntó los talones y dio unos golpecitos en los dedos para indicar que debían caer hacia fuera. Elektra escrutó a Swami desde tan cerca. No era tan joven como su físico y flexibilidad sugerían y Elektra tomó nota mental de que debía persistir en el yoga con un poco más de dedicación.

Al soltarse en la esterilla, sintió que su pecho se expandía, pero sin sus brazos para protegerlo, se sentía demasiado abierta y vulnerable. Intentó concentrarse en la respiración, pero su cuerpo empezó a temblar y estuvo tan a punto de convulsionarse que tuvo que ponerse de lado y llevarse las rodillas al pecho. Allí, en posición fetal, lloró sobre su esterilla de yoga.

Elektra abandonó la clase sintiéndose ligera pero débil y avergonzada tras la "escena", a pesar del valiente intento de Swami por calmarla. El aire frío de la noche la golpeó como la bofetada que sentía que se merecía mientras caminaba de regreso al apartamento que había compartido con Eugénie durante los últimos tres años. Las hojas, arrancadas de los árboles que bordeaban la calle por un repentino vendaval durante el día, ensuciaban el camino. Elektra, sometida por la violenta liberación de sus lágrimas, las pisó suavemente, creyendo ver elementos de sí misma en sus jirones de muerte.

Se acercó al café-bar desde el lado opuesto de la calle y se detuvo a observarlo. Las persianas negras estaban cerradas y la cadena de luces apagada. Normalmente, Eugenia se encargaría de ello esa noche de la semana, en la que insistía en que Elektra tuviera libre para ir a yoga. Anton se había ofrecido a sustituirla esta noche, pero la única respuesta de Elektra había sido sacudir la cabeza. Desde su punto de vista, el café-bar parecía un agujero negro entre la joyería iluminada de un lado y la galería de arte del otro. Vio cómo dos hombres, cogidos del brazo, se detenían ante la puerta de madera dura con cerrojo. Uno de ellos se separó para apoyar la cabeza en la ventana buscando vida en el interior. Se volvió hacia el otro y se encogió de hombros. Volvieron a enlazar los brazos y continuaron. Así es. No hay vida dentro, pensó Elektra.

Siguió caminando, mirándose los pies por si se cruzaba con gente conocida. A pesar de haberse sentido mortificada por haber llorado durante la clase de

yoga, sintió algo de calma y quiso aferrarse a ella, aunque fuera brevemente. Pero al entrar en la callejuela, sus pensamientos volvieron al día en que Eugenia y ella se conocieron.

Había estado sentada en un cajón de pescador contemplando el salmonete que aleteaba en el cubo tras otra discusión con su madre. Encerrada en sus propios pensamientos -de frustración y parálisis vital- no se había dado cuenta de la persona que se acercaba por su derecha.

Disculpe.

Elektra se giró al oír la inflexión francesa y vio a una mujer alta, de más o menos su edad, con ojos grandes, oscuros y compungidos, que se inclinaba hacia ella por la cintura. "Siento mucho molestarla". La chica parpadeaba, pero a Elektra le pareció que lo hacía a cámara lenta. Las gruesas pestañas oscuras que cubrían los párpados superiores le acariciaban los ojos como abanicos de plumas.

Elektra, que seguía sometida por su enfrentamiento con Evangelina, pero que ahora estaba hipnotizada, tuvo dificultades para responder.

"¿Puedes enseñarme el Estudio Gita?", insistió la chica.

Los pensamientos de Elektra se agitaban ante la belleza de la chica y la suavidad de su griego imperfecto. Se fijó en la esterilla enrollada y la botella de agua atadas a la base de su pequeña mochila.

"Yoga", dijo la chica a modo de explicación.

"Sí", dijo Elektra al oír el quiebre en su propia voz. Se aclaró la garganta. Señaló la pequeña hilera de tiendas al final de los acantilados y más allá de la excavación minoica.

La chica parecía desconcertada.

"Has venido por el camino equivocado", dijo Elektra, ralentizando el ritmo de su discurso.

La chica miró el reloj y se encogió de hombros en un gesto que parecía de derrota.

¿Demasiado tarde?

"Oui". Se había enderezado y estaba de pie, con las manos en las caderas, mirando más allá de Elektra, hacia la carretera. Un pequeño ceño se frunció entre sus gruesas y arqueadas cejas. Llevaba una camiseta blanca que apenas disimulaba su pecho sin sujetador. Sus pechos eran pequeños y sus brazos, largos y bronceados, tonificados, aunque no musculosos. Los pantalones cortos caqui le llegaban hasta la mitad de los muslos y

Elektra observó una marca de nacimiento de color vino de Oporto en la cara interna del muslo que sobresalía por debajo de la tela. Al verlo, Elektra sintió una súbita excitación.

"Es una pena", dijo, sintiendo la necesidad de retenerla allí más tiempo. "Quizá haya otra clase". Elektra intentó parecer informada, pero el yoga no le había interesado lo más mínimo, aunque de repente deseó que así fuera. Conocía el estudio que había al final de la calle, pero sólo porque su exterior de color azafrán y su letrero con un destacado símbolo hindú eran difíciles de pasar por alto. Elektra había pensado que todo aquello era una patraña.

La chica se desabrochó la correa de la cintura e inclinó el cuerpo para que la mochila se deslizara hasta la arena. Cuando se puso en cuclillas sobre los talones para abrirla, Elektra vio cómo sus pantalones cortos se deslizaban por sus muslos. La marca de nacimiento era claramente visible, en forma de daga de encaje con el extremo de la "hoja" apuntando hacia la ingle. Elektra gimió para sus adentros.

"Toma", dijo la chica, mostrando triunfante una hoja de papel, un folleto. Lo desdobló y, mientras leía, se sentó con un suave golpe en el suelo. Elektra, que seguía sentada en el cajón, se sintió extrañamente dislocada del espacio y del tiempo y se quedó mirando al pescador que vadeaba el mar.

En cambio, la chica parecía relajada. "¿Tu amiga?", dijo.

Elektra se volvió hacia ella y se dio cuenta de que su cabello oscuro no era corto como había pensado, sino que estaba recogido al azar con una cinta. Si se lo soltaba, pensó Elektra, le caería hasta los hombros. Se obligó a hablar. ¿Perdona?

"Ahí fuera", la chica señaló con la cabeza al pescador.

Elektra casi resopla de risa ante la idea. "No... definitivamente no". Se levantó de la caja y se sentó en el suelo junto a la chica, extendiendo la mano para recibir el folleto. La chica se lo pasó y, ahora que estaba a la altura de Elektra, sonrió tímidamente.

"De acuerdo", dijo Elektra haciéndose cargo, "veamos". Echó un vistazo al horario de clases del estudio de yoga y buscó su teléfono en el bolsillo trasero del pantalón. Miró la hora. Hay otra sesión dentro de dos horas", dijo, observando que había clases diurnas y nocturnas. Se lo devolvió.

La chica lo guarda en su mochila y parece sumida en sus pensamientos. "¿Qué haces durante dos horas?", preguntó.

Elektra, resignada a pensar que la chica se marcharía, se quedó atónita. Nada", respondió, arrepintiéndose de inmediato de lo poco convincente que sonaba su vida. En realidad, la necesitaban en casa de Hestia y su interior empezó a agarrotarse al pensar en la ira de su madre. La chica había sonreído al oír su respuesta y el corazón de Elektra latía con fuerza en sus oídos. A la mierda, pensó. ¿Qué te gustaría hacer?

Saber cómo te llamas". La chica había levantado las rodillas y las había rodeado con los brazos, cambiando de posición en el suelo. Soy Eugenia".

Elektra.

Hola, Elektra. Eugenia sonrió. ¿Qué hay que hacer?

Elektra nunca había oído pronunciar su nombre con tanta belleza, tan suavemente, como si sus vocales estuvieran hechas de aire. Reflexionó sobre la pregunta. Me temo que no mucho, al menos en este extremo de la isla, excepto pasear por la playa...".

Eugenia se quedó pensativa. O podríamos sentarnos aquí... y hablar".

Elektra agradeció no tener que moverse, pues no creía que pudiera hacerlo. Sus piernas, recogidas bajo ella en lo que comprendió que era un torpe intento de postura de yoga con las piernas cruzadas, se habían entumecido, al igual que su mente.

Tus ojos", dijo Eugenia, "son... inusuales... hermosos... esos...".

"Motas, chispas". Elektra había notado el pequeño rubor rosado en el cuello y la cara de Eugenia. De ahí viene mi nombre. Parece que nací con ellas".

Ah, oui, ya veo.

¿Y tú? ¿Qué significa tu nombre?

Eugenia se rió. "Pensé que lo sabrías. Es griego".

¿En serio? Elektra no lo había oído nunca, pero recordaba la versión más dura de su primo, Eugenio.

"Significa noble... bien nacido".

Qué bien le sienta su nombre, pensó Elektra. Había algo regio en Eugénie, aunque Elektra no podía identificar por qué pensaba así. Por otra parte, la mayor parte del tiempo Elektra pensaba que todos los demás estaban en un peldaño más alto de la vida que ella. Por mucho que aspirara a elevar sus miras, su historia estaba plagada de errores estúpidos y malas elecciones. Elektra creía que no la querían. No era un pensamiento consciente, pero estaba tan bien entretejido en el tejido de su ser que no había hilos sueltos que el amor de verdad pudiera desenredar.

"Qué bien", dijo, girando el cuerpo para mirar a la chica. ¿Eres de Francia?

De París. En París hay de todo, pero... a veces demasiado. Es bueno no tener nada que hacer, ¿no?

"Oh, si yo tuviera demasiado que hacer, pensó Elektra. Supongo que sí", dijo.

¿Vienes a este estudio? Eugenia estaba inclinada hacia ella, atenta a la respuesta.

Elektra suspiró para sus adentros. Si esta chica supiera lo poco que soportaba todo lo que olera a filosofía New Age. No, todavía no. He estado demasiado ocupada. Pero me gustaría...

"¡Ven conmigo hoy! Los ojos de Eugenia se agrandaron y brillaron con la idea.

No puedo... yo...

Pero hoy tienes tiempo, ¿no?

"Sí, tengo tiempo... pero no la ropa adecuada".

Eugenia se rió mientras observaba a Elektra. Camiseta... pantalones cortos... ¡perfecto!

A pesar de su resistencia, Elektra se sintió reconfortada al pensar que tenía una excusa, de hecho, una invitación, para pasar las próximas horas con aquella hermosa desconocida. Por supuesto, pensó, se desanimará cuando vea lo descoordinada que soy. Pero Elektra también se sintió tranquila en presencia de la otra chica y se preguntó si el yoga podría ser precisamente lo que necesitaba.

Durante los siguientes noventa minutos, Elektra se enteró de muchas cosas sobre la vida de Eugénie: la dinámica de su familia, su deseo de convertirse en profesora de yoga en lugar de académica de filosofía como su padre. Al parecer, esta decisión no fue bien recibida por sus padres. Eugenia habló con modestia al reconocer que había destacado en la universidad y que le habían concedido un codiciado premio por su tesis doctoral sobre una cuestión filosófica que Elektra no podía entender, a pesar de preguntar por ella tres veces. Eugenia se había reído de ello, no con sorna, sino con aprecio por la escasa relevancia que su tesis tenía para la vida cotidiana. Elektra no quiso sugerir que el yoga podría ser igual de irrelevante.

Elektra podría haberla escuchado, oír su suave voz, contemplar las expresiones que se formaban y disolvían en su rostro, durante horas. Pero Eugenia quería saber todo lo posible sobre ella. Al principio, no sabía por dónde empezar. No porque su vida fuera tan rica, tan ajetreada, sino todo lo contrario. Desde que abandonó la escuela a los quince años, había viajado a Londres y a Nueva York, todo financiado por sus padres. Se había enamorado muchas veces y le habían roto el corazón otras tantas. Había trabajado de camarera y de camarera, había sido friegaplatos, ayudante de tatuador y, brevemente, malabarista en un circo ambulante. Nada de eso había importado, porque aquí estaba, viviendo con sus padres en el extremo más atrasado de la isla, cuya única ventaja era ser un importante destino turístico. Eso, al menos, a veces le hacía ver el mundo.

La versión que estaba a punto de contarle a Eugenia estaba aguada, para corresponder al efecto diluido que todo aquello había tenido en ella, pero, con algunas suaves e inteligentes indicaciones, lo contó tal cual, y se sintió extrañamente animada como resultado.

"Lo que oigo", dijo Eugenia al final, "es un profundo... descontento, ¿no?".

Elektra se quedó en silencio, digiriendo esto. Podía sentir cómo se le formaban pesados nubarrones en las tripas, que le subían hasta el pecho.

Ne", susurró a las pequeñas piedras de basalto que había entre ellos. Tragó con fuerza, obligando a la emoción a volver a sus vísceras. Esto es patético, pensó, incapaz de mirar a Eugenia a los ojos por si lo que veía allí era lástima.

Elektra...

Ahí estaba de nuevo, su nombre flotando en la brisa.

¿Sí? Cuando levantó la vista, Eugenia sonreía, no con lástima, sino con empatía. Puso la palma de la mano en el dorso de la mano de Elektra, que había estado moviendo las piedras distraídamente entre ellas.

Elektra se quedó paralizada. Siente lástima por mí, pensó y se maldijo por su debilidad. Ahora se irá.

¿Por qué no vienes conmigo al estudio de yoga? Eugénie retiró la mano y sostuvo el folleto delante de ella. Dice... clases informales, todos bienvenidos.

A Elektra le pareció de repente la mejor invitación del mundo. ¿Y qué si aquella chica sólo se preocupaba por su bienestar desde una perspectiva yóguica? ¿A quién le importaba? Que Eugenia no se hubiera levantado y marchado era un alivio. Que pudiera pasar un par de horas más con ella, era un regalo.

El humor de Elektra sufrió un repentino bajón. Había salido de casa de Hestia sin la cartera y, desde luego, no quería volver allí ahora. Sabía que su madre mancharía ese momento y se esfumaría para siempre.

Eugenia seguía mirando el folleto. Miró a Elektra con una amplia sonrisa. Y la primera clase es gratis. Esto nos viene bien a las dos, ¿no?

Cuando Elektra abrió la puerta del apartamento, pudo oír el pitido del contestador automático. En la cocina, tiró el bolso y la esterilla de yoga a un lado y se golpeó el pie con la esquina del banco de la isla al saltar hacia delante y darle al play. Se sentó pesadamente en el taburete de la barra y se cuidó el dedo del pie mientras el contestador repetía su preludio, y entonces oyó, suave y frágil: "Espero que estés bien".

Elektra esperó más, pero no hubo nada. Soltó el pie y volvió a darle al play, escuchando atentamente. Lo escuchó por tercera vez, buscando en las palabras la intención de Eugenia. ¿Había una nota de perdón? ¿De bondad? ¿De amor, o simplemente de preocupación por cómo estaba afrontando otra ruptura? ¿Por qué el contestador y no el móvil de Elektra? Aunque Eugenia habría sabido que estaba en yoga. Elektra se bajó del taburete y buscó su bolso. No había ningún mensaje en su teléfono. Probó con el número de Eugenia, pero fue directamente a la bandeja de mensajes. Volvió a escuchar la voz de su amante, con el pulgar sobre las teclas mientras decidía qué escribir.

Nunca estaré bien sin ti.

* * *

"París". Delfi se lo susurró a la patata mientras golpeaba su piel. Estaba asombrada de la capacidad de su cuñada para hacer algo tan escandaloso. Abandonar el café-bar en busca de su amante era tan romántico, aunque su amante fuera una mujer.

Delfi recordó cuando Nikolas le había explicado su relación. Se había quedado estupefacta, sin duda, pero lo había ignorado como si nada, como si tuviera experiencia en el mundo y estuviera acostumbrada a esas cosas. Por supuesto, no lo estaba, y Nikolas también lo sabía. Recordó que sonreía, que le había rodeado el hombro con el brazo, atrayéndola hacia sí y besándola en la frente.

Había visto a Eugénie pocas veces desde su boda con Nikolas, y le gustaba. La francesa era tranquila y hermosa, de una manera elegante. Delfi veía lo que Elektra veía en ella, pero no estaba segura de lo que Eugenia veía en Elektra. Su cuñada era fogosa, chillona y habría sido sencilla de no ser por sus increíbles ojos con chispas doradas. Delfi también se preguntaba, en la intimidad de su mente, cómo lo hacían; incluso las había imaginado mentalmente en un escenario así, aunque no acababa de entender la logística. Cuando sintió un estremecimiento en la ingle, cortó el pensamiento por miedo. Eso la molestó durante días, pero su miedo y su curiosidad desaparecieron. Su marido era un amante maravilloso. Aunque su experiencia le molestaba, cuando se lo imaginaba haciendo el amor con otra mujer, sentía una poderosa oleada de lujuria... a menos que fuera con Linda.

Cada vez que Delfi pensaba en Linda sentía que sus intestinos se agarrataban. No había ninguna causa racional para ello. Al fin y al cabo, se decía a sí misma, ella, Delfi, era la mujer de Nikolas y Linda no era más que la ex prometida. Pero en la mente de Delfi, aquella mujer a la que nunca había conocido, de la que ni siquiera había visto una fotografía, se convirtió en una presencia y una amenaza constantes. Si su marido hablara

de Linda, de su vida en Atenas y de la ruptura, la mujer podría evaporarse. Pero él se resistía, se encogía de hombros cuando Delfi sacaba el tema. El resultado fue que a Linda se le dio más importancia y ésta se volvió maligna.

La sombra de Evangelina, proyectada por la luz matinal que entraba por la fachada de la taberna, se proyectaba sobre la pared encalada frente a Delfi. El encuentro de la pared y el techo en un arco irregular hizo que la sombra de la cabeza de Evangelina pareciera enorme en proporción al resto de su cuerpo. La mujer real era como un punto enfático al final del signo de exclamación de su sombra.

"No hay suficientes patatas". La voz de Evangelina atravesó el aire entre ellas. Tienes que ser más rápida".

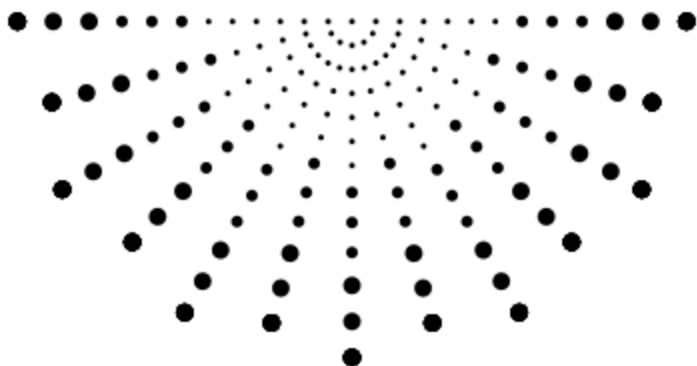
Delfi suspiró. Todas las mañanas era lo mismo. Si fuera la dueña de Hestias sería amable con su personal, pero no demasiado por si se aprovechaban. Aunque su experiencia vital había sido limitada hasta el momento, Delfi sabía que así era con la gente. En Skosias, los ancianos eran los que más se aprovechaban, incluso más que los jóvenes. Delfi sintió que sus pensamientos se dirigían hacia su padre.

"Ne, Mitéra", dijo, "seré más rápida".

Cuando Evangelina regresó a su cuarto de trabajo, arrastrando consigo a su sombra, Delfi escarbó las patatas con exagerada languidez. Sí, seré amable, se dijo. Este pensamiento, enunciado mentalmente con convicción, cobró fuerza. De repente, Delfi se vio a sí misma como la encargada del café de Elektra. Se vestiría de negro, pensó. Una falda ajustada. Y una blusa. Y el cabello recogido. ¿Tacones altos? Sí. Pero no demasiado altos. ¿Delantal? No. No lo necesitaría. Otros harían el trabajo sucio. Se movería de mesa en mesa, charlando amistosamente con los clientes como Nikolas hacía en Hestias. Los clientes pensarían que era encantadora. Y guapa. E inteligente.

Delfi sonrió y tiró una patata sin pelar al cubo.

CAPÍTULO SEIS



Nikolas se quedó mirando la barra incandescente del radiador. Las noches ya eran más frescas y notaba un pequeño y molesto dolor en una rodilla. Se reclinó en el sillón, apretando y soltando con una mano los desgastados brazos de cuero al compás de sus pensamientos.

Desde el dormitorio oía el murmullo de la televisión. Sabía que Delfi se habría quedado dormida a mitad del episodio de su serie favorita. Parecía que, noche tras noche, mientras se preparaba para dormir, veía a Katerina Matsouka repitiendo la misma escena. Su mujer dormía, apoyada en las almohadas. En reposo parecía aún más joven que sus veintiún años, con su espesa cabellera negra cayendo sobre las almohadas como si se hubiera metido en la cama con el entusiasmo de una niña.

Ahora, fijo en el sillón y con una carta ardiendo en la mano, no quería encontrarla así. Nikolas sabía que tenía que hacer algún tipo de cambio, por ella, por él, por ellos. Su ensimismamiento ya le había costado demasiado. Linda se había ido. Delfi podría, quizás debería, irse también.

La petición de Elektra le había parecido aborrecible en su momento, pero ahora se le presentaba la oportunidad de empezar de nuevo, aunque sólo fuera por un tiempo. Sabía que Delfi sufría bajo las indicaciones de su madre. Lo había comentado varias veces con Evangelina, a veces acalorándose con ella, pero ella lo desestimaba como si Delfi no fuera más que una niña mimada. Nikolas sabía que eso también era cierto. Su mujer

era joven, de corazón y de mente. Se había casado con ella de forma impulsiva y durante el primer año lo había lamentado profundamente. Había permitido que su vida anterior en Atenas con Linda lo eclipsara todo. Aunque Nikolas había tomado la decisión de regresar a su isla natal y rechazar todo lo que había tenido en Atenas, se había vuelto hambriento de conversaciones intelectuales, de la riqueza cultural de su vida ateniense, de los elogios que le había proporcionado su posición profesional. Y, sobre todo, lamentaba la pérdida de Linda: su belleza y su refinamiento, su inteligencia y su humor.

Nikolas dejó la carta sobre sus rodillas. Pasó las yemas de los dedos por los pliegues, pero aquel movimiento contenía el recuerdo de una suave caricia, de la piel blanca y perfecta de Linda y de su cuerpo arqueándose al contacto con él. La respiración se le agitó en la garganta al sentir de nuevo una oleada de pasión. La mano que sujetaba la carta tembló por la tensión y con la otra se apretó las sienes.

El sonido de la televisión le devolvió al presente. Dobló el papel, lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón y apagó el radiador.

* * *

Delfi estaba en la puerta del dormitorio. A pesar de los murmullos de Katerina Matsouka y su último interés amoroso y de la música de órgano de fondo, el silencio del salón la había despertado.

Nikolas estaba en el sillón, apoyando la sien en la palma de una mano. Ella estaba a punto de adelantarse para despertarlo, pensando que estaba dormido, pero él levantó la cabeza y con la otra mano se llevó una hoja de papel a las rodillas. Su cabeza se inclinó mientras leía y Delfi vio cómo su espalda se elevaba con la inspiración y la lenta espiración. Se detenía a veces para mirar fijamente la única barra del radiador. Que no encendiera las tres barras en una noche tan fría la irritaba. Sólo cuando volvió a llevarse la mano a la cabeza y se apretó los dedos contra la sien, Delfi se

preguntó por el contenido de aquella hoja de papel. Lo dobló y se lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón. Mientras él se inclinaba hacia delante, ella volvió al dormitorio y fingió dormir.

Eran las dos de la madrugada cuando su marido se acostó. Tumbada de lado, lejos de él, Delfi escuchó el ruido sordo de sus zapatos en el suelo y el silbido de la lana sobre el algodón cuando se puso el jersey por encima de la camisa. Oyó el tintineo de su cinturón al desabrochárselo, cada movimiento parecía llevar consigo el peso de unos miembros cansados, como drenados por un corazón y una mente pesados. Delfi conocía esa sensación. Sintió cómo su cuerpo hacía palanca sobre la cama y, cuando su cabeza alcanzó la almohada, el suspiro fue de pérdida, como el que había emitido su padre cuando murió su madre. El suspiro de Delfi seguía atrapado en su corazón.

Casi inmediatamente, el suspiro de Nikolas se convirtió en un suave ronquido. Esperó a sentir que su cuerpo se hundía aún más en el colchón para salir de la cama y ponerse la bata.

Guiada por la luz de la sala de estar, que Nikolas había olvidado apagar, Delfi se apoyó en las puntas de los pies mientras bordeaba las débiles tablas del suelo bajo la fina alfombra. Incluso antes de llegar, pudo ver la esquina del papel sobresaliendo del bolsillo del pantalón que se había echado sobre el brazo de la silla. Se detuvo y miró a su marido, que no se había movido. Sus brazos desnudos yacían fuera de la manta, sujetándola sobre su pecho que subía y bajaba con su respiración. Delfi se quedó inmóvil por un instante: de amor por su apuesto marido, de vergüenza por lo que estaba a punto de hacer. Algo en el fondo de su corazón sabía que lo que estaba pensando hacer provocaría un cambio entre ellos.

Mientras tiraba de la esquina del papel, su corazón se aceleró. Cuando lo tuvo en la mano, volvió a detenerse, esta vez para asegurarse de que Nikolas no se había despertado. Guardó la carta en el bolsillo de la bata y, con paso sigiloso, se dirigió al salón.

Sentada en el sillón aún caliente por el cuerpo de su marido, Delfi desdobló el papel. Era una carta manuscrita en inglés. Sus ojos se dirigieron al final de la página en busca de su autora; como sospechaba, Linda.

El único inglés que Delfi entendía era el que utilizaban algunos turistas, así como lo que recordaba de las clases básicas de sus últimos años de escuela. Apoyó el papel sobre su regazo y colocó el dedo índice debajo de cada palabra para intentar descifrar su significado.

Nik, amor mío,

Cómo me duele escribir esta carta, pero espero que me "escuches". He aceptado el puesto en París y estaré de camino mientras lees esto. Sé que esto te decepcionará y enfadará, pero no puedo rechazar una oportunidad así; hacerlo significaría que todo por lo que he trabajado no ha servido para nada, y sabes que ésta puede ser una oportunidad única en la vida.

Quiero que sepas que esta decisión no se ha tomado fácilmente. Te quiero, y de verdad quería casarme contigo. Pero en estos meses desde que me ofrecieron el puesto, has cambiado. ¿Has cambiado Nik? ¿O es que nunca había visto esta faceta tuya?

Nuestra vida juntos estos años ha sido maravillosa, una vida de ensueño, pero tu reacción a mi ascenso me cogió por sorpresa, me sorprendió de hecho. ¿Es porque temes que te supere? ¿Sólo has sido feliz conmigo porque eras tú la que ascendía por la vía rápida?

Delfi hizo una pausa, el esfuerzo de intentar leerlo era agotador y miraba constantemente por encima del hombro para asegurarse de que Nikolas no se había despertado. Lo único que entendía era que se trataba de algo relacionado con Linda y París y que tenía que ir. Sin embargo, las partes que la afectaron fueron las palabras de amor, o al menos lo enamorados que habían estado.

Ella continuó, ahora sólo buscando palabras que pudiera entender.

Podríamos haber tenido una vida aún mejor en París, pero aquí, sospecho, radica otro problema. Aunque has viajado mucho y has vivido lejos de tu hogar durante muchos años, tus raíces aquí en Grecia son profundas y creo que esto se habría convertido en un problema importante entre nosotros con el tiempo, si no lo era ya. ¿No le parece extraño que sólo haya visto a su

familia una vez? No sé lo que significa, pero no es un buen augurio para nosotros.

Creo que es revelador que tenga que escribir esta carta en lugar de hablar contigo cara a cara. No es lo que quiero, Nik, pero tu negativa a hablar de nosotros, y tu actitud de que mi necesidad de aceptar la oferta de trabajo es sólo un capricho que se consumirá solo, no me deja otra opción. Me rompe el corazón hacerlo de esta manera. Te mereces algo mejor. Nos merecemos algo mejor.

He dejado el anillo en mi mesilla de noche. He cogido mi taza verde, aunque se perderá sin su compañera azul, como yo.

Por todo lo que he escrito, te quiero.

Linda

La mano que sostenía la carta descendió hasta su regazo como herida. Los ojos de Delfi se clavaron en las tres barras incandescentes del radiador mientras su cuerpo se deslizaba aún más entre los brazos protectores de la silla. De vez en cuando levantaba la página para intentar entender algo más, o releía una línea, pero volvía a dejarla caer. En el último intento, la dobló a lo largo de sus bien formados pliegues y la devolvió al bolsillo de su bata. Sabía lo suficiente.

Cuando por fin se levantó, algo en su interior, alguna resolución, parecía haber alargado su columna vertebral. En ese momento, Delfi se sintió una mujer.

* * *

En el ritmo de los preparativos matutinos de cualquier día, sus padres rara vez se cruzaban: Josef en la parrilla de la entrada de Hestias, Evangelina en uno de los almacenes de la parte trasera. Pero hoy, en el espacio que los

separaba, flotaba una extraña inquietud que sólo llenaba el trino de los canarios. Esperaba que, animándoles a pasar un rato juntos en la intimidad de su hogar, su padre se desahogara de lo que fuera que le preocupaba. Tal vez lo había hecho, pensó de pronto Nikolas. Tal vez estaba muy enfermo y se lo estaban ocultando a la familia. Podía imaginárselos accediendo a ello, continuando estoicamente como si no pasara nada.

Una sensación portentosa se apoderó de Nikolas. Era un hombre que había vivido alejado de su familia durante casi veinte años, con visitas poco frecuentes a casa, pero sus padres e incluso su caprichosa hermana constituían un trasfondo de previsibilidad y constancia. Nikolas se avergonzaba de que a veces, en aquellos años de ausencia, se hubiera sentido avergonzado de sus raíces, de haber disuadido a Linda de conocerlas por miedo a que ella lo viera de otro modo. Debería haberle dado más crédito, lo sabía. Ella era amable y cariñosa y era él quien se había convertido en un tonto arrogante. Le había costado a Linda y podría haberle costado a su familia.

El temor de que Josef pudiera estar muy enfermo no se hizo sentir. Aunque su padre estaba retraído, Nikolas seguía observando que su fuerza física era mucho mejor que la de la mayoría de los hombres de su edad que conocían. Aún se levantaba antes del amanecer, aún subía y bajaba de su barca con facilidad, sólo frenada por la artritis de sus rodillas y cadera. Aunque sus ojos a menudo estaban tristes, eran claros, y su piel profundamente bronceada estaba sana y bien engrasada por un alto consumo de aceite de oliva. No, no era la salud de Josef, decidió.

¿Era de su madre? Nikolas casi se rió al pensarlo. Evangelina era robusta y llena de energía. Aún quedaba la chispa de fuego en sus ojos si alguien se cruzaba con ella, y aunque Nikolas tenía ya más de cuarenta años, seguía admirándola. Si no era su salud, ¿qué podía ser? ¿Elektra? La mañana anterior, había llamado muy temprano de camino a la taberna para alcanzar a su madre antes de que se fuera a misa. Cuando ella abrió la puerta con la bata y las zapatillas puestas y el cabello suelto hasta los hombros, se quedó de piedra, y su ensayada versión de la "historia de Elektra" quedó olvidada. Nikolas no recordaba haberla visto nunca así y se sintió extrañamente desorientado.

"¿Te encuentras mal?", fue todo lo que pudo decir.

Ella se burló y se hizo a un lado para que él entrara. En la cocina, pudo ver que ella había estado preparando el desayuno y que la vieja bandeja de madera estaba preparada con cubiertos y una servilleta. Nikolas sintió que se le subía el color a la cara al darse cuenta de que había interrumpido un momento íntimo entre sus padres y se maldijo por su estupidez. Al fin y al cabo, eso era lo que esperaba al sugerirles que se tomaran la mañana libre. Ahora era aún más reacio a mencionar nada sobre su hermana.

"¿Pasa algo, Nik?"

No, nada en absoluto, bueno, en realidad no. Había hecho una pausa, asegurándose de que su historia era correcta. Lek y Eugénie tienen que ir a París para una boda".

Vio que su madre enarcaba una ceja al mencionar a su hermana. Ella hizo una pausa, sumida en sus pensamientos. Entonces, ¿qué pasará con Safo?

Nikolas tomó aire. Me he ofrecido a cuidarla durante tres semanas".

Evangelina esperó.

"Delfi se quedará aquí para ayudarte".

A Nikolas no se le escapó el pequeño gesto de irritación en el rostro de su madre. Le dio la espalda y colocó un pequeño salero en la bandeja. Desde esta perspectiva, estudió su cabello; pocas veces lo había visto suelto del nudo que normalmente llevaba. Aunque estaba salpicado de canas, seguía siendo espeso y le caía en suaves rizos por debajo de los hombros. Pensó entonces en su padre, que le esperaba en el dormitorio para desayunar, y volvió a maldecirse a sí mismo, y a su hermana, por aquella interrupción.

Ella se volvió hacia él, y su voz era tranquila y mesurada. Estamos entrando en el invierno y pronto cerraremos. Al menos ya lo ha pensado".

La nota de sarcasmo en la referencia de su madre a Elektra no pasó desapercibida para él, aunque le sorprendió que lo dijera con poca

amargura.

Tu mujer debería ir contigo". Ahora lo miraba directamente.

Algo en la forma en que lo dijo hizo que Nikolas se sintiera de repente muy protector con Delfi.

Tal vez -dijo-, si crees que puedes arreglártelas".

"Evangelina se burló en voz alta. Siempre nos las hemos arreglado", dijo, y con eso, Nikolas supo que estaba despedido.

Así que, pensó, no era Elektra, y quizá tampoco su salud. Nikolas sabía que Hestias obtenía considerables beneficios y, aunque sus padres vivían con sencillez, no lo necesitaban. Su futuro económico estaba asegurado. Había algo más que preocupaba a sus padres.

Parecía que esa mañana también había "algo más" entre Delfi y él. Nunca estaba de muy buen humor al despertarse y hoy había dormido más tarde de lo habitual. Cuando él le trajo una bandeja con el desayuno como estímulo, ella se sentó de mala gana para recibirlo. Nikolas recordó cómo su cabello oscuro se alborotaba en torno a su cabeza y gruesos mechones se enroscaban en sus pechos. Tenía los párpados pesados y la piel de los ojos hinchada. Pensó en su hermana y en su aspecto del día anterior y se preguntó cómo estaría.

¿Te encuentras mal, mi amor?

Estoy bien", le había dicho ella a la bandeja mientras él se la colocaba en el regazo, con la voz entrecortada por el esfuerzo de hablar.

Más tarde, en el camino a la taberna, estaba callada. Por lo general, a esa hora ya había recuperado su vitalidad. No tenía muchas ganas de trabajar en Hestias, pero al menos sus quejas estaban llenas de vigor. Aunque era duro oírlas dirigidas a su madre, Nikolas sonrió para sus adentros al ver la inocencia en el vitriolo de su esposa.

No me deja hacer nada", decía.

Eso no es del todo cierto, mi amor.

Bueno, nada que yo quiera hacer.

¿Y qué quieres hacer?

Cualquier cosa menos pelar patatas.

"Tal vez podrías ofrecerte a escamar el pescado".

Ella le miraba furiosa. Él la miraba y ambos se reían.

Pero hoy no. Hoy tenía la cabeza apoyada en la ventanilla del coche. Cuando él se acercó para encender la radio, ella hizo un gesto con la mano en señal de despedida. En el silencio, Nikolas se sumió en su propia ensoñación.

Aquella mañana se había despertado decidido a ser mejor marido.

Había leído la carta de Linda muchas veces a lo largo de los últimos tres años y cada vez lo había dejado exhausto, como si sus palabras hubieran absorbido su fuerza vital. Anoche volvió a sentirlo y recordó el esfuerzo que le costó moverse del sillón a la cama. Cuando se despertó por la mañana, Delfi le daba la espalda. Los tirantes de su camisón se habían deslizado por sus brazos y a lo largo de sus hombros, donde el cabello caído había dejado al descubierto su cuello, su piel estaba cubierta de finos vellos como el suave plumón de un pajarillo.

La primera vez que se vieron, Nikolas había acompañado a su madre a Skosias con el pretexto de un pariente moribundo que había preguntado por ella y, lo que era aún más sospechoso, por él. Efectivamente, había un "tío" enfermo, el hermano menor de su abuelo, pero había recuperado la salud cuando llegaron. Con Josef y Elektra capaces de gestionar el menguante comercio de otoño, Nikolas había accedido a ir, pero fue con cierta apatía, como hacía la mayoría de las cosas en aquellos meses sin Linda.

Cuando llegaron a las costas de Skosias, el viento aullaba del mar y los envolvía en sal. Nikolas rodeó a su madre con un brazo protector,

invirtiendo la escena que había tenido lugar en aquel embarcadero treinta años atrás. Aquella había sido la última vez que había visitado la isla; era parroquial y claustrofóbica incluso para un niño de diez años.

Nikolas era un hombre que se había labrado su propio hueco en la sociedad ateniense, alcanzando un éxito que el niño de diez años jamás habría podido imaginar, pero su regreso a esta isla, con el corazón roto y lleno de odio hacia sí mismo, ahondaba su melancolía.

Se hizo mucho alboroto con su llegada. Su madre parecía más joven y brillante en compañía de una familia tan extensa. En comparación, había pocos parientes en su isla natal. La familia Zabat había vivido allí durante un tiempo casi incalculable, remontándose a un puñado de minoicos que regresaron después de que la fenomenal explosión destruyera la isla: los guijarros de la orilla frente a Hestia eran sirenas, embaucadoras, que agitaban las olas para adormecer a los turistas, pero el volcán seguía hirviendo bajo el mar. Con el tiempo, las migraciones dentro y fuera de la isla habían diluido las conexiones familiares. Esto, acompañado de una reticencia y autosuficiencia heredadas paternalmente, redujo la familia Zabat a un núcleo. En Skosias, Nikolas era muy consciente de este contraste entre los orígenes de sus padres. Mientras que su hermana compartía la misma exuberancia y calidez del lado de su madre, Nikolas sabía que él tenía poco de eso; también sabía que, de haberlo tenido, habría cambiado las cosas con Linda. A veces, ella se había esforzado por comprenderle y le había implorado que hablara con ella cuando sentía que le invadía la oscuridad. En esos momentos, ella le rodeaba, le dejaba espacio, le hablaba con ligereza, le animaba a salir -a cenar, al cine o a quedarse en casa, "lo que tú quieras..."- y él se había resistido, se había encerrado más en sí mismo y, sin embargo, la había querido sólo para él.

Cuando vio a Delfi por primera vez, estaba sentada junto a su padre, junto a una mesa con más comida que la que Hestia producía en una sola comida. Sus ojos no se apartaban del anciano. Si su madre le hubiera preguntado en ese momento qué pensaba de ella, él habría dicho "sí, guapa... y joven", y nada más. A esas alturas, no conocía el motivo oculto de Evangelina para venir a Skosias, pero aunque lo supiera, no habría cambiado nada; no la habría acogido con más interés.

No fue como la primera vez que vio a Linda. Estaba en la tienda cercana a su apartamento de Atenas cuando ella entró escudriñando las cajas y las estanterías. Aunque iba vestida informalmente con vaqueros y camiseta, llevaba el cabello rubio recogido y poco o nada de maquillaje, Linda le pareció... elegante y majestuosa.

"¿Lemóni?", preguntó a la anciana que estaba sentada junto a la caja registradora. Nikolas reconoció el acento británico, redondeado pero lleno de aire suave. Notó que la cara de la anciana se curvaba ligeramente, como si se hubiera ofendido. Señaló despectivamente hacia la parte trasera de la tienda y volvió a hojear la revista que tenía en el regazo.

Nikolas vio la expresión de frustración en la cara de la inglesa, que no sabía muy bien adónde tenía que ir.

¿Puedo ayudarla?", le dijo, y entonces se sintió agradecido por las insoportables y exigentes clases de inglés que había recibido en la universidad.

Hizo una pausa para considerar su oferta. Sólo quiero un limón", dijo riendo.

Su sonrisa era amplia y sus dientes delanteros ligeramente irregulares la hacían aún más cautivadora, pensó él.

"Por aquí", le dijo y le hizo un gesto para que le siguiera por el estrecho pasillo hasta la parte trasera de la tienda. Con ella detrás, sintió como si se le erizara la piel de la espalda.

Se detuvo ante una pequeña caja y, antes de darse cuenta de lo que hacía, cogió una bolsa de papel marrón y se dispuso a servirla.

"Sólo uno", dijo ella, todavía sonriente, y le tendió la mano. "No hace falta la bolsa. Pero gracias".

Nikolas supuso esperanzado que un solo limón significaba una sola vida. Se lo puso en la palma abierta, esforzándose por pensar en algo que decir para retenerla allí. Pero no era un hombre espontáneo.

Cuando sus dedos se cerraron en torno a él, se detuvo, miró el enorme y carnoso limón que tenía en la mano y luego a él. Sintió que sus ojos se desviaban hacia sus manos en busca de un anillo. No había ninguno.

Debes vivir por aquí... para saber cómo llegar a la caja", dijo ella.

Era una afirmación bastante simple, pero ¿reconoció algo más? Sí, a la vuelta de la esquina... ¿Y tú?

Sí, acabo de mudarme aquí. Quizá esté a la vuelta de la esquina".

Sintió ansiedad por inventar algo mejor para que ella siguiera hablando. Si necesitas ayuda...en otro momento...El inglés no es el idioma preferido aquí. Quizás...

Sí. Gracias... ¿En qué esquina?

Se quedó un momento confuso.

Ella se rió. "Hay cuatro".

Sí, claro. Su mente trabajaba horas extra. No podía decidir si era valentía o desesperación lo que le hacía decirlo. ¿Puedo darte mi número?

Él esperaba una vacilación, una cortés negativa, pero ella rebuscó en el bolso que llevaba colgado del hombro y sacó su móvil.

Sería estupendo", dijo, abriendo la pantalla para ver la libreta de direcciones. Tengo que admitir que ya estoy luchando con la barrera del idioma. No esperaba que fuera tan difícil".

Cuando estuvo lista, Nikolas le dio su nombre y su número.

Gracias, Nikolas", dijo ella. "Por cierto, soy Linda, y gracias de nuevo por tu ayuda".

Volvió por el pasillo y pagó a la cajera.

Nikolas estaba de pie junto a la caja de limones, inseguro de lo que acababa de ocurrir.

Su madre se había separado de una animada conversación y le tiró del codo. Se excusó de hablar con su tío y se dejó conducir hasta la chica y su padre, Manoli.

El anciano intentó levantarse cuando se acercaron.

Evangelina le hizo señas para que se sentara. Siéntate... siéntate -dijo, y Nikolas oyó la suavidad de su voz y se sorprendió. Cuando miró a su madre, había un destello de algo en sus ojos que sugería que ella y Manoli tenían una historia compartida que iba más allá de haber habitado el mismo pueblo, así como sus asociaciones familiares.

La hija de Manoli se había levantado para ayudar a su padre y Nikolas observó que, a pesar de su complexión maciza, típica de muchas de las mujeres de la isla, era alta, casi tanto como él.

"Nikolas, esta es Delfinia", comenzó su madre. La mirada de la muchacha se había desviado hacia el suelo, pero al hacer las presentaciones, lo miró fijamente.

Sus ojos son enormes, pensó, pero los iris marrón oscuro acentuados por las gruesas pestañas sólo sirvieron para recordarle su antítesis: los ojos azul grisáceo y las pestañas claras de Linda.

Sentía que su madre esperaba a que dijera algo.

Delfinia, por supuesto. Me alegro de volver a verte". Su parecido con su madre se hizo evidente de repente.

No había reconocimiento en su rostro. Hizo una reverencia casi imperceptible que lo tomó por sorpresa, aunque sus ojos seguían fijos en los de él.

"¿Nos conocemos?", dijo con una inseguridad que la hacía parecer muy joven.

Nikolas se dio cuenta que durante su última visita, diez años antes, Delfinia tendría unos ocho años. Había regresado brevemente de Atenas para reunirse con su familia en el funeral de Lucy. Recordaba a Delfinia como una niña desconcertada que ya entonces se esforzaba por cuidar de su padre, desolado por la pena. No se había quedado después del funeral y aprovechó el aumento del servicio de transbordadores, debido al número de asistentes, para regresar a Atenas.

Hace mucho tiempo, dijo.

Claro que te acuerdas de Manoli, dijo su madre, compactando la incómoda pausa que se había producido entre todos ellos.

Nikolas dirigió su atención al anciano, que permanecía de pie a pesar de la insistencia de Evangelina. Desplazó su peso sobre el bastón que llevaba en la mano izquierda y extendió la derecha para abrazarlo.

Yia sou, me alegro de verte después de tanto tiempo.

Nikolas le devolvió el abrazo. Manoli había envejecido considerablemente en los años transcurridos desde la muerte de su esposa, a pesar de la devota atención de su hija, y Nikolas se preguntó si su parecido con Lucy había hecho que su muerte fuera mucho más difícil de soportar. Recordó que tocaba el acordeón en las diversas celebraciones a las que había asistido, normalmente con Evangelina y Elektra, y que Manoli casi había tenido el estatus de una estrella del rock en la isla.

Nikolas, déjame con Manoli para que nos pongamos al día y llévate a Delfinia fuera para que descanse un rato", dijo Evangelina, que ya estaba acomodando su cuerpo en la silla que había dejado libre la chica. No le vendría mal, ¿no crees, Manoli?

Nikolas se sintió sorprendido por la franca sugerencia de su madre y miró a Manoli en busca de una señal de que había sobrepasado los límites de la familiaridad, pero en los ojos del anciano solo había un destello de diversión y Nikolas recordó que, en esta isla, no existían tales límites.

Delfinia, por su parte, se sonrojó y volvió a apartar la mirada. Aunque esperaba pasivamente el siguiente movimiento de alguien, había algo fuerte y desafiante en su postura que le sugirió que el papel de cuidadora y compañera de su padre que le había sido impuesto desde la muerte de su madre le había dado una fuerza y una madurez que no se encontraban en muchas otras chicas del pueblo de su edad.

Miró a Manoli, que asintió y sonrió, aunque Nikolas creyó ver un destello de dolor en sus ojos.

Bien -dijo Evangelina, dando una palmada en el asiento contiguo para que Manoli se sentara-.

Afuera, en el jardín de su "tío" Dimitri, el aire seguía siendo frío, pero el viento del mar había amainado. Aunque le irritaba que su madre le hubiera obligado a él y a Delfinia a esta situación, Nikolas sintió lástima por la muchacha y la guió hasta un rincón resguardado cerca de la chimenea improvisada con viejos ladrillos domésticos y una parrilla oxidada. Delfinia se puso a su lado. No sabía de qué debía hablar y había entre ellos una incomodidad que se aliviaba un poco con la mirada fija en el fuego. Dimitri se separaba de una acalorada discusión con amigos sobre política o el estado de la economía para echar ramas recién podadas de los muchos árboles frutales que había repartidos por el jardín. Al chocar con la llama, silbaban y escupían los últimos restos de savia, pero estaban demasiado verdes para sostenerla y él tenía que rellenarla de vez en cuando con tapones llenos de queroseno. Había algo hipnotizador en el ritual que empezó a sumir a Nikolas en una relajada ensoñación, y cuando el fuego rugió con un nuevo tapón, se volvió para ver la sonrisa de placer en el rostro de Delfinia.

¿Por qué has venido? -dijo ella, mirándolo de frente y dándose la vuelta con la misma rapidez.

La pregunta fue tan directa e inocente que a Nikolas le pilló desprevenido.

Para ser sincero, no tengo ni idea -respondió él.

Se miraron fijamente y se echaron a reír.

"Mi madre...", continuó él, "tiene un motivo oculto para traerme aquí, sospecho".

El rostro de ella adoptó una expresión más seria y él vio que volvía a ruborizarse. Desvió la mirada.

Entonces será mejor que te advierta de que creo que tiene que ver conmigo -dijo en voz baja.

Lo había sospechado. Había una urgencia en la forma en que su padre lo había abrazado antes de partir, como si pensara que Nikolas estaba a punto de enfrentarse a otro desafío. No podía estar seguro de si Elektra lo sabía, pero la chispa de sus ojos se había atenuado cuando se marcharon, como había ocurrido cuando él se marchó de casa de Hestia hacía más de veinte años. Había estado más ligera, más brillante desde que él había vuelto a casa. Aunque sabía que habría sufrido por él si hubiera podido, también sabía que se sentía aliviada de que hubiera vuelto.

Cuando había llegado con su madre a Skosias y había descubierto que no había ningún pariente moribundo, estaba seguro. Nikolas lo habría denunciado, si hubiera tenido la energía, si hubiera tenido el interés. El Nikolas de Atenas nunca se habría visto obligado a hacer algo que no quería. Pero ya no era él.

Ya fuera por el rugido intermitente de la llama, por el rubor en las mejillas de la chica a su lado o por la sensación de que ella también estaba permitiendo que otros decidieran su destino, sintió un repentino calor por la vida y compasión por el otro que no había experimentado en mucho tiempo. Se volvió una vez más para mirarla y vio, por primera vez, que era realmente hermosa.

Y por mí está bien -dijo con la misma suavidad.

Nikolas estaba cansado de sí mismo, del vacío en el estómago que le carcomía desde hacía más de tres años, de la energía que le drenaba las extremidades cuando pensaba en la vida que había dejado en Atenas. Eligió irse, aunque podría haberse quedado, pero el fantasma de Linda habría estado allí en cada esquina. A pesar de las alturas de su carrera y de su éxito

material, Atenas era el símbolo de su fracaso. Aunque se había asimilado fácilmente a una clase privilegiada de la sociedad ateniense, siempre se sintió un fraude y temió que su lado oscuro, su bestia interior como él lo consideraba, se revelara algún día.

Aquella mañana, cuando miró la espalda de su esposa dormida, se propuso ser mejor, por ella, por ellos. Mientras Delfi dormía, se levantó de la cama y buscó la carta en los bolsillos del pantalón. Al no encontrarla, se apresuró a ir al salón y buscó en los recovecos de la silla. Volvió al dormitorio y vio la página doblada en el suelo, donde debió de caerse del bolsillo durante la noche. Nikolas la barrió y la llevó a la cocina y, con su resolución ahora acrecentada, la rompió, la colocó en el fondo de la papelera y la vació en la papelera más grande del patio trasero.

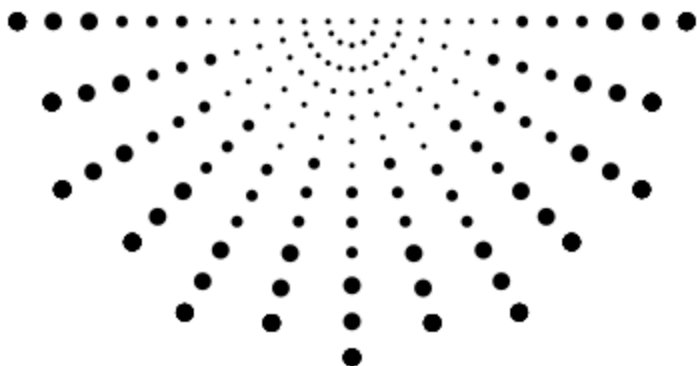
A pesar de su resolución y del significado de desechar la carta, la mañana no reflejaba el optimismo y el alivio que había sentido. Delfi parecía tardar más de lo habitual en acomodarse a las tareas y la suave hinchazón alrededor de sus ojos aún no se había reducido. Su rostro estaba más pálido que de costumbre y no se había cepillado el cabello las cien veces preceptivas. Delfi estaba orgullosa de su cabello, y Nikolas sabía que la rutina matutina del cepillado era un ritual que la unía a su madre. Un pequeño detalle que le preocupaba más era que no se había puesto el collar de perlas de su madre.

A Nikolas le preocupaba que, cuando llegaran a casa de Hestia, su madre agravara el problema, ya que nunca toleraba la impuntualidad en nadie y, al parecer, especialmente en su mujer, pero Delfi le echó la bronca cuando le sugirió que arreglara las mesas fuera en lugar de trabajar en el fregadero. Pelaré las patatas, le dijo, y ella se burló. Pero si Evangelina había notado el letargo de Delfi esta mañana, no decía nada. Más bien parecía moverse de la despensa a la alcoba en una especie de trance y, por primera vez, Nikolas miró a su madre y pensó: "Está envejeciendo". Fuera, Josef preparó la parrilla con aceite y una brazada de hojas de romero de su jardín de la misma manera que cualquier día. Dio de comer a los canarios, les cambió los cuencos de agua y se entretuvo en charlar, pero cuando Nikolas le hizo una pregunta pareció no oírle. Nikolas repitió la pregunta, esta vez más alto,

pero su padre se volvió hacia él, y Nikolas notó, sobresaltado, que sus ojos parecían vidriosos y no podía verle.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO SIETE



Elektra no se relajó hasta que las ruedas traseras del avión abandonaron la pista. Las dos últimas semanas habían sido las más estresantes de su vida, pero sabía que era muy probable que lo peor estuviera por llegar.

Eugenia seguía negándose a responder a sus llamadas o mensajes. Cuando Anton la encontró mirando durante media hora el icono de su teléfono deseando que apareciera la burbuja de un mensaje entrante, se preguntó si estaría perdiendo la cabeza. Sabía que no tenía más remedio que encontrar a Eugenia y comprobar por sí misma si todo había terminado de verdad. Una parte de ella aún mantenía la esperanza porque lo que habían tenido era real, hasta que la echó a perder.

Los aspectos prácticos de dejar Sapphoss habían agotado cualquier resto de energía que le quedara. Aunque Nikolas se había resistido unos días a aceptar encargarse del local en su ausencia, había entrado en razón, como ella sabía que haría. Su "historia" a Evangelina y Josef de que Eugenia y ella tenían que asistir a otra boda en París era bastante buena, aunque la obligaba a visitarlos antes de marcharse, pero con el ánimo y la energía tan bajos, habría preferido escabullirse.

Cuando su madre la saludó y buscó a Eugenia más allá del hombro de Elektra, tuvo que mentir diciendo que necesitaba comprar un regalo para la boda. Era casi imposible engañar a Evangelina, que parecía tener una extraña capacidad para leer el corazón y la mente de su hija. Esta capacidad

era una fuente inagotable de frustración para Elektra, ya que sus pensamientos y sentimientos siempre estaban en desacuerdo con los de su madre. Sorprendentemente, Evangelina no preguntó por la ausencia de Eugenia, ni interrogó a su hija sobre la boda o los preparativos para la de Safo. Su madre tenía buen aspecto, pero su pasividad molestaba a Elektra. Su relación estaba plagada de malentendidos y de la incapacidad de Evangelina para dejar de entrometerse en su vida, pero ahora, ante esta aceptación silenciosa, Elektra se sentía extrañamente despojada de la interferencia de su madre.

Su padre, en cambio, no parecía diferente de la última vez que lo había visto semanas atrás. En aquel entonces, Elektra se había preocupado por lo callado que estaba, y sabía que Nikolas también estaba preocupado por él. Lo encontró fuera, como siempre, y este aspecto la divirtió. Intentó recordar los momentos en que su padre entraba en la taberna. Por las mañanas, sin duda, para llevar las cajas de la pesca matutina. Las dejaba en el suelo de la sala de preparación, en la parte trasera, y salía de allí lo antes posible. De niña le había encantado acompañarle en esas expediciones matutinas y recordaba cuánto se había esforzado por demostrarle que era tan buena pescadora como él; no lo era, lo sabía, pero quería serlo.

Josef no era muy diferente en casa y parecía tener aversión al interior. Cuando vivía con ellos, y cuando visitaba a sus padres en las cada vez más escasas ocasiones en que lo hacía, Josef estaba en el jardín plantando tomates, removiendo la tierra, arrancando escamas de las hojas de los limoneros o, más a menudo, en el barco. Su padre era, ante todo, un hombre de mar que se amarraba a la parrilla y al jardín. En esta ocasión estaba sujetando algo a la base de una mesa de exterior para evitar que se balanceara. Cuando se acercó a él, levantó la vista. La amable sonrisa que se dibujó en su rostro al ver a su hija le hizo llorar y Elektra sospechó que había retrasado su propio crecimiento para seguir siendo su niña. ¿Por eso era incapaz de mantener una relación real y afectuosa?

Elektra había intentado verse a sí misma a través de los ojos de Eugenia - sus ojos de ahora- y vio que tenía la misma petulancia y egoísmo que había tenido de niña: exigía atención, exigía lealtad y no devolvía nada. Quería verse a sí misma como Eugenia lo había hecho antes de que se pelearan,

pero ya no podía recordar qué era lo que su amante había visto en ella. Este pensamiento le había causado un dolor visceral al darse cuenta de que tal vez ya no quedaba nada en ella que pudiera ser amado.

El ángulo agudo que se formó en el ascenso distorsionó la pista, las casas y las colinas de Atenas. Elektra las vio alejarse y luego desaparecer mientras las nubes envolvían el avión. No eran benévolas lanas de algodón blanco, sino oscuras y amenazadoras, cargadas de una lluvia que atronaría la ciudad y el Egeo y se extendería hasta su isla natal, haciendo que los turistas que quedaban corrieran a cafés como el de Safo. Rara vez eran los lugareños. Los más ricos se iban a esquiar al norte o a tomar el sol al sur.

Los turistas encontraban el ambiente que necesitaban en Sapphoss, una vez que se habían cansado de quejarse del tiempo. Los extranjeros solían pensar que Grecia tenía un clima idílico y que las islas reflejaban constantemente las imágenes del catálogo. Que no se hubieran informado bien y que los avariciosos agentes de viajes se aprovecharan de los incautos no era su problema, pero también sentía lástima por ellos. Elektra modificó el menú para incluir platos más calientes y sustanciosos que en verano. A sugerencia de Eugenia, incluyeron algunos sutiles sabores franceses y pasteles servidos con grandes tazas de rico chocolate caliente. Eugenia mantuvo encendida la iluminación diurna y reorganizó los asientos cerca de la chimenea de gas para colocar varios sofás pequeños y mesas de centro repletas de folletos, el catálogo de arte de la galería de al lado y libros de autores locales. Se instaló una gran pantalla de televisión en un soporte giratorio para ver el fútbol, aunque con el volumen apagado para que sonara de fondo el jazz favorito de Elektra.

Elektra intentó imaginarse a Nikolas y Delfi en el Sapphoss. Sabía que le había pedido mucho a su hermano, y no era la primera vez. A Anton aún le quedaban unos días antes de irse a Niza y seguiría ayudando hasta entonces. Llevaba una semana entrenando a Nikolas en los detalles prácticos de la gestión de Sapphoss, sabiendo que ella no podía hacerlo en su estado mental actual. Paulo estaría allí las tres semanas que ella estaría fuera. Era más joven y participaba poco en la gestión del bar-cafetería, pero su sonrisa y su afán de agradar lo convertían en un gran activo en la sala y en un buen tutor para Delfi.

Elektra pensó que su cuñada había cambiado en los meses transcurridos desde la última vez que la vio. En ese poco tiempo, había perdido parte de la niña que había sido. Elektra recordaba la primera vez que la vio: tenía los ojos muy abiertos y el rostro aún conservaba la gordura de la juventud. Delfi había perdido algo de eso, su rostro se adelgazaba para revelar la curva de sus pómulos, y aunque sus ojos seguían siendo grandes, contenían el inevitable velo de la cautela.

Elektra se preguntó qué aspecto tendrían sus propios ojos y sospechó que la cautela había dado paso a la desconfianza. ¿Cuándo había ocurrido eso? Su infancia había sido tranquila, ciertamente la habían mimado, si no asfixiado. En el colegio no la habían acosado y, en realidad, era más probable que ella fuera la acosadora; nunca la habían pegado ni abusado de ella. Antes de Eugenia, había conocido una especie de amor, pero nunca pudo corresponderlo, confundiendo las muestras de posesividad y celos con el amor verdadero. No sólo antes de Eugenia, reflexionó. Nada había cambiado.

Delfi, en cambio, había sido inocente, pero algo había cambiado. Aunque Elektra adoraba a su hermano, sabía que él tampoco era la persona más fácil con la que vivir. Mientras que ella era temperamental y explosiva a veces, Nikolas se lo guardaba, hirviendo por pequeñas y grandes heridas que se expresaban en un ceño fruncido y una mandíbula tensa. Cuando volvía de Atenas después de lo de Linda, ella temía por él e intentaba animarle a hablar. Él no quería, pero una noche en que ella no podía dormir por otra interminable progresión de pensamientos, lo encontró en el jardín llorando. Se sentó con él y le acunó la cabeza, pero incluso entonces, sus sollozos eran silenciosos, como si provinieran de un lugar demasiado profundo para encontrar voz. Elektra recordó otra sensación de desesperación que sintió aquella noche: que ella a los treinta y dos y él a los treinta y siete volvían a vivir en casa de sus padres.

Sólo una semana después, su madre conjuró el viaje con Nikolas a Skosias, pero Elektra intuyó lo que tramaba. Cuando se marchaban, lo abrazó, con la esperanza de darle la fuerza que ella nunca tuvo para resistirse a la interferencia de su madre. Elektra había supuesto que él era más fuerte que ella y que rechazaría la perspectiva del matrimonio, por lo que se

sorprendió al saber que había aceptado. Entonces se resintió aún más con Evangelina y se negó a tener nada que ver con la boda, incluso a llevar el vestido que su madre insistía en hacerle.

Pero Eugenia la había rescatado aquel día en la playa mientras estaba sentada en el cajón volcado de un pescador. Y empezó a aprender a vivir y a amar de nuevo. Con Nikolas en casa y una nuera a punto de reunirse con ellos, Elektra aprovechó la oportunidad para marcharse. Ella y Eugénie se trasladaron a la capital de la isla para trabajar de camareras y alquilaron el piso con sus escasos sueldos. Comían en los restaurantes donde trabajaban y volvían a casa exhaustas y felices. Evangelina y Josef habían dicho poco cuando Elektra les comunicó que se marchaba. Ella sabía por qué; ya lo había hecho muchas veces y siempre había regresado. Estaba decidida y segura de que esta vez no lo haría, aunque ahora le asaltaba la duda de que si sus padres no la hubieran acogido en Sapphoss, no habría sido capaz de hacerlo por sí misma.

A pesar de las protestas anteriores de Elektra, la boda de su hermano fue una ocasión feliz. Nunca antes se había sentido tan segura de sí misma como en compañía de la mujer que amaba. Su sexualidad no era un secreto para sus padres, quienes, debía admitir, lo tomaron con un poco de desconcierto, pero cuando Elektra le dijo a su madre que llevaría un traje a la boda, Evangelina gritó y lloró. A gritos. Normalmente Elektra se habría doblegado ante aquella ira, pero era tal su seguridad en sí misma que se limitó a esperar a que su madre terminara, le dio un beso en la mejilla y se marchó.

En el recuerdo que Elektra tenía de la ceremonia nupcial, se sorprendió de lo guapo que estaban sus padres, aunque se daba cuenta de que a su padre le costaba estar atado por una corbata y unas paredes. Cuando Nikolas y Delfinia entraron, Elektra no se dejó engañar por el intento de su hermano de parecer feliz y pudo ver la tristeza en sus ojos. Pobre Delfi, había pensado entonces. Elektra recordó también que sentía tristeza por la niña que estaba a su lado, que no tendría un día como aquel, y resolvió compensarla de alguna manera especial, algún día. Aquella noche, en el pequeño salón del pueblo, habían bailado con desenfreno, al menos ella. Todas las personas a las que presentó a Eugenia quedaron cautivadas por su

belleza, ella lo sabía, y fuera de la sala, saboreando un cigarrillo en un banco bajo la estufa que daba al valle y a un olivar, Elektra dio gracias por la bendición de Eugenia.

Cuando subió las escaleras, su padre estaba solo, saboreando los olores de la parrilla y el asador. En el segundo peldaño se detuvo para contemplarlo. Apartada de los demás hombres, lejos de la multitud que se agolpaba en la sala, Elektra se preguntó de repente si su padre se sentía solo. Nunca se lo había planteado, pero había algo en su postura, en la expresión de su rostro, que la hizo preguntárselo. Llegó al final de la escalera y se acercó a él, riendo cuando él forzó una mirada de desaprobación por haber estado fumando y le advirtió que no se lo dijera a Eugenia. Entrelazando sus brazos con los de él y sabiendo que su padre preferiría quedarse fuera, le empujó hacia la puerta. Tu hijo y tu nuera te esperan".

A medida que el avión ascendía, las nubes se contraían y cubrían la tierra, recordando que el sol era una constante a pesar de los caprichos del tiempo y del giro del planeta. Elektra intentó aplicar este concepto a lo más profundo de su propia alma, que sus pensamientos no eran más que nubes pasajeras que bloqueaban una luz interna y permanente. Quería creerlo. Swami lo creía, Eugénie también, pero Elektra parecía no poder superar los pensamientos que se confabulaban para formar una oscura y espesa barricada. De hecho, le costaba creer en un "alma" y, aunque le gustaba la idea, se preguntaba si la suya se habría rendido y abandonado el edificio.

En este estado melancólico que había aceptado como su estado por defecto, Elektra consideró el posible futuro que le esperaba. Aunque sólo había visto a los padres de Eugenia una vez en tres años, su primera parada sería su casa en el Arrondissement de Passy. La última vez que se vieron, Elektra tuvo la sensación de haber sido responsable de las decisiones de su única hija y de haberla obligado a abandonar París. Didier, el padre de Eugénie, profesaba ideas liberales, pero no había aceptado su sexualidad y, aún menos, su decisión de abandonar una prometedor carrera académica para enseñar yoga. Su madre, Marielle, mantenía una mirada de derrota grabada en el entrecejo y alrededor de la boca que sugería que sus decepciones eran muchas y constantes.

"No te preocupes por ellos", le había dicho Eugénie, pero Elektra se daba cuenta de que le dolía que no aceptaran la vida que ella había elegido. Aunque tenía un carácter fuerte en muchos aspectos, cerca de sus padres se volvía sumisa y se doblegaba a sus expectativas. Si Eugenia se quedaba con ellos, Elektra temía que su influencia fuera un obstáculo para cualquier posibilidad de reconciliación.

Elektra apoyó la cabeza en la ventana. Por favor, Eugenia, ámame otra vez.

* * *

Delfi se ajustó el delantal a la cintura y se palpó la pequeña protuberancia de los huesos de la cadera. Nunca los había notado, salvo cuando estaba tumbada boca arriba. En las dos últimas semanas había notado otros cambios: una sensación de espacio alrededor de los muslos y la cintura cuando se ponía los vaqueros y, en el espejo, una ligera sombra bajo los pómulos. Nikolas también había comentado que su cara estaba más delgada. No le había palpado los huesos de la cadera porque ella le daba la espalda en la cama cuando pensaba que él quería hacer el amor.

"¿Cómo se compara esto con Hestia?" Paulo estaba detrás de la barra limpiando la máquina de café.

"Delfi sonrió, tanto para sí misma como para él. No hay comparación".

Entonces, ¿no preferirías estar pelando patatas?

Delfi sintió que se ruborizaba y miró hacia la parte trasera de la cafetería para ver si Nikolas estaba al alcance de su oído. Había compartido esta confidencia con Paulo, lo mucho que odiaba pelar patatas, lo poco que le gustaba su suegra.

"Bueno, te sorprendería lo que se puede hacer con una patata", dijo.

Paulo soltó una carcajada explosiva. "¡Cielo santo, Delfi! Cuidado con lo que dices".

Ella se echó a reír, pero estaba confusa, pues no le parecía tan graciosa su ocurrencia ni entendía por qué tenía que tener cuidado.

"Algunas personas, hombres, podrían malinterpretarlo". Paulo había hecho una pausa y estaba más serio.

"De acuerdo", dijo ella.

A Delfi le gustaba Paulo. Le habían encargado que la formara en su puesto. Mientras Anton estuviera fuera, él se ocuparía del bar y de los pedidos. Nikolas se ocuparía de la administración y vigilaría a los dos cocineros, que trabajaban de forma despreocupada y a veces eran poco fiables tanto en su asistencia como en la calidad de lo que salía de la cocina. Ambos eran mochileros y, como el invierno ya se dejaba sentir en los vientos que soplaban del norte, se marcharían más pronto que tarde. Paulo se trasladaría entonces a la cocina, pero podría arreglárselas con el comercio más pequeño.

Volvió a lustrar las encimeras de madera de las mesas, frotando las ocasionales manchas secas de líquido pegajoso que habían derramado la noche anterior los juerguistas clientes. Delfi se preguntó cómo sería estar de su lado, recibir la hospitalidad que ofrecía Sapphoss. También lo había pensado en Hestias, pero había decidido que si alguna vez se encontraba en la situación de ser atendida, no se acercaría a la taberna.

Aquí era diferente. Aunque seguía llevando delantal, haciendo tareas serviles como limpiar mesas y cubiertos, quitar el polvo de las estanterías, no le importaba en absoluto. Sapphoss era vibrante.

La noche anterior, había tomado pedidos y atendido a sus primeros clientes. Paulo le había sugerido que se ocupara de las seis mesas que había fuera, en la callejuela de piedra azul que se allanaba frente al café-bar antes de descender hasta la espectacular vista de la caldera. Delfi sospechaba que estaba siendo amable porque la brisa ahora más fresca que azotaba ese carril animaba a los clientes a comer dentro. Se había puesto nerviosa y se

había equivocado en un par de pedidos, pero los clientes australianos habían intentado conversar en griego al darse cuenta de su limitada comprensión del inglés y habían dejado una generosa propina al marcharse.

Después, de camino a casa, al piso de Elektra donde ella y Nikolas iban a pasar las tres semanas, había sentido un breve retorno de energía. Nikolas estaba orgulloso de ella, le había dicho, y le había dicho que estaba preciosa con su falda negra, su blusa blanca y sus zapatos de tacón. Estuvo tentada de hacer el amor con él, pero luego se preguntó si le habría recordado de algún modo a Linda y se apartó de él una vez más. Su marido no se quejó, observó ella, sino que rodó sobre su otro costado y se durmió profundamente de inmediato.

¿Te gustaría servir algunas mesas dentro esta noche? dijo Paulo.

Delfi dejó de frotarse las manchas y levantó la vista. ¿En serio? ¿Crees que estoy preparado?

Sí, estás preparado". Paulo comprobó las reservas. Siete dentro, tres fuera. ¿Vale?

Ella respiró profundo: "Sí, puedo hacerlo".

Es una chica.

Delfi sonrió complacida mientras quitaba las migas de la noche anterior de una silla. Eran sólo las seis de la mañana y había dormido cinco horas, pero estaba llena de energía y entusiasmada con el día. Le encantaban las mañanas, los comerciantes y empresarios que se paraban a tomar un café o a comprar comida para llevar de camino al trabajo, los turistas un poco después, listos para desayunar y sin prisa por ir a ninguna parte. Le encantaba el olor de los granos de café tostados y la rica mantequilla de los cruasanes de chocolate calientes que, según le habían dicho, estaban hechos con la receta de Eugénie. Delfi se entristeció al oírlo. No conocía muy bien a la francesa, pero aquí, donde había trabajado junto a Elektra y había introducido algunos de sus propios sabores y recetas, su ausencia se hacía sentir, sobre todo, según Paulo, por Antón, a quien le encantaba conversar con ella en su lengua materna.

Se preguntó cómo se sentiría Elektra. Delfi se había sorprendido de lo mucho que había cambiado su cuñada desde que Eugenia se había marchado. Estaba pálida y delgada y parecía haber perdido la vitalidad y la energía que Delfi había llegado a conocer. Nikolas estaba preocupado por ella y Delfi se alegró de que no les hubiera contado la verdad a sus padres; Evangelina, lo sabía, sólo habría empeorado las cosas.

El cambio de opinión de su marido la había sorprendido. Se había mostrado reacio a hacerse cargo de la gestión de Sapphoss durante las tres semanas y le había dicho a Delfi que tendría que quedarse en Hestias para ayudar a sus padres. Pero sólo unos días después, de hecho, al día siguiente de que Delfi leyera la carta de Linda, había cambiado de opinión.

"Será bueno para nosotros y para ti", le había dicho.

Si se lo hubiera dicho antes de la carta, Delfi habría estado encantada, pero todo había cambiado. Ya no le importaba lo que él hiciera y se había resignado a la idea de quedarse en la taberna y vivir sola las tres semanas. Su oferta llegó demasiado tarde, pensó entonces, pero la perspectiva de alejarse de Evangelina era demasiado buena para rechazarla.

Habían viajado, a menudo en silencio, a casa de Safo para entrenar una vez que los preparativos matutinos se habían llevado a cabo en casa de Hestia y, cuando Elektra se marchó, se mudaron a su piso, a la vuelta de la esquina. Aunque era pequeño, era espacioso y moderno, y la luz entraba a raudales por las grandes ventanas que daban a un pequeño balcón donde se amontonaban macetas con hierbas alrededor de una mesa de hierro forjado y dos sillas. Del techo del balcón colgaban una ristra de cascabeles y una cadena de elefantes pintados de vivos colores. A Delfi le encantaba abrir la puerta en las noches templadas cuando volvían de casa de Safo. Cuando soplabla la brisa, la cortina de tergal blanco se abría hacia dentro, dejando entrar el aroma de la menta y la albahaca, y fuera los elefantes se balanceaban al compás del suave tintineo de las campanas. Dentro, el piso estaba amueblado con sencillez, con dos sillones de cuero blanco y una mesa de centro de madera y cristal. Estanterías repletas de libros sobre yoga, filosofía y alimentación se alineaban en las dos paredes opuestas y adyacentes a la cocina ultramoderna, que almacenaba hierbas y especias en

tarros de cristal etiquetados. Delfi nunca había oído hablar de algunas de ellas, pero sonaban y olían exóticas, como Eugenia y Elektra, pensó.

Delfi recordó que la primera vez que entró en su dormitorio se sintió avergonzada. No sabía por qué, o si esperaba encontrar algo allí, pero al final era tan normal como el suyo, salvo que tenía las tablas del suelo pulidas y no crujían. La vieja casa en la que vivía con Nikolas era sólo una medida temporal, le había dicho él, hasta que encontremos algo mejor, le había dicho. Eso había sido hacía tres años, pero siempre estaban tan ocupados en casa de Hestia que sólo parecían tener tiempo para dormir en casa y ella había renunciado a encontrar algo mejor. Delfi se preguntó si había renunciado a muchas cosas desde que se había casado con Nikolas.

Había habido un cambio en la dinámica entre ellos. Mientras que a Delfi siempre le había parecido que ella era la que más se esforzaba por comunicarse, ahora parecía que era Nikolas, y ella había perdido interés. Sus días en el Sapphoss eran aún más ajetreados que en el Hestias, debido a su ubicación en el centro turístico de la capital de la isla y a que estaba abierto desde muy temprano hasta muy tarde. Delfi se alegró de ello. El único momento en el que Nikolas y ella tenían tiempo para hablar era cuando iban a Sapphoss por la mañana y cuando terminaban por la noche. Cada uno tenía descansos durante el día, pero no coincidían para que siempre hubiera dos empleados disponibles para atender. Si Nikolas se había dado cuenta de lo retraída que estaba, no se lo dijo, aunque de vez en cuando le preguntaba si se encontraba bien. Ella sonreía y asentía, y eso parecía tranquilizarlo lo suficiente.

Aunque estaba adelgazando, Delfi sabía que su aspecto era bastante bueno, y no ignoraba la atención que a veces recibía de los clientes masculinos, sobre todo cuando llevaba los tacones altos, la falda y la blusa; sus pechos no habían adelgazado y, en todo caso, parecían aún más grandes en comparación con su cintura y sus caderas, ahora más pequeñas.

Delfi terminó de quitar el polvo y abrillantar y colgó el delantal en el gancho que había detrás de la puerta de la cocina. En el cuarto de baño se lavó las manos, se peinó y se aplicó una línea de kohl en los ojos y Rosa Oscuro en los labios, que había comprado en una tienda cercana durante su descanso del día anterior. Para el comercio diurno llevaba vaqueros, camisa

y zapatos planos, pero esta noche volvería a vestirse de gala para atender a sus diez mesas.

Estaba impaciente.

* * *

De pie junto a la puerta del baño, Nikolas estudió el perfil de su mujer y observó la sombra bajo el pómulos. Había adelgazado en apenas una semana y su figura se había vuelto más femenina. No podía pasar por alto las miradas de admiración de los clientes masculinos y, aunque sentía cierto orgullo por ello, había una parte de él que lamentaba la pérdida de la carnosidad suave y acolchada de su joven esposa, como si hubiera representado algo intachable y verdadero. Sabía que, una vez desaparecida, se perdería para siempre.

El apetito de Delfi por la comida, normalmente voraz, se había moderado, al igual que su apetito sexual. Cuando la abrazaba, notaba que su cuerpo se ponía rígido y donde antes se despertaba con su rostro estudiándolo con la suavidad del amor, ahora se apartaba. Se había preguntado si estaría embarazada y se sorprendió del placer que sintió al pensarlo. Nunca supo con certeza cuál era el ritmo de su ciclo; Delfi era discreta y no hablaba de ello, y sus relaciones sexuales habían sido más impulsadas por la lujuria que por un golpe calculado, pero cuando ella se apartó de él una vez más y le dijo que era su época del mes, abandonó cualquier idea de embarazo.

Mientras Delfi se inclinaba hacia el espejo para pintarse los labios, él se sintió casi abrumado por el deseo y, cuando estaba a punto de entrar en el cuarto de baño y cerrar la puerta tras de sí, ella se volvió con una mirada que él no pudo determinar, pero que le hizo recapacitar.

De vuelta en el almacén, Nikolas se preguntó si había tomado la decisión correcta al llevar a Delfi a casa de Safo. Cuando le había dicho que irían juntos en lugar de que ella se quedara con Evangelina y Josef, ella no había

reaccionado como él esperaba y se había limitado a decir: "Si eso es lo que quieres", su reacción fue casi paralela a la de sus padres, como si un malestar los hubiera afectado a todos.

En los trayectos a la ciudad para el entrenamiento, la reticencia de Delfi había continuado, y en un momento en que él estaba hablando con ella, ella había encendido la radio como para cortarle. Nikolas pensó en lo que podría haber empezado, pero no había ningún suceso que pudiera identificar. Ella se había acostado de un humor y se había despertado de otro que había durado. Sabía que su madre la alteraba, pero incluso ella se había echado atrás. Lo único que se le ocurrió fue que Delfi echaba de menos a su padre y sintió cierta culpa por no haber tenido en cuenta este hecho.

"Cuando vuelva Elektra, iremos a Skosias a visitar a tu padre", le había dicho una mañana en el coche. Mientras lo decía, Nikolas se preguntaba en qué estado de ánimo estaría su hermana cuando regresara de París y si sería capaz de volver a dirigir el café-bar. Delfi se había vuelto hacia él y, aunque su "gracias" carecía del vigor al que él estaba acostumbrado, era sincero.

Después de aquello, y durante los días de entrenamiento, vio que su mujer recuperaba el entusiasmo y el brillo, y su jadeo de placer cuando abrieron la puerta del piso de Elektra le aseguró que estaba volviendo a ser la de antes. Pero, aunque había recuperado la vitalidad, ésta era de otra naturaleza. Delfi estaba más segura de sí misma, lo que se notaba en los movimientos más rápidos y bruscos con los que caminaba y hablaba. En casa de Hestia, su forma de abordar las tareas había sido lánguida y su mirada suave, como si se hubiera perdido en otro lugar. En casa de Safo estaba ansiosa por aprender todo lo que pudiera y sus ojos eran agudos. De camino a casa, después de un largo día, su energía era alta y fue Nikolas quien se fue a la cama agotado, dejando a su mujer sentada frente al televisor.

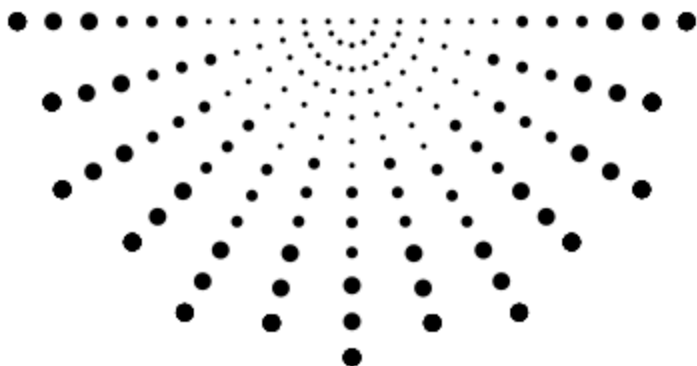
Nikolas se sentó en un cajón, el mismo en el que había encontrado a su hermana apenas una semana antes y se sintió como si viviera en el vacío. Desde la mañana en que había roto la carta de Linda, se había propuesto ser mejor, esforzarse más y devolver el amor que Delfi le había dado. Había llegado a pensar que hacerse cargo de Sapphoss durante sólo tres semanas sería la oportunidad perfecta para empezar de nuevo, que podría compensarla de alguna manera por lo que no había sido capaz de darle

emocionalmente. Rompiendo la carta y perdiendo la última conexión física con Linda, pensó que podría borrarla de su corazón y de su mente. Hasta que encontró el anillo.

Cuando estaba deshaciendo la maleta en el dormitorio de Elektra mientras Delfi se duchaba, lo encontró envuelto en un trozo de papel de seda y metido en un bolsillo olvidado de la maleta. Cuando lo sacó y lo desenvolvió, el corazón le latió tan fuerte que el pulso le hizo temblar las manos y tuvo que sentarse en la cama para estabilizarse. Mientras lo tenía en la palma de la mano, se sintió transportado al momento en que había encontrado la carta de Linda y el anillo que le había dejado en la mesilla de noche, y la pena volvió como un puñetazo. No podía creer que lo hubiera olvidado, pero había perdido gran parte de lo que ocurrió en los días inmediatamente posteriores a su marcha. Sentado en la cama de su hermana y con su joven esposa en la habitación contigua, temía que aquello volviera a apoderarse de él. Cuando Nikolas oyó que se cerraban los grifos y se abría y cerraba la puerta de la mampara al salir Delfi de la ducha, dejó caer de nuevo el anillo en el papel de seda y lo devolvió al bolsillo de la maleta. Cuando ella entró envuelta en una toalla, con la cara fresca y olor a jabón, él sonrió, pero por dentro el corazón se le volvió a romper.

En ese momento, sentado en una caja, con su mujer en tránsito hacia algún espacio más allá de él, se sintió como en el vacío.

CAPÍTULO OCHO



Elektra estaba de pie frente a la verja, deseando pulsar el botón del interfono, pero la energía de sus brazos ya se le escurría por los pies hasta los adoquines de terrazo que se extendían desde debajo de sus sandalias, bajo la verja, hasta el pórtico y la puerta principal de caoba. No era porque los padres de Eugenia le parecieran intimidantes -pocas personas podían reclamar ese título-, sino más bien porque temía que Eugenia no estuviera allí, o quizá peor aún, que estuviera y se negara a verla. Elektra aún no había formulado en su mente qué era lo que diría; las palabras parecían inadecuadas. Había demasiado en juego.

Con esfuerzo, levantó el brazo mientras arrastraba la mochila tras de sí y pulsó. Casi de inmediato, Marielle abrió la pesada puerta principal. A Elektra le pilló por sorpresa, ya que esperaba ver a Stephanie, la femme de ménage sueca, y esto la puso aún más desprevenida. Marielle se detuvo un momento para contemplar al visitante al otro lado de la puerta. Elektra contuvo la respiración mientras sonreía, cálidamente, se dijo a sí misma. Aunque Marielle había soltado el cerrojo de la puerta, su expresión, ni severa ni acogedora, no había cambiado.

Elektra atravesó la verja antes de que pudiera cambiar de opinión y se reunió con ella en el pórtico frente a la puerta.

"Bonjour, Marielle". Elektra pudo oír el tono nervioso de su voz y la maldijo por filtrar su vulnerabilidad.

"Bien. ¿Qué quieres, Elektra?". Con sus zapatos de salón negros, Marielle estaba varios centímetros por encima de Elektra y, a pesar de su físico delgado y casi frágil, vestida de negro como de costumbre, era una figura extrañamente imponente. Hacía años que sus ojos habían perdido la luz y, en unas pesadas cuencas junto a una nariz aguileña, parecía un cuervo. Elektra no podía saber lo que Marielle pensaba de ella en ese momento, porque su rostro guardaba permanentemente en sus pliegues la decepción y cierta apatía.

Para hablar con Eugenia. ¿Está aquí, Marielle?

"No. No está".

Elektra levantó el cuerpo todo lo que pudo y sostuvo la mirada de Marielle. Entonces, ¿dónde está?

Con Alain.

Marielle seguía de pie donde estaba, pero Elektra sintió como si le hubieran hecho un corte superior.

Jadeó. ¿Alain? ¿Dónde están? ¿Dónde están? Las palabras salieron solas y Elektra perdió la compostura que le quedaba. ¿Qué coño?

Marielle dio un pequeño paso atrás, no por miedo, sino por desagrado, y Elektra vio que el rostro de la mujer podía adoptar una expresión aún más amarga, esta vez con un matiz de autosatisfacción.

Le pido que se marche -dijo haciendo un gesto con dedos de araña hacia la puerta-. Eugenia también quiere esto.

Elektra pensó que Marielle podía estar mintiendo, pero en el fondo de su estómago sabía que era cierto. Eugenia no estaba aquí. Cegada por su confusión y su rabia creciente, giró sobre sus talones, pero el peso de su mochila se desplazó demasiado bruscamente y tropezó al salir del porche. Al acercarse a la verja, ésta se abrió como si actuara de conspiradora de Marielle.

"Y tú también puedes irte a la mierda", se giró y gritó en un último y desesperado gesto por recuperar terreno, pero Marielle ya había cerrado la puerta principal tras de sí.

En la calle, Elektra estaba desorientada y no sabía en qué dirección caminar. Vio un gran jardín rodeado de una vieja valla de hierro forjado y una puerta entreabierta. Un cartel indicaba que se trataba de una reserva pública, así que caminó con las piernas pesadas hasta la extensión de césped, se tiró la mochila al suelo y se tumbó boca arriba. Por encima de ella, las nubes amenazaban lluvia y una brisa fresca se colaba entre las ramas de los olmos.

"Alain", dijo en voz alta, "el puto Alain no". De todos los escenarios que Elektra había imaginado, el ex prometido de Eugenia no figuraba en ninguno de ellos. Lo sabía todo sobre él: que Eugenia y él se habían conocido en la universidad, se habían enamorado rápidamente, se habían prometido y luego se habían desenamorado. Aunque Eugenia se lo había contado, nunca se exployó sobre la causa de su separación y, cuando se le insistía, Eugenia se irritaba y cambiaba de tema. Por alguna razón, esto molestaba a Elektra, y cuando se enfrentó a ella, Eugenia le gritó, la única vez que lo hizo: "¿Qué quieres saber? Nos hemos distanciado, eso es todo".

Eso había sido en sus primeros días y Elektra lo había dejado pasar. Eugenia no volvió a hablar de Alain hasta que recibió un SMS con fotos que le enseñó. "Mi nuevo hogar", decía el mensaje. Era una foto de un cobertizo amarrado en el Sena, con jardín exterior y tumbonas; Elektra había visto muchos de estos doce meses antes, cuando ella y Eugénie habían venido a París para la boda de un primo. Una segunda foto mostraba la zona interior: una cocina, un salón compacto con un sofá semicircular y un dormitorio con una colcha de pelo de los años sesenta.

"Qué pajero", había dicho Elektra, molesta de que Alain hubiera sentido la necesidad de mostrarle esto a Eugenia.

Hummm. Eugenia había tardado en contestar. En aquel momento, Elektra había supuesto que estaba de acuerdo, pero ahora se preguntaba si se había distraído pensando en él.

Habían pasado seis meses y Elektra, segura del amor de Eugenia en aquel momento, lo había olvidado por completo. Ahora le parecía que Eugenia nunca lo había hecho.

Pequeñas gotas de lluvia le salpicaron la cara.

Maldita sea. Elektra se levantó de mala gana y se echó la mochila a la espalda una vez más. Aparte de resguardarse de la lluvia, no sabía qué hacer a continuación, aunque su creciente enfado le había ayudado a recuperar algo de energía. Regresó en la dirección por la que había venido, lo que significaba que tenía que volver a pasar por delante de la casa. Elektra miró hacia la ventana que sabía que había sido el dormitorio de Eugenia, deseando verla allí de pie. Prefería saber que Eugenia se había negado a verla y que había urdido una mentira con su madre antes que creer que vivía con Alain en la intimidad del cobertizo para botes. Pero no hubo movimiento, ni se corrió la cortina, ni apareció el bello rostro de la mujer que amaba.

Elektra apartó la mirada y empezó a acelerar el paso con la creciente determinación de encontrar a Eugenia. Sus pensamientos se aclararon al ritmo de sus movimientos mientras repasaba mentalmente las imágenes del cobertizo que Alain le había enviado. La mayoría de los cobertizos para botes que había visto en su anterior viaje a París eran muy parecidos y solían ser alquilados por turistas para estancias cortas. Elektra se esforzó por visualizar el exterior del que Alain había alquilado, pero no recordaba nada que lo distinguiera de los demás. Y entonces se acordó. Cómo había podido olvidarlo, se reprendió. En una esquina de la fotografía se veía el Puente de las Artes. Elektra lo conocía porque ella y Eugenia habían añadido su candado de amor al puente la mañana de la boda de su prima. ¿Acaso Alain había inclinado deliberadamente la cámara para que apareciera en la foto? ¿Habían colocado él y Eugenia un candado allí años antes? Elektra sintió que la sangre le latía en las sienes y aceleró el paso.

Sabía exactamente dónde encontrar la casa flotante.

* * *

"Una moussaka vegetariana y una ensalada de pollo. Mesa 4". Delfi dejó la lista en la barra de la cocina y volvió a tomar los pedidos de la mesa 6.

"Vas bien, Delfi", dijo Paulo mientras espumaba leche para el café. Miró hacia la puerta cuando entró un nuevo cliente y le hizo un gesto con la cabeza. ¿Le importa? No puedo dejar esto ahora".

Vio que Nikolas levantaba la vista de una mesa que estaba sirviendo en la parte trasera y le sonreía cuando ella le indicó que se encargaría. En Hestias, siempre le tocaba a Nikolas sentar a los clientes porque ella estaba demasiado ocupada en el fregadero; la preparación de las patatas, las ensaladas y, en tiempos más recientes, los postres, parecía no dar tregua.

Delfi se movió automáticamente para pasarse las manos por el delantal, pero en el último momento se dio cuenta de que no lo llevaba puesto. En su lugar, se alisó la falda y se enderezó la espalda mientras se dirigía hacia la puerta. Aunque estaba segura de no haber visto antes a aquel cliente en Sapphoss, le resultaba vagamente familiar. Era unos diez años mayor que ella y tenía el cabello y la tez claros, lo que sugería que, si era griego, procedía de algún lugar del norte o de Atenas. Esto descartaba cualquier historia compartida y, además, pensó, no había mucho en su historia que compartir de todos modos. Decidió que debía de haber sido en casa de Hestia, o tal vez se había cruzado con él por las calles cercanas a Safo.

"Kalispéra, buenas noches", dijo.

Una mesa para uno -respondió él.

Delfi se dio cuenta de que había dudado, esperando el "por favor". Su acento le había confirmado que era ateniense.

"Por aquí", le dijo cuando él la miró sin comprender. Se dio la vuelta y lo condujo entre las mesas hasta una de su propia sección, que había sido despejada y limpiada hacía unos momentos.

Cuando el hombre se sentó, Delfi cogió un menú de la barra y volvió hacia él. Los platos de esta noche son...

"Sólo quiero una copa. Tsipouro... con hielo".

Todavía no hay "por favor", pensó. "Por supuesto", dijo con una sonrisa.

Tsipouro con hielo y sin "por favor", repitió a Paulo, que enarcó una ceja.

Espero que sólo tome uno de esos", dijo, "si no, lo encontraremos debajo de la mesa".

Delfi asintió como si lo supiera todo sobre la bebida y volvió a centrar su atención en las personas de la mesa 6 para tomarles nota. Mientras una de las mujeres se demoraba, ella miró al hombre al que acababa de sentar. Parecía escrutar la sala como si esperara ser reconocido y, cuando Delfi le echó el ojo, sonrió. Al sentirse sorprendida, Delfi sintió que se ruborizaba, pero al mismo tiempo su memoria se acercaba un poco más a reconocerle.

Las diez mesas que le habían sido asignadas se llenaron rápidamente y, entre los desplazamientos del interior al exterior y viceversa, Delfi apenas tuvo tiempo de pensar en el nuevo cliente hasta que éste llamó su atención con un gesto de la mano.

"Otro Tsipouro, preciosa", dijo.

Delfi oyó la ligera ligereza con la que hablaba y pensó en lo que Paulo le había dicho antes. Aunque se estaba acostumbrando a esas expresiones de familiaridad, seguía sintiendo cierta vergüenza. Cuando se lo comentó a Nikolas, él le aseguró que, aunque deseaba que los hombres no dijeran esas cosas, aquí era diferente a estar en casa de Hestia y, si ella lo soportaba, él también.

"Sí, puedo soportarlo", le había dicho ella, aunque por la expresión de su cara se dio cuenta de que no le gustaba nada.

Cuando Delfi alargó la mano para tomar el vaso vacío del hombre, él le puso la palma de la mano en el dorso. Inmediatamente, ella retrocedió, casi

tirando el vaso al suelo.

Tranquila -dijo riendo-. Sólo iba a pedir algo de comer".

Por supuesto", dijo ella, intentando sonar tan tranquila como él, pero el contacto físico la sacudió. ¿Qué desea?

"Siento haberte asustado", dijo él en voz baja.

El ruido había aumentado y casi todas las mesas estaban llenas. Delfi tuvo que inclinarse para oír lo que el hombre quería. Vio que sus ojos se dirigían a sus pechos y había algo en esa mirada que hizo que por fin se reconociera plenamente.

Delfi se incorporó de golpe. Eres... ¡Eres Eros Megalos!

El hombre sonrió y suspiró como alguien acostumbrado a ser reconocido. "Sí, así es. ¿Eres fan del programa?".

Delfi se quedó boquiabierta y no supo qué decir. Asintió con la cabeza. Eros Megalos había sido el joven amor de Katerina Matsouka -un becario en su bufete de abogados- hacía tres series. Había muerto trágicamente, saltando desde un puente a un torrente helado después de que ella le dijera que era demasiado joven y que no había futuro para ellos. Delfi recordaba muy bien aquella escena; cómo los ojos de Katerina Matsouka se habían llenado de lágrimas de compasión al enterarse de la noticia y, en la intimidad de su despacho, destrozada por la culpa y la pena, se había rasgado la blusa.

"Debe de ser maravilloso ser actor", dijo al fin. Me habría encantado...

El hombre se sentó y la evaluó. Podrías ser una joven Katerina Matsouka, ¿lo sabías?

Delfi jadeó de placer. Lo sé todo sobre ella. "Es la mejor actriz".

Tosió como si se le hubiera quedado saliva en la garganta. "Eros Megalos es mi nombre artístico", dijo, serenándose. Mi verdadero nombre es Basileus Katsaros. ¿Cómo te llamas tú?

"Delfi Kazan", dijo ella.

"Delfi Kazan", repitió Basileus Katsaros. "Suena bien".

Delfi sintió un calor de placer.

"Estoy aquí por unos días", continuó. "Negocios. Me alojo en mi casa, que tiene una vista ininterrumpida de la caldera. Las puertas de sol..." Su voz se entrecortó.

"¡Delfi!"

Delfi se giró para ver a Nikolas de pie en el borde de su sección tratando de captar su atención.

Las mesas... -dijo, señalando varias que habían quedado libres y necesitaban ser despejadas.

Asintió a Nikolas y se volvió hacia Basileus Katsaros. Lo siento. Usted quería pedir.

"He cambiado de opinión", dijo. "Tengo que volver a casa y estudiar mis líneas para el rodaje de la próxima semana. Pero, Delfi Kazan, tal vez vuelva mañana por la noche y podemos continuar esta conversación".

"Sí... sí... me gustaría", dijo ella, sin acabar de creerse lo que estaba oyendo.

Se levantó y fue a la barra a pagar. Delfi se dirigió rápidamente a la mesa vacía que había que despejar para los nuevos clientes que esperaban en la puerta.

"Hasta entonces".

Delfi dio un respingo, sobresaltada por la voz en su oído. No lo miró, sino que siguió cargando una bandeja con platos usados. Por suerte para el ruido de fondo, nadie oyó el traqueteo de los platos al subirlos a la barra. Sin saber por qué se sentía culpable, buscó a Nikolas. Había vuelto con sus clientes y era ajeno a lo que acababa de ocurrir entre su mujer y Eros Megalos.

Y Delfi no iba a decírselo.

* * *

Mientras volvían a casa, Nikolas notó que su mujer estaba más animada y dispuesta a hablar que otras noches. Por el brillo de sus ojos y su piel y la rapidez de sus pasos, se daba cuenta de que le encantaba trabajar en Sapphoss, y se sentía orgulloso y sorprendido de lo rápido que se había adaptado. Decidió que cuando volvieran a Hestias se aseguraría de que ella tuviera más oportunidades de servir las mesas. Los clientes la adoraban. Los hombres la adoraban.

Nikolas pensó en el hombre con el que había visto conversar a Delfi aquella noche. Tenía más edad que ella y Nikolas sintió una oleada de celos. Delfi había atendido a muchos clientes masculinos en los días y las noches que habían estado en Sapphoss, y se daba cuenta de que estaban encantados con ella, pero este parecía diferente. Desde su posición en la parte trasera, Nikolas podía ver cómo sus ojos seguían a Delfi mientras se movía entre las mesas. Si hubiera estado con un amigo y hubieran compartido juntos su aprecio por ella, se habría sentido molesto, pero no demasiado. Que aquel cliente estuviera solo y la observara como él lo hacía, que fuera guapo y más joven que él, que hubiera conseguido entablar conversación con su mujer cuando la mayoría de los demás no podían, eso era lo que le molestaba.

Nikolas no dudaba de que Delfi era ajena al interés del hombre. Por su postura y su comportamiento, se daba cuenta de que ella hacía todo lo posible por tener contentos a todos sus clientes, pero cuando se detuvo a hablar con él, más tiempo del que normalmente dedicaba a un cliente en una noche ajetreada, Nikolas se sintió extrañamente excluido, como si hubieran encontrado algún punto en común en su conversación que lo excluía a él. Fue entonces cuando sintió la necesidad de interceder, a pesar de encontrarse a cierta distancia.

"El hombre que estaba solo en la mesa 7, ¿lo conoces?"

Delfi aminoró el paso y le miró. ¿Lo conoces?

Nikolas oyó la vacilación en su respuesta, como si estuviera pensando qué decir.

No. Ella ya no lo miraba, pero reanudó el paso. ¿Por qué dices eso? ¿Lo dices tú?

No, no le conozco, es sólo que parecía que os llevabais bien... como si os conocierais de antes. Intentó que sonara desenfadado, intrascendente.

Era bastante agradable.

"¿De qué estabas hablando?" Tan pronto como lo dijo, Nikolas deseó no haberlo hecho. Era demasiado tarde. Delfi dejó de caminar y esperó a que él también lo hiciera.

¿Qué quieres decir?

Es obvio lo que quería decir, Delfi.

"Ni siquiera recuerdo de qué estábamos hablando", dijo ella. Estaba frente a él y la luz de la farola que tenía detrás le iluminaba la cara. Le sostuvo la mirada y levantó la barbilla en un suave gesto de desafío. ¿Ahora no puedo hablar con los clientes?

Nikolas se sintió tonto de repente. No me refería a eso, dijo. A veces me preocupa que...

"Si vuelves a decir que soy inocente, gritaré", dijo ella y reanudó la marcha.

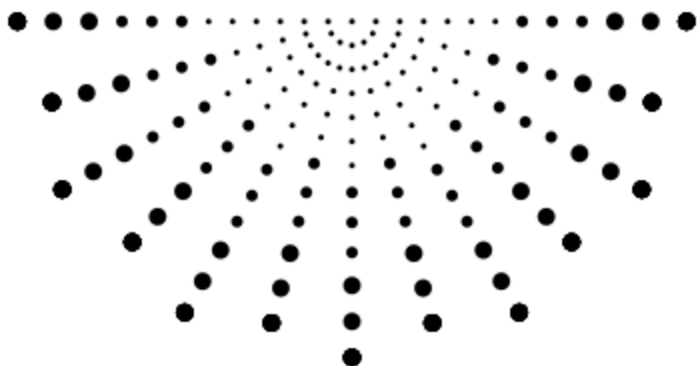
Él la alcanzó. Lo siento -dijo-, tienes razón. Pero me resultaba un poco familiar.

Delfi estaba medio paso por delante de él. Nunca le había visto antes.

"Quizá vuelva a entrar y puedas preguntarle".

OceanofPDF.com

CAPÍTULO NUEVE



Desde el umbral de la puerta, Elektra arrojó su llave al banco y pateó su mochila empapada por el suelo de la habitación del hotel, oyéndola repiquetear contra la pared; con el mismo pie, dio una patada hacia atrás para cerrar la puerta tras de sí. Se agarró la ropa mojada, maldiciendo con exasperación cuando se le pegó al cuerpo, y la tiró al suelo. Desnuda y fría, se tumbó en la cama, cuyos muelles gimieron en señal de protesta y se hundieron para acomodar su peso.

Tras su visita a Marielle, Elektra se había animado lo suficiente como para dirigirse directamente al Sena, donde calculaba que estaría la casa flotante de Alain, pero necesitaba más tiempo para pensar. En lugar de eso, regresó al hotel y, aunque la lluvia se había vuelto intensa, dejó que la azotara y podría haber caído de rodillas bajo sus flagelaciones. La noticia de que Eugenia estaba escondida con su ex prometido bajo el puente de las esclusas, dada con el estilo sardónico de Marielle, la había destrozado. El hecho de que no hubiera pensado en esa posibilidad había sido un testimonio de la confianza que había empezado a depositar en el amor de Eugenia, y ahora se sentía como una tonta. Era la confirmación de que siempre había tenido razón, de que no era digna de amor y de que no podía confiar en nadie. Mientras caminaba, su tristeza aumentaba a cada paso, pero de un espacio interior que ella creía vacío, la rabia empezó a agruparse y a expandirse para alimentar sus piernas con la energía suficiente para llegar hasta la habitación del hotel.

Elektra se desplomó de espaldas sobre la almohada, rozando el cuero cabelludo con el cabecero de hierro de la cama y enviando pequeñas ondas de sonido al aire estancado. Cuando se presionó la cabeza con los dedos, pudo notar que ya se le estaba formando un pequeño bulto, pero el dolor que le producía era intrascendente. Apoyó la cabeza con más suavidad y miró por encima de ella, sintiendo una vaga curiosidad al ver manchas secas de lo que parecía café adheridas al techo. ¿Allí arriba? pensó y se preguntó por el escenario que podría haberles llevado hasta allí. ¿Era ésta la habitación de la amante despechada que catapultaba tazas de café en señal de angustia, de rabia, de pena? Buscó más señales, más café, pero no encontró nada, sólo yeso agrietado y pintura desconchada, polvo y cortinas sin lavar, la mancha de un trapo sucio que se había pasado apresuradamente por el banco de linóleo.

Fuera, el zumbido del tráfico era interrumpido por sirenas y bocinazos. Con este acompañamiento, Elektra se sumió en un estado crepuscular, con su mente aún activa temiendo las realidades que experimentaba cuando dormía y cuando estaba despierta. Los pensamientos bailaban y chocaban en combinaciones absurdas y, cuando una extraña combinación -Eugenia y Evangelina bailando el vals juntas en el vestíbulo de Skosias- amenazó con apoderarse de ella, quiso despertarse.

La respiración de Elektra se agitó en su pecho y garganta, y cada nervio de su cuerpo se estremeció con la excitación eléctrica. Intentó respirar en el abdomen para evitar el inminente ataque de ansiedad que había asolado su vida, pero los músculos se negaron a moverse. Desesperada, agarró las cuentas de mala de su muñeca y empezó a contar del uno al ciento uno. Pero, como si lo tomara como una afrenta, su cuerpo y su mente se prepararon para el asalto y Elektra se preparó para una muerte solitaria en la habitación del amante despechado.

Se levantó de la cama y, tambaleándose, rebuscó en su mochila y en la bolsa de plástico que contenía sus medicamentos. Con manos temblorosas, pinchó el blíster en busca de un sedante y dudó brevemente antes de tomar el segundo y echárselos ambos a la boca, enjuagándolos con un trago de la botella de agua que había quedado alojada en un lateral de la bolsa. Elektra

se envolvió en el cubrecama que le arañaba la carne y esperó a que las pastillas hicieran efecto.

Había anochecido cuando se despertó. Parpadeando y con los ojos desorbitados por un sueño pesado, se quedó quieta, adaptándose a la luz de la ventana que cubría la habitación de un gris acero. El cuerpo de Elektra temblaba bajo el cubrecama y su mente se estremecía con la avalancha de pensamientos. Las imágenes de Eugenia y el rostro bidimensional de Alain de una fotografía se fijaron en su lugar y con ellas llegó un torrente de energía que la impulsó fuera de la cama. No se molestó en encender la luz, sino que desmontó el montón de ropa mojada que había en el suelo para volver a ponérsela en orden inverso, sin apenas darse cuenta del frío que hacía, de que se le pegaba a la piel o de que se había puesto la camiseta del revés. Sacó los zapatos de debajo de la cama y se los metió; estaban húmedos y ya olían a moho.

Mientras se dirigía a la puerta, Elektra hizo una pausa y volvió a su mochila, sacó una tarjeta de medicamentos y se la metió en el bolsillo trasero de los vaqueros. Cogió la llave del banco y cruzó el pasillo hasta el baño común y se dirigió al retrete. En el lavabo bebió del grifo, se echó agua a la cara y se pasó las manos por el cabello. No se miró en el espejo: era sólo una mente, no un cuerpo.

Jean-Paul estaba en el mostrador improvisado bajo un ambicioso cartel, Réception. Elektra oyó su alegre "Bonsoir" mientras caminaba por el pequeño vestíbulo hacia la máquina expendedora y, con esfuerzo, levantó una mano en respuesta. Buscó cambio en el bolsillo mojado de sus vaqueros e introdujo el código de una bebida energética. La cogió y salió a la calle, casi chocando con una anciana alta que paseaba a un perro. La mujer se detuvo y la miró con desdén.

"¡Vete a la mierda!" gritó Elektra por encima del hombro. Abrió la lata de un tirón y se dirigió hacia el río, abriéndose paso entre la multitud de peatones del sábado por la noche. Algunos la vieron venir y se apartaron de su camino. Sentía sus ojos clavados en su espalda, pero eso no hacía más que animarla.

A pesar de la fresca brisa nocturna sobre su ropa húmeda, Elektra se sentía impulsada por la combinación de las pastillas y la cafeína de la bebida energética. De vez en cuando, mientras paseaba por la acera, vislumbraba su reflejo en un escaparate; veía la distorsión de su rostro por la ira, pero lo registraba como su fealdad, su lástima. Ante el escaparate de un restaurante, se detuvo sobresaltada creyendo ver a Eugenia dentro con otra mujer. Elektra se apoyó en el cristal. No era Eugenia, pero la intimidad entre las dos mujeres, una riendo, la otra inclinada sobre la mesa para acariciarle el brazo, fue como una bofetada, un recordatorio de lo que había perdido. En una mesa cercana a la ventana, un hombre y su mujer miraban a Elektra con afrenta y habían hecho señas al camarero para que hiciera algo con ella. Ella se apartó de un tirón y siguió caminando.

Aunque sólo había estado allí una vez, Elektra buscó la ruta hacia el Pont des Arts como impulsada por un instinto primario, pero al llegar se sintió desorientada. Al principio pensó que se había equivocado de puente y maldijo en voz baja. Los candados del amor no estaban unidos a las barandillas, sino que habían sido cortados y amontonados en puntos intermitentes a lo largo de su longitud encerrados en vallas de malla, listos para ser desechados.

Elektra se mezcló con la multitud. El ambiente era sombrío y las parejas escudriñaban los recintos buscando desesperadamente su candado como si, de encontrarlo, fuera a demostrar la inexorabilidad del amor. Elektra los esquivó. Ya sentía que se había acabado, pero no pudo evitar pensar en el día en que ella y Eugenia habían comprado su propio candado en una tienda que había aprovechado su proximidad al ahora famoso puente. Era azul, recordaba, la elección de Eugenia, y en un gesto de agradecimiento ella había insistido en que Elektra fuera la que lo cerrara, encerrando su amor para siempre. Cada una había besado la pequeña llave antes de lanzarla, juntas, desde el puente. Ahora esa llave, como la de cualquier otra pareja, yacería como detritus del amor en el fangoso fondo del río de la Ciudad del Amor.

A mitad del puente, una joven estaba sola y parecía hipnotizada por la barandilla vacía. Elektra reconoció cierta derrota en su porte, como si se enfrentara a una prueba, a una realidad que no había querido o podido ver.

Elektra apartó la mirada y se dirigió con más resolución hacia una posición en el puente desde la que pudiera otear las casas flotantes a lo largo de la orilla del río. Recordó que en el fondo de la fotografía que Alain había enviado a Eugenia, con un ángulo que incluía el Puente de las Artes, estaba el inconfundible arbotante de la catedral de Notre Dame, en la isla de la Cité. Elektra se situó en el centro del puente, pero debido a la curva del río, el contrafuerte no era visible. Siguió avanzando por los tablones de madera, atenta a su primera visión, y cuando por fin lo tuvo a la vista, se volvió hacia las casas flotantes que bordeaban el río a sus espaldas. Había una docena amarrados a la orilla.

Eugenia le había dicho a Elektra que había unas mil casas flotantes a lo largo del Sena y que habían sopesado la idea de alquilar una en su próxima visita. Cualquier cosa mejor que quedarme con mis padres, había dicho Eugenia. Pues ahora estaba viviendo la realidad, pensó Elektra, pero con Alain. Se acercó a la barandilla que había detrás de ella y examinó una por una las casas flotantes. Descartó las dos más cercanas al puente por su ángulo y pasó por alto las que parecían vacías. Estaba oscureciendo y sólo los que tenían las luces encendidas eran fácilmente visibles, por lo que parecía lógico empezar por ellos. Seis casas flotantes estaban ocupadas, al menos esta noche.

Elektra se apartó de la barandilla, pero le sobrevino un repentino ataque de náuseas. Se apresuró a retroceder y se inclinó hacia delante, arrojando al Sena un vómito líquido que olía a sabor artificial de naranja. Se seca la boca con el dorso de la mano y avanza tambaleándose por el resto del puente hasta la orilla. Se detuvo para tomar aliento, sin hacer caso de las miradas horrorizadas o asustadas de los transeúntes. Las casas flotantes estaban a doscientos metros y, por un momento, Elektra pensó que nunca llegaría. Respiró profundo, deseando tener su botella de agua y un cepillo de dientes, pero siguió adelante, deteniéndose de vez en cuando para calmar el temblor que empezaba a invadir su cuerpo.

Aunque había descartado las dos primeras casas flotantes, Elektra se detuvo en cada una de ellas para cerciorarse. La primera estaba a oscuras, pero era ultramoderna, y estaba segura de que no estaría amueblada al estilo retro que había visto en la fotografía de Alain. Elektra se imaginó el dormitorio y

su colcha de paja, y sintió que la sangre le palpitaba en la sien al pensar en lo que podría ocurrir allí.

Sintiéndose mareada y a punto de desmayarse, siguió caminando, agarrándose de vez en cuando a una barandilla inexistente y casi cayendo al río.

Alguien gritó: "¡Cuidado!" Se volvió en la dirección de la voz, pero no pudo ver a nadie en la parte del terraplén que quedaba a la sombra entre dos focos.

La segunda casa flotante estaba ocupada. Habían corrido las cortinas y Elektra no pudo ver el interior, pero la ropa tendida en un tendedero improvisado en el exterior era la de una familia con niños pequeños. Entre la camisa de un hombre y la blusa de una mujer había un vestidito, unos pantalones cortos de niño y una camiseta. Había ropa interior clavada aquí y allá. Todos estaban flácidos y todavía goteaban de la lluvia que los había empapado antes. Se imaginó a la familia sentada alrededor de una mesa, a una joven madre sonriendo mientras colocaba un plato de sopa delante de sus hijos, que se reían de las payasadas de su padre. Elektra añoraba el consuelo de aquella sopa, el consuelo del amor.

Las cortinas del interior del tercero estaban abiertas, pero no había luz dentro. Un farol en el paseo iluminaba la cubierta, donde las tumbonas y las macetas de hierbas proyectaban profundas sombras sobre sus tablones. Elektra se detuvo en busca de señales de vida humana, pero, a diferencia del anterior, no había ropa tendida en un tendedero, sólo un par de zapatillas de mujer junto a la puerta; no eran unas zapatillas que ella reconociera. Se volvió y miró hacia el Puente de las Artes, pero se dio cuenta de que la casa flotante estaba demasiado cerca del puente y no se veía Notre Dame.

Elektra siguió caminando, tropezando de nuevo y maldiciendo sus zapatos mojados que le rozaban los talones. Pasó junto a otras dos casas flotantes y, aunque todas estaban en la posición correcta, eran demasiado modernas o demasiado viejas.

Se sentó en un banco junto al camino para quitarse los zapatos y los tiró de uno en uno a una papelería situada a un metro. Su puntería fue muy mala y

los zapatos chocaron contra el metal, sobresaltando a algo en el árbol que había detrás. Elektra se levantó del banco para depositarlos en la papelería, pero sus brazos y piernas ya no tenían energía. Las pastillas que había tomado antes parecían haber hecho poco para calmar la falta de aliento y las oscilaciones del pánico. Metió la mano en el bolsillo trasero de sus vaqueros, sacó la tarjeta y pinchó otra ampolla. Lo hizo sin mirar, como si quisiera ignorar la realidad de lo que estaba haciendo.

Sin agua, la pastilla se desprendió de las paredes de su boca. Elektra se esforzó por crear suficiente saliva para limpiarla, pero se le quedó adherida a la parte posterior de la lengua. Tragó con fuerza, pero no se movió. Tragó saliva y, al mismo tiempo, se hizo tragar más saliva. Los restos de la píldora se desprendieron y emprendieron un lento y vacilante viaje hacia el estómago.

Elektra gimió y oyó la ronquera de su voz. Tenía la garganta en carne viva y ansiaba beber agua. Descalza, con la ropa aún pegada al cuerpo, cruzó tambaleándose el paseo hasta la orilla del río, se tumbó boca abajo e intentó alcanzar el agua, pero no veía su profundidad. Al inclinarse sobre la barrera de hormigón, sintió un golpe en la espalda.

¡Hey! ¿Qué haces?

Elektra se sintió arrastrada desde el borde del río. Cuando la soltaron, rodó sobre su espalda y se esforzó por distinguir el rostro que se movía y desenfocaba sobre ella.

¿Estás bien? Era una voz masculina, profunda y resonante.

"Deberíamos llevarla a la hierba", dijo otra voz, esta vez femenina, frágil y melancólica, que sonaba más lejana.

El hombre se había agachado junto a Elektra, y ella oyó su gruñido de acuerdo. Sintió que una gran mano se movía para sostenerle el cuello y que la otra se deslizaba por debajo de su hombro mientras él intentaba sostenerla. Elektra podría haberse dejado llevar por las fuertes manos que la sujetaban, pero tenía que encontrar a Eugenia. Estaba aquí, en alguna parte,

Elektra estaba segura de ello, y ese pensamiento le dio la energía suficiente para incorporarse y sentarse.

"Merci", dijo, aunque la voz se le quebró por el esfuerzo.

El hombre se echó hacia atrás para dejarla levantarse y, a la luz de la farola, Elektra vislumbró las canas en la sien, bajo la gorra y el bigote.

Baba. Elektra añoró el abrazo de su padre y miró en la dirección de donde procedía la voz femenina con la esperanza de ver a alguien parecido a Evangelina, pero seguía sin verle.

Ahora estoy bien". Aunque se sentía como si no le quedara nada, se levantó para tranquilizar a la pareja. Tenía que encontrar a Eugenia.

"Si vous êtes sûr, si está seguro", dijo el hombre. La mujer apareció a su derecha. Su silueta era pequeña y delgada. Elektra no podía verle la cara, pero sabía que sería tan frágil como su voz. Llevaba un sombrero demasiado grande para su pequeña cabeza, que se balanceaba arriba y abajo en señal de afirmación mientras él hablaba. Eran ancianos, pero Elektra recordaba la fuerza de la mano que tiró de ella desde la orilla del río.

"Sí, de verdad que estoy bien. Se me... cayeron las gafas de sol..." Elektra sintió que balbuceaba mientras construía su mentira. Se imaginó a sí misma a través de sus ojos: descalza, con la ropa húmeda, intentando beber de un río contaminado. No se iban a tragar su historia.

Muy bien. El hombre se volvió hacia la mujer. No se dijeron nada, pero cuando se alejaron de Elektra, la mujer enlazó su brazo con el de él y continuaron por el paseo.

"Gracias", les gritó.

La pareja se detuvo y se volvió hacia ella. Ambos asintieron y se volvieron para continuar su camino y pronto desaparecieron entre la multitud de peatones y las sombras de la noche.

En una bulliciosa noche de sábado en París, Elektra se sentía como si fuera la única persona del mundo.

Aún quedaban muchas casas flotantes por delante. Elektra se sintió abrumada por una sensación de inutilidad y regresó al banco para considerar su próximo movimiento. Si sus cálculos eran correctos, podía descartar las que se encontraban más lejos en este tramo del río, lo que significaba que la casa flotante de Alain debía de estar cerca.

Miró a las que ya había pasado y descartado por una razón u otra. Sólo una, con las tumbonas, las macetas de hierbas y los zapatos en la puerta parecía una posibilidad, aunque no tendría la vista de Notre Dame que era fundamental para Elektra.

Se mueven. El pensamiento fue claro y repentino. Se levantó del banco y regresó a la casa flotante que había quedado a oscuras, manteniendo la distancia con el terraplén de enfrente. Normalmente, sabía, este tramo de hierba a lo largo de la orilla del río estaría salpicado de amantes y familias, y agradeció que hubiera llovido. Apenas notaba la humedad y el barro entre los dedos de los pies y cubriendo los bajos de sus vaqueros. Su cuerpo temblaba, de frío o de ansiedad, pero no le importaba.

Elektra escrutó el barco en busca de rastros de Eugenia, pero había demasiadas sombras. Estaba a punto de darse por vencida y seguir buscando a lo largo del río cuando una pequeña chispa de luz en el interior llamó su atención. La chispa creció y se convirtió en la llama de una vela que iluminó un círculo de su entorno inmediato. Elektra vio a una persona, medio ensombrecida y que aún sostenía una cerilla encendida que se acercaba a la cara. Eugénie frunció suavemente los labios y apagó la llama.

El cuerpo de Elektra se sacudió con sus impulsos eléctricos y un grito lastimero escapó de su boca. Sus rodillas se doblaron y casi cayó sobre la hierba.

Cuando se hubo estabilizado, se acercó a la orilla del río. Elektra vio el destello de otra cerilla, una segunda vela encendida, una tercera; el interior del barco brillaba con luz ambiental, igual que su propio apartamento. A Eugenia no le gustaba la dureza de las luces eléctricas, prefería la calidez y

suavidad de la luz de las velas. Elektra recordaba cómo, después de que ella se quejara de no tener luz suficiente para leer, Eugenia le había comprado una eléctrica estándar, cuyo haz se concentraba en un diámetro pequeño pero eficaz.

Eugénie se movía por el pequeño interior, cambiando las cosas de sitio y llevando tazas a lo que Elektra suponía que era el fregadero, en el lado cercano de la cabina. Elektra se escondió entre las sombras del paseo y observó, y aunque no podía ver las manos de Eugénie, el movimiento de sus hombros sugería que estaba fregando los platos. ¿Acababa de llegar a casa? ¿Estaba sola? Elektra recordó los zapatos que no había reconocido en la cubierta, cerca de la puerta. Que Eugenia tuviera zapatos nuevos en una nueva vida le escocía como una pequeña puñalada.

De una parte del interior de la cabina que estaba oscurecida, apareció un hombre. Elektra supo enseguida que se trataba de Alain. Con el cuerpo aún orientado hacia el lavabo, la cabeza de Eugenia se volvió hacia él, y sonrió mientras hablaba. El corazón de Elektra retumbó con fuerza en sus oídos. Conocía esa sonrisa íntimamente, soñaba con ella, la anhelaba, y se la estaba regalando a otra persona. El temblor de su cuerpo, agravado por el latido errático de su corazón, la sacudía hasta el punto de que era incapaz de coordinar sus movimientos o sus pensamientos. La luz de las velas del interior de la cabaña lastimaba sus ojos y Eugenia y Alain se convirtieron en sombras-marionetas de un juego sardónico y macabro. La figura de Alain se acercó a Eugenia y, en la visión distorsionada de Elektra, se convirtieron en una sola figura.

Elektra gimió, al barco, a la acera y a los transeúntes que la bordeaban en un amplio arco. Colocando una mano inestable sobre la barrera de hormigón, la cruzó y salió a cubierta, cayendo de rodillas y rozándose la pierna con el lateral de una tumbona que cayó al suelo. Se levantó y se dirigió a la puerta, pero ésta se abrió de golpe desde dentro y Alain se quedó en el umbral, escudriñando la cubierta en busca del origen del ruido.

Bastardo. Elektra se abalanzó sobre la puerta, pero Alain había retrocedido y la había cerrado de golpe.

"Ábrela". Elektra dio una patada con el pie descalzo y golpeó con los puños. "¡Eugenia! Eugénie", sollozó contra la madera, que una parte de su cerebro percibió como el olor de las tablas mojadas del barco de Josef.

Se hizo el silencio detrás de la puerta. Luego lo oyó, lastimero y suave.

¿Elektra?

El sollozo de Elektra se atascó en su garganta. Eugenia...

La puerta se abrió, lenta y cautelosamente, y Elektra retrocedió. Eugénie estaba en silueta, pero una luz del paseo marítimo quedó atrapada en la humedad de sus ojos. Se adelantó y levantó suavemente una mano. Detrás de ella, Alain se había colocado en posición para protegerla. Para Elektra, ese movimiento, esa posición, era una declaración de reivindicación, y empujó a Eugenia para agarrarle por el cuello.

¿Qué haces? Eugenia se había estabilizado y la golpeaba en la espalda. Alain había agarrado a Elektra por los brazos y la mantenía a distancia.

Alain. Gritó una voz de mujer al salir de una habitación en la parte trasera de la cabaña.

"No pasa nada, Gervaise, no pasa nada", dijo mientras aflojaba el agarre.

A Elektra no le quedaba nada. Cuando la soltó, se desplomó en el suelo. Giró la cabeza. Eugenia", susurró, aunque ya casi no tenía voz.

Eugenia había retrocedido y estaba junto a la puerta, que seguía abierta.

"Fuera, Elektra. Su rostro estaba distorsionado por la ira y su cuerpo rígido.

Elektra reconoció la sensación de derrota. La había sentido antes muchas veces, aunque esta vez sabía que la esperanza también había desaparecido. Se vio a sí misma en el suelo a través de los ojos de Eugenia y supo que no valía nada. Estaba vacía, era un cascarón. Con el apoyo de una silla, se levantó y se tambaleó hacia la puerta. Cuando tropezó, sintió el leve toque de la mano de Eugenia en su espalda, pero la puerta se cerró tras ella y

Elektra se encontró mirando el par de zapatos que ahora veía que no le habrían quedado bien a Eugenia.

* * *

Lek, ¿puedes devolverme la llamada, por favor?

Nikolas se aseguró de que el teléfono estuviera en vibración en el bolsillo de su camisa. Era el tercer mensaje que dejaba a su hermana desde ayer por la tarde y no había recibido respuesta. No era tan raro que ella estuviera absorta en lo que estuviera haciendo y se olvidara de todos los demás, pero Nikolas se había sentido inquieto por el propósito de la visita de Elektra a París. Si encontraba a Eugenia y era rechazada, temía por su estado mental y emocional.

La había llamado desde que se había marchado con el pretexto de hablar de Safo. Ella había escuchado y respondido con lo que parecía un interés forzado, pero a pesar de sus cautelosas indicaciones, no había dicho nada sobre Eugenia ni sobre cómo se sentía.

Aunque no tenía ninguna noticia que comunicarle, durante el día no pudo librarse de la sensación de que algo iba muy mal. No creía en la precognición ni en las "corazonadas", y lo habría achacado a sentirse inquieto por los estados de ánimo oscilantes de Delfi, pero necesitaba estar seguro de que su hermana estaba bien. Nikolas deseaba poder hablar de ello con sus padres y había estado a punto de hacerlo a pesar de que Elektra le había jurado guardar el secreto, pero cuando los había visitado dos días antes, había encontrado la atmósfera entre ellos tan opresiva con su silencio, que no podía agobiarlos más.

Tenía que reconocerlo. Había creado un negocio próspero gracias, en parte, a su perspicacia para los negocios, lo que le sorprendió, pero sobre todo a su vitalidad. Elektra era fogosa, emocional e impredecible a veces, pero también ardía con una pasión por la vida que era contagiosa y dejarse

envolver por ese calor, e incluso por su ira, era vivificante. Él lo sabía. Eugenia lo sabía.

Mientras devolvía las tazas de café a la barra, el teléfono zumbó en el bolsillo de su camisa, enviando pulsaciones a través de su pecho en ondas urgentes. Lo sacó con la mano libre.

Eugenia. Sintió alivio y preocupación a partes iguales.

Hola, Eugenia. Hubo una sensación de déjà vu y Nikolas se preparó para lo que pudiera venir.

Neek, ¿sabes algo de ella? Estoy preocupado.

Hoy no. No ha contestado a mis mensajes. ¿Qué ha pasado?

¿Quería oírlo? Su mente se desplazó a un espacio distante y protector.

Eugenia le habló de la visita de Elektra a la casa flotante.

Es su aspecto, Neek. Es lo que más me preocupa. Nunca la había visto así. Tengo miedo por ella.

"¿Qué aspecto tenía?", dijo, sorteando las mesas hasta la trastienda.

"Mon Dieu... su ropa estaba mojada, sangre en sus vaqueros, sin zapatos, pero sus ojos... estaban asustados..."

Nikolas oyó que la voz de Eugenia se quebraba.

"Ayúdame a encontrarla, Neek."

Pasó las páginas del libro de pedidos donde había guardado el papelito en el que Elektra había escrito su dirección. Recordó que había tenido que insistir en que se lo dejara. Ahora sólo esperaba que no le hubiera engañado con una falsa. Se la leyó a Eugenia.

Conozco la zona", dijo con un suspiro de alivio, "ahora voy allí".

Incluso la madrugada se presentaba ajetreada. Aunque llovía y el viento otoñal dejaba entrever un frío invernal, en el interior de Sapphoss la calidez de la chimenea de leña y la suave iluminación que resaltaba la riqueza de la madera y el brillo del cristal atraían a la gente de la calle, que se sumaba a la clientela habitual.

Nikolas tuvo poco tiempo para reflexionar sobre la conversación con Eugenia, pero ésta se mantuvo como una pesada nube durante las dos horas siguientes. No tuvo tiempo de hablar con Delfi y, cuando miró hacia ella, se movía rápidamente de una mesa a otra. Paulo estaba alineando tazas a lo largo de la barra y llamándola para que las llevara a las mesas. Lo estaba llevando bien, pero ya parecía acalorada y cansada.

El hombre había vuelto a Sapphoss la noche anterior, esta vez para cenar. Había sido una ajetreada noche de sábado en la que todos se movían rápidamente de mesa en mesa, pero Nikolas estaba atento a la forma en que el hombre observaba a Delfi. No le gustaba, pero después de la reacción de ella la noche anterior, se había jurado a sí mismo que no volvería a planteárselo. Confiaba en su mujer, pero no en este hombre. Pensó que si volvía a entrar esta noche, podría decirle algo; hacerle saber que era el marido de Delfi y...

El teléfono vibró. Eugenia otra vez. Nikolas sabía que esto no era bueno y se dirigió rápidamente a la tranquilidad de la trastienda, dejando una mesa de cuatro deliberando sobre el menú del desayuno.

Eugenia.

"¡Neek! Su voz era un sollozo.

¿Qué ha pasado?

Ella... ella...

Temiéndose lo peor, Nikolas sintió que se le agarrotaban los intestinos mientras esperaba a que Eugenia se serenara.

"Está... en el hospital, Neek... ha intentado hacerse daño".

¿Está bien?

Los médicos... no están seguros.

La voz de Eugenia se volvió borrosa mientras lloraba al teléfono.

"Dios... iré."

Merci, Neek.

Anotó los datos del hospital. ¿Irás con ella, Eugenia?

Hubo una pausa.

Sí, estaré con ella.

"Gracias. Iré en cuanto pueda".

En unos minutos había reservado vuelos de conexión desde Atenas a París, pero sólo tenía noventa minutos para llegar al aeropuerto. Cuando volvió de la trastienda, Paulo acababa de tomar el pedido de la mesa de cuatro. Nikolas le hizo un gesto y pasaron a un reservado más tranquilo.

Paulo estaba visiblemente afligido por la noticia. El personal de Elektra - Anton, Paulo y los cocineros habituales- la adoraba.

Tengo que ir a verla, Paulo.

Por supuesto, por supuesto. No te preocupes por aquí, podemos arreglarnos. Mañana cerramos y le pediré a Michael que nos ayude hoy. Ya lo ha hecho antes. ¿Irás Delfi también?

Ambos miraron a Delfi, que estaba recogiendo una mesa junto a la ventana.

"No, no hay tiempo", dijo Nikolas, "se lo diré ahora, pero tendrá que quedarse y ayudar".

* * *

En la pausa antes de prepararse para el almuerzo, Delfi tuvo tiempo de reflexionar sobre los últimos y sorprendentes acontecimientos.

Nikolas parecía ceniciento cuando la apartó. Su voz se quebró de ansiedad cuando le habló de Elektra. Delfi se quedó atónita, aunque aquella era una emoción que su marido no parecía haber experimentado y Delfi se preguntó si Elektra tenía antecedentes de incidentes de ese tipo. Este pensamiento, junto con el hecho de que Nikolas ya había reservado sus vuelos y tenía que marcharse inmediatamente, le confirmó que ella no era más que un apéndice en su vida.

"Espero que Elektra se recupere", había dicho y lo decía en serio. Ella se dio cuenta de que él apenas estaba aguantando y sintió lástima por él. ¿Se lo has dicho a tus padres?

Nikolas negó con la cabeza. Esperaré a llegar y... a ver qué pasa. Si llaman, no lo digas. Diles que no me encuentro disponible... o algo así.

No disponible. Sí, esa era la palabra perfecta para su marido, pensó.

Salieron juntos a la calle. Él se inclinó para besarla en los labios, pero ella bajó la cabeza y la boca de él le rozó el nacimiento del cabello.

"Te llamaré en cuanto sepa algo".

Delfi lo observó bajar la colina, pero él se detuvo y miró hacia atrás. Delfi, ten cuidado".

Estaba a punto de decir algo, pero se detuvo, porque el comentario de Delfi le produjo un sentimiento de culpa. "Tú también", dijo, y en ese momento recordó que, según su carta, Linda se había trasladado a París.

Basileus Katsaros había vuelto a casa de Sapphoss la noche anterior, como había dicho que haría. Delfi no le había visto entrar y se sorprendió cuando su mano la tocó al pasar por delante de su mesa.

Hola, preciosa", le dijo, "esperaba que me tomaras nota".

Delfi sintió que se le subía el color al cuello. Basileus Katsaros tenía un aspecto diferente al de la noche anterior. Llevaba un polo azul que debía de ser una talla más pequeña, ya que sus bíceps parecían abultarse bajo la tensión de las mangas cortas, y Delfi podía ver el contorno de los músculos de su pecho. Desvió la mirada. Pidió la comida, despacio, haciendo una pausa innecesaria para que ella la tomara. Cuando ella le miró, él sonrió y enseñó los dientes, que ella no había notado antes que eran sorprendentemente blancos.

Más tarde, cuando ella le llevó la comida, él volvió a tocarle la mano cuando ella puso el plato sobre la mesa.

He tenido una idea", dijo.

Delfi no sabía a qué se refería.

Dijiste que siempre habías querido ser actriz", continuó.

Ella asintió.

"Y me sorprende lo mucho que te pareces a la joven Katerina Matsouka, aunque tú eres más guapa".

Un sofoco recorrió su cuerpo y tuvo que respirar profundo.

"Estoy ensayando para mi papel protagonista en una nueva serie... Por eso estoy aquí, para alejarme de todo y absorberme en el personaje...".

Delfi se dio cuenta de que se le ponían los ojos como platos cuando decía esto, y quedó impresionada por su dedicación y su pasión por la interpretación. Ella misma sabía algo de esto, ya que había repetido muchas veces las frases de Katerina Matsouka mientras representaba escenas en el salón de su casa de Skosias.

...y estamos buscando una cara nueva y guapa para el papel que me corresponde".

¿Qué preguntaba? Delfi sintió una sensación de excitación, pero estaba confusa.

Claro, es un papel de enamorado..." Se disculpó y bajó los ojos. Delfi pensó que debía de estar avergonzado. Supongo que lo que digo, Delia...

Es "Delfi", corrigió ella.

Delfi. ¿Te gustaría probarte para el papel?

Ella no podía creerlo; no lo creía.

"¿El papel?"

Sí... un papel de actriz... frente a mí.

Delfi se giró rápidamente buscando a Nikolas, pero no estaba a la vista.
"Pero... yo..."

Toma. Él había sacado un papel que apretó en la mano que colgaba floja a su lado.

"Mi dirección. No está lejos. Mañana trabajaré todo el día en mis líneas, si tienes tiempo... si tienes pasión".

Delfi se estremeció al guardar la dirección en el bolsillo de la falda.

"Depende de ti", dijo.

Sonó el timbre de la cocina y Delfi tuvo que salir a recoger la comida. Hizo el nuevo pedido en el mostrador y estuvo tan ocupada con la gente del sábado por la noche que apenas tuvo tiempo de pensar en otra cosa, aunque se sentía como atrapada en un extraño sueño. Cuando su comida estuvo lista, la colocó en la mesa frente a él y se alejó rápidamente antes de que pudiera decir nada más. Treinta minutos después, cuando miró hacia la mesa, él se había ido. Sentía como si el papelito le quemara en el muslo.

"Tómate el resto de la tarde libre, Delfi". Paulo apilaba vasos y tazas en el lavavajillas que había debajo de la barra. Delfi estaba sacando brillo a la barra y se detuvo a pensar en lo que le ofrecía.

"Pero estamos cortos de personal ahora que Nikolas no está".

Sí, pero esta noche no tenemos muchas reservas y Michael viene a ayudarnos. Además, pareces cansada.

Estaba cansada. Empezaba a dolerle la parte baja de la espalda y sentía náuseas. A veces, los olores de la cocina la abrumaban y tenía que respirar profundo para calmar el estómago.

De verdad, no te preocupes por esto. Ya tienes bastante con la marcha de Nik y Elektra..." La voz de Paulo se apagó y Delfi se dio cuenta de lo mucho que su cuñada era querida y echada de menos por su personal.

"Mañana cerramos", dijo, "entonces podré descansar".

Paulo dejó el paño de cocina en el fregadero y se volvió hacia ella. Quién sabe lo que pasará la semana que viene y entonces te necesitarán, no te preocupes".

Delfi podía entender su razonamiento. No había forma de que Elektra pudiera volver al trabajo hasta dentro de un tiempo, aunque Delfi no conocía los detalles de lo que había hecho, y quién sabía cuánto tiempo tendría que permanecer allí Nikolas. Intentó olvidarse de Linda. Sí, la necesitarían durante un tiempo.

"Si estás seguro, Paulo, me iré a casa". La idea de acostarse en su cama era muy atractiva.

Bien. Te veré el martes. Si te enteras de algo... sobre Elektra... ¿podrías llamarme o mandarme un mensaje?

Sí. Por supuesto. A Delfi le encantaba la idea de enviar mensajes de texto, aunque esperaba que sólo pudiera darle buenas noticias a Paulo sobre Elektra. Nikolas le había comprado un móvil nuevo y más avanzado

más avanzado cuando llegaron a casa de Sapphos, pero apenas había tenido ocasión de usarlo. Hasta ahora, el único mensaje que había enviado había sido a Toula, para pedirle que visitara a Manoli y le contara cómo estaba. Toula le había respondido que estaba bien, que parecía estar más a gusto en casa de su hermana, pero que echaba de menos a su hija.

Delfi echaba de menos a su padre y sentía el peso del amor y la responsabilidad por él, aunque era bueno saber que ahora estaba más asentado. Se preguntó si Manoli podría utilizar un teléfono móvil y entonces podrían hablar más a menudo, aunque la recepción en Skosias era impredecible. Cuando había intentado llamar a Toula, el teléfono se había cortado. Nikolas había dicho que la llevaría a la isla a ver a su padre cuando las cosas se calmaran con Elektra y ella estaba decidida a cumplir su promesa.

De vuelta en el apartamento, Delfi estaba sentada en la cama con el teléfono en la mano. Tenía noticias que enviar a Toula: sobre Safo, sobre Elektra y estaba impaciente por contarle que había conocido a Basileus Katsaros. Había participado en la serie cuatro años antes y Delfi y Toula se habían quedado pegadas a la pantalla durante cada uno de los cuatro episodios que había protagonizado. Les embargó la emoción cuando su personaje, Eros Megalos, saltó del puente al ser rechazado por Katerina Matsouka por ser demasiado joven. Las dos chicas sintieron su dolor ante la noticia y lloraron cuando ella lo hizo. El kohl barato que recubría los ojos de Toula se disolvió en sus lágrimas y corrió como tinta de calamar por sus mejillas hasta encharcarse en las comisuras de los labios; su característico pintalabios carmesí se volvió morado.

A Toula le encantaba el maquillaje. A veces Delfi quería decirle que exageraba, pero sabía que eso la ofendería, así que no lo hizo. Su prima siempre se había sentido acomplejada por su aspecto, sobre todo por su nariz prominente y ganchuda, y había intentado desviar la atención de ella hacia sus ojos y su boca. Tenía el cabello lacio y se lo peinaba con gomina y se lo recogía con una goma. Pero nada de eso cambiaba las cosas. Toula parecía un personaje de pantomima.

Delfi deseaba que su prima encontrara el amor y le preocupaba que se sintiera sola, sobre todo desde que había abandonado Skosias. Esperaba que

algún día Toula abandonara la isla y probara suerte como actriz en Atenas, aunque necesitaría a alguien que la aconsejara sobre su aspecto. Se preguntó qué pensaría Toula de su matrimonio. Recordó que había gritado de emoción cuando Delfi le contó lo de su compromiso con Nikolas, pero cuando se dio cuenta de que su prima dejaría Skosias se quedó callada y triste.

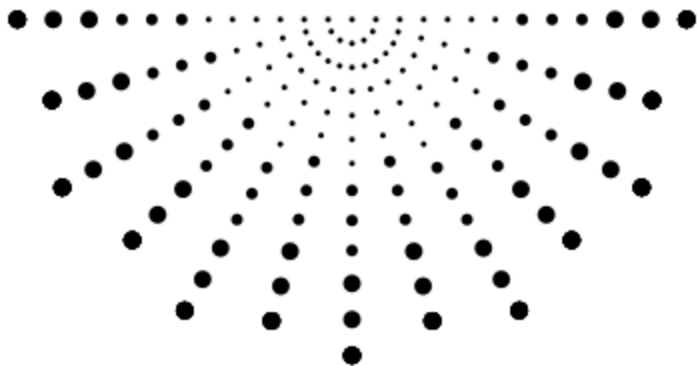
"¿Vivirás en Atenas?", le había preguntado.

Delfi no lo sabía; no estaba en su mano, dijo, pero esperaba que sí. En aquellos días había tenido muchas esperanzas de vivir en la capital del país, la ciudad de su actriz favorita.

Cuando vengas de visita, iremos al estudio y conoceremos a Katerina Matsouka". Delfi se lo había creído. Estaba entusiasmada por las oportunidades que le ofrecía la vida: un marido guapo y rico, la posibilidad de vivir en Atenas, de cumplir su sueño de actuar y, con suerte, también el de su prima.

Cuando Delfi se sentó en la cama, la realidad de su vida la golpeó con fuerza. En lugar de vivir en Atenas, estaba atrapada en la punta de otra isla, lejos de su padre, sus amigos y su prima más cercana. Si su marido era rico, Delfi no podía saberlo, ya que no vivían de forma diferente a los demás en los alrededores de Hestia. Ella había soñado con vivir en un apartamento moderno en Atenas, pero vivían en una vieja casa propiedad de Josef y Evangelina. Lo peor de todo era que sus sueños de actuar se habían desechado como peladuras de patata. Delfi dejó el teléfono sobre la cama, se acercó a la cómoda y abrió el cajón superior. Del fondo, bajo la ropa interior, sacó el papelito que Basileus Katsaros le había metido en la mano. Cerró el cajón y se llevó los dedos de la mano libre al collar, frotando sucesivamente cada una de las perlas. Delfi mantuvo la mirada baja evitando su reflejo en el espejo; no quería ver la verdad de quién era y de lo que estaba a punto de hacer.

CAPÍTULO DIEZ



Madre de Dios, ruega por mí.

Evangelina frotó una cuenta entre el pulgar y el índice deseando poder hablar con su verdadera madre. Antes de casarse con Josef, Evangelina pasaba cada dos minutos con Katerina, pero una vez que se mudó de Skosias, sus visitas mensuales nunca le parecieron suficientes.

Aunque tranquila y apacible, Katerina había sido importante para la comunidad del pueblo. No había momento en que estuviera sola, ya fuera organizando reuniones del comité, visitando a enfermos y moribundos o cocinando para el padre Theopoulos, pero siempre tenía tiempo para sus hijos y su marido. Incluso a medida que envejecía, tras la muerte de su madre y de su marido, mantuvo su presencia en el pueblo. Evangelina había querido que fuera a vivir con ella, Josef y los niños, pero ella se había negado, prefiriendo, según decía, vivir y morir en la isla que la vio nacer. A los noventa y nueve años cayó muerta en un banco de la misma iglesia en la que ella, Evangelina y Josef se habían casado.

Le había disgustado que su madre no viviera con ella, pero también lo comprendía, y a medida que Evangelina envejecía, lo comprendía aún más. Ansiaba volver a Skosias. Parecía que sus experiencias de la infancia y la adolescencia estaban tan fuertemente entrelazadas que, a medida que envejecía, se contraían hasta formar un núcleo sólido, una forma que de vez en cuando reconocía como la verdadera Evangelina. ¿Quién había sido

entonces todos estos años? La esposa de Josef, una madre, incluso una mujer de negocios, pues era ella quien llevaba los libros de Hestia, ordenaba las existencias y vigilaba el día a día de la taberna. Pero en algún momento, Evangelina había perdido de vista quién era realmente y no se había dado cuenta hasta aquel momento en que vio a su marido besar a otra mujer. Había tratado de ocultarlo, incluso había intentado comprenderlo, pero lo que le demostró fue que había estado haciéndose pasar por otra persona durante la mayor parte de su vida. Lo que ella pensaba que era real, no lo era.

Theotókos, no sé qué hacer.

A pesar de su práctica en alejar los pensamientos de aquella noche, la conmoción y el dolor de lo que vio volvieron a invadirla con toda su intensidad: Josef, sentado en un banco bajo el taburete, con aquella ramera, Toula, vestida de rosa, a su lado. Evangelina la vio inclinarse hacia él y apoyar la cabeza en su hombro. Él había vuelto la cabeza hacia ella y cuando ella levantó la vista, él, Josef, su marido, inclinó la cabeza hacia ella y se besaron. Esa boca de trucha. ¿Fue un beso largo? se preguntó Evangelina. No lo sabía porque se había marchado conmocionada y había vuelto al salón. Ciertamente, no pasó mucho tiempo antes de que Josef regresara por su cuenta. ¿Estaba contento? ¿Emocionado? Debía de haberse limpiado ya la cara del carmín rojo barato que llevaba la chica. Filtrada por la angustia y diluida por el tiempo, Evangelina no recordaba nada de aquello, pero algo había cambiado para ella aquella noche en el escalón de la estufa.

Evangelina trató de recordar qué era lo que la había hecho salir a la cubierta en primer lugar. Dentro de la sala había estado rodeada de familiares y amigos de su juventud. Su hijo se había casado, por fin, con una griega. Esto debería haberla hecho feliz, pero en el fondo sabía que Nikolas no lo estaba.

Conocemos a nuestros hijos.

Evangelina encerró el crucifijo en el extremo del círculo de cuentas que tenía en la mano. A lo largo de los años había imaginado muchas veces el gran dolor de María y lo había relatado: cuando Nikolas tuvo neumonía a

los cuatro años y cuando se rompió el brazo a los doce. Su madre le había regalado una estampa de María sosteniendo el cuerpo roto de su hijo -era famosa, le había dicho Katerina-, pero ella la había metido debajo de sus camisones en el primer cajón de la cómoda después de que naciera Nikolas. No soportaba mirarlo, pero tampoco podía deshacerse de él.

El hecho de que Nikolas no hubiera sido feliz en su propia boda la había atormentado durante los últimos tres años. Su nuera era joven y voluntariosa, pero Evangelina confiaba en que tendría hijos sanos y apoyaría a Nikolas en el momento en que se hiciera cargo de la dirección de Hestias, igual que había apoyado a Josef. Su hijo era un marido amable, igual que su padre, aunque a ella le parecía que consentía a su joven esposa y dejaba que sus rabietas no tuvieran freno, pero de vez en cuando Evangelina veía una mirada en los ojos de su hijo que la entristecía. Era como si estuviera perdido. Y Evangelina sabía que había visto esa misma mirada en los ojos de su marido desde aquella noche en el escalón. ¿O había sido nostalgia?

Se había llegado al círculo completo de las cuentas. Evangelina se removió en el duro asiento de madera del banco y comenzó de nuevo. Ahora que Josef y ella habían cerrado Hestias por el invierno, no necesitaba apresurarse. Josef saldría en su barca, aunque de momento no necesitaban el pescado. Se había resignado a pensar que él sólo quería alejarse de ella, aunque le sorprendía que eligiera salir cuando el tiempo era tan impredecible en esta época del año. Cuando regresara, empezarían a ocuparse del mantenimiento y la limpieza de la taberna: una mano de pintura, sillas que arreglar, frigoríficos que vaciar y limpiar. La primavera llegaría antes de que se dieran cuenta. Pasó a la siguiente cuenta.

Ojalá hubieras tenido una hija. ¿Habrías querido una?

Al menos en la boda Elektra había sido feliz, y en los últimos tres años parecía más asentada, un poco más fácil de llevar. Eugenia era buena para su hija y, aunque Evangelina nunca se había sentido cómoda con la naturaleza de su relación, estaba agradecida de que Elektra hubiera encontrado por fin el amor. Lo que le molestaba a Evangelina era que ya lo había visto antes, aunque sospechaba que en esta relación había algo más que en otras. Elektra caía pesadamente cuando le rompían el corazón y en

una ocasión Josef había llamado a una ambulancia cuando Evangelina no podía despertarla. Había pasado dos días en el hospital. Nikolas había volado desde Atenas y se había ocupado de todo.

Tiene una gripe muy fuerte", les dijo, y consiguió que su hermana se recuperara en su apartamento de Atenas durante unas semanas.

Al menos ahora está contenta, pensó, sin querer dar crédito a sus dudas alimentadas cuando Elektra la visitó antes de partir para la boda en París. Aunque había puesto como excusa que Eugenia no estaba con ella, Evangelina no pudo evitar fijarse en lo pálida y delgada que estaba su hija. Sabía que si hacía algún comentario, Elektra lo ignoraría y diría que estaba muy ocupada en casa de Safo.

Culpable de que sus propios pensamientos la distrajeran de sus oraciones, Evangelina se concentró en las cuentas y terminó rápidamente la siguiente ronda. Josef regresaría pronto y juntos comenzarían el mantenimiento de Hestia. Besó las cuentas.

Gracias Theotókos. Hasta mañana.

* * *

El mar se agitaba y soplaban un fuerte viento del este. Se formaban pequeños cabos blancos que dejaban un dibujo errático de encaje en el agua donde las olas rompían contra el barco.

La mañana había sido más tranquila cuando Josef partió, pero sabía muy bien que las cosas podían cambiar, en el mar como en la vida. No tenía ninguna razón, ninguna excusa para salir hoy, pero la alternativa -más silencio, más miradas tensas- era peligrosa para su corazón y su alma. ¿Habría cuestionado Evangelina su decisión mientras se preparaba para la misa? Ella sabría dónde estaba y también conocía los riesgos en esta época del año, pero Josef se preguntó si realmente le importaría que le pasara

algo. Ella se las arreglaría; él estaba seguro de ello. Josef trató de determinar el papel indispensable que él desempeñaba en la vida de ella, en la vida de su familia, pero no se le ocurrió ninguno. Podía emplear a otra persona para pescar, para estar junto a la parrilla. ¿Nikolas? Esperaba que no. Josef ya veía los signos de la promesa de la vida filtrarse por los ojos de su hijo, había visto desaparecer el brillo del rostro de Delfi, y ni siquiera habían tenido hijos todavía. ¿Qué miseria había infligido Josef a Nikolas con su sangre? ¿Eran hombres que no lograban hacer felices a sus mujeres?

Josef tenía intención de pescar en el mar, pero sintió el cambio de tiempo antes de verlo y se dirigió al otro lado de la península, al abrigo de la caldera. Aquí, en algunos lugares, el agua se calentaba por el calor que escapaba a través de las grietas de lo que quedaba del volcán que había obligado a huir a los minoicos varios miles de años antes. Los antepasados de Josef eran de los pocos que se habían atrevido a regresar a un hogar radicalmente transformado por la erupción. Habían vuelto a empezar, más sencillos, dispuestos a desplazarse rápidamente, convirtiendo sus barcos en sus hogares más permanentes. Siglos más tarde, las pruebas de lo que una vez habían sido, se revelarían en una excavación detrás de los acantilados que ahora albergaban Hestias. Josef sabía poco sobre la geomorfología de su isla. Para él, las aguas más cálidas significaban que había otra vida marina que pescar que en el Egeo, pero prefería pescar en mar abierto, como habían hecho su padre y su abuelo; a ninguno de ellos le gustaba sentirse atrapado por los brazos de las penínsulas.

Tras dirigirse al abrigo de una bahía, Josef echó el ancla y empezó a preparar una sola línea. Normalmente estaría recogiendo los peces que habían capturado en su paragádi durante la noche, pero no necesitaban tantos ahora que Hestias estaba cerrado por el invierno. Aunque estaba al abrigo del viento, las pequeñas olas que se formaban en la caldera mecían la barca y una o dos veces, mientras encajaba una pesada plomada, su mano voló para agarrarse al costado y estabilizarse. Hoy habría sido difícil pescar algo en su lugar preferido, pensó. Los peces bajarían en busca de aguas más tranquilas. Aunque los peligros seguirían presentes para ellos, incluso los depredadores buscaban consuelo a veces y podían dejarse llevar. Recordaba haberlo visto cuando era joven buceando en mares agitados, tiburones y atunes deslizándose entre grandes bancos, con la única intención de

adentrarse en la paz de las aguas más tranquilas que tenían debajo. Josef les envidiaba. Había entendido las reglas del mar y había adoptado su sabiduría durante la mayor parte de su vida, pero estos días no podía encontrar la paz. Ojalá pudiera volver a la sencillez de su juventud.

Eh, Kikeru, ¿cuándo vas a casarte con una buena mujer!

Dale tiempo, Baba, sólo es joven, dijo Duripi, el padre de Josef, a su padre Rusa.

Y mientras espera, sus amigos le roban las chicas guapas.

Duripi, a lo mejor tu hijo quiere casarse con una sirena.

Josef se sacudió el agua salada de las orejas y se frotó los brazos y las piernas con una toalla. Los pantalones cortos y la camiseta se le pegaban al cuerpo, pero se secarían rápidamente con la cálida brisa del sur.

Si me caso con una sirena, no tendré que volver a tierra".

Los hombres mayores se rieron.

Cierto... cierto... Kikeru. Qué suerte tendrías". La voz de Rusa retumbó en la superficie del agua.

Cuidado, Pappou, podrías espantarlos.

"¡Eso lo haces tú mismo! Cuando vean tu fea cabeza".

Se rieron. Así era siempre para ellos. Su abuelo ruidoso y burlón y su padre con una sonrisa permanente.

A pesar de sus setenta años, Rusa aún tenía la resistencia de un hombre mucho más joven y era más extrovertido y ruidoso que su hijo y su nieto. A pesar de sus burlas, que se producían con regularidad, Josef sabía que todo lo decía con cariño y humor. Rusa siempre había llamado "Kikeru" a su nieto, porque "Josef" rompía con la tradición de los nombres minoicos dados a los hijos a lo largo de generaciones. Mientras los académicos debatían sobre la autenticidad de nombres como Rusa, Duripi y Kikeru,

entre otros encontrados en las tablillas de la Línea B como minoicos, les bastaba con preguntar a estos descendientes, ya que llevaban mucho tiempo arraigados en su tradición, pues las historias se habían transmitido a lo largo del tiempo. Incluso el nombre de la familia, Zabat, no era el típico de los nombres griegos de la isla, de lo que se enorgullecían.

Cuando Duripi se casó con la testaruda Helena, se rompió la tradición. En su periodo de cortejo, cuando él le comunicó esta expectativa para nombrar a sus hijos, ella se negó a casarse con él a menos que pudiera ponerles un nombre acorde con sus creencias ortodoxas. El enamorado Duripi accedió, pensando que podría convencerla de que cediera en el nombre de al menos un hijo. Pero, a pesar de su vitalidad, Helena sólo tuvo un hijo a término. En el alivio de Duripi, en su sensación de la gran bendición que finalmente les había sido concedida, y en el momento en que contempló la alegría en los ojos de su esposa después de tanta decepción, cedió. Sería "Josef". Rusa, en cambio, se enfadó y se negó a llamar a su nieto por ese nombre. Regañó a su hijo por ceder a los deseos de su esposa y se encargó de llevar a cabo un ritual de bautizo aparte. Un tranquilo día de otoño, cuando Josef sólo tenía seis meses y Duripi había convencido a Helena de que media hora en la barca sobre el agua, justo a la vista de Hestia, sería buena para su pequeño, Rusa había sostenido a su nieto en el mar desde el lado más alejado de la barca y le había puesto su nombre tradicional. Según Duripi, que había saltado por la borda y pisado el agua bajo su hijo en caso de que Rusa perdiera el agarre, Josef, ahora Kikeru, no lloró, sino que esbozó una amplia sonrisa gomosa y arqueó el cuerpo en el mar como un bebé delfín, como si por fin estuviera en casa. Después de que los dos hombres subieran al bebé a la barca y Duripi volviera a subir, Rusa sacó de su bolsillo una pequeña tablilla de arcilla atada a un lazo de cuerda de pescar y la puso alrededor del cuello de su nieto.

Josef trazó con el pulgar el contorno del toro que formaba la superficie elevada del medallón. Los años que habían pasado juntos en el agua fueron algunos de los más felices de su vida. Incluso ahora, sentado en la misma posición en la barca que cuando era joven, podía verlos hablar, reír y discutir. El barco había sido su verdadero hogar y se habían movido por aquel pequeño espacio con una soltura y una gracia que nunca podrían igualar en tierra. En el mar, los pensamientos parecían llegar a la deriva con

el viento, reflejando su fuerza, su temperamento, y luego volvían a marcharse. En los días raros, cuando el mar y el cielo eran del mismo gris claro y la superficie del agua era como aceite espeso, había pocos pensamientos. En esos momentos se sentía como en el centro de un alma grande y expansiva.

Josef suspiró mientras sacudía el sedal y pensó en Evangelina en misa y en lo que estaría haciendo. Nunca pudo entender la religión de su madre y de su mujer. De niño había apaciguado a Helena y la había acompañado a la iglesia. Duripi venía de vez en cuando, pero si no, se excusaba diciendo que tenía que hacer algo en casa de Hestia. Josef sonrió al darse cuenta de lo mucho que se parecía a su querido padre.

De niño, Josef había luchado en la iglesia contra las restricciones físicas de sus muros y de sus vidrieras, hermosas como eran, que tapaban el cielo. Le sacudía la solemnidad de la misa, no comprendía el estricto orden de los acontecimientos y temía la naturaleza de su propia alma, que el sacerdote confirmaba como descarriada. Y de joven, le entristecía lo que había sido de aquel otro pescador; se preguntaba cómo había podido alejarse tanto del mar. Fue su gran sacrificio, por nosotros, le había dicho Helena. Josef había reflexionado sobre su imagen: la túnica dorada y la aureola, el libro en una mano y el dedo de la otra gesticulando hacia el cielo. Estuvo atento a la historia de él pescando con amigos, de una gran pesca que compartía con los pobres. Podía entender a este hombre y había momentos, incluso ahora mientras sacaba un pececillo, en que pensaba en él, en el carpintero que había abandonado el mar y había muerto en una ladera rocosa con su madre debajo. ¿Podría ver el agua desde esa altura? ¿Y dónde estaba su padre, el tocayo de Josef? Se lo había preguntado una vez a Evangelina, pero ella negó con la cabeza ante su ignorancia. Josef no era su verdadero padre, pero desempeñó un papel especial en sus vidas en los primeros tiempos", había dicho como si estuviera instruyendo a un niño. Por lo demás, su historia carece de importancia.

Me han nombrado bien, pensó mientras se servía un café de la petaca verde abollada y descolorida. Sin importancia. Así se había sentido durante años. Josef no culpaba a nadie de este sentimiento, sino que pensaba que se lo había buscado él mismo con su propio egoísmo. Amaba a su mujer y a sus

hijos, pero se preguntaba dónde había estado durante los años de su vida familiar. Físicamente estaba allí -en su barco, en la parrilla-, pero sabía que los había descuidado a todos y que había dejado demasiado a Evangelina, quien, aún más injustamente, había soportado el peso de las frustraciones de sus hijos, especialmente de Elektra. ¿Por qué no había hecho más? Había intentado convencer a Nikolas de que compartiera su amor por el mar, como Duripi había hecho con él, pero el chico se negaba y prefería quedarse en su habitación leyendo cuando no estaba en la escuela. Josef recordaba cuando Duripi y él habían llevado a Nikolas de bebé para sumergirlo en el mar y ponerle un nombre tradicional, como Rusa había hecho con Josef, pero él había gritado y arqueado el cuerpo como si le hubiera quemado la piel. Sin Rusa para insistir, habían desistido.

Josef volvió a tirar del cabo, lo depositó en el suelo de la barca y apretó el vaso metálico con ambas manos, su calor irradiando en ambas palmas. Las nubes que se habían formado en el este se oscurecían y avanzaban lentamente hacia él.

Sabía que no debería haber salido hoy, pero el silencio de la casa se sentía como un peso sobre sus hombros que no podía desahogar. Desde la mañana en que Evangelina le había traído el desayuno, lo había sentido: el peso de una verdad que le había ocultado durante tres años. Tantas veces desde aquella mañana había estado a punto de decírselo, pero las palabras no se formaban, las bromas comunes también habían perdido su convicción. Pensaba en aquella noche, en la boda de su hijo, pero no había nadie con quien hablar. Cómo deseaba que Rusa y Duripi siguieran con él.

Ahora, en el barco que habían compartido, se imaginaba a los tres sentados en sus posiciones preferidas: Rusa en la proa, Duripi en la popa y Josef, siempre en el centro. Imaginó sus bromas, sus idas y venidas, pero no siempre habían sido conversaciones triviales. Cuando Lydia, la mujer de Rusa, murió, hubo charla y silencio, pero sobre todo charla, porque los hombres sabían que era la forma de curarse. Josef aún lo sabía.

Rusa", le susurró al fantasma de su abuelo, "te he sido infiel".

Para Rusa, esto no habría sido una gran confesión. Aunque había amado a Lydia y la había cuidado con ternura hasta su muerte, su nieto y su hijo

sabían que había tenido muchas aventuras. Lydia también lo había sabido, pero parecía haber aceptado que era el precio de casarse con un hombre tan vital y carismático como Rusa.

Ahora que las palabras se pronunciaban en voz alta, Josef se volvió hacia el fantasma de su padre, un hombre muy diferente que había sido devoto y leal a una sola mujer. A Josef se le apretó el corazón al imaginar la expresión de su padre, no de desaprobación, sino de preocupación.

Cuéntamelo, Kikeru".

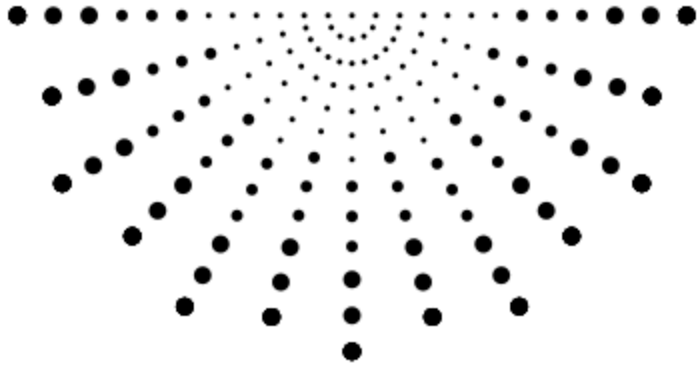
Josef cerró los ojos y respiró profundo. Besé a otra mujer..." Las palabras salieron de su boca y se disiparon en el viento. Miró hacia el fantasma de su padre y pudo imaginarse aquel rostro apacible esperando a que continuara.

"Y en la boda de mi propio hijo, Baba".

"Continúa", oyó decir a su padre.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO ONCE



El entusiasmo de Toula por Basileus Katsaros había alimentado el suyo. Mientras Delfi estaba tumbada en la cama con los pies elevados, estudió la letra del actor, casi sin creerse que hubiera escrito su dirección sólo para ella.

Cuando se la dio, su primera reacción fue de incredulidad y luego, mientras servía las mesas, de decepción al darse cuenta de su imposibilidad: actuar no era más que una ensoñación y ser "descubierta" era algo que podía ocurrirles a otros, pero no a ella. Ahora era una mujer casada y cuanto antes prescindiera de ideas estúpidas, mejor le iría. De todos modos, Nikolas nunca lo aprobaría y, si tuviera éxito, tendrían que vivir en Atenas, y ella sabía que él no estaría de acuerdo.

Delfi tenía dudas sobre Atenas. Su elegancia cosmopolita la cautivaba, al igual que saber que Katerina Matsouka vivía allí, pero también era el lugar donde Nikolas y Linda habían compartido una vida, por lo que la ciudad estaba manchada para ella, sobre todo desde que había leído la carta. Que Nikolas no considerara la posibilidad de vivir allí con ella la hacía sentir como si se avergonzara de ella; Delfi no se hacía ilusiones de que fuera inteligente o sofisticada. Se preguntó si Linda habría sido aceptada en la familia Zabbat. Aunque ella misma era griega y estaba emparentada con Evangelina, no sentía que perteneciera a ella. ¿Nikolas había sido egoísta? ¿Era eso lo que insinuaba la carta? ¿O celoso? Pensó en la conversación de camino a casa la noche anterior sobre Basileus Katsaros. Una vez hubiera

dato cualquier cosa por pensar que él la quería lo suficiente como para estar celoso, pero cuando vio cómo estaba aquella noche releendo la carta de Linda, Delfi supo que él nunca la querría tanto. Había renunciado a tantas cosas para casarse con él: a su padre, a sus amigos y a sus sueños de actriz. ¿Habría intentado ahogar también los sueños de Linda?

Pensó que Nikolas llegaría a París, donde vivía Linda. Intentaría encontrarla o... Delfi se incorporó y apoyó los pies en el suelo. ¿Sabía él dónde vivía Linda? El corazón se le aceleró al pensar que era muy posible. Su marido era reservado y Delfi ya no estaba segura de poder confiar en él.

Dejó el papelito en la mesilla de noche. Frente al espejo, se aplicó una línea de kohl en los párpados superiores y pasó la nueva máscara por sus ya espesas pestañas. Tenía la cara más pálida de lo habitual, así que se pintó ligeramente las mejillas con un colorete rosa y se pintó los labios con un tono más oscuro. Su blusa de trabajo era limpia pero poco favorecedora. Del armario eligió una camisa de satén morado que se ceñía a sus pechos y se estrechaba en la cintura; sus botones hacían juego con las perlas de su madre en la garganta. La falda negra de trabajo le serviría, pensó, y consideró la posibilidad de ponerse unos tacones más altos, pero cuando pensó en las calles empedradas que tendría que recorrer y en lo mucho que le molestaba la parte baja de la espalda, se decidió por unas bailarinas. Además, pensó, sólo iba a dar una vuelta.

Aún era primera hora de la tarde y había tenido pocas oportunidades de explorar la ciudad desde que habían llegado a casa de Sapphos. Nikolas le sugería a menudo que se tomara un descanso y saliera a tomar el aire y parecía preocuparse por su salud. Era cierto que no se había sentido bien la última semana: calambres, dolores y, a veces, el olor de ciertos alimentos de la cafetería la ponían al borde del vómito. Probablemente era un germen que había cogido de algún cliente, había razonado, y recordaba a uno que había estornudado sin taparse la boca. O tal vez fuera el cambio de ritmo y de ambiente. Por otro lado, sin embargo, Delfi sentía que estaba prosperando, como si estuviera saliendo de la sombra de su marido.

Comprobó su teléfono. Aún no había recibido ningún mensaje de Nikolas, aunque se preguntó si se molestaría en enviarle un mensaje de texto o llamarla cuando llegara. Tenía que reconocer que últimamente se había

mostrado más atento con ella, pero en los tres años que llevaban casados lo había visto oscilar entre el desapego y la pasión, lo que la dejaba atrapada en algún punto intermedio. Demasiadas veces había pasado por alto su retraimiento pensando que era sólo su forma de ser, pero ahora conocía la verdadera razón. Delfi puso el teléfono en vibración, cogió el papelito de la mesilla de noche y guardó ambos en el bolso. Se detuvo un momento y luego los guardó en bolsillos individuales, como en un acto de culpabilidad. Cogió su nuevo abrigo de lana y metió los brazos en las mangas mientras salía del apartamento.

En la calle, Delfi tomó la ruta habitual cuando salía a pasear en los raros descansos de Safo. Este camino cuesta abajo la llevaba a la avenida principal de tiendas y galerías de arte. A esta hora del día, los turistas estarían fuera, pero no con la fuerza que tenían en verano, según le había dicho Nikolas. Delfi no creía que le gustara entonces. Las aceras no eran anchas y parecía haber confusión sobre por qué lado caminar. Sin embargo, le encantaba la vitalidad de la ciudad y se maravillaba de que pudiera haber tanta diferencia entre los dos extremos de la isla. Si no volvía a ver Hestias sería demasiado pronto, y sintió un frío pavor ante la idea de volver a pelar patatas en el fregadero bajo la atenta mirada de su suegra.

Delfi mantuvo su paseo rutinario, deteniéndose a veces a mirar los escaparates para captar su reflejo y ajustarse la falda y la blusa. Había notado las miradas de admiración de los hombres -algunos solteros y otros caminando con sus esposas- y se preguntaba cuánta más atención atraería si fuera tan famosa como Katerina Matsouka. En esos momentos no parecía tan imposible, se ofrecía una pequeña muestra de ese futuro. Delfi aceleró el paso. Más adelante pudo ver el gran tablón con el callejero y cuando estuvo allí localizó su posición actual y se orientó hacia la dirección que tenía en la mano.

Cuando se detuvo en la entrada de la pequeña callejuela, Delfi supo que las casas de la zona estaban situadas de forma que se pudiera disfrutar de las espectaculares vistas de la caldera. Las propiedades de esta zona estaban muy cotizadas y eran los hogares, y a veces sólo residencias de vacaciones, de los más ricos. A Delfi no le sorprendió que Basileus Katsaros fuera uno de ellos. Al fin y al cabo, era una estrella de la televisión, aunque hacía

tiempo que no le veía en nada, y probablemente poseía propiedades de este tipo por todo el mundo. Este pensamiento le hizo temblar las rodillas. No conocía a nadie tan rico y su presencia en la entrada de la calle le parecía ridícula. Estaba a punto de seguir caminando cuando el teléfono vibró en su bolso.

Llegada a París. Directo al hospital.

¿Ya está? ¿Ninguna llamada?

Delfi se detuvo a pensar en su siguiente movimiento, apagó el teléfono y se adentró en el carril.

* * *

En cuanto pulsó "Enviar", Nikolas se arrepintió de no haber llamado a Delfi. Las pequeñas cosas que hacía o dejaba de hacer revelaban su incapacidad como marido, su ensimismamiento y su falta de atención hacia ella. Las dos últimas semanas fuera de casa de Hestia le habían permitido ver a Delfi y a sí mismo con más claridad.

Tocó su número y esperó a que saludara, pero saltó directamente el buzón de voz. Sonrió al pensar en lo emocionada que estaba cuando compraron el teléfono.

"He llegado bien y... -hizo una pausa para pensar en sus siguientes palabras-... ya te echo de menos".

Nikolas se preguntó qué pensaría ella de aquello. Al hacer el amor, se mostraba cariñoso y le aseguraba que era deseable, pero sabía que eso no se trasladaba a la vida cotidiana; no utilizaba términos cariñosos que ella pudiera necesitar oír. La verdad era que no había sentido esa pasión que brotaba de sus labios como con Linda. Sólo verla lo había hecho sentirse débil de deseo, desde el momento de su primer encuentro junto a la tienda

de comestibles, hasta su primera cita, su primer encuentro amoroso y todos los días siguientes durante cinco años. El matrimonio parecía inevitable y sabía que ella sentía lo mismo, pero él lo había arruinado con su egoísmo y los celos de su ascenso en un momento en que su propia carrera se había estancado. Desde que había llegado a París, los pensamientos sobre ella habían empezado a surgir con más frecuencia. Sentía el peligro de ello, el letargo que dejaba tras de sí el pensar y repensar en ella.

El taxi se detuvo frente a un hospital gris e imponente. Era la segunda vez que le llamaban al lado de su hermana, la segunda vez que ella había intentado acabar con su vida; Eugénie le había contado la verdad de lo sucedido cuando la había llamado desde el aeropuerto. Nikolas recordaba lo incolora que había sonado su voz.

Después de pagar el billete, se apresuró a entrar en el vestíbulo del hospital. Sus tacones chasqueaban sobre el suelo de linóleo pulido mientras se dirigía a los ascensores. En la tercera planta, siguió las indicaciones que Eugenia le había dado para llegar a la habitación privada que había preparado para Elektra.

Al acercarse, la puerta enmarcaba una escena que sabía que nunca olvidaría. Su hermana, tan pálida como la sábana que la cubría hasta el pecho, y Eugenia, sentada, de perfil, cogiéndole la mano. Los párpados de Elektra se abrían y cerraban lentamente, como si se estuviera obligando a permanecer despierta. Eugenia se volvió hacia él. Vio que ella también estaba pálida y cansada, pero cuando sonrió a modo de saludo su rostro estaba tranquilo, como si acabara de capear una gran tormenta.

Entra -susurró, y cuando llegó hasta ella, soltó suavemente la mano de Elektra y se levantó para saludarle. Se va a poner bien. Sus ojos se clavaron en los suyos y la suavidad y amabilidad que desprendían lo tranquilizaron.

Nikolas miró a su hermana. Había vuelto a dormirse, pero sus labios estaban relajados en una pequeña sonrisa de satisfacción.

"Gracias, Eugenia", dijo luchando con la emoción al ver a Elektra, y en presencia del amor de Eugenia por ella. Se serenó. Cuando se recupere...

Se quedará conmigo, dijo Eugenia con firmeza. Entonces nos iremos de retiro. Lo he reservado para dos semanas.

"¿Ha dicho el médico cuándo le darán el alta?"

Dentro de dos días. Primero iremos unos días al Hotel Astoria, para asegurarme de que Elektra está preparada. Luego al retiro... en el sur... Cote d'Azur.

Eugenia hablaba con tanta calma y seguridad que Nikolas quedó hipnotizado, y pudo sentir cómo algunos de los músculos de sus hombros empezaban a relajarse. Le estaba profundamente agradecido por los cuidados que había prestado a su hermana, aunque se preguntaba cuánto se lo merecía Elektra y si sabía lo afortunada que era.

"El calor te ayudará".

Eugenia sonrió. "Sí, el calor ayudará".

Nik. La voz débil y temblorosa de Elektra interrumpió su atención.

"Nena..." Eugenia volvió inmediatamente a su lado y le besó la frente. Volvió a mirar a Nikolas. Os dejo a los dos por ahora.

"Eugenia, gracias por todo", dijo Nikolas mientras ella se dirigía a la puerta.

"Compórtate", graznó Elektra desde la cama.

Eugenia y Nikolas se sonrieron con alivio compartido.

Cuando ella se hubo marchado, él ocupó su puesto al lado de su hermana y le estrechó la mano mientras colocaba su bolsa de viaje debajo de la cama. Elektra respondió con un apretón y sus ojos brillaron de diversión.

¿Te estás ablandando, hermano mayor?

Su reacción inmediata fue a la defensiva, pero sabía que había algo de verdad en su sinceridad casi brutal. Nunca le habían gustado las demostraciones espontáneas de afecto, ni siquiera con Linda, aunque a

pesar de que los demás la consideraban reservada, en sus momentos de intimidad ella era la más demostrativa: le besaba el cuello al pasar por delante del sillón donde él se sentaba a leer el periódico, le cogía la mano en la cama las noches en que estaban demasiado cansados para hacer el amor.

Sí... bueno... siempre hay una primera vez para todo", dijo él, y luego, más serio: "Lek... ¿por qué no me llamaste... no hablaste conmigo?".

Elektra parpadeó lentamente, luchando por mantener los ojos abiertos. El brillo de diversión había desaparecido y había sido sustituido por tristeza. No quería preocuparte". Hizo una pausa, el esfuerzo de hablar y la ronquera de su garganta le causaban una evidente incomodidad. Sé que te preocupas... y me odio por ello -dijo, con la garganta flexionada mientras tragaba grueso-. Después de todo, ya he pasado por eso antes, aunque esta vez...".

Es amor verdadero", continuó él mientras veía cómo sucumbían sus párpados. Habría dado cualquier cosa por ver a su hermana pequeña bailando con desenfreno como lo había hecho en su boda. Tal vez, con la ayuda de Eugenia, volvería a verlo. Conocía las señales del amor; él también había estado allí.

Mientras Elektra dormía, Nikolas pensó en los días, semanas y meses posteriores a la marcha de Linda. No lo había visto venir, una verdad que le había perseguido durante tres años. ¿Cómo podía no saber que estaba haciendo tan infeliz a la mujer que adoraba? Una y otra vez había pensado en los días anteriores a encontrar aquella carta esperándole en la mesilla de noche. Se había sentido eufórica ante la noticia de su inminente ascenso. En los días posteriores a su marcha, se había defendido mentalmente con indignación diciendo que se había alegrado por ella, que le había llevado flores y la había invitado a cenar para celebrarlo, pero con el tiempo ese argumento perdió fuerza. Nikolas empezó a enfrentarse al hecho de que había sentido envidia. Su propia carrera se había estancado, no por falta de capacidad o ética laboral, sino irónicamente porque había sido ascendido a un puesto importante en la empresa de ingeniería. Lo había cortejado, satisfaciendo al joven hambriento de éxito y prestigio, y había conseguido lo que quería y más: prestigio profesional, riqueza, un apartamento en el

barrio más codiciado de Atenas. No sabía cuándo empezó a perder brillo, pero así fue. Sabía que tenía suerte de tener a Linda, y pensó que su vida juntos, al menos, evitaría la melancolía que le invadía cada mañana mientras se preparaba mecánicamente para ir a trabajar, pero no fue así, y esa melancolía empezó a filtrarse en sus vidas, al principio en pequeños detalles, hasta que se manifestó en una discusión sobre su ascenso, en la que se dijeron cosas que nunca fueron intencionadas pero de las que nunca podría retractarse.

Durante las dos horas que su hermana durmió, Nikolas, alejado de todas las distracciones habituales, reflexionó profundamente sobre su vida y sus seres queridos. ¿Era la prueba de su ensimismamiento y de su incapacidad para mostrar sus sentimientos lo que tenía delante? Cuando Elektra por fin despertó, con los ojos más brillantes y algo de color en la piel, se acercó a la cama, le apartó el cabello de la frente y apoyó la cabeza en su brazo.

"Te quiero, hermano mayor".

Yo también te quiero, hermanita.

El despertador sacudió a Nikolas y su brazo se agitó a su lado en busca del teléfono. Comprobó la hora (17.45) e intentó llamar al número de Delfi, pero de nuevo saltó el buzón de mensajes, al igual que el de Paulo. Debían de haber reservado tarde, pensó con cierta preocupación por no estar allí para ayudar.

A pesar de que el vuelo de Atenas a París había durado sólo dos horas y media, estaba agotado, aunque más por su ansiedad por Elektra que por otra cosa. Tras verla y asegurarse de que estaría bien, sobre todo con el amor y los cuidados de Eugenia, había caído en un sueño pesado en el que había tenido un sueño, aunque lo único que recordaba era que estaba picando piedra como si buscara algo.

De mala gana, Nikolas se levantó de la cama y se dirigió a la ducha. Cuando volvió, sacó una camisa y unos pantalones limpios del bolso y se vistió para bajar a cenar al restaurante del hotel. Cuando estaba a punto de salir, recordó la tarjeta magnética de su habitación y buscó en la mesilla de noche y en el suelo. Confuso por no saber dónde la había metido, buscó en

su bolsa de viaje. Mientras rebuscaba en los bolsillos interiores, sintió algo pequeño, duro y encajado en la esquina de uno de ellos. Al agarrarlo con los dedos, y sin haberlo visto aún, supo lo que era. Lo soltó de inmediato y se alejó de la bolsa, para luego volver a ella. Respirando profundo, lo sacó.

Quince minutos después seguía sentado en la cama con el anillo de compromiso de Linda en la palma de la mano y se maldijo por no haberse deshecho de él cuando lo había encontrado apenas unos días antes. Se levantó, sacó el teléfono del bolsillo de la camisa y buscó un número. Dudó y luego pulsó para hacer la llamada.

* * *

Seis y media", Evangelina miró el reloj de la pared de la cocina con desconfianza, como si hubiera mentido. Josef nunca llegaba tan tarde a casa y, aunque no llevaba reloj, se le podía poner uno. A las cuatro, quizá a las cuatro y media a más tardar, llegaba del mar en los meses de invierno, antes de que se hiciera de día. Traía la pesca, una pequeña para uso doméstico, escamaba el pescado o desembalsaba y salaba un pulpo y preparaba la parrilla. Evangelina ya había preparado la skordaliá, los calabacines y las berenjenas para acompañarlo. El pescado sobrante se utilizaría para hacer un caldo o se trituraría para añadirlo al compost del huerto.

Quizá se haya averiado el camión, pensó. Últimamente emitía un extraño chirrido y ya debería haber pasado la revisión, uno de los muchos trabajos que hay que hacer en estos meses. O tal vez Josef había pasado por casa de Hestia y había encontrado una fuga o algo que requería atención inmediata. Pero me llamaría si así fuera, pensó Evangelina, porque Hestias era su vida, y habían compartido esa vida durante más de cuarenta años.

Evangelina trató de calmar su mente con razones tan prácticas para su tardanza. En lo que no quería pensar era en lo cansado y repentinamente viejo que parecía su marido últimamente. Josef era un hombre tranquilo,

siempre lo había sido, pero parecía haberse encerrado en sí mismo y Evangelina empezó a preguntarse si estaría enfermo y no se lo había dicho.

Podría habérselo preguntado, se dijo a sí misma, incapaz ya de desviar su preocupación. ¿Por qué no se lo había preguntado? La preocupación y la culpa empezaron a agolparse en su corazón.

Si al menos hubiera cogido el móvil, pero seguía en el cajón de su dormitorio, donde había estado desde que Elektra les regaló uno a cada uno hacía seis meses. Por si acaso... ocurriera algo mientras estás en el barco, Baba", le había dicho, pero Josef había desestimado su preocupación.

Nuestra familia ha navegado durante generaciones, Agapi mou. ¿Por qué crees que va a pasar algo ahora?

Evangelina se acercó a la cómoda lateral y sacó su propio teléfono de debajo del folleto que se había distribuido en misa aquella mañana, en el que se pedía ropa de abrigo y mantas para los pobres de la isla. Llevaba todo el día ocupándose de ello, seleccionando chaquetas y jerseys que ni ella ni Josef necesitaban ya e inspeccionándolos para comprobar su estado; tenían que estar limpios y sin agujeros, pues no podía soportar añadir más indignidad a quienes luchaban por llegar a fin de mes. A Evangelina le parecía que había aumentado considerablemente el número de miembros de su iglesia que necesitaban ayuda desde que se había introducido el euro, aunque por suerte no había repercutido mucho en la de Hestia. Había estado tan absorta en esta tarea que no se había dado cuenta de la hora ni de la ausencia de Josef hasta que la luz que entraba por la ventana del dormitorio empezó a desvanecerse.

Llevó el teléfono a la mesa y se sentó. A diferencia de Josef, Evangelina hacía buen uso del regalo de Elektra, aunque a menudo había superado su límite de datos hasta que Nikolas organizó un nuevo plan.

"Ilimitado", había dicho. Evangelina no sabía lo que significaba, pero supuso que podría llamar a quien quisiera y hablar todo el tiempo que quisiera. El único problema era que la familia y los amigos, sobre todo en Skosias, no solían devolverle las llamadas desde sus teléfonos fijos, y a

menudo tenía la sensación de que todo el esfuerzo por mantener el contacto era sólo suyo.

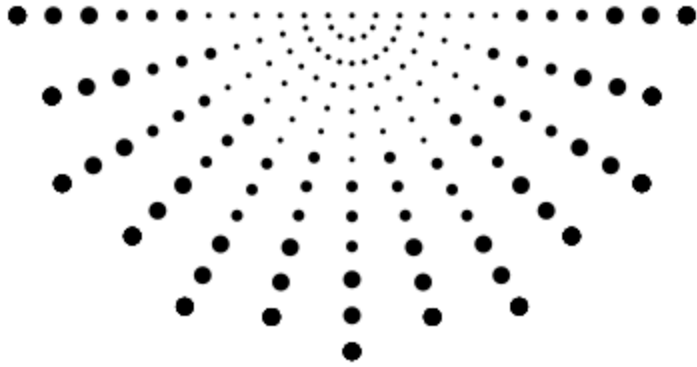
Abrió la funda de cuero rojo del móvil que Elektra había elegido para ella y buscó el número de Nikolas. Sintió un gran alivio al oír su voz y estaba a punto de hablar cuando se dio cuenta de que sólo era su mensaje. Tras la señal, se tranquilizó para no alarmar a su hijo.

Nik, es tarde y tu padre no ha vuelto a casa". Cerró el teléfono y se quedó sentada a la mesa mirando cómo pasaba el minuto, deseando que se abriera la puerta de atrás y entrara su marido con su pesca y su excusa.

Treinta minutos más tarde, el cielo se había oscurecido tanto que tuvo que encender la luz del techo. Josef aún no había llegado a casa y Nikolas no le había devuelto la llamada. Intentó llamar a Safo, pero no contestó. Pensó que Delfinia ahora tenía teléfono, pero no tenía su número. Era hora de llamar a la policía.

Evangelina puso la cabeza entre las manos y lloró.

CAPÍTULO DOCE



A medida que se acercaba el sonido de unos pasos suavemente acolchados, Delfi se debatía entre la idea de marcharse y la de quedarse, pero antes de que pudiera decidirse, la puerta se abrió y Basileus Katsaros, descalzo y vestido con unos vaqueros ajustados y la camiseta ceñida de la noche anterior, la saludó con una mezcla de sorpresa y algo más que no pudo determinar. Se alisó el cabello, que había sido agitado por una repentina ráfaga de viento.

Oh... ¿te he interrumpido?

Noooo, en absoluto -dijo pasándose los dedos por el cabello y luego por la barba incipiente alrededor de la barbilla-. Es... el momento perfecto... Estaba repasando mis líneas... Pasa".

Se hizo a un lado e indicó a Delfi que entrara. El suelo de la entrada era de un mármol muy pulido que se extendía en un amplio espacio que, incluso desde la puerta principal, ella podía ver que daba a la caldera.

Deja que te lo lleve", dijo Basileus Katsaros, indicando el abrigo de lana de Delfi. Ella abrió la cremallera y estaba a punto de quitárselo ella misma cuando, desde detrás de ella, él estiró la mano para quitarle el abrigo del pecho y la espalda y bajárselo por los brazos. El contacto la sobresaltó, se soltó y le entregó el abrigo.

Lo pondré aquí", dijo él, y lo colgó en un panel de ganchos en la pared junto a la puerta.

Delfi sintió que se ruborizaba. Sabía que había reaccionado de forma exagerada ante lo que no era más que un gesto muy considerado y se advirtió mentalmente a sí misma que no volvería a avergonzarse a su anfitrión con tales demostraciones.

"Después de ti", dijo Basileus.

Delante de él, Delfi era consciente del golpeteo de sus zapatos sobre el mármol, de la forma de sus piernas y de si su cabello colgaba suavemente por su espalda desde que se había quitado el abrigo, pero cuando entró en aquella amplia sala, lo olvidó todo.

Enormes ventanales que iban del techo al suelo y formaban un semicírculo enmarcaban una vista que incluía la caldera. Era una vista espectacular, pero también ominosa, ya que el cielo y el mar eran de color gris acero y el viento, que había cobrado fuerza incluso desde que ella había llegado, levantaba olas de cresta blanca. Los pocos enebros del acantilado que rodeaba la caldera se doblaban en ángulos agudos y Delfi se preguntaba cómo podían soportar la tensión.

"Lástima que no estuvieras aquí ayer", dijo Basileus desde atrás y se colocó a su lado. Estaba tranquilo y soleado, pero... supongo que no se ve demasiado cuando se trabaja en ese café".

"Es verdad", dijo ella, "hay mucha gente". Delfi observó la habitación. Aunque en el centro había un enorme sofá de cuero color crema que imitaba la forma de las ventanas, ni él ni las grandes alfombras de colores del suelo cubrían el mármol. A pesar del cielo gris de fuera, la habitación estaba llena de luz y era cálida, aunque Delfi no veía ningún calefactor. Pensó en el diminuto salón de su casa y en el radiador que no conseguía calentar ni siquiera aquel pequeño espacio.

Debe de ser maravilloso vivir aquí", se dijo, observando la moderna cocina blanca y el banco de mármol a su derecha.

Oh, sí, lo es... pero no estoy aquí tanto como me gustaría. También tengo otras propiedades".

Era lo que ella esperaba. ¿Dónde están?", dijo volviéndose hacia él.

Él vaciló y luego dijo: "Oh... el sur de Francia... Londres... Atenas...".

¿Cuánto hace que tienes éste?", dijo ella, sabiendo ya que estaba agotando el tema, pero sin saber qué más decir.

Mmmm... años. Es mi favorito e intento venir siempre que puedo, pero... estoy muy ocupada, como puedes imaginar. Actuar es una vida muy exigente".

Debe ser emocionante, dijo Delfi y pudo sentir un cosquilleo de esa emoción cuando pensó por qué estaba allí, y parecía aún más urgente ahora que impresionaba a Basileus Katsaros con sus dotes de actriz. Buscó el guión en el que había estado trabajando, pero no lo vio y supuso que debía de tener una sala especialmente preparada para ensayar.

"¿Dónde quieres que esté?", le preguntó.

Basileus tosió de repente y con fuerza, como si tuviera saliva en la garganta. Se adelantó a ella, se sentó en el extremo más cercano del sofá y dio una palmada en el asiento de al lado. Siéntate aquí.

Estaba un poco demasiado cerca de él, pero Delfi se recordó a sí misma que no debía avergonzarse a su anfitrión. Se sentó en el borde del asiento.

"Relájate", dijo él. Hablemos primero de ti. Supongo que ya les habrás contado a tus amigos del trabajo y a tu familia la noticia de que vienes a probar... para el papel... en la... serie".

"No... todavía no. Quiero... darles una sorpresa".

"Sí, claro. Especialmente ese chico... el mayor. Le gustas".

Delfi no supo a quién se refería. "Ese es Nikolas. Él es..." Delfi se detuvo, luego continuó, "mi jefe". Sentía que se acaloraba con su mentira y no

entendía muy bien por qué no le había dicho a Basileus Katsaros que Nikolas era su marido, pero le preocupaba que eso pudiera cambiar las cosas a la hora de conseguir el papel. Él podría preguntarse por qué quería dedicarse a la interpretación siendo una mujer casada. En cierto modo, Delfi se preguntaba lo mismo.

"Estás buenísima", le dijo.

Delfi sabía que sus mejillas se enrojecerían y apartó el cuerpo de él.

Quiero decir... la habitación está caliente". Basileus se levantó y se acercó a un panel de la pared. Ella observó cómo pulsaba varios botones, pero él parecía estar confuso y de vez en cuando chasqueaba la lengua como irritado.

Se dirigió a la cocina y abrió una nevera de doble cara. ¿Le apetece una copa?", dijo por encima del hombro, "aunque me temo que sólo tengo champán".

Delfi no bebía, pero el entorno y las circunstancias parecían pedirle que saliera de su antiguo yo. Además, se dijo a sí misma, una copa no hace daño. Sí, sería estupendo".

Abrió varias puertas de armarios, pero parecía no encontrar lo que buscaba. Delfi se fijó en un armario lleno de copas de cristal situado entre la cocina y el salón. Ahí hay vasos", dijo. Basileus probó la puerta del armario, pero estaba cerrada y Delfi vio cómo se le tensaban los músculos de la mandíbula. Volvió a la cocina, abrió un armario y sacó dos vasos finos. Vamos a usar estos", dijo, y a Delfi le pareció percibir irritación en su voz.

Cuando hubo colocado los dos vasos en la mesita de cristal frente a ella y tomó asiento, le pasó uno a ella e inclinó el suyo en señal de expectación.

Por... la interpretación", dijo, "la mejor profesión del mundo. Y quizás, el descubrimiento de un nuevo talento... ¿Delfi...?

Delfi Kazan.

Cuando las copas sonaron al reunirse y ella bebió su primer sorbo, Delfi sintió la emoción recorrer sus labios y su lengua, aunque el sabor era amargo en el fondo de su boca. Bebió otro sorbo, luego otro.

"¿Qué voy a leerte hoy?", dijo, sintiendo ya el calor del alcohol corriendo por su sangre.

Ya llegaremos a eso. Pero antes necesito saber algo más sobre ti. ¿Tienes experiencia como actriz?

"Sí, en la escuela. Me eligieron tres veces para el papel principal. Claro que sólo eran pequeñas obras...".

"Bueno, eso está muy bien. Es un buen comienzo", dijo él. Pero ya sabes que... para actuar de verdad... de adulto hace falta... amplitud de miras e... imaginación.

"Sí, sí, me doy cuenta", dijo Delfi inmediatamente, aunque no estaba muy segura de lo que quería decir con una "mente amplia". Supuso que se refería a "inteligente" y, como había sido la segunda chica más lista del colegio, Delfi se sintió segura con su respuesta.

Basileus la miraba extrañado, como indeciso sobre qué decir a continuación, pero como hacía horas que no comía y empezaba a sentirse mareada, quería seguir con la audición.

"Háblame del papel", dijo sintiendo un pequeño impulso de confianza y audacia.

El papel, sí, es... ella es mi... compañera. Somos compañeros. Detectives...

Delfi se sorprendió. Sólo había visto un par de episodios recientes de una serie de detectives, pero se dio cuenta de que no podía identificarse con la coprotagonista femenina, de hablar rápido y más bien infantil, que siempre llevaba trajes de pantalón poco favorecedores y hablaba con descarada confianza. Esperaba que no fuera un papel así. Pero sería un comienzo, se dijo.

"Y amantes", continuó Basileus.

La mente de Delfi daba vueltas con pensamientos contradictorios, pero no podía negar la emoción que le producía la idea de ser la amante de Eros Megalos... no, de Basileus Katsaros.

"El papel requeriría que fueras... segura de ti misma y -hizo una pausa y continuó- seductora".

Delfi se lo pensó. Sabía que no era especialmente segura de sí misma, pero Nikolas respondía a sus intentos de seducción, que había aprendido de la mejor, Katerina Matsouka. La idea empezó a cobrar fuerza a medida que el alcohol hacía que sus miembros se sintieran lánguidos, y en su mente se reproducían fragmentos de escenas en las que Eros Megalos seducía a la famosa estrella de telenovelas. Intentaría imitar los gestos y la forma de actuar de su ídolo, cuando estaba más segura de sí misma y era más intrépida. Era una perspectiva excitante, pero Basileus parecía bastante vago en los detalles. Así que es una serie nueva, ¿no? ¿Y aún no tiene protagonista?".

No... bueno, sí... pero... y esto es lo sorprendente, me acabo de enterar de que ha aceptado una oferta para protagonizar una película de Hollywood, y hay que aprovechar esas oportunidades cuando se puede... ¡el mismo día que te conocí! Inmediatamente, llamé al director de casting y le dije que podría tener a alguien... quizás a alguien incluso mejor. Como respeta mis ideas y opiniones... sobre todo por mi talento, dijo, genial, a ver cómo es. Pero no tenemos mucho tiempo y tienen en mente un par de caras más, bastante famosas.

Hablaba deprisa y Delfi se sentía abrumada y un poco mareada, pero reconoció que era una oportunidad que tenía que aprovechar. Era el destino y Basileus Katsaros también lo pensaba. Nikolas no podía discutirlo. Se sentiría orgulloso cuando se enterara de que ella había reconocido una oportunidad y había dado lo mejor de sí misma. Si conseguía el papel, tendrían que mudarse a Atenas. Ella les compraría un apartamento y....

"Así que será mejor que nos pongamos en marcha. Pero tengo que advertirte de que la escena que vamos a rodar a continuación es... bueno...

es una escena de amor... no una escena de sexo... sólo una escena de amor... y... lo entiendo si no te parece...".

Delfi enderezó la espalda mientras se sentaba en el borde del sofá y bebía otro sorbo de champán. Se sentía sofisticada. Pensó en una frase de uno de sus episodios favoritos de "Ley y desorden".

"Hay que hacerlo", dijo, "estoy lista".

Basileus se levantó de repente y fue a la nevera con el vaso en la mano. Se sirvió otra media copa de champán y se la bebió de dos tragos. Cuando se acercó a llenar la copa de Delfi, ella pudo ver las burbujas aún atrapadas en la barba alrededor de sus labios.

Se llevó la mano a la boca de la copa, como había visto hacer en una película, y le pareció natural. Pero Basileus Katsaros tenía más práctica. "Sólo un poco más", dijo. "Ayuda a... relajarse".

Como Delfi no respondió de inmediato, continuó: "Entre tú y yo, me pongo un poco nervioso en estas escenas. Sé que a ti no te lo parece. Pero debe ser mucho peor para las mujeres. Lo respeto".

Delfi agradeció su consideración, que la tranquilizó. Quizá sólo un poco", dijo mientras retiraba la mano. Él sirvió y calculó mal, las burbujas subieron y estuvieron a punto de correr por el lateral del vaso y caer sobre la mesa. Delfi cogió el vaso de debajo de la botella y soltó una risita mientras se apresuraba a beber.

Basileus permaneció de pie. Es champán caro... no querrás malgastarlo".

Delfi no tenía ganas de más, pero pensó que sería descortés negarse. Dio un sorbo rápido.

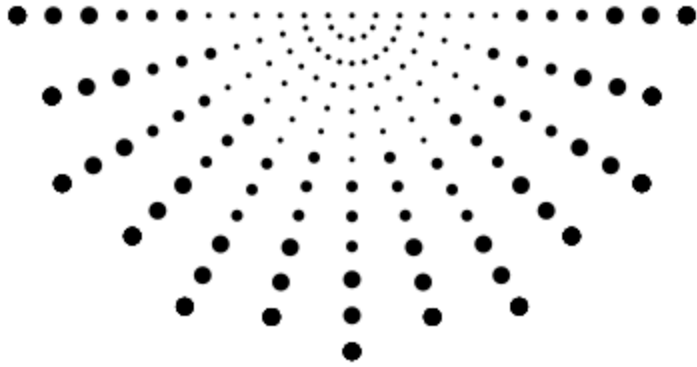
"Bueno", dijo él cuando ella hubo terminado. "Será mejor que empecemos".

Cuando Delfi se levantó, tropezó y tuvo que sostenerse.

"Si, empecemos", dijo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO TRECE



El llanto cesó cuando Josef se acercó. El taburete daba sombra a la mujer sentada en el asiento, aunque la luz de la luna era suficiente para distinguir el rosa de su vestido.

"¿Está usted bien?", dijo Josef, elevando la voz por encima de la música del vestíbulo y acercándose con pasos lentos y vacilantes, consciente de que se estaba inmiscuyendo en un momento muy personal.

La mujer guardó silencio y Josef pensó en darse la vuelta. Hubo una pausa en la música y oyó su voz, suave y lastimera. ¿Quién es?

"Es Josef... Josef Zabat".

¿Josef? Quienquiera que fuese, parecía conocerle, y Josef se esforzó por pensar en una mujer con un vestido rosa. Le vino a la mente Toula, la prima de Delfinia, pero esta voz pertenecía a una mujer mayor. Se acercó con más confianza y, con la luz, apenas pudo distinguir el rostro de la hermana de Manoli.

Hanna, ¿qué te pasa? Ahora estaba frente a ella y pudo ver que era una estola rosa la que le cubría los hombros.

"Josef...", dijo ella al instante, con un sollozo saliendo de sus labios. Bajó la mirada hacia su regazo, donde sus manos se enroscaban la una en la otra

como dos calamares atrapados en una pequeña red.

Se sentó en el borde del banco. ¿Ha pasado algo?

Josef se había encontrado con Hanna en varias ocasiones, pero no la había visto, hasta esta noche, desde hacía más de diez años. Sabía que su marido había muerto repentinamente hacía seis meses.

Hanna, siento mucho lo de Michael. Josef se sintió culpable por no haber dicho nada antes en el vestíbulo y pudo ver que ella seguía muy afectada. No podía imaginarse lo que sería perder a Evangelina, y cuando el pensamiento le asaltaba en las tardes grises, cuando el comercio estaba tranquilo y él cansado, lo apartaba por miedo a la profunda melancolía que podía apoderarse de él. Conocía demasiado bien esa melancolía, con la que había luchado en su juventud y de la que sólo le había salvado Evangelina. Últimamente, la sentía como una sangre negra que se filtraba de sus entrañas a sus venas y era consciente de que respiraba más a menudo para contener su marea.

"Gracias, Josef", dijo Hanna, que parecía haber recuperado la compostura. "Mi Michael era un buen hombre. Éramos muy felices".

Sí. Josef recordaba a Miguel como una persona amable y amistosa, que siempre le había hecho sentirse bienvenido. No era el caso de muchos otros hombres del pueblo, que veían a Josef como a un extranjero. Hasta cierto punto, él mismo había fomentado esta opinión porque Josef no se relacionaba con ellos. Lo mismo ocurría en su propia isla y, a diferencia de la mayoría de los hombres que se reunían en la plaza para hablar y beber ouzo, Josef se mantenía aislado incluso cuando tenía tiempo fuera de Hestias en los meses de invierno, y sólo de vez en cuando se ponía al día con sus viejos amigos de la escuela. Este sentimiento de separación y arrogancia apenas disimulada procedía de Rusa y, de forma discreta, de Duripi. No eran como los demás hombres de la isla, les decía Rusa. Su linaje era más antiguo, y sus antepasados eran los verdaderos y originales habitantes de la isla.

Hoy... me ha traído demasiados recuerdos -dijo Hanna volviéndose para mirarlo de lleno- de nuestra propia boda hace treinta y cinco años. Era un

hombre tan guapo...".

Josef notó en su voz que luchaba por contener las lágrimas y se acercó un poco más para poder oírla por encima de la nueva música que llegaba del salón.

¿Dónde se ha ido el tiempo? Volvió la cabeza y pareció ensimismarse en sus pensamientos.

Josef se quedó pensativo. Últimamente se la hacía con más frecuencia. Parecía que fue ayer cuando era aquel hombre joven y viril en la playa de esta misma isla y escuchó, por primera vez, el sonido de la risa de una niña mientras luchaba por recoger la red con su padre. Durante aquellos primeros años juntos, a Josef le había encantado y tranquilizado aquella risa, pero con el tiempo se había ido apagando.

Al principio, Josef apenas se dio cuenta de que Hanna apoyaba la cabeza en su hombro, pero contuvo su creciente inquietud pensando que ella necesitaba su consuelo.

Tienes suerte", dijo ella sin mirarlo. Tienes a Evangelina, a tus hijos... una vida. Ahora sólo tengo a mi hermano. Michael y yo... no pudimos tener hijos. Nunca conocimos la alegría que debes sentir esta noche.

¿Sintió alegría? Si era honesto consigo mismo, no. Deseaba la felicidad para su hijo y para su hija, pero había empezado a dudar de que fuera posible. Josef sabía que sus hijos también sufrirían la misma aflicción que volvía a colarse en su vida y que había tenido, y seguiría teniendo, repercusiones para toda su vida. Ni Delfinia ni Eugenia serían la cura, como tampoco lo había sido Evangelina. Si él volviera a ser joven, ellos volverían a ser jóvenes, y él podría oír su risa.

Josef se volvió hacia la mujer que estaba a su lado, que le observaba y había estado esperando su respuesta. En ese momento, una brizna de luna apareció detrás de una nube, iluminó la humedad de sus ojos y ella sonrió, suave, dulcemente. Le invadió un gran deseo de amor e inclinó la cabeza hacia ella. Cuando sus labios se encontraron, su cuerpo se estremeció con una pequeña convulsión de culpabilidad y se apartó, al igual que ella.

Juntos, en silencio, se sentaron a contemplar las colinas, perdidos en sus propios recuerdos de amor y juventud.

Un repentino balanceo de la barca devolvió a Josef al presente. El viento había arreciado y las nubes negras se acercaban. Rápidamente evaluó la situación y supo que si no llegaba pronto a tierra, tendría problemas. Se dirigió al centro de la embarcación y giró la llave del motor. Como si se tratara de un verdadero amigo que había escuchado su confesión y le había perdonado, tosió y balbuceó y se acomodó a su ritmo natural.

La proa se elevó y se hundió sobre las olas haciendo que cajas y cubos se deslizaran hacia delante y hacia atrás como en un pánico ciego. Josef no estaba asustado, sólo sorprendido. Había experimentado cambios bruscos de las condiciones en mar abierto, pero no tan dramáticos en la caldera, aunque sabía que había ignorado las señales que normalmente le habrían impedido salir, todo porque quería alejarse, de casa y de su mujer.

Fijó los ojos en tierra. En la parte alta, los árboles se contorsionaban con el viento, aunque había mucha menos perturbación de la vegetación de abajo, en la parte trasera de la orilla. De joven, con sus amigos, había escalado los acantilados que se alzaban desde la playa y rastreado tierra adentro hasta llegar a casa de Hestia. Entonces lo había hecho con facilidad, pero ahora estaba en un cuerpo diferente.

A doscientos metros de la orilla, el motor se paró. Josef esperó a que se calmara antes de volver a intentarlo, pero no dio nada. Sabía que no necesitaba combustible, ya que había llenado el depósito como siempre antes de salir aquella mañana. Esperó y volvió a intentarlo. Ni siquiera una tos o un chisporroteo. Josef lo intentó una vez más, pero tuvo que desistir porque sabía que estaba perdiendo un tiempo precioso.

Utilizando la cuerda que guardaba para ese fin, la ató rápidamente al timón con toda la seguridad que pudo para mantener el rumbo de la embarcación. En el armario de su izquierda, buscó el motor de repuesto y vio que detrás de él, encajado en un rincón, estaba el chaleco salvavidas. Póntelo, pensó, oyendo la voz de su mujer en su cabeza, pero había asuntos más urgentes. El motor de repuesto era más pequeño que el principal, pero pesaba mucho, y le costó mantener el equilibrio mientras lo sacaba. En su visión periférica,

vio que la cuerda que sujetaba el timón se desenredaba, sus extremos se agitaban y luego caían a cubierta. Josef casi soltó el motor y cogió el timón, pero el barco fue golpeado por una ola que lo hizo girar noventa grados; empezó a enderezarse cuando fue golpeado por otra que lo volcó de costado.

Josef observó como a cámara lenta cómo se le acercaba el agua llena de espuma. Lo primero que pensó, cuando su cabeza estaba a punto de salir a la superficie, no fue en una muerte inminente, ni en destellos de los rostros de sus seres queridos, sino en su sombrero, y se llevó una mano a la visera como si estuviera a punto de quitárselo al entrar en una iglesia o en casa de un amigo anciano.

Cuando sus ojos se adaptaron a las diferentes refracciones de la luz y a la agitación de la superficie, vio la habitación familiar de su juventud: el destello plateado de un banco de pececillos que se dispersaba bajo él; cintas de algas que avanzaban y retrocedían en las corrientes; una lubina que lo miraba con recelo al pasar, pero que no lo consideraba una amenaza. Unos veinte metros por debajo de él, apenas podía distinguir el fondo marino, donde la arena y las piedras formaban pequeños remolinos que atrapaban la lechuga de mar a la deriva y la escupían de nuevo. Aquí, a pesar de la agitación de la superficie, reinaba la paz, y Josef se habría quedado, pero la necesidad de respirar le obligó a echar la cabeza hacia atrás.

El ruido de su cabeza al salir del agua era casi ensordecedor: el rugido del viento, de las olas y de su propia sangre palpitaban ahora rápidamente en sus oídos. Al girar el cuerpo en busca de la embarcación, una nueva ola le dio en la cara, lo levantó y volvió a hundirlo antes de que tuviera tiempo de respirar. De nuevo, se levantó con dificultad, cogiendo el aire que pudo antes de que le enviaran de nuevo abajo. Estiró una mano y fue golpeado por un barril que se había desprendido del costado del barco. Con cada vez menos fuerzas, Josef se agarró a un cabo de la cuerda que lo envolvía y pasó los brazos por encima del flotador, manteniendo la cabeza y los hombros por encima del agua.

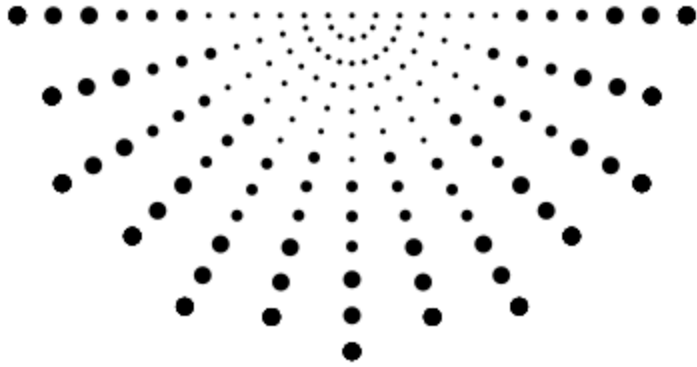
Ahora mirando en dirección a tierra y apoyado en el barril, Josef pateó las piernas y cabalgó las olas consecutivas acercándose a la orilla. El peso de sus pantalones de lona mojados casi le arrastró hacia abajo, pero los brazos

y el pecho de Josef aún eran fuertes y le permitieron aguantar, aunque para ello necesitó las últimas reservas de su energía.

A cien metros de la playa, una sensación de presión comenzó en el centro de su pecho, convirtiéndose en pocos segundos en un apretón alrededor de su corazón. El dolor comenzó a irradiarse por sus brazos y el aire fue succionado de sus pulmones. A su alrededor, la luz empezó a parpadear y aparecieron manchas oscuras en su visión periférica. Josef trató de concentrarse en la playa: ya no estaba lejos, se dijo; sólo faltaban... unos... pocos... más...

Cuando la luz se fue, cuando la orilla desapareció, Josef no tuvo ante sus ojos ningún destello de su vida, ninguna plegaria final, sólo la imagen y el sonido de una chica riendo de pie en el mar, con el vestido atado a los muslos, la mano agarrando la camisa por el pecho y un mechón de espeso cabello negro cayéndole sobre los ojos.

CAPÍTULO CATORCE



¿Cómo está?

Más fuerte. Descarada. Tu hermana vuelve con nosotros, Neek. El alivio en la voz de Eugénie era evidente y contagioso.

Nikolas suspiró, Eso es genial.

Que vengas aquí... significa mucho para ella.

La culpa le recordó que, aunque estaba preocupado, había maldecido en silencio a su hermana cuando supo lo que había hecho. Tú eres la que ha marcado la diferencia, Eugénie.

Hubo una vacilación al otro lado y luego: "La quiero, lo sabes... pero...".

Nikolas se preparó para lo que ella iba a decir. Egoístamente, no quería oír que Eugenia no veía un futuro con su hermana. No es que no lo entendiera, ya que él mismo se había preguntado si Elektra podría mantener la relación o, en realidad, si se lo merecía. Eugenia era un alma hermosa; cuanto más la conocía, más convencido estaba de ello, pero una persona sólo podía aguantar hasta cierto punto y ella lo había demostrado cuando se marchó unas semanas antes.

...ya veremos, Neek...ya veremos.

Había estado conteniendo la respiración y ahora la soltó. Lo entiendo, Eugenia. Has hecho más que...

Se lo merece. No puedes entender lo que Elektra ha hecho por mí".

La ternura de las palabras de Eugenia le recordó su propio anhelo y se preguntó por la vida de Eugenia y el efecto que su hermana había tenido en ella.

Estaré allí por la mañana.

Te veremos allí, Neek.

Cuando volvió a llamar a Delfi, no dejó ningún mensaje. Pensó en llamar a Evangelina y a Josef para ver cómo se las arreglaban, pero su madre sabía cómo sonsacar la verdad si sospechaba que algo iba mal y él no se sentía con fuerzas para eso. Pronto volvería a casa y, con Hestia cerrado por el invierno, no lo necesitarían para mucho más.

Levantándose, Nikolas se puso el abrigo y miró la hora en su teléfono -las seis y cuarto de la tarde- antes de apagarlo y guardárselo en el bolsillo. Cuando estaba a punto de salir de la habitación se volvió para mirar atrás, preguntándose cómo se sentiría cuando volviera a ella más tarde.

Salió a la calle y tomó el camino de los cafés Verlet que conocía bien. En su primer año juntos, Linda y él habían pasado tres meses en París cuando Nikolas fue enviado por su empresa de ingeniería para cerrar un lucrativo contrato con una constructora americana. Le había llevado los tres meses seducirlos y, al final, lo había conseguido, aunque agotado y desilusionado.

El ritmo de sus pasos se ralentizó al recordar aquella época. Reconoció que la insatisfacción que había sentido entonces había sido en realidad una compañera constante en su vida, que le hacía estar motivado y vacío al mismo tiempo. Había alimentado su empeño en abandonar la isla que lo vio nacer para labrarse un camino donde sus antepasados no habían llegado antes; ya de niño Nikolas se había cansado de las supuestas leyendas de su familia que con tanto fervor le contaba Duripi. Su insatisfacción le había impulsado cuando las notas que necesitaba para ser aceptado en la

Politécnica de Atenas parecían estar fuera de su alcance, y de nuevo cuando fue aceptado, y descubrió que las exigencias del estudio intenso y la soledad amenazaban con secuestrar su progreso. Su insatisfacción le había proyectado a un prestigioso puesto en la administración de la empresa en la que había empezado como ingeniero. Durante un tiempo, se había deleitado con sus importantes beneficios y su estatus. Pero su insatisfacción había mentido. No era mejor que nadie, ni más merecedor, ni más listo... simplemente era incapaz de apreciar lo que tenía y quién era.

Luego estaba Linda. A Nikolas le habría gustado ahora descartar su relación como parte de ese paquete de éxito. Desde luego, ella lo parecía: muy inteligente, guapa y refinada. Ella era eso, pero aún más era gentil, amable y comprensiva, y...

Me quería. El pensamiento brotó de sus labios y provocó miradas de alarma entre los peatones que caminaban hacia él. Nikolas aminoró la marcha. El Café Verlet estaba a la vista. Desde el lado opuesto de la calle, miró hacia el primer piso y pudo ver la mesa del escaparate, uno de los puestos más preciados por sus clientes. Era el lugar donde Linda y él habían celebrado la firma del contrato con la constructora y donde, cuando aún estaba animado por el éxito, le había propuesto matrimonio.

Se arriesgó con el tráfico y cruzó la calle hasta el café. Cuando entró fue como un asalto a los sentidos. El aire caliente le envolvió, al igual que los olores a pan horneado, a ajo y el inconfundible olor a café molido de calidad. Aunque sólo era primera hora de la tarde, el café ya se llenaba con el sonido de exuberantes saludos y animadas conversaciones.

"Nikolas Zabat", le dijo al Maître D, que consultó un libro abierto delante de él y asintió con la cabeza para confirmar su reserva. La table dix-sept.

Oui, monsieur... Tiene mucha suerte. Normalmente está reservada a esta hora. Suivez-moi, sil vous plait.

Je sais... Sé dónde está". Nikolas sonrió y señaló la escalera con la cabeza. El hombre también sonrió. Todos a los que les gustaba venir a los Cafés Verlet sabían dónde estaba esa mesa.

Al subir las estrechas y empinadas escaleras, Nikolas sintió como si la sangre se le escapara de las piernas. La última vez que lo había hecho fue con Linda, y aún podía verla en la escalera, volviéndose para mirarle. Su rostro se había iluminado de orgullo y placer por lo que él había conseguido y, él lo sabía, de alivio por haber terminado por fin el calvario de los últimos tres meses. Recordó también que estaba nervioso, por lo que estaba a punto de hacer.

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y buscó el anillo, igual que aquella noche siete años atrás.

* * *

¿A qué hora se fue?

Ya te lo he dicho. A la una.

Hoy hace un día salvaje. Me sorprende que haya salido.

Evangelina no contestó, pero Dimitri se dio cuenta de que se preguntaba lo mismo.

Mientras escribía en su cuaderno, levantó la vista para captar la expresión de su rostro. Estaba pálida y desconcertada. En todos los años que llevaba conociéndola, nunca la había visto así. Evangelina tenía fama de ser de carácter fuerte y de decir exactamente lo que pensaba. Si no fuera porque también tenía fama de bondadosa y generosa, sobre todo con los ancianos y los enfermos. A Dimitri no le gustaba verla así.

Tiene experiencia en el agua, Lina, y probablemente se haya refugiado en alguna playa. Aunque el tiempo... cambió rápidamente, lo habría visto venir", dijo, queriendo disipar algunos de sus temores, al menos por ahora.

Ella asintió, pero parecía no estar convencida.

"Lo intentaré con Nik... y Elektra", dijo.

"Está en París".

Dimitri no pudo evitar oír un pequeño tono de amargura en la voz de Evangelina. Conocía bien a la familia Zabat, como a la mayoría de las familias de su comisaría, pero en una ocasión, muchos años antes, cuando Elektra era una adolescente, la había encontrado borracha y maltratadora a varias manzanas de su casa después de que un vecino de la calle le llamara. Sin embargo, recordaba que era una buena chica, divertida, honesta y amable, pero aquellos ojos soltaron una chispa y su boca echó a volar cuando él intentó levantarla de la cuneta para meterla en el coche de policía.

Evangelina pareció reponerse. No, lo intentaré de nuevo con Nikolas... y con Safo. Deben estar ocupados, eso es todo.

Dame los números de todos modos, dijo mientras se metía la libreta en el bolsillo de la camisa.

Le pasó el teléfono. Fue bastante fácil recuperarlos, sólo había cinco: Nikolas, Elektra, el de Safo, la policía y la ambulancia. Se dio cuenta de que el número de Josef no estaba entre ellos, pero por lo que ella le había dicho antes, su teléfono seguía en el cajón. Ella estaba enfadada con Josef y le había dicho: "Se lo dije una y otra vez... le dije que se lo llevara. Habría seguido hablando si Dimitri no le hubiera acercado una silla para que se sentara. Se sentó a su lado y le rodeó los hombros con el brazo. Ella se calmó y él pudo continuar con sus preguntas.

Dimitri anotó los números que necesitaba. Llamaría a los de Nikolas y Safo, pero no quería delatar su preocupación en aquel momento. Dimitri sabía que Josef era un excelente pescador y que se encontraba más a gusto en el mar, por lo que le parecía muy fuera de lugar arriesgarse hoy cuando el tiempo había amenazado con ser tan peligroso. Hacía tiempo que no veía a Josef y se preguntaba si estaría bien. Sabía que era un hombre tranquilo, poco sociable, a diferencia de su mujer, pero un buen hombre. En sus años de policía, había sido testigo demasiadas veces de los caprichos de la naturaleza humana, de lo inexplicable, de lo inesperado: asesinatos, robos, palizas y suicidios que nadie podía ver venir.

Tenía que marcharse y pedir a los guardacostas que iniciaran la búsqueda. Aunque Josef habría salido a mar abierto, como la mayoría de los hombres de la isla, Dimitri sospechaba que un hombre con su experiencia se dirigiría a la caldera antes de que las condiciones fueran demasiado graves.

Cuando se levantó para marcharse, Evangelina permaneció sentada. La coronilla de su cabeza, los cabellos grises y negros que se rizaban hacia fuera, la hacían parecer muy vulnerable. A sus cincuenta y dos años, Dimitri nunca se había casado, y en momentos como éste se alegraba. Demasiadas veces había tenido que decir a sus familiares que su ser querido había muerto. A veces, por la noche, cuando intentaba dormir, aún podía oír los llantos de las esposas que habían perdido a sus maridos, de las madres que habían perdido a sus hijos o hijas. Normalmente era así. Dimitri no creía que pudiera soportar amar tanto a alguien y luego perderlo. Ni siquiera tenía un gato, un perro o un pájaro. Mejor vivir solo. La gente de su pueblo era suficiente.

Lina, ¿estarás bien? ¿Quieres que llame al padre Apostopoulos?

"¿Qué podría hacer?", dijo ella volviéndose hacia él. Ya habría bebido demasiado".

Dimitri tuvo que reprimir una carcajada, pero se alegró de que ella no hubiera perdido el ánimo.

Mantén tu teléfono cerca de ti, Lina. Te llamaré para mantenerte al corriente de lo que ocurre.

Ella asintió pero no se levantó para dejarle salir. Dimitri sabía que ella estaría conservando la energía que tenía para lo que pudiera venir.

Cuando se iba, se volvió para mirar atrás. Evangelina había colocado sus cuentas de oración sobre la mesa, y sus dedos acariciaban una cuenta. Él sabía lo que ella estaría haciendo.

* * *

Theotókos, Madre de Dios, ¿dónde estás? Necesito tu ayuda. Mi marido, mi Josef... No te lo he dicho, ¿verdad?... Le quiero... siempre le he querido y... si él... me deja... moriré. Theotókos, si pudieras pedirle a tu marido... pedirle a tu hijo... que me devuelva a mi Josef... te prometo que seré una esposa mejor. Theotókos, Theotókos...

Desde el balcón protegido de la parte trasera de la casa, Evangelina oyó el trinar de los canarios de Josef, traídos de casa de Hestia para los meses de invierno. Le están llamando, pensó, mientras apoyaba la cabeza en la mesa y cerraba los ojos.

* * *

Elektra se despertó en el silencio de su habitación privada, sin pitidos ni los ronquidos de otros pacientes.

Esa misma mañana, había sentido que Eugenia estaba junto a su cama, pero había tardado en abrir los ojos por miedo a que se tratara de un momento de nostalgia en un sueño. Al principio, mientras sus ojos intentaban adaptarse a la luz y sus párpados a la energía necesaria para contraerse, sólo pudo ver un techo crema que parecía haber sido pintado con prisas; las marcas del pincel se veían en las cornisas y revelaban en pequeñas manchas que el techo había sido azul pálido. Le habían llegado sonidos de tacones acolchados sobre un suelo duro, el quejido de lo que parecían los lazos metálicos de una cortina de ducha al correrla hacia delante o hacia atrás, y un pitido desincronizado. También había un olor que no podía distinguir, que le recordaba al de las grandes cafeterías de los grandes almacenes, donde la comida reposaba al baño maría durante horas.

Había sentido una presión en la mano. Inclinando la barbilla hacia el pecho, su perspectiva se inclinó hacia abajo, y allí estaba... su amor. Un gemido había escapado de los labios de Elektra salpicando saliva en su barbilla. La

presión alrededor de su mano se intensificó y Eugenia se inclinó hacia delante, a escasos centímetros de su cara.

Hola, bebé.

Aquellas palabras, pronunciadas con amor, eran más curativas que el reposo o la terapia. Elektra había entrado y salido del sueño, pero cada vez que abría los ojos, Eugenia seguía allí, sosteniéndole la mano.

Con delicadeza, como era su costumbre, Eugénie había intentado ayudarla a rememorar el período anterior a su desmayo, pero Elektra sólo conseguía vislumbrar un techo manchado de café, un hombre enfadado que hacía gestos a un camarero, la ventana y la fría sonrisa de Marielle antes de cerrar la puerta tras de sí. Elektra también recordaba la presión de un brazo firme a su alrededor y se preguntaba si habría sido la frágil mujer cuyo rostro había desaparecido entre las sombras de su sombrero. Y había otra imagen que parecía tener más significado. Los zapatos", le había dicho a Eugenia, pero cuando presionó a Elektra para que le diera más detalles, no pudo recordar cómo eran ni dónde estaban.

Una sombra en el suelo del pasillo iluminado de su habitación señaló la llegada de una enfermera antes de que apareciera un cadáver. Su silueta en la puerta provocó otra imagen, la de Eugenia y alguien que se cernía tras ella: Alain. Elektra sintió la aceleración de su ritmo cardíaco, que quedó al descubierto por el pitido del monitor situado detrás de ella.

La silueta se adentró en la habitación y se transformó en una mujer de mediana edad con una complexión sorprendentemente corpulenta. Aunque gran parte de su rostro estaba oculto por las sombras, el resplandor del monitor iluminaba las canas de su sien y sus ojos, brillantes y alerta, pero severos.

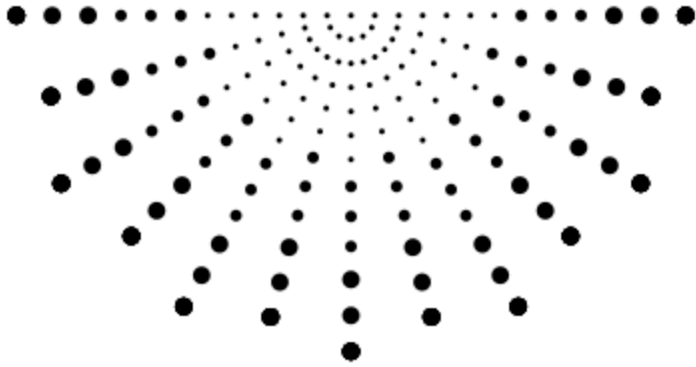
Mamá", susurró Elektra.

Allez... cálmate". Pero había algo en el tono de Elektra que hizo que la mujer se detuviera. "Oui, cest Mama", dijo suavemente mientras acariciaba la frente de Elektra.

Mamá... mamá... -murmuró Elektra antes de cerrar los ojos. En el estado previo al sueño, sintió el calor de la mano de Evangelina y vio en su rostro la misma expresión que había visto antes. Elektra siempre había pensado que se trataba de decepción, pero a un nuevo nivel supo que no había sido eso en absoluto: era tristeza, y era amor.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO QUINCE



¿Es aquí donde ensayáis? Delfi echó un vistazo a la amplia sala en busca de una caja de guiones o un micrófono, pero en realidad no tenía ni idea de qué esperar.

Basileus, que no se había movido del sofá, parecía estar considerando su respuesta, y entonces: "Oh, encuentro que es mejor no estar atado a un espacio concreto, eso... acalambra la creatividad", dijo mientras se tiraba de la camisa que se le había torcido en el pecho.

Los botones van a saltar, pensó Delfi.

"Tienes que ser adaptable como actor", continuó. Cosas como dónde se va a rodar una escena pueden cambiar todo el tiempo. Por ejemplo, había una escena con Katerina Matsouka en la que íbamos a encontrarnos en un restaurante, pero el director decidió que debía rodarse en su apartamento. Era más íntimo".

"Conozco esa escena". dijo Delfi, sintiendo que la sangre se le volvía a subir a la cabeza. Se sentó a su lado. Era cuando tenías que entregar el documento secreto que iba a cambiar el veredicto del caso de asesinato contra George Papadopoulos.

Katerina Matsouka acababa de darse un baño profundo. Delfi recordó que, mientras veía esta parte del episodio en la sala de estar de su casa familiar,

se había sorprendido al ver los pechos de Katerina Matsouka sólo parcialmente ocultos por la espuma del agua de la bañera. Ella respondió a la llamada a su puerta con un albornoz de satén rojo que se le pegaba al cuerpo y le abría el pecho. Delfi recordó también cómo su mano había volado para cerrarla cuando vio que Eros Megalos, allí de pie con el sobre en la mano, había bajado los ojos de su cara para detenerse en sus pechos.

Delfi sintió otro sofoco al darse cuenta de que estaba sentada junto a Eros Megalos. "¿Dónde tendrá lugar esta... escena de amor?", dijo para desviar sus pensamientos.

Basileus hizo una pausa antes de continuar, pero un surco apareció entre sus cejas, y parecía preocupado. Lo que pasa es que... Delfi... todavía no me han enviado el guión.

Esto la sorprendió. Creía que ya estabas ensayando.

Sí. Pero el guión tendrá que ser modificado debido al cambio de reparto. El estudio me ha dado instrucciones... para ver cómo eres... antes de rehacerlo... es decir, si consigues el papel. Después de todo, hay otros dos actores en consideración".

Delfi se enfadó consigo misma por revelar su ignorancia sobre el mundo de la interpretación. Ya veo. Entonces... ¿cómo sabrás cómo soy? ¿Qué voy a leer?

Ya he pensado en eso, dijo rápidamente. Dijiste que conocías la escena entre Eros y Katerina de la que te hablaba. ¿Hasta qué punto la conoces?

"Palabra por palabra", dijo ella con orgullo, sintiendo que esto podría darle la oportunidad de redimirse.

"Bueno, eso es genial, aunque debo admitir que no puedo recordar todas las líneas. He interpretado muchos otros papeles desde entonces".

"Por supuesto", dijo Delfi, intentando recordar otro papel en el que le hubiera visto desde aquella serie. "Podría... pedírtelo".

"Oh, seguro que puedes", dijo Basileus, "pero nos ayudará si intentamos recrearlo lo más parecido posible al original. Así podré volver a meterme en el papel de Eros Megalos mucho más rápido. ¿Te parece bien?"

Por supuesto", respondió ella, creyendo entender lo que decía. Pero, ¿a partir de qué parte de la escena?

Bueno... déjame pensar". Basileus miró hacia el techo, sumido en sus pensamientos, y luego volvió a mirar a Delfi. No tiene sentido rehacer la escena del baño, ¿verdad? No quiero someterte a esa tensión".

Se sintió aliviada y agradecida por su consideración. ¿Y cuando abra la puerta?

Sus cejas se alzaron sorprendidas: "¡Sí! Bien pensado. ¿Te parece bien?"

"Sí, puedo hacerlo. Recuerdo lo que ella... lo que ambos dijeron".

Lo único -miró hacia su regazo y se pasó una mano por el muslo, como si se quitara el polvo- es que tendrías que vestirme como Katerina. No sería muy realista que te vistieras... -sus ojos la recorrieron desde el cuello hasta los dedos de los pies.

Delfi sintió una sacudida de pánico. Ha sido tan considerado, se dijo a sí misma. Le insultaría y perdería el papel si no lo hago.

Pero, ¿qué me pongo?

"Dame un minuto", dijo Basileus y saltó del sofá. Al cabo de unos minutos, ella le oyó rebuscar en una habitación al otro lado del pasillo que daba a la cocina. Cuando regresó, llevaba en la mano un camisón negro que parecía estar hecho del material más puro.

Se preguntó por qué tendría algo así en su casa y si estaría casado. Era muy posible, pensó. Es precioso. ¿Es de tu mujer?

Basileus soltó una carcajada que la sorprendió. No... no estoy casado. Es... sólo un accesorio... Tengo... muchos aquí que he ido coleccionando a lo largo de los años.

Delfi se animó, ya que no le entusiasmaba ponerse el camisón de otra mujer, sobre todo si había sido el de su esposa.

Así que... ¿qué te parece si vas y te pones esto en el cuarto de baño de ahí?" Basileus señaló detrás de él una habitación apartada del salón, "y yo veré si puedo encontrar algo... más parecido a lo que llevaba Eros en esa escena. ¿De acuerdo?"

Delfi se levantó, le quitó el camisón y tuvo que volver a estabilizarse. La cabeza aún le daba vueltas y se sentía mareada. El camisón era suave y sedoso en la mano, pero cuando vio lo transparente que era, empezó a ponerse nerviosa. Afortunadamente, se había puesto su mejor ropa interior para sentirse más segura.

"Bien", dijo él. Cuando salgas, seguro que estarás igual que Katerina, aunque entre tú y yo, más guapa.

El cuarto de baño estaba unido a un gran dormitorio que tenía las mismas vistas sobre la caldera, y Delfi pudo ver que, incluso desde que había llegado, el viento se había intensificado y el mar estaba moteado con la cal de las olas. Se fijó en el mobiliario: dorado, negro y crema parecían ser los colores principales de la alfombra, la ornamentada cabecera de la cama, el cubrecama y las cortinas. Aunque Basileus había dicho que no estaba casado, había algo muy femenino en la habitación. La cama de matrimonio no estaba colocada para contemplar las vistas, como habría hecho Delfi si hubiera sido su casa, sino que daba a una enorme pantalla de televisión que ocupaba gran parte de la pared de detrás. Se dio cuenta de que Basileus tendría que ver mucha televisión como parte de su profesión y, tal vez, ella también tendría que hacerlo.

El cuarto de baño era tres veces más grande que el de la casa de Nikolas. La habitación estaba iluminada de forma natural por una gran claraboya, pero el cielo gris de la tarde se estaba volviendo tan apagado que necesitó encender una luz. Encontró un botón cuadrado cerca de la puerta y, al pulsarlo, el espejo de pared situado sobre el lavabo se iluminó con decenas de pequeños globos en los bordes. Delfi soltó un grito de placer. Era exactamente como se imaginaba que sería la sala de maquillaje de un estudio de cine.

El suelo de mármol del salón continuaba en este espacio y parecía deslizarse por la pared hasta convertirse en un gran banco que albergaba dos tazones de cristal transparente, uno al lado del otro, con grifos y mangos curvos de latón a juego. Un spa hundido ocupaba la mayor parte del suelo, aunque había espacio suficiente para dos inodoros. ¡Dos inodoros! Delfi no podía imaginar por qué un hombre necesitaría dos, y mucho menos dos lavabos. Sobre la encimera había un dispensador de jabón de mármol, una toalla de mano enrollada de color turquesa intenso y varios frasquitos que Delfi supuso que serían de espuma de baño y crema de manos.

Se colocó frente al espejo. La luz de los globos resaltaba el brillo de su cabello y su piel, aunque las sombras bajo sus ojos revelaban su cansancio. Aunque le encantaba, trabajar tanto en Sapphos había trastornado todo su organismo e incluso su periodo llevaba más de tres semanas de retraso.

Delfi se apartó del espejo y colocó el vestido de noche en el borde de la bañera de hidromasaje. Todo parecía tan limpio y ordenado que era como si nadie hubiera utilizado aquel cuarto de baño. Basileus debía de ser un hombre muy ordenado, decidió, y la idea la complació. Se desabrochó la falda por detrás. Aunque había adelgazado en las últimas semanas, sentía el vientre un poco hinchado, aunque al apretarlo lo notaba duro. Fue un alivio aflojársela y deslizó la falda hasta el suelo, se la quitó y la colocó junto al vestido de noche. Cuando empezó a desabrocharse la blusa, se detuvo. La habitación estaba fría y sintió escalofríos, pero fue un repentino pensamiento sobre Nikolas lo que la detuvo. ¿Qué diría si supiera lo que estaba haciendo ahora, desnudándose para otro hombre? La respiración de Delfi empezó a acelerarse con un pequeño ataque de pánico. Por mucho que intentara explicárselo, él se enfadaría y pensaría que era una tonta. Pero él está en París, se dijo, y quizá vea a Linda, y si la ve, ¿qué pasará? ¿Cómo se lo explicaría si se lo dijera? Al fin y al cabo, sólo estaba haciendo una prueba para un papel de actriz, no encontrándose con un amante. Delfi siguió desabrochándose la blusa y luego la colocó también en el borde del spa.

Se dio la vuelta para mirarse de nuevo en el espejo. El nuevo sujetador y los calzoncillos de satén crema y encaje le favorecían, tenía que admitirlo, aunque sus pechos, al igual que su vientre, habían aumentado y a veces le

dolían. Se desbordaban por encima del encaje y Delfi podía ver una vena azul en cada uno de ellos, justo debajo del blanco de su piel. El vestido de noche negro se deslizaba por su cuerpo. El escote era tan bajo que sólo le llegaba por encima del sujetador, pero la tela resaltaba el brillo de la ropa interior de satén que llevaba debajo. En el cuello, las perlas de la madre de Delfi eran un accesorio perfecto, pero cuando llevó los dedos a acariciar una cuenta, sintió una oleada de vergüenza. ¿Qué pensaría su madre? ¿Qué pensaría su querido padre? Un destello de memoria, de su padre sentado en la silla junto a la cama en casa de su hermana, con aspecto perdido y solitario, la sacudió con una pena repentina.

¿Estás listo? La voz de Basileus desde el dormitorio la devolvió al presente y se inclinó hacia la palangana, sujetándose el cabello con una mano, y bebió del grifo para eliminar la bilis que le había subido a la garganta.

Recuerda lo que estás haciendo, se dijo, estarían orgullosos de ti.

Delfi había oído hablar muchas veces de cómo los actores "se convertían" en el papel para ayudarles a superar las escenas que les sacaban "de su zona de confort". Eso es lo que estaba a punto de ocurrir. La iban a sacar de su zona de confort y tenía que "convertirse" en Katerina Matsouka. No sería tan difícil, lo había hecho durante casi toda su vida. Si funcionaba con Nikolas, podría funcionar con Eros Megalos, y ella conseguiría el papel. Su vida, y la de su marido si quería acompañarla, cambiaría. Entró en el dormitorio.

Dios mío.

Delfi seguía en la puerta del dormitorio y Basileus estaba delante de ella con la boca abierta.

Estás... impresionante".

"Gracias", dijo Delfi, y luego, al recordar que era Katerina Matsouka, añadió: "Y tú también estás muy guapa".

Era natural decirlo, y también era cierto. Eros Megalos estaba muy guapo con sus pantalones blancos ajustados y su camisa. Llevaba el cabello

ligeramente peinado hacia delante y con mechones sobre la frente. En el cuello, una sencilla cadena de oro se asentaba sobre el cuello abierto y Delfi apenas podía ver los vellos negros de su pecho. Sin embargo, no llevaba lo que ella esperaba. En su memoria, Eros Megalos llevaba un traje negro, camisa blanca y corbata, acorde con su profesión de abogado. Entonces parecía mucho más joven.

Parecía no saber qué decir y empezó a jugar con el cierre de una pulsera de oro que llevaba en una muñeca.

Entonces, ¿vamos a la puerta principal? dijo Delfi.

Levantó la vista. Hummm. ¿Y si lo hacemos aquí? Y fingir que es la puerta principal de su apartamento. No es gran cosa.

Ella lo consideró y le pareció una idea bastante práctica.

De acuerdo, sal detrás de la puerta de la habitación, llama y yo contestaré.

Claro". Basileus salió obediente y cerró la puerta tras de sí.

Delfi se acicaló el cabello y se alisó la bata mientras pensaba en el diálogo original. Katerina acababa de salir de un baño caliente y estaba un poco molesta cuando llamaron a la puerta. Delfi imaginó que había estado en el spa del baño. Aunque no llevaba una bata de seda roja, podía imaginar que sí. Cuando Basileus llamó a la puerta, adoptó lo mejor que pudo la expresión de Katerina, como si las cámaras estuvieran rodando.

Se acercó a la puerta. Sí, ¿quién es?

Bas... Soy Eros, Katerina... Eros Megalos".

Katerina se encorvó con un pequeño disgusto. Eros Megalos acababa de incorporarse a la empresa. Era joven, aunque muy guapo, según había notado, pero ella tenía poco tiempo para tutorías, consejos o cualquier otra cosa que él creyera necesitar de ella. Abrió la puerta.

Eros Megalos no llevaba ningún sobre en la mano, pero sus ojos pasaron de la cara de Katerina a su escote. A Delfi le impresionó que representara ese

momento con tanta exactitud y se puso el camisón sobre los pechos.

Así que... Eros... ¿qué puedo hacer por ti? Delfi adoptó el tono jadeante de Katerina lo mejor que pudo, y sus ojos vagaron de la parte superior de su cabeza a sus pies y de nuevo a su cara.

Como en el original, Eros no dijo nada. Katerina se hizo a un lado: "Parece que te has quedado sin palabras. ¿Por qué no entras?"

Obediente, Basileus siguió a Delfi al dormitorio.

¿Quieres una copa? Delfi se acercó a la mesilla de noche, simulando que era un bar del salón del apartamento de Katerina.

Basileus tosió.

Se dice, "gracias, Katerina, whisky y seco", dijo Delfi.

Repitió la frase.

Delfi fingió que servía dos vasos, volvió a su posición y le "entregó" uno.

Basileus parecía un poco desconcertado, pero Delfi le indicó con la cabeza que bebiera, y así lo hizo.

¿Me vas a decir por qué estás aquí o tengo que adivinarlo? ¿Qué hay en el sobre? dijo Katerina cuando hubo bebido un sorbo.

Es...

Las pruebas. Eso pondrá a George Papadopoulos entre rejas para siempre, incitó Delfi. Basileus actuaba de forma extraña, y ella continuó como si él hubiera dicho la frase.

"Las pruebas. ¿Pero cómo? ¿Quién?" Katerina se adelantó para barrer el sobre de la mano de Eros. Al hacerlo, Eros quiso pasarle el otro brazo por la cintura y atraerla hacia sí, pero Basileus se quedó inmóvil. Delfi le agarró el brazo, se lo pasó por la cintura y se acercó.

"¿Qué haces?", dijo al techo adoptando una expresión de sorpresa y no demasiado desagrado.

Basileus se quedó flácido en el abrazo y su cara cayó hacia delante, en el pecho de Delfi. Su otro brazo rodeó la espalda de ella y la atrajo con fuerza. Delfi no recordaba esto en la escena original y pensó que debía de haberse confundido, pero cuando sus manos empezaron a deslizarse la bata hacia arriba, supo que algo iba mal. Intentó apartarle las manos, pero él era fuerte y sus dedos recorrían ahora el borde de sus pantalones. Delfi le empujó el pecho y luchó por zafarse. Él la acercó aún más, sus manos, ahora bajo el vestido de noche, subían por su espalda y desabrochaban el sujetador. Pero ella era más grande que él. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, soltó un brazo e intentó darle un puñetazo en la cabeza. Basileus se rió al principio y ella volvió a darle un puñetazo, esta vez en la oreja.

"Perra", le gritó mientras retrocedía y se llevaba una mano a la oreja. Delfi entró volando en el cuarto de baño y cerró la puerta tras de sí. Se quitó el camisón, se puso la falda y se metió los brazos en la camisa.

¡Fuera! gritó Basileus desde detrás de la puerta y, cuando le oyó salir de la habitación, desbloqueó la puerta y corrió hacia el salón, casi resbalando con los zapatos en el suelo de mármol y sin atreverse a mirar detrás de ella por si él estaba allí. Cogió su bolso del sofá y sacó el abrigo del perchero de la puerta. Fuera, tiró del abrigo a su alrededor sin meter los brazos en las mangas. Un viento frío le mordió la cara, pero no lo sintió, estaba en estado de shock. Delfi tropezó con las piedras, con los ojos irritados por el viento y el rímel sangrante.

* * *

Nikolas estaba sentado en el mismo lado de la mesa que aquella noche en el Café Verlet. Al otro lado de la ventana, los geranios rojos eran tan espesos y brillantes como los recordaba, catapultándole de nuevo al momento en que Linda y él los habían visto y admirado por primera vez. "Están

infravalorados", había dicho ella, "crecen casi en cualquier sitio, sólo necesitan sol y agua, y ofrecen sus tallos para una fácil propagación". Nikolas había sentido el calor de una sonrisa interna. Le encantaba la forma en que Linda encontraba lo mejor en todo y en todos. Estaba convencido de que era la mujer para él.

Sacó el pequeño paquete envuelto en papel de seda del bolsillo de su camisa y lo colocó sobre la mesa que tenía delante. Siete años atrás, había sido una cajita de terciopelo azul forrada de satén crema. El hecho de que Linda pudiera rechazar su proposición le había puesto demasiado ansioso para sostenerlo y las manos le temblaban en el regazo. Cuando ella lo vio, su rostro tenía una expresión de perplejidad que él no supo interpretar, pero en cuanto abrió la caja, lo miró con lágrimas en los ojos y una sonrisa.

Sí", había dicho simplemente antes de que él pudiera pronunciar las palabras que había ensayado, y se sintió tan abrumado que fue Linda quien indicó al camarero que les trajera una botella de su mejor champán.

Se había sentido como el hombre más afortunado del mundo y, sin embargo, incluso entonces, pudo sentir una pequeña filtración de negrura en su sangre.

Mientras meditaba sobre el anillo envuelto en papel de seda, se preguntó dónde podría haber ido a parar su caja, y entonces, como si le hubieran abofeteado con la verdad, se dio cuenta de que Linda debía de habérselo quitado con prisas, quizá enfadada, y no como un acto premeditado como él siempre había creído. ¿Había pensado que él la perseguiría? ¿Que le rogaría que volviera?

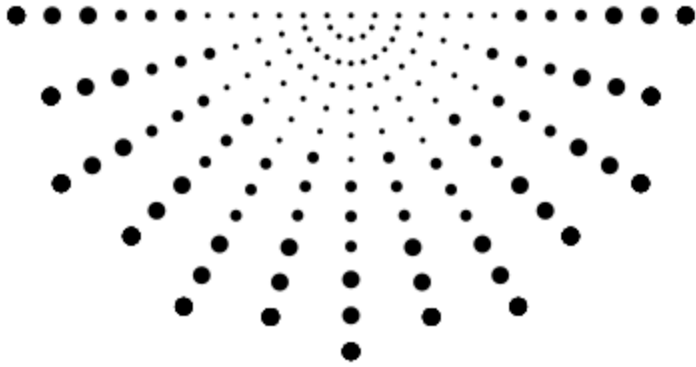
Nikolas se esforzó por recordar lo que había hecho en las horas, días y semanas posteriores a su marcha. Había estado destrozado por la pena, había intentado ponerse en contacto con ella sin éxito, pero al final se había rendido. No había luchado por ella. Eso le escandalizaba. ¿Por qué no había luchado por ella? ¿Siempre creyó que lo suyo nunca funcionaría? No por ella, sino por él. No se había creído digno de su amor, cuando encontró la nota y el anillo le había parecido algo inevitable, algo que siempre había temido. Y sin embargo... ella le había amado. ¿Cómo había podido ser tan ciego, tan tonto?

Pero algo más luchaba por su atención. Delfi. Ella también lo había amado, esperaba que aún lo amara, aunque en las últimas semanas ya no podía estar seguro. Cuando Nikolas pensó en los tres años de su matrimonio, vio la misma racha de egoísmo que había estropeado su vida. Donde Linda había sido paciente y le había dado espacio, Delfi le había dado un afecto suave. Pensó en lo mucho que Delfi se había esforzado por complacerle y hubo momentos en los que, cuando hacían el amor, él quería fundirse en su cuerpo, perderse en la profundidad de sus ojos. Se sentía seguro con ella... eso era, se dio cuenta, se sentía seguro con ella. Pero, ¿qué le había dado a cambio? La había sacado de su casa, de su padre, y... ¿a qué? Una casa que no era su hogar, una vida pelando patatas en el fregadero, por su culpa. Qué duro debió de ser para ella y sigue siéndolo. ¿Y dónde estaría ella ahora, sentada sola en el apartamento de su hermana mientras él...?

Abajo, se puso el abrigo, pidió disculpas a la desconcertada Maître D y salió a la calle.

Sentada en el hueco de la puerta de una tienda vacía, una joven de no más de la edad de Delfi le miró a él y luego a sus pies. Nikolas se detuvo, sacó de su bolsillo el anillo envuelto en papel de seda y lo depositó en la pequeña cesta que había frente a ella.

CAPÍTULO DIECISÉIS



Delfi se estremeció en la cama. Miró el dormitorio del apartamento de su cuñada como si lo viera por primera vez. Estaba igual que cuando lo había dejado, pero ella no.

Cuando volvió corriendo, tropezando y mirando por encima del hombro, cerró la puerta con pestillo y fue directa a la cama, se quitó la ropa de un tirón y se puso el pijama más cómodo que conservaba desde niña. La tela estaba desgastada y el forro polar tenía bolitas, pero le proporcionaba la comodidad de lo conocido, de su madre y su padre, de su hogar en Skosias, donde la habían querido y se había sentido segura, y donde había soñado con convertirse en una actriz famosa.

Ahora estaba sola y asustada y quería volver a casa, pero ya no sabía dónde estaba. No sabía qué hacer. Si llamaba a la policía y ellos sabían lo que había hecho, se avergonzarían de ella. Si llamaba a Paulo o a Evangelina y Josef sería avergonzada. ¿Y Nikolas? Delfi temblaba. ¿Qué clase de esposa iría a casa de otro hombre y se desnudaría? Qué tonta había sido. Pero si pudiera oír su voz...

Cogió el teléfono que tenía en el regazo y pulsó su número, sintiéndose aliviada cuando saltó el buzón de voz. El mensaje sonaba tan seguro de sí mismo que se imaginó que estaba en sus brazos y que él le acariciaba el cabello. Al oír la señal, vaciló y susurró: "Te quiero". Hubo un tiempo en que se lo decía una y otra vez, pero no últimamente, no desde la carta. Pero

ahora no le importaba Linda ni dónde pudiera estar él ahora. Todo lo que Delfi quería en aquel momento era su abrazo, su seguridad de que todo iría bien.

Dejó el teléfono a un lado y se metió bajo las sábanas. Siguiendo el ritual establecido, sus dedos se dirigieron a las perlas de su cuello. Si cerraba los ojos, Delfi podía sentir el tacto de la mano de su madre en la cara, e imaginaba que estaba tumbada en la cama de su infancia. Aunque de niña rara vez se ponía enferma, a veces fingía estarlo sólo para poder quedarse en casa sin ir al colegio y tener a su madre para ella sola. Esos días, Lucy preparaba la cama con sábanas limpias y le decía a su hija que se pusiera el pijama recién lavado. Rellenaba las almohadas y, cuando Delfi volvía a la cama, se sentaba en el borde.

Dime qué te pasa, Agapi mou".

Delfi se inventaba una historia sobre un dolor de cabeza o de estómago, y su madre la escuchaba atentamente y asentía con la cabeza.

Ya veo", decía, "entonces tienes que quedarte aquí hoy y descansar mucho".

Cuando salía de la habitación, Delfi escuchaba los sonidos de su madre por la casa: limpiando, cortando verduras para el almuerzo y la cena, llenando la cesta de la colada para llevarla a la línea de la parte de atrás. Estas cosas sencillas la reconfortaban. A la hora de comer, Lucy traía una bandeja, normalmente un plato de sopa y a veces una flor recién cortada en un vasito de agua, y justo después oía el golpe de la puerta de alambre cuando su padre volvía a casa. Delfi oía su saludo, sencillo, pero siempre con un tono de amor. Manoli acudía entonces a ver a su hija y se sentaba a su lado hasta que Lucy lo llamaba a la mesa.

Más tarde, cuando él volvía al trabajo en la escuela, su madre regresaba con su costurero y las camisas de Manoli o uno de los vestidos de Delfi y se sentaba en el extremo de la cama a hablar mientras remendaba. Cuando terminaba, volvía a recogerlos. Antes de volver a la cocina para preparar la cena, se inclinaba para besar a su hija en la cabeza. Sus ojos eran suaves y amables y las perlas que siempre llevaba se balanceaban al caer desde su garganta.

¿Tendré un hermano o una hermana, mamá? preguntaba Delfi mientras ponía la mano sobre el vientre de su madre.

Sólo Dios lo sabe, mi pequeña. Será una sorpresa maravillosa para todos".

Ahora, tumbada bajo las sábanas, se esforzaba por oír las palabras de su madre. Descansa ahora, mi preciosa niña.

"Mamá... mamá", gritó Delfi hacia el techo, y el sonido de su voz rebotó por el suelo pulido y la habitación de superficie dura que no era la suya.

* * *

Sus manos se aferraron a las piedras para izarse hacia la playa, pero cedieron y el peso de sus pantalones lo arrastró de nuevo hacia las olas. Al tercer intento, Josef recurrió a sus últimas reservas de fuerza para encajar una, luego la siguiente y la siguiente en la matriz de guijarros aplastados y tiró de sí mismo hacia delante hasta que por fin estuvo fuera de la corriente. Agotado y aliviado, se habría quedado allí, pero sabía que el mar le reclamaría de nuevo.

Las piedras le desgarraban la carne de los brazos y las piernas cuando intentaba arrodillarse, luego tropezaba y volvía a intentarlo. El cielo se había despejado y una luna creciente iluminaba las ramas arrancadas de un enebro que tenía a su alcance. Agarró la más cercana, pero se rompió bajo su peso cuando intentó ponerse en pie, haciéndole caer de rodillas. Josef agarró una más grande, pero una ráfaga de viento lo derribó, así que rodó más cerca, agarró su extremo y lo arrastró hacia él. Esta vez la rama era más fuerte y, por etapas, se puso en pie. La corriente le había arrancado los zapatos, pero los calcetines, aunque mojados y con rozaduras, le protegían de las piedras afiladas recién caídas del acantilado.

Con pasos dolorosos y apoyándose en la rama, Josef se dirigió a la alcoba de la parte trasera de la playa donde, en su juventud, él y sus amigos del

colegio habían cocinado calamares pescados en la orilla. Aquí había más tierra y estaba llena de detritus de las mareas altas y de las hojas y ramitas caídas de los enebros de arriba. Empezó a moverlo con un pie y la ayuda de la rama para formar un gran montón. Cuando estuvo satisfecho, se sentó con un pequeño ruido sordo en el suelo y empezó a echarse brazadas sobre el cuerpo. Era rasposo y olía a moho, pero le protegía de las fuertes ráfagas de viento sobre su ropa mojada. Josef se arrastró para deslizarse bajo la inverosímil manta y acurrucó el cuerpo para conservar algo de calor. El dolor en el pecho y los brazos había remitido, pero los sentía magullados. En pocos minutos se quedó dormido.

* * *

Cariño, ¿qué te pasa?

Al otro lado del teléfono lloraba tanto que sus palabras no se formaban con claridad. Cuando encendió el teléfono, había tres mensajes: Delfi, su madre y otro que no reconoció. Ya hablaría de ellos más tarde.

Delfi, ¿no te encuentras bien? Era una posibilidad, dado el aspecto de su mujer últimamente. Tal vez necesites ver a un médico.

El sollozo se detuvo. "No... Nik... es... es sólo que te echo de menos."

Estaba sorprendido y conmovido, y era exactamente lo que necesitaba oír. Yo también te echo de menos e intentaré volver a casa en cuanto pueda, quizá mañana si Elektra está bien.

Qué bien. Me alegro.

Parece cansada, pensó Nikolas. Mi amor, te llamaré de nuevo por la mañana. ¿Estarás bien?

Sí...sí...estaré bien. Hablamos mañana.

¿Delfi?

¿Sí?

Te quiero.

Ella no contestó inmediatamente, y él pudo oírla llorar suavemente.

Yo también te quiero, Nik.

Buenas noches, cariño.

Buenas noches.

Nikolas se sentó en el borde de la cama meditando sobre el teléfono que tenía en la mano. La echaba mucho de menos y deseaba estar en casa con ella.

Cuando escuchó el mensaje de su madre se quedó de piedra. Eran las siete y media y el mensaje había sido enviado una hora antes. Maldijo haber apagado el teléfono. Antes de llamar a Evangelina, escuchó el segundo mensaje. Era Dimitri y sus palabras le hicieron sentir un frío pavor. Han encontrado el barco, pero tu padre ha desaparecido.

¿Mamá?

Nikolas.

Una vez más, fue recibido con lágrimas, pero fue el sonido de la voz de su madre que era casi demasiado para soportar.

Tu padre...

Lo sé, mamá. Dimitri ha llamado. ¿Sabes algo más? Nikolas se preparó para recibir noticias aún peores.

"Ha... perdido... el barco..."

Mamá... Mamá...

Lo encontraron. Vacío. La voz de Evangelina era un susurro, drenada de energía.

Su padre había salido a pescar con mal tiempo, dedujo de su madre, pero aquello le parecía incomprensible. Josef era un pescador experto, pero incluso él sabía que no era rival para los torbellinos que azotaban la isla en esta época del año.

¿Quién está contigo, mamá?

"Ángela, Sophie... su hija... el padre Apostopoulos..." Siguió enumerando nombres y Nikolas supo que muchos de ellos le devolverían el apoyo que su madre les había dado durante años.

"Vuelvo a casa". Al decirlo, recordó que ella no sabía que estaba en París, ni lo de Elektra.

¿Dónde estás? El tono de su voz contenía un elemento de sorpresa.

Dudó. No era un buen momento, pero justo cuando estaba a punto de inventarse una historia, ella habló.

¿Qué le ha pasado a tu hermana?

Había algo en su voz como una advertencia de que no quería mentiras. Él se lo dijo.

Eugenia está con ella. Está bien -dijo él, agradecido de que al menos pudiera asegurarle que Elektra estaba en buenas manos y de buen humor, aunque esta noticia cambiaría las cosas considerablemente.

Hubo un silencio y luego: "Encuétralo, Nik, encuentra a tu padre".

No perdió tiempo en reservar vuelos a casa, dejando tiempo suficiente para ver a Elektra de antemano. No quería imaginar cómo se tomaría ella la noticia. Ella había estado más unida a su padre que él. Josef había templado las aguas turbulentas entre ella y Evangelina y Nikolas veía cómo volvía a ser una niña pequeña cuando estaba cerca de él. Su padre no había sido su

confidente, pero le había proporcionado consuelo. Nikolas no quería ser el portador de esta noticia.

Cuando llamó a Delfi para contarle lo de Josef, se dio cuenta de que la había despertado. Ella estaba conmocionada y la noticia pareció anular cualquier otra preocupación que tuviera.

Debería ir... con tu madre", dijo ella, que parecía olvidar la dificultad de llegar al otro extremo de la isla de noche y sin carné de conducir.

"Iremos juntos cuando llegue a casa. Duerme por ahora, no hay nada más que puedas hacer. Hay gente con ella, pero... gracias, cariño".

* * *

En cuanto vio sus caras, Elektra supo que algo iba mal. Eugenia se había encontrado con Nikolas en el pasillo después de que éste le enviara un mensaje desde el piso de abajo y eso la había alertado.

"¿Qué pasa?", le dijo cuando estaban en la puerta.

Eugenia le indicó a Nikolas que se sentara en la silla junto a la cama. Él vaciló y luego se sentó en el borde, inclinando el cuerpo hacia ella. Fuera lo que fuese lo que tuviera que decirle, no iba a ser nada bueno.

"Nik. ¿Qué pasa?", volvió a decir, tratando de infundir en su voz la seguridad de que podía manejarlo.

"Es Baba", dijo él.

Elektra no se sorprendió. Se preguntó por qué no se sorprendía.

Ha desaparecido...

Una pequeña esperanza se abrió paso. Eso no es raro en él...

Pero Nikolas continuó: "El barco ha sido encontrado... a la deriva en una sección de la caldera. El tiempo..."

Él conoce el mar, Nik. Sabes que lo conoce. Elektra podía sentir el peso aplastante de los pensamientos oscuros acercándose, pero trató de aferrarse a la esperanza. Cerró los ojos y se oyó a sí misma preguntándole a su padre: "Cuéntame la historia de cuando buceabas en busca de oktapóthi y te quedaste atrapado en la red". Ella abrió los ojos.

Eugenia se colocó al otro lado de la cama y se sentó a su lado. Tenía el ceño fruncido y la mandíbula tensa, como si quisiera decir algo para ayudar, pero supiera que las palabras serían insuficientes.

Elektra sintió que le ofrecía la mano y la cogió. Todavía lo están buscando, ¿verdad?

Nikolas asintió. Los guardacostas, los hombres de la ciudad. Tengo que irme, Lek. ¿Podrías...?

"Tienes que ir", dijo ella, y al mismo tiempo le asaltó un nuevo y doloroso pensamiento. ¿Y mamá? Pero no necesitaba que su hermano respondiera. Tengo que irme a casa", le dijo a Eugenia, soltándole la mano y empujándose para incorporarse con un movimiento brusco que la mareó.

Eugenia empezó a sacudir lentamente la cabeza, pero se detuvo como si recapacitara. "Debemos ir a casa con tu madre. Pero... mañana".

Elektra le apretó la mano y se volvió hacia su hermano. Encuéntralo, Nik, encuentra a nuestro Baba.

* * *

En el dormitorio donde había cogido el teléfono para tener intimidad, Evangelina seguía sentada en la cama individual intentando digerir las

últimas noticias sobre su hija. Cuando Ángela, su vecina de al lado, asomó la cabeza por la puerta, con una mirada de preocupación incrustada entre las cejas en una profunda línea, Evangelina la reconoció con un movimiento de cabeza, pero le indicó con la mano que necesitaba más tiempo en silencio. Ángela cerró la puerta suavemente, bajando el volumen de la cada vez más numerosa reunión en la cocina.

Las mujeres del pueblo y de la iglesia ya estaban preparando la comida para lo que podría ser una larga noche, y los hombres demasiado mayores para arriesgarse a cruzar la caldera en sus barcas o para desafiar el viento feroz en los acantilados y las playas habían encendido la parrilla y se mantenían calientes. Podrían haber entrado, pero nunca se sentían cómodos en compañía de tantas mujeres, aunque fueran esposas y hermanas y sobrinas y amigas, y era como si al encender la parrilla de Josef lo estuvieran vigilando, manteniéndolo allí con ellos en el patio trasero donde florecían sus hortalizas. Cada uno de los hombres lo conocía, algunos bien, otros no tanto, porque Josef siempre había sido un hombre muy reservado. Pero tres de los que les calentaban la mano habían ido a la escuela con él -Georgio, Eros y Costa- y compartieron recuerdos de su juventud y de sus aventuras y desventuras fuera del recinto escolar. Todos coincidieron en que Josef era un buen hombre.

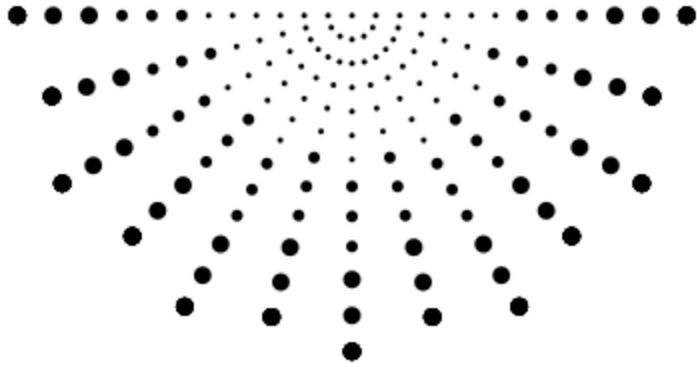
En el dormitorio de su hija, Evangelina acarició el cubrecama de terciopelo rojo. Elektra la había elegido cuando tenía catorce años. Durante semanas, madre e hija habían estado peleadas hasta que Evangelina, agotada y desesperada por encontrar algo que las reconectara, sugirió que volaran a Atenas para visitar a Nikolas e ir de compras. Era esta época del año, pensó mientras su mano acariciaba su siesta. Aunque el vuelo a Atenas no fue largo, el viaje había sido insoportable simplemente por el hecho de que ni madre ni hija sabían de qué hablar sin el amortiguador de Josef. Una vez en la ciudad, Nikolas tomó el relevo de su padre y la semana transcurrió en relativa paz. Elektra adoraba a su hermano y, mientras él estaba de vacaciones semestrales, pudo entretenerla. Un día, cuando Nikolas tuvo que atender otro asunto y quedaron los dos solos, Evangelina propuso que fueran de compras, no de ropa había dicho ante la mirada recelosa de su hija, sino de muebles para su dormitorio. Juntas habían explorado grandes almacenes y tiendas más pequeñas. Evangelina se mordía la lengua ante los

gustos poco convencionales y extravagantes de Elektra, pero estaba decidida a arreglar su relación, a complacer a su hija que se había vuelto melancólica y malhumorada, y la compra de la funda de cama de terciopelo rojo había contribuido en cierta medida a ese fin. Evangelina recordaba cómo el rostro de Elektra se había enrojecido de placer e incluso había sugerido que lo celebraran con un almuerzo en una taberna local. Resistente como era a comer comida ajena, Evangelina había accedido, y ahora en retrospectiva, aquel almuerzo fue el mejor y más agradable rato que había pasado con su hija.

Se sentó en la cama y pensó en Elektra en un hospital de una ciudad extranjera. Evangelina se preguntó por qué aquel era el único recuerdo que tenía de un esfuerzo por cerrar la brecha que las separaba. ¿Por qué no había hecho más? ¿Qué clase de madre permitiría que el bienestar de su propia hija quedara tan descontrolado? Pero Evangelina tenía miedo de la oscuridad que envolvía a su hija y, en menor medida, a su marido y a su hijo. No lo entendía y no sabía qué hacer. Era la primera en dar consejos a las personas que ahora habitaban su cocina y su jardín, y en la mayoría de los casos, esos consejos eran acertados, pero cuando se trataba de su propia familia...

Los había descuidado.

CAPÍTULO DIECISIETE



¿Toula?

Hola Nikolas.

Estaba desconcertado. La prima de Delfi era la última persona de la que esperaba tener noticias y ahora mismo, mientras esperaba para embarcar, la última persona con la que le apetecía hablar. Toula estaba celosa de Delfi, aunque su mujer no podía verlo. Nikolas había visto cómo Toula observaba a su prima en su boda, y había sentido sus ojos observando cada uno de sus movimientos. No se fiaba de ella.

"¿Está todo bien, Toula?", le dijo cuando ella vaciló al otro lado de la línea.

No lo sé. ¿Has hablado con Delfi?

Sí.

Oh... vale... bueno, me preguntaba cómo le había ido la audición.

¿Qué audición? ¿Qué audición?

Oh, así que no lo sabes. Lo siento, debería haber...

¿Qué audición?

"Con Basileus Katsaros."

Toula, no sé de qué estás hablando. Debes haber cometido un error. No conozco a nadie con ese nombre y Delfi tampoco.

Uy. Creo que no debería haber dicho...

¡Toula! Dime lo que sabes.

Mientras Nikolas escuchaba, al principio con desconfianza sobre el estado de ánimo de Toula y sus motivos, recordó las lágrimas de Delfi al otro lado del teléfono. Apretó con fuerza el móvil.

¿Qué había hecho su mujer?

* * *

"¡Baba!"

Josef sonrió mientras su hija forcejeaba con la cuerda al intentar echar el ancla. Es demasiado difícil para ti, Agapi mou.

"No, Baba. Sé lo que hago. Y soy fuerte".

Josef tuvo que darle la razón. Con sólo diez años, Elektra pesaba un poco más que la mayoría de las niñas de su edad, pero sus hombros y su espalda eran fuertes. Él había intentado disuadirla de ese trabajo físico; no es bueno para ella, le había dicho Evangelina, pero su hija también tenía un carácter fuerte y, tenía que reconocerlo, amaba el mar casi tanto como él.

En la orilla, tendieron la vieja manta a cuadros, rígida en algunas partes por el agua salada seca e incrustada de algas disecadas que se habían enredado en sus flecos. Josef colocó la cesta delante de ellos y dejó que Elektra buscara entre las salsas, el pan y las aceitunas que su madre les había

preparado. Una vez colocados sobre la alfombra, padre e hija saborearon el festín y luego se tumbaron a disfrutar del calor del sol.

Cuéntame la historia de cuando estabas buceando en busca de oktapóthi y te quedaste atrapado en la red", le dijo su hija, y Josef contó la historia tal y como se le había ordenado, a pesar de que ella la había oído quizá cientos de veces. Pero cada vez se reía, una carcajada estruendosa que hacía sonreír a Josef, y aunque se alegraba de poder pasar este precioso tiempo con ella, le entristecía que su hijo no quisiera venir; no amaba el mar como lo habían hecho Josef y su padre y su padre antes que él.

"¡Baba! ¡Baba!"

Josef se agitó. La manta de detritus empezaba a pesarle en el pecho y, con suaves movimientos, se giró sobre un costado y volvió a dormirse.

"¡Eh, idiota! Deja de mirar al mar. ¿Estás esperando a las sirenas?"

Se volvió hacia sus tres amigos, que estaban encendiendo una hoguera en la parte trasera de la playa. El que le había llamado -Georgio- estaba más cerca, Josef corrió y tiró de él hacia las piedras. Forcejearon hasta que Josef le hizo una llave en la cabeza.

"Pide perdón", gritó Josef. gritó Josef, simulando que le apretaba más.

"Lo siento. Gritó Georgio. Siento que seas tan idiota".

Los dos chicos se rieron tanto que se desplomaron sobre las piedras para recuperar el aliento.

Cuando oscureció, contemplaron en silencio cómo las luces de las casas y las farolas empezaban a transformar el borde de la caldera en una simple réplica del cielo estrellado. Se turnaban para avivar el fuego y alimentarlo con ramitas de enebro, y siempre era Josef quien cocinaba los calamares mientras Eros abría los músculos con la navaja que su padre había traído de Sicilia. Costa ponía el vino.

Después de comer y beber hasta hartarse, los cuatro muchachos lavaron los platos y las tazas de metal en el mar, y cuando Costa tuvo las manos limpias y secas, sacó de su mochila el bouzouki envuelto en una fina manta. Josef se colocó en posición. Con los brazos extendidos a la altura de los hombros, esperó. En cuanto Costa tocó la primera nota, dio un paso adelante con el pie izquierdo, luego con el derecho, retrocedió el derecho y le siguió el izquierdo. Eros y Georgio empezaron a aplaudir lentamente, siguiendo el ritmo de Costa. Josef cerró los ojos, tomando conciencia de la sensación de su cuerpo mientras cruzaba un pie sobre el otro e inclinaba el cuerpo hacia la izquierda, la cabeza hacia la derecha, los brazos flotando arriba y abajo como pequeñas olas en el mar. Costa aceleró el paso y Eros y Georgio le siguieron. Todavía con los ojos cerrados y la gorra sobre la frente, Josef dio una vuelta en semicírculo y luego saltó dos veces hacia delante y hacia atrás con el pie izquierdo, dos veces con el derecho y levantó más los brazos. Una vez más, Costa aceleró el ritmo y Eros y Georgio lo igualaron. El cuerpo de Josef se movía solo al compás. No había pensamientos, sólo el sonido del bouzouki, las palmas, el crepitar del fuego y las pequeñas olas rompiendo en los guijarros de la orilla.

¡Kikeru! Deja de soñar con sirenas y ayúdanos a recoger las redes". La voz de Rusa irrumpió en su ensoñación.

Josef se volvió para ver cómo su padre y su abuelo tiraban de las cuerdas por encima de la borda con la fuerza de unos jóvenes. Estaban bien sin él, y aprovechó el momento para observarlos, pensando en lo afortunado que era de estar en su compañía y en lo mucho que deseaba hacer esto mismo con su propio hijo y su nieto algún día en el futuro, cuando conociera a su sirena.

Josef

Se volvió para mirarla. Aquel rizo negro que le caía por la frente y aquellas curvas... ayayay aquellas curvas. Tenía los ojos más brillantes que de costumbre y la cara sonrojada. De fondo se oía el trino de sus queridos canarios.

¿Qué pasa Agapi mou?

Josef. Vamos a tener un hijo. Y allí estaba, aquella risa de la que se había enamorado, y en algún lugar profundo de su corazón, sabía que nunca más sería sólo para él.

"¡Baba!"

Nik, tú no mantienes la línea así. Déjame enseñarte.

"No quiero saber cómo sujetar el sedal. Odio pescar."

"Dámelo, Nik, Baba. Sé lo que hay que hacer", dijo Elektra desde detrás de ellos.

Pues cógelo. dijo Nik a su hermana por encima del hombro.

Josef observó los pasos exagerados de las delgadas piernas de su hijo mientras cruzaba la playa hacia la taberna. Recogió el cubo de cebo y los sedales con resignación y estaba a punto de marcharse cuando se acordó de su hija.

"Lánzalo así", le dijo.

Ven, pequeña. Tenemos que volver a casa.

El viento había amainado, y fue el silencio lo que despertó a Josef y el recuerdo de la cara de su hija cuando le quitó la caña de pescar de la mano. Ella no dijo nada, pero le siguió de vuelta, en silencio recordó, a casa de Hestia.

Fue la última vez que la recordó pescando.



* * *

Delfi subió el cubrecama para que descansara justo debajo de su nariz. Fragmentos de pensamientos giraban en su mente como si estuvieran en la

batidora de la cocina: El barco vacío de Josef, Evangelina sin familia, Elektra en una cama de hospital, su marido de camino a casa y Basileus Katsaros acariciando su cuerpo casi desnudo. Sus nervios empezaron a temblar bajo su peso.

Necesitaba hablar con alguien.

Hola.

Toula, soy yo.

Cuando su prima no respondió inmediatamente, Delfi se preguntó qué pasaba.

¿Te he despertado?

No.

Se preguntó por qué Toula era tan reservada. Normalmente, era difícil conseguir que se callara dos segundos.

¿Qué pasa, Toula?

Hubo una pausa antes de que respondiera. ¿Has visto a Basileus Katsaros?

Delfi tragó la bilis que le había subido a la garganta. Sí.

¿Qué ha pasado?

Delfi se lo contó, desde el principio. Cuando llegó a la parte de ponerse el camisón, se detuvo. Ahora lo tenía tan claro que ni siquiera ella creía haber malinterpretado sus intenciones. Nadie más lo creería tampoco. Tal vez si su primo se daba cuenta de que no era esa su intención, Nikolas también lo entendería. Se lo dijo.

Cuando terminó, la voz de Toula era una mezcla de humor y algo más: desprecio. ¿Te has quedado en ropa interior? Delfi, ¿qué crees que va a pensar Nikolas de eso?

A Delfi se le aceleraron los latidos del corazón y el sudor se le formó por encima del labio y detrás de la nuca. Se incorporó en la cama. No se lo voy a decir. No puedo.

Tienes que hacerlo, Delfi.

Pero no le he dicho que iba a ir allí.

Toula se quedó callada un momento y luego dijo: "Ya lo sabe".

El cuerpo de Delfi tembló tan fuerte que sus dientes empezaron a chocar. ¿Por qué, Toula? ¿Por qué le llamaste? Sabías que iba a ser un secreto hasta que me dieran el papel".

"No seas tonta. A Basileus Katsaros no le interesaban tus dotes interpretativas. No eres tan buena, lo sabes".

Delfi se sintió como si la hubieran abofeteado.

Tienes un marido -continuó su prima, con voz lenta y mesurada-, él tenía que saberlo".

De repente lo vio claro. ¿Por qué no lo había visto antes? Nikolas le había dicho que Toula la envidiaba, pero ella no quería creerlo. Dejó caer el teléfono sobre el regazo y apoyó la cabeza en el cabecero de la cama. En medio de su conmoción y su miedo, empezó a sentir lástima por su prima, sola en su dormitorio de una pequeña isla donde sus sueños ya se habían convertido en polvo.

* * *

En los aviones y ahora en el taxi desde el aeropuerto, Nikolas intentó ordenar un lodazal de pensamientos e imágenes: su padre flotando en el mar, su madre en su angustia, su hermana luchando por ser valiente. Pero cuando se trataba de su mujer, no podía formarse una imagen de cómo

podría ser. Había pensado que sus lágrimas por teléfono eran de amor, pero ahora se preguntaba si era culpa, o algo peor. Si las palabras de Toula eran ciertas, los posibles escenarios entre Delfi y este actor hacían que su mente se desbocara. El corazón le palpitó en la garganta y se sentó hacia delante como si impulsara el coche.

Nikolas giró la cabeza para mirar por la ventanilla las calles oscuras y vacías a modo de distracción, pero captó su reflejo en el cristal. Tenía el ceño fruncido y la mandíbula tensa y, en ese momento, se dio cuenta de que se había convertido en alguien que no quería ser.

* * *

Delfi oyó que el taxi se detenía delante de la vivienda. Se había cambiado el pijama por unos vaqueros y un grueso jersey de lana, segura de que Nikolas quería ir inmediatamente a ver a su madre. Pronto decidiría si le acompañaría o no. Cuando se cerró la puerta del coche, pasó del dormitorio al salón, pero se encontró dando vueltas hasta la cocina y de vuelta. Cuando la llave sonó en la cerradura, se quedó inmóvil.

Nikolas la miró mientras se quitaba el abrigo y lo colgaba en el perchero de la puerta. Haciendo caso omiso de la señal de Elektra y Eugénie pidiendo que se quitaran los zapatos, entró en el salón y dejó el bolso en un sillón. No dijo nada. Ella no podía leerle la cara y no estaba segura de si debía avanzar para saludarle con un abrazo. Delfi se quedó donde estaba.

"Hola", le dijo, insegura de cómo abordar la noticia de Josef.

Él se quedó quieto, mirándola, con una expresión que ella no supo leer. ¿Estás bien?", dijo al fin.

Quiso correr hacia él, estrecharse entre sus brazos, y sintió físicamente la pena de no poder hacerlo nunca más.

¿Delfi?

"Sí", dijo ella, luchando por saber qué decir. Respiró profundo. Nik, sé que es el peor momento, pero tengo que decirte algo".

Creyó verle soltar un largo suspiro. Él se acercó, la expresión de su rostro se suavizó un poco y la abrazó.

"Dime, Agapi mou".

Cuando sus lágrimas se calmaron, la guió hasta el sofá y se sentó a su lado cogiéndole la mano. Empezó con la nota que le habían dado en casa de Safo y la oferta de una audición, de ir a casa de Basileus Katsaros. Hizo una pausa, esperando que él dijera algo, que la condujera a la siguiente parte que no se atrevía a contarle; él no habló, pero sus ojos recorrieron su rostro. Tenía que hacerlo. No podía mirarle mientras le contaba lo del champán, lo de ponerse el camisón, pero notaba su cuerpo tenso a su lado. Le soltó la mano.

¿Qué pasó entonces, Delfi? Podía oír el esfuerzo de su voz por mantenerse firme.

Cuando le contó lo del abrazo, cuando empezó a sentir pánico de que las cosas fueran demasiado lejos, levantó la mirada. Sus ojos eran oscuros, fieros.

¿Hasta dónde ha llegado?

Delfi le cogió la mano. "No pasó nada, Nik, te lo prometo. Me soltó y me fui corriendo a casa". Qué irresponsable le parecía todo aquello, qué tonto. No podía culparle si estaba enfadado, si había decidido que su matrimonio se había acabado, y lo estaba esperando cuando él la atrajo hacia sí, le besó el cabello y la abrazó con fuerza.

"¿Dónde vive?", dijo por fin al separarse.

Cuando Delfi se lo dijo, soltó una carcajada amarga. "Es un canguro. Sé quién vive allí: Vasili y Spiri. Vienen a casa de Safo con regularidad".

Nikolas se levantó y recogió las llaves del coche del banco de la cocina.

¡Nik! ¿Qué vas a hacer?

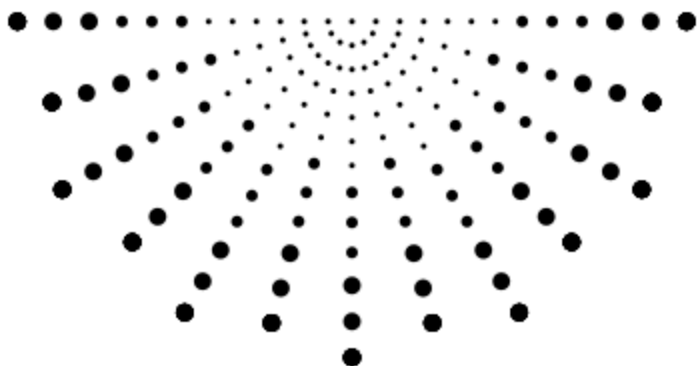
"Me ocuparé de él más tarde. Ahora tengo que buscar a mi padre".

"¿Puedo... ir contigo?"

Inclinó la cabeza y dijo con una sonrisa forzada pero amable. Eres mi mujer, Delfi. Te quiero conmigo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO DIECIOCHO



Mientras conducían por las ciudades y los tramos de carretera intermedios, Nikolas hablaba muy poco, sólo para ponerla al corriente de los progresos de Elektra y de cómo se había tomado la noticia. No habló de su padre, y Delfi intuyó que necesitaba espacio mental para digerirlo. No podía estar segura de si estaba pensando en lo que ella le había contado, pero los silencios no eran incómodos ni tensos, sino que tenían el confort de dos personas que empiezan a conocerse. Se preguntó si él había visto a Linda en París, pero el pensamiento fue fugaz y, en algún lugar de su corazón, sintió que sabía la respuesta.

A medida que se acercaban a la casa, podían ver el humo que salía de la parrilla de Josef en el patio trasero. Las luces parecían estar encendidas en todas las habitaciones, dibujando la silueta de las mujeres mientras se movían por el interior.

Cuando hubo aparcado el coche, se volvió hacia ella. "No sé qué nos deparará el futuro inmediato, pero pase lo que pase, te prometo cambios", le dijo, y ella sintió un cambio en su cuerpo, como si se preparara para lo que estaba por venir.

Mientras Delfi se preguntaba cuáles serían esos cambios, sintió una extraña sensación como de alas de mariposa en el abdomen.

* * *

Por muy bien que la cuidaran amigos y vecinos, no eran su familia, y a Evangelina le pareció que la llegada de su hijo inauguraba una nueva esperanza. Cuando él extendió los brazos, ella se estrechó en su abrazo y en el fondo de su corazón se agitó la pena de no haber sido abrazada así por Josef en muchos años, y de que tal vez no volviera a serlo nunca más. Cuando apoyó la cabeza en su hombro, sus ojos se dirigieron al rostro de Delfi y a su abdomen. En aquel momento, Evangelina se dio cuenta de cuánto había echado de menos a su nuera.

Mamá, ¿hay más noticias?

"No", respondió ella, echándose hacia atrás para mirarle.

A lo largo de los años le había preocupado que padre e hijo no estuvieran unidos. Josef le había confesado su decepción porque Nikolas no amaba el mar ni se preocupaba por su herencia, y Nikolas se había resistido callada y obstinadamente a las expectativas de su padre. Se había formado una cuña benigna entre ellos, a diferencia de la agresiva malignidad entre ella y su hija. Pero ahora, con su angustia tan claramente evidente en los ojos de su hijo, Evangelina sintió que se le asentaba el corazón.

La gente del pueblo se agolpaba. Los hombres habían llegado del patio y daban palmaditas en la espalda a Nikolas a modo de consuelo y apoyo. El padre Apostopoulos le abrazaba. Las mujeres rodeaban a Delfi y la abrazaban hasta que la anciana Sophie se abrió paso entre ellas y la guió hasta un asiento en la mesa. También Evangelina fue conducida a una silla junto a ella. Platos de pan y queso y vasos de agua fueron refrescados y colocados frente a ellas. El ruido de la habitación habría sido abrumador, pero Evangelina agradeció que la distrajeran de sus pensamientos. No había sido fácil para ella ser la destinataria de su amabilidad, pero en el transcurso de la velada había llegado a comprender que ella también necesitaba su

amor y su apoyo y, lo que era aún más importante, que necesitaban dárselos.

* * *

El barco había sido remolcado y amarrado cerca de la orilla, en una pequeña bahía de la caldera. Cuando Nikolas lo vio desde el coche, soltó un grito. Se alegró de haber venido solo a pesar de que Georgio había insistido en acompañarle.

El crujido de los guijarros bajo sus pies era sonoro. El viento había agotado su energía y el mar estaba en calma y Nikolas podía ver las luces de una docena o más de barcos que navegaban en busca de su padre.

Se quitó los zapatos de una patada y, sin perder tiempo en arremangarse los pantalones, vadeó hasta la barca. Cuando llegó a la proa, pasó la mano por la madera desconchada, como había visto hacer a su padre cuando estaba en dique seco. Se desplazó a lo largo de la borda, levantó la mano y dejó caer la linterna por la borda; luego, agarrándose al punto más bajo, se levantó y se arrastró hacia el interior, aterrizando con un doloroso golpe en la esquina de una caja que flotaba en el agua hasta los tobillos. Algo que flotaba le rozó la mano y sintió un pequeño apretón en el estómago cuando vio que era la petaca de café de su padre.

A la luz de la linterna encontró el asa circular de metal incrustada en la trampilla del centro del bote. Apoyando el peso en los pies, tiró hasta que la trampilla se abrió entre crujidos. Nikolas se arrodilló y rebuscó entre cuerdas y redes hasta encontrar la caja estanca que contenía antorchas, bengalas y varias cajas de cerillas. Pudo ver que el motor estaba rodeado de agua y contuvo la respiración mientras giraba la llave. Hizo un chasquido y se detuvo. Esperó, contó hasta diez y volvió a intentarlo. Esta vez chisporroteó, amenazando con apagarse de nuevo, pero de repente tosió y emitió un ronroneo errático.

El armario del camarote estaba entreabierto y Nikolas esperaba no encontrar el chaleco salvavidas que su padre se había negado a ponerse, pero seguía allí, encajado en un rincón. También se dio cuenta de que el motor de repuesto no estaba con él.

Una vez bombeada el agua, no perdió tiempo en salir de la bahía y adentrarse en las aguas más abiertas de la caldera, manteniéndose lo más cerca posible de la costa. Había muchas ensenadas y playas, aunque algunas eran inaccesibles en barco debido a los arrecifes de basalto erosionado que se ocultaban bajo la superficie, y agradeció las luces solares que su padre había instalado y que ahora proporcionaban más visibilidad de la zona inmediata.

La noche se estaba volviendo ferozmente fría y el dolor que sentía en las piernas bajo los pantalones mojados era intenso. Temía que, aunque su padre hubiera sobrevivido de algún modo al mar, pudiera morir congelado, y la urgencia por encontrarlo hizo que Nikolas llevara la embarcación al límite.

Aquí, en el barco que había sido una presencia constante en su infancia, la realidad de la desaparición de su padre empezó a calar profundo en sus vísceras. Nikolas podía imaginarse a Josef de pie en ese mismo lugar, con su gorra azul justo por encima de sus espesas cejas, llamando por encima del hombro a su hijo para que preparara los cabos. Aún podía sentir su propia reticencia, su resentimiento por tener que acompañar a su padre. Para el joven no había nada de agradable en esos viajes, porque se sentía como si se hiciera pasar por el hijo que Josef quería.

A los catorce años se negó a ir y su padre cedió. En lugar de eso, Nikolas pasaba el tiempo estudiando en casa, o durante las vacaciones escolares, cuando la temporada turística estaba en su apogeo, ayudando a su madre en Hestias de madrugada mientras Josef estaba en el mar. Esos días limpiaba la cubertería, a veces con Elektra si ésta no había montado en cólera y exigido a su padre que la llevara en el barco. Otros días se quedaba en el almacén. Eran sus momentos preferidos, a solas con sus propios pensamientos.

Fue en el almacén donde descubrió el friso. Había estado barriendo cerca de una pequeña hendidura en el muro de la parte trasera, que había sido

excavado profundamente en el acantilado incluso antes de la época del abuelo de Rusa. En el suelo había una fina capa de polvo de basalto. Cuando Nikolas lo barrió, cayó más polvo de la pared. Se detuvo y buscó su origen, acariciando con la mano la roca nudosa y comprobando si había residuos en la palma. En una pequeña parte, su vista se vio atrapada por colores rojos y blancos descoloridos. Escupiendo en la mano, frotó sobre ellos y vio que se concentraban en finas líneas. Repitió el proceso, siguiendo su dirección, hasta que reveló el contorno de una forma familiar.

No se lo dijo a nadie. Incluso a los catorce años Nikolas sabía cuáles serían las ramificaciones. Ya habían comenzado las excavaciones encima de ellos. El yacimiento minoico traería turistas que serían buenos para el comercio, pero de alguna manera esa exposición de una historia que estaba profundamente incrustada en su propio ADN parecía despojarla de su dignidad, de su preciosidad. Estos eran los pensamientos de Nikolas, el niño, cuyo padre creía que no respetaba su herencia, y por eso escondió las pruebas en una caja en el fondo del armario de su dormitorio; aún estaban allí, pues su madre había conservado las habitaciones de sus hijos tal y como las habían dejado por última vez. Ahora, cómo deseaba poder volver a aquella época. ¿Cuánto le habría costado contárselo a su padre, hacerle feliz?

Mientras dirigía el timón con los ojos atentos a cualquier señal de movimiento en el mar y la tierra, retiró una mano del timón y buscó en el bolsillo profundo de su pantalón para sacar un trozo de piedra plana, del tamaño de una moneda grande. La levantó a la altura del pecho y, a la luz de la cabina, observó brevemente las marcas de su superficie, el tenue rojo y blanco de un pez pintado y dos líneas diagonales profundamente grabadas, y luego la colocó en una ranura del salpicadero, frente a él.

* * *

"Mamá".

Al principio Evangelina no reconoció el rostro demacrado con profundas sombras bajo los ojos que le habían robado la chispa. Sólo cuando vio a la mujer que estaba a su lado, algo en su interior se sobresaltó. Antes de que tuviera tiempo de levantarse de la mesa, Elektra se había agachado y la rodeaba con los brazos.

"Mama mou".

Evangelina sintió el impacto del abrazo. El cubrecama de terciopelo rojo pasó por su mente y se dio cuenta, mientras apoyaba la cabeza en el pecho de su hija, de que había esperado aquel momento durante veinte años.

* * *

Josef esperaba en la orilla. Rusa y Duripi habían estado pescando desde por la mañana y durante todo el día el niño había estado impaciente por salir de los confines de la escuela.

"¿Han vuelto?", había llamado a su madre cuando irrumpió por la puerta de casa de Hestia. Helena se había reído al ver la cara sonrojada de su hijo.

No tardarán en llegar. Toma, coge un poco de pan y ve a esperarlos", le dijo, echándolo del suelo recién lavado.

Una brisa fresca le acariciaba el cuerpo a través de las mangas cortas de la camisa mientras permanecía en la orilla de la playa mordisqueando el extremo del pan que le había dado su madre. No tardó en oírlo, el familiar put-put-put, y al doblar la pequeña península vio el casco verde y azul, el camarote rojo descolorido y el brazo de su padre extendido para saludar al hijo que sabía que le estaría esperando en la orilla.

Un sonido familiar le despertó, y el detritus había perdido su calor. Josef sentía que sus miembros, que ya crujían, corrían peligro de agarrotarse e

impedirle moverse, y los músculos del pecho y los brazos le palpitaban por el esfuerzo físico realizado al caer al mar.

Rodó sobre la espalda y empezó a quitarse las hojas, las ramas y la tierra del cuerpo y, en dolorosas etapas, se apoyó primero en los codos, luego en las rodillas y finalmente, con el palo de enebro como apoyo, en los pies.

Lentamente, se dirigió a la orilla. En la caldera, que ahora tenía una superficie viscosa, podía ver las luces de los barcos, pero no las de los pescadores, porque eran demasiado brillantes. Me están buscando, pensó, y por alguna razón desconocida incluso para él mismo, esto le sorprendió.

Apoyado en su bastón, Josef se desabrochó la camisa húmeda y la tiró sobre los guijarros. Su camiseta, aunque también húmeda, estaba iluminada de un blanco luminiscente por la luna creciente, testimonio de la insistencia de su mujer en que la ropa interior fuera tan inmaculada como la mismísima Madre de Dios. Se la arrancó y la ató al extremo de la vara de enebro, temblando en la noche ahora quieta y despejada.

Josef se adentró en las aguas poco profundas del mar, levantó el palo y lo agitó en el aire, ululando y llamando, y su voz resonó con fuerza en la cuenca cóncava formada por los acantilados de la ensenada.

Aunque oculto por el pequeño promontorio a su derecha, Josef oyó el familiar put-put-put. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, lanzó un grito y pensó que era su eco el que llegaba a sus oídos hasta que, rodeando el promontorio, pudo distinguir el casco verde y azul y el camarote rojo descolorido y vio el brazo de su hijo extendido hacia el padre que esperaba en la orilla.

* * *

Sorprendida, Delfi saludó a su cuñada y a Eugenia; no esperaba verlas hasta el día siguiente. Elektra parecía aún más delgada y pálida que la última vez

que la vio, pero había una suavidad en su rostro que antes no existía. Cuando la vio abrazar a Evangelina, Delfi se sintió abrumada por la pérdida de su madre y de su padre. Cuando miró a Eugenia, Delfi reconoció ese mismo anhelo en sus ojos oscuros y hermosos y se preguntó por la historia de la francesa. En ese momento, comprendió que las dos compartían una historia similar: lejos de casa y, sin embargo, cuando Delfi miró alrededor de la habitación, pertenecían a esta familia.

Aunque sabía que era egoísta, no había querido insistir en la desaparición de Josef, ya que le traía el doloroso recuerdo de Manoli, pero en esta habitación había rastros visibles de su vida de casado: la edad del aparador, la mesa y las sillas, el hogar donde Evangelina y él habían criado a sus hijos, y se preguntó por qué nunca se había esforzado por conocerlo. Si volvía con ellos, resolvió, se tomaría el tiempo de hablar con aquel hombre gentil y reservado.

Delfi sólo podía imaginar cómo debía sentirse Evangelina. Apenas unas horas antes, la idea de que Nikolas se marchara por su propia estupidez había sido casi demasiado para ella, y le quedó claro lo mucho que amaba a su marido. Evangelina, pudo ver, luchaba por contener su preocupación. Sus manos jugueteaban con las cuentas en su regazo. Con la cabeza apartada para hablar con Elektra, Delfi pudo ver que llevaba el cabello despeinado y sintió una oleada de compasión por su suegra. Evangelina no había sido fácil de conocer ni de querer, pero Delfi recordó los momentos de gran bondad de la anciana: el extraordinario esfuerzo que había puesto en la boda, no sólo por el bien de su hijo, sino también para honrar la memoria de Lucy. Delfi recordó también una noche, en las primeras semanas de su matrimonio con Nikolas, en la que sintió nostalgia y añoranza por su padre y por Skosias. Evangelina la había consolado mientras estaban sentadas a esta misma mesa y Delfi se dio cuenta de que su suegra había conocido la misma pérdida.

Mientras la habitación bullía de actividad y de tranquila charla, mientras Evangelina y Elektra conversaban íntima y afectuosamente y Eugenia se sentaba tranquilamente al otro lado de ellas, Delfi las asimilaba y pensaba en su marido en busca de su padre. Todas ellas tenían historias de amor y pérdida, y tal vez sueños que nunca llegarían a cumplirse, pero también se

preguntaba si realmente importaba. Eran diferentes y, sin embargo, había algo, un fundamento que compartían, una creencia en la importancia del amor, de la familia y de la pertenencia.

En los fogones, Ángela daba instrucciones a las mujeres que ya estaban preparando la siguiente comida. Delfi se levantó de la mesa. Cogió el delantal de Evangelina del gancho de la pared y se lo ató a la cintura. Cogió el cuchillo del banco y empezó a fregar las patatas que llenaban el fregadero. Tras una pausa, cogió la cáscara de una de ellas y la consideró, luego recogió el resto y, con cuidado, las depositó en la papelera.

fin

OceanofPDF.com

Querido lector,

Esperamos que hayas disfrutado leyendo *Una Creencia Fundamental*.
Tómese un momento para dejar una reseña, incluso si es breve. Tu opinión es importante para nosotros.

Atentamente,

Amanda Aphorpe y el equipo de Next Chapter

OceanofPDF.com

AGRADECIMIENTOS

La historia que se cuenta en *Una creencia fundamental* se basa libremente en una familia que mi socio Chris y yo observamos en su taberna de la isla de Santorini. Aunque los personajes aquí retratados no se parecen en nada a los reales, les agradezco la inspiración. Gracias, como siempre, a Chris, que escuchó la novela en su creación (porque se la leí en el coche), que me ofreció sus muy útiles consejos y que se entusiasmó tanto como yo con la creación de esta historia.

Gracias también a Kath Engebretson y Roscoe Maddalon, que han ofrecido su tiempo, experiencia y consejos sobre el borrador de esta obra.

Muchas gracias al equipo de The Next Chapter por considerar esta obra digna de publicación y por cuidar de esta autora con un toque tan personal.

OceanofPDF.com

ACERCA DE AMANDA APTHORPE PHD

A Amanda le encanta escribir. Apenas ha puesto el punto final a su última novela, ya está preparando la siguiente. A Amanda también le encanta enseñar y compartir con sus alumnos lo que sabe y lo que aún está aprendiendo sobre la escritura. Tiene un máster y un doctorado en Escritura Creativa y participa activamente en el mundo de la escritura nacional e internacional, presentándose en conferencias y talleres de escritura.

Una Creencia Fundamental es la cuarta novela de Amanda que acompaña a *Whispers in the Wiring*, *A Single Breath* e *Hibernia*. Además de escribir ficción, Amanda ha publicado dos volúmenes de la serie *Write This Way*: *Time Management for Writers* y *Finding Your Writers Voice*.

Amanda es autora, profesora y estudiante de yoga de Melbourne (Australia).

OceanofPDF.com